

HELLEN BOLD

QUIERO SER *libre sin límites*



HELLEN BOLD

QUIERO SER

*libre sin
límites*

ISBN: 9798340473332

Sello: Independently published

Título: QUIERO SER LIBRE SIN LÍMITES

Hellen Bold © 2024

Cubierta: Adela Aragón @adela_argn_art

Corrección y maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso

*A Vero, mi puticienda particular.
Por hacerme reír y por meterse de cabeza en mis locuras.*

Prólogo

¿Alguna vez os habéis sentidos solos? Yo sí, y, aunque en aquel entonces no entendía el porqué, ahora comprendo que mi timidez fue uno de los motivos por los que, por más que intentaba encajar, no lo conseguía.

Con el paso de los años, mi soledad y yo, nos hicimos inseparables y durante mucho tiempo no necesitamos a nadie más. Hasta que apareció mi pasión por la lectura. Desde que descubrí que podía dejar volar mi imaginación hacia mundos lejanos y vivir miles de aventuras, pasé los días devorando novelas de cualquier género. Aunque a mi madre no le gustaba verme todo el día sumergida en los libros, durante mucho tiempo, la lectura fue mi pasatiempo favorito.

Todo cambió cuando apareció Borja. Al conocerlo, cometí el error de dejar de lado los libros para enfocarme completamente en él. A pesar de que lo intenté, el tiempo se encargó de demostrarme que, por más que me esforzara, éramos demasiado diferentes. Sin darme cuenta, me encontré atrapada en una relación que no me aportaba nada y me dejé llevar hasta que mis dos ángeles de la guarda me rescataron.

Desde que llegaron a mi vida, todo comenzó a brillar y descubrí lo que significa la verdadera amistad. Junto a ellas, he aprendido a conocerme mejor y a buscar mi propia felicidad. Antes de conocerlas, caminaba de puntillas para no hacer ruido, pero ahora estoy aprendiendo a hacerlo dando zapatazos, sin importarme cuánto ruido hago y, aunque todavía me cuesta imponerme ante los demás, intento no callarme.

La única persona que consigue sacar mi mal genio es Héctor. Cuando estoy cerca de él, siento que mi sangre burbujea y no puedo mantener la boca cerrada. ¡Me saca de quicio! No es necesario que diga nada, porque con su sola presencia consigue que me ponga a la defensiva y que hable sin pensar en mis palabras. ¡Es una sensación tan extraña! No suelo perder los nervios por nada, pero está claro que con él todo es diferente. Por más que intento ignorar estos sentimientos, no consigo hacerlo y eso hace que me ponga de muy mal humor.

Paula dice que entre Héctor y yo hay una fuerte conexión y que, cuanto más nos neguemos a aceptarlo, más daño nos haremos. ¡Está completamente loca! ¿Yo, atraída por ese orangután sin modales? ¡Eso es imposible! ¿Verdad? Lo cierto es que, cuando lo tengo cerca, mi cuerpo se vuelve blando y tembloroso, deseando cosas que nunca hubiera imaginado.

¿Estará Héctor a mi lado en este salto a la libertad? No lo sé, pero me muero de ganas por descubrirlo.

Capítulo 1

El cantar del gallo me despierta como todas las mañanas, haciendo que me levante con una sonrisa en la cara. Me resulta gracioso pensar en cómo mi cuerpo se ha acostumbrado a despertarse cada día con su escandaloso cantar, sin necesidad de un reloj.

Lo primero que hago al bajarme de la cama, es abrir la ventana y los porticones de madera para darle la bienvenida al nuevo día y admirar el precioso paisaje. Cierro los ojos y aspiro ese olor a monte mojado y fresco que tanto me gusta. El día ha comenzado hace poco y aún se puede apreciar una ligera niebla en el ambiente. Todavía me parece increíble que, para una chica de ciudad como yo, este ritual se haya convertido en mi momento favorito del día.

Cuando decidí cambiar de aires, no tenía ni idea de cuál sería mi destino, solo sabía que necesitaba marcharme lo antes posible. Al principio pensé en escoger la opción fácil e instalarme en uno de los hoteles de mi familia, pero al final decidí que quería hacer esto por mí misma e investigué por internet.

En una de las búsquedas al azar, vi una imagen que me transmitió paz y decidí encontrar ese lugar. Se trataba de una confortable casita situada en una pequeña aldea de Galicia. La casa me encantó, pero el entorno me enamoró. De repente me imaginé desayunando en la pequeña mesa del patio con vistas a la naturaleza y me gustó esa sensación. Contacté con los dueños y, en cuanto me dijeron que estaba libre porque la habían terminado de reformar, supe que había tenido mucha suerte. Llegué a un acuerdo con ellos y, sin pensármelo dos veces, compré un billete de avión e hice las maletas.

Después de hacer la reserva, me tocó la peor parte, hablar con mis padres. Mi madre, por supuesto, puso el grito en el cielo y me acusó de estar completamente loca. Según ella, desde que había terminado con Borja, mi vida se estaba desmoronando y, por más que le intenté explicar que precisamente esa ruptura había hecho que abriera los ojos y que empezara a vivir, ella no lo entendió. Miré con tristeza a mi padre intentando buscar su apoyo, pero una vez más, se mantuvo al margen. Quiero pensar que, en el fondo, se alegra de que busque mi felicidad, aunque me duele saber que nunca dará la cara por mí.

Y de esto hace ya tres meses. Al principio, acostumbrada a vivir con mis padres, me sentía un poco sola, pero poco a poco, he ido aprendiendo a disfrutar de esta soledad. Mis amigos han ayudado mucho a que me sienta más acompañada, ya que solemos hacer bastantes videollamadas.

—Bos días, *rapaciña*.

Miro por la ventana y veo, como cada mañana, a mi vecina Auria saludándome desde la calle. Su casa es la que está más cerca de la mía y, aunque a veces me aturde porque es demasiado habladora, tengo que reconocer que me hace mucha compañía.

—Buenos días, Auria.

La sigo con la mirada hasta que abre su corral y se mete dentro con sus animales. El día que conocí a esta entrañable anciana, me sorprendí al ver la agilidad con la que trabaja en el campo a su edad. Alguna vez he ido con ella a pasear con su rebaño y, por vergonzoso que parezca, me ha costado seguirle el ritmo.

Sonriendo al pensar en mi vecina, dejo la ventana abierta para que se ventile la habitación y me meto en la ducha canturreando.

En cuanto me visto, voy a la cocina y, mientras la cafetera se calienta, preparo unos huevos

revueltos y unas tostadas. Una vez que el desayuno está listo, lo coloco en una bandeja y salgo al patio.

Me siento en la pequeña mesa y le doy un sorbo a mi café recién hecho mientras me maravillo con el precioso paisaje. Le doy un bocado a mi tostada y mis papilas gustativas explotan con el delicioso sabor. Desde que estoy en Galicia, me he dado cuenta de que la comida aquí sabe diferente. La carne, la verdura, el pescado, el marisco... todo es delicioso. Gracias a mi vecina, que suele traerme una cesta con los huevos de sus gallinas, he descubierto que aquí también saben mejor.

Mi teléfono suena con la llegada de un nuevo mensaje y, cuando lo abro, sonrío al ver que se trata de nuestro grupo.

Paula:

¡Estoy harta!

Carlos:

Vamos a ver.

¿Qué le pasa ahora a la reina del drama?

Paula:

¿Drama? ¡Tu tía la del pueblo!

Carlos:

¿Problemas en el paraíso?

Paula:

Carlitos, te lo advierto.

¡No tengo el chichi para farolillos!

Sara:

Pauli, cariño, ¿qué te pasa?

Paula:

*Pues que estoy embarazada de trillizos
y ya no me veo ni el chichi.*

Carlos:

Eh... demasiada información.

Paula:

¡Te jodes! Eres mi amigo, ¿no?

¡Pues lo eres para lo bueno y para lo malo!

Irene:

Anda, no te enfades.

*Ya verás que, cuando quieras darte cuenta,
los bebés nacerán.*

Paula:

¡Ufff! ¡Esa es otra!
Solo de pensar que tengo que sacar a
tres bebés del tamaño de una sandía
por el agujero del tamaño de un kiwi,
me agobio.

Sara:
No es para tanto.

Paula:
Puticiencia, no me toques los ovarios.
Recuerdas que estaba contigo el día
que nació Elena, ¿verdad?

Sara:
¿Y tú recuerdas que, cuando me puse de
parto me dijiste que no me preocupara
porque solo eran unos empujones?

Carlos:
Te han pillado, Pauli.

Irene:
No te preocupes, eres una mujer fuerte
y valiente. Verás como todo saldrá bien y,
en cuanto veas la carita de tus bebés,
te olvidarás de todo lo demás.

Paula:
Supongo... Lo cierto es que, aunque
me muero de miedo, tengo muchas
ganas de tenerlos en mis brazos.

Carlos:
Hoy te hacen la segunda ecografía, ¿no?

Paula:
Sí y con un poco de suerte nos dirán el
sexo de los bebés. Bueno, cambiando de tema.
¿Qué tal estás, Irene?

Irene:
¡Muy bien! En la aldea estoy de maravilla
y he conseguido la paz que tanto necesitaba.

Carlos:
¿Cuándo vuelves?

Irene:

*Todavía no lo sé, pero estar aquí
me hace bien, así que de momento
no tengo pensado volver.*

Paula:

*Pero vendrás cuando nazcan los
trillizos, ¿verdad?*

Irene:

*¡Por supuesto! En cuanto estés de parto,
me subo al primer avión que encuentre y
voy para allá, eso no lo dudes.*

Paula:

¡Esa es mi rubia!

Carlos:

Y, ¿cómo llevas el libro?

Irene:

*Bueno, tengo varias ideas, pero no
consigo que las musas me iluminen.*

Paula:

¿Y los musos?

Irene:

Pauli...

Sara:

¿No hay chicos guapos por Galicia?

Irene:

*Supongo, pero lo cierto es que
no salgo mucho de la aldea.*

Paula:

*Rubia, tienes que salir y socializar.
Está genial tener un lugar donde
te sientas en paz, pero tienes que hacer
algo más que hablar contigo misma.*

Irene:

¡Ya socializo!

Paula:

Tu vecina de ochenta y nueve años, no cuenta.

Carlos:

*Aunque me fastidie reconocerlo,
Paula tiene razón. Tienes que salir
y conocer gente.*

Irene:

Lo sé, pero sabéis que me cuesta.

Paula:

Te hará bien salir de tu zona de confort.

Irene:

Está bien, lo intentaré.

Sé que mis amigos tienen razón, pero no lo puedo evitar. Por más que lo intento, no consigo hablar con desconocidos.

—¡*Rapaciña!*

—¡Estoy en el patio! —grito a mi vecina.

—¿Todavía estás desayunando? —me pregunta con ese acento cantarín.

—Sí, no tengo nada mejor que hacer —le contesto sonriendo.

—Ven conmigo a Padrón, iremos a dónde Santiago.

—Está bien, te acompaño.

A pesar de que Auria insistió en pedirle a un vecino que nos acercara al pueblo, al final conseguí convencerla y fuimos con mi coche de alquiler. Unos veinte minutos después, llegamos a Padrón y después de encontrar aparcamiento, caminamos hacia la tienda de Santiago.

La primera vez que entré, me sorprendió ver lo caótica que era. Allí te puedes comprar desde una bolsa de pimientos, hasta una radio para escuchar música. Es el típico comercio de toda la vida, que venden absolutamente de todo.

—Hola, rapaz —saluda mi vecina al entrar.

—Hola, *avoa*, ¡*cantos días sen verte!* —le contesta su nieto dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Si tú no vienes a verme, tendré que venir yo. ¿Has visto con quién he venido? —le pregunta con torpeza su abuela, al no hablar muy bien el castellano.

—Sí, veo que vienes muy bien acompañada. Hola, Irene —me saluda Santiago con una bonita sonrisa.

—Hola, Santiago —lo saludo tímidamente.

—Sabes que me puedes llamar Santi, ¿verdad? —pregunta guiñándome un ojo.

Santi es el atractivo nieto de veintiocho años de mi vecina Auria. Este se quedó con el negocio familiar cuando sus padres decidieron prejubilarse para empezar a disfrutar de la vida. La primera vez que lo vi, no pude evitar ponerme colorada cuando me dedicó una de sus preciosas sonrisas y, desde entonces, mi vecina intenta hacer de casamentera provocando encuentros, para nada casuales, entre nosotros.

—*Vou ver algunas cousas alí.* Te dejo en buenas manos, *miña nena* —susurra la muy arpía.

—¿Te apetece tomar algo conmigo esta tarde? Hoy tenemos una feria medieval y no te la puedes perder —insiste algo nervioso—. Podríamos dar un paseo y después comer algo.

—No sé... yo... me suelo acostar temprano.

—¡*Veña, muller!* Por un día que te acuestes tarde no pasa nada. Te aseguro que no te

arrepentirás.

Me quedo hipnotizada con sus ojos verdes y, sin darme cuenta, a mi cabeza viene el recuerdo de otra mirada del mismo color, que hacen que mi cuerpo se estremezca.

—¿Estás bien?

Salgo de mi letargo y vuelvo al presente. ¿Qué me acaba de preguntar? ¡Ah, sí! Me acaba de pedir una cita. Sé que siente algo por mí y, a pesar de que he intentado sentir la misma atracción por él, no lo he conseguido. Mi primera intención es negarme a su invitación, porque no quiero darle falsas esperanzas, pero después recuerdo las palabras de mis amigos y decido que, socializar con gente menor de ochenta y nueve años, es una buena idea.

—Sí, sí, perdona. Me estaba acordando de algo.

—Pues ese «algo» tiene que ser muy importante para que se te haya iluminado la mirada de repente.

—¡No! ¡Qué va! Era una tontería —me excuso intentando convencerme a mí misma.

—Ya... Bueno. Entonces, ¿te apuntas?

—Está bien, pero que quede claro que esto no es una cita. Solo quedamos como amigos.

—¡Palabrita del niño Jesús! —me promete levantando una mano sonriendo con picardía.

Pongo los ojos en blanco al no fiarme de su palabra, pero cuando voy a regañarlo, aparece la loca de mi vecina con unas gafas de bucear con tubo incluido.

—Cóbrame, Santiaguíño, que tengo que marchar a casa.

—¿Desde cuándo buceas? —le pregunto muerta de la risa.

—Esto... las compré porque... ¡Las compré para que no me piquen los *ollos* cuando pique la cebolla!

—Abuela, ¿desde cuándo te lloran los ojos picando cebolla? Hasta donde yo sé, eres de las pocas personas que puede pelar un kilo, sin soltar ni una sola lágrima.

—*¡Eres ti moi listiño! ¡Cala a boca, rapaz!*

—¿Y el tubo para qué es? ¿Para no respirar los vapores de la cebolla? —pregunto soltando una carcajada.

—*Sodes máis parvos...* —suelta mi vecina saliendo de la tienda.

—¿*Parvos*? —pregunto confundida.

—Tontos, mi abuela nos acaba de llamar tontos.

Los dos nos miramos a los ojos y comenzamos a reír a carcajadas. Sí, realmente ha sido una buena idea aceptar la propuesta de Santi, porque sé que con él me lo pasaré bien.

—Te paso a buscar a las seis y media por tu casa —indica sonriendo.

—Está bien. Pero recuerda...

—Esto no es una cita. —Se adelanta imitándome—. No tienes nada de qué preocuparte, pasará lo que tenga que pasar. —Sonríe coqueto.

—Santi....

—Que sí, tranquila. Era broma.

—Está bien. Me marchó ya porque seguro que tu abuela, con la velocidad que tiene, ya estará esperándome en el coche. ¿Qué coméis aquí?

—Tenemos superpoderes, preciosa. Ya sabes: *Galicia calidade* —bromea alzando las cejas.

Salgo de la tienda feliz por haber hecho caso a mis amigos. Sé que, aunque me cueste, me hará bien estar con gente de mi edad.

Cuando llego a mi coche sonrío al ver que, tal y como yo había sospechado, Auria está esperándome con los brazos cruzados.

—Ya era hora de que ese *parvo* te pidiera una cita —dice en cuanto llego al coche.

—No es una cita —le advierto.

—¡Tonterías! Te ha invitado a tomar algo y tú has dicho que sí, ¿verdad?

—Sí, pero...

—Pues eso en mi época era una cita. ¡Qué complicados sois los jóvenes ahora!

—Por mucho que quiera, no siento nada por tu nieto —le confieso poniendo mi mano en su brazo.

—Lo sé, *rapaciña*. Sé que viniste a Galicia huyendo de algo o de alguien, pero solo te pido que le des una oportunidad. ¿Cumplirás el deseo de esta vieja moribunda?

—¡Ja! ¡¿Moribunda?! Qué morro tienes —la regaño riéndome—. Anda, lianta, súbete al coche antes de que cambie de opinión.

De camino a la aldea, no paro de darle vueltas a las palabras de mi vecina. ¿Qué puedo perder al darle una oportunidad a Santi? Total, en Barcelona no tengo a nadie que me espere. Clavo las uñas en el volante al sentir que, en el fondo, por mucho que me fastidie, eso no es totalmente cierto.

Después de despedirme, envío un mensaje al grupo para ponerlos al día. Yo, Irene la tímida, tiene una no cita, con un gallego muy atractivo.

Irene:

¡Hola, chicos! ¡Tengo noticias!

Paula:

*¡Cuéntanos, rubia! Dame un poco de emoción,
porque ahora mismo mi vida es tan aburrida
como la planta de mi comedor.*

Carlos:

Madre mía con doña dramas.

Paula:

*¿Doña dramas? Si tu novio sobreprotector
te impidiera mover un solo músculo para
que no te hicieras daño, ya veríamos
cómo te sentirías, Carlitos.*

Carlos:

Y el Oscar a la más exagerada es para...

Sara:

*Chicos, ¡haya paz!
Irene nos intentaba contar algo.*

Irene:

*Sí, bueno. Quería deciros que
esta noche he quedado.*

Carlos:

¿Una cita?

Irene:

*En realidad no es una cita. Santi me ha invitado
a tomar algo y después iremos con sus amigos
a una fiesta en Padrón.*

Paula:

¡¿Con el nieto macizorro de tu vecina la octogenaria?!

Irene:

Tanto como macizorro...

Carlos:

¿Estás depilada?

Sara:

*¡Carlos! Hubiera esperado esa pregunta
de Paula, pero no de ti.*

Carlos:

*¡¿Qué?! La rubia se merece un buen meneo
después del capullo de su ex y, si ese Santi
está tan bueno como nos ha dicho,
¿por qué no va a darse un homenaje?*

Paula:

¡Pues sí que se ha vuelto moderno este!

Sara:

*Sé que tienes razón, Carlitos.
Pero no creo que Irene esté preparada.*

Irene:

¿Por qué no voy a estar preparada?

Paula:

*Porque sigues colgada del vikingo,
aunque lo niegues.*

Irene:

¡Yo no siento nada por él!

Paula:

¿Entonces por qué has huido?

Irene:

¡Yo no he huido!

Paula:

*Rubia, te quiero y solo quiero tu felicidad,
pero huyendo no se solucionan los problemas.
Sé que tienes algo pendiente con Héctor y,
hasta que no lo soluciones, no podrás avanzar.*

Sara:

Solo queremos lo mejor para ti, cariño.

Irene:

Lo sé, pero ese orangután no es lo mejor para mí.

Sara:

¿Cómo lo sabes?

Ni siquiera le has dado una oportunidad.

Carlos:

*Es posible que no sea lo mejor para ti,
pero siento decirte que eso no lo decides tú,
si no tu corazón. A veces intentamos forzar algo
para protegernos y créeme, lo único que
conseguirás al forzar las cosas, es salir herida.*

Paula:

*Si tu corazón te dice que te lées con el gallego, hazlo.
Pero no lo hagas para olvidarte de otro, porque
lo de un clavo saca a otro clavo, no funciona.*

Sara:

La pelirroja tiene razón, cariño.

*Haz lo que sientas en todo
momento sin pensar en las consecuencias
y así nunca te arrepentirás.*

Irene:

Está bien, lo intentaré.

Muchas gracias por estar siempre a mi lado.

Paula:

Eso siempre, rubia. No lo olvides

Irene:

Os quiero mucho, chicos.

Después de hablar con ellos, me siento en el balancín del patio y me columpio. No puedo dejar de pensar en las palabras de Paula y, aunque me fastidie, sé que tiene razón. Aunque no ha pasado gran cosa entre nosotros, Héctor y yo tenemos una conexión que no logro comprender. Por mucho que he intentado mantenerme al margen, no puedo evitar sentir esa electricidad cuando estamos cerca. ¿Qué tendrá ese chico que hace que no pueda dejar de pensar en él, pero a

la vez me ponga a la defensiva? Solo con su presencia mi cuerpo comienza a burbujear haciendo que anhele estar cerca de su cuerpo. Y entonces, ¿por qué intento alejarme de él? ¿Es posible que los discursos de mi perfecta madre me estén influyendo? La idea de que ella sea la culpable de que sienta que Héctor no es adecuado para mí, hace que se me ponga la piel de gallina.

Tengo que aclarar mi cabeza antes de volver a Barcelona, porque no quiero hacer daño a Santi y tampoco quiero que entre Héctor y yo siga habiendo esa tensión. Es el mejor amigo de Paula y no voy a poder evitar coincidir con él. Tengo que hacer todo lo posible para conseguir que entre nosotros haya una relación cordial.

Capítulo 2

A las seis y media el ruidoso timbre suena provocando que una oleada de nervios aparezca en mi estómago. Desde que llegué a casa y hablé con mis amigos, no he dejado de pensar en mi cita, o mejor dicho no cita, con Santi. ¿Quiero que ocurra algo entre nosotros? ¿Estoy preparada? Por mucho que he intentado averiguar qué es lo que quiero hacer, no he conseguido aclararme. No soy tonta; sé que es muy atractivo. Aunque me siento atraída por él, no tengo claro si es porque realmente me gusta o si es su interés en mí lo que me atrae. Si tengo tantas dudas, es porque no quiero repetir lo que sucedió con Pablo.

Antes de salir por la puerta, cojo mi bolso y me miro en el espejo dándome un último repaso. Después de mucho pensarlo, decidí no arreglarme demasiado para que no pensara que estaba intentando impresionarlo. Al final, opté por unos jeans azul claro, una blusa blanca de manga larga y unos botines marrones. Dado que el clima en Galicia es tan impredecible, también llevo una chaqueta por si refresca más tarde.

Abro la puerta y me encuentro con la sonrisa de Santi. Está apoyado en su coche y, cuando me ve aparecer, me abre la puerta del copiloto como todo un caballero.

—Estás preciosa —indica dándome un beso en la mejilla.

—Gracias —contesto mirando al suelo muerta de la vergüenza.

Esa es otra de las cosas que tengo que aprender a gestionar. No me gusta que me alaguen o me digan un piropo, es algo que me incomoda. ¿Qué se supone que hay que decir en estos casos? Nunca sé cómo reaccionar en estas situaciones y me siento tan ridícula que rezo para que ese momento pase lo más rápido posible.

Entro en el coche y tomo asiento sin mirarlo. Santi cierra mi puerta y después da la vuelta hasta sentarse detrás del volante.

—¿Nos vamos?

—Claro, cuando quieras —contesto mirándolo por primera vez a los ojos.

Esos ojos... Ese verde que me recuerda a otros más intensos y misteriosos. ¿Por qué tengo que acordarme de él en este preciso instante? ¡Odio sentirme así!

—¿Otra vez recordando? —pregunta intrigado arrancando el coche.

—¿Perdona?

—Se te ha vuelto a iluminar la mirada de esa manera tan especial.

No le contesto porque no sé qué decir. ¿Cómo decirle que estaba acordándome de un tío con el que no he tenido nada, o casi nada, y del que salí huyendo? Imposible explicarle algo que ni yo misma logro comprender.

Al llegar a Padrón, aparcamos el coche en el centro y caminamos en silencio. Aunque su presencia no es la culpable, no puedo evitar sentirme un poco incómoda.

—¿Te gusta el pulpo? —interrumpe mis pensamientos.

—Sí, me encanta —contesto agradeciendo que saque un tema de conversación.

—Pues te voy a llevar a una de las mejores pulperías, para que te chupes los dedos.

Mientras caminamos por las calles de Padrón, Santi me cuenta que la pulpería Rial fue fundada en 1983 por un matrimonio y a día de hoy es uno de los lugares más visitados.

Al entrar siento calidez. No es un local muy grande, pero está en constante movimiento. El dueño saluda a Santi como si fueran viejos amigos y nos acompaña hasta nuestra mesa, entregándonos unas cartas.

—¿Tienes alguna preferencia o hay algo en especial que no te guste?

—No tengo alergias y me suele gustar todo, así que me dejaré aconsejar por ti.

Como todavía es demasiado pronto para cenar, pedimos una ración de pulpo y media de pimientos para abrir boca. Decidimos pedir un albariño fresquito porque, aunque no suelo beber alcohol, sería una lástima no probar un vino típico de la zona.

—Cuéntame algo de ti —me pide dando un trago a su copa de vino.

—No sé qué contarte, mi vida es de lo más aburrida.

—No creo que tú seas aburrida —contesta sonriéndome.

Lo miro sin saber qué explicarle, cuando ni yo misma me conozco en realidad. ¿Cómo decirle que toda mi vida he vivido cómo han querido los demás?

—Está bien, empezaré yo —dice al ver mi indecisión—. Hola, soy Santi y tengo veintiocho años. Soy Leo y me gusta leer, los paseos por la playa y el cine. Suelo ser muy simpático, aunque antes de tomarme el café de la mañana, soy un poco gruñón.

Sus palabras me hacen sonreír. Estoy convencida de que se ha dado cuenta de mi incomodidad y está intentando que me relaje. El simple hecho de saber que le preocupa que me sienta a gusto, hace que empiece a disfrutar de la velada.

—No hace falta que estés nerviosa, porque esto no es una cita, ¿recuerdas? Así que déjate llevar y disfruta.

El camarero llega con los platos interrumpiendo nuestra conversación y, en cuanto me meto una porción de pulpo en la boca, descubro que hasta ahora solo he comido sucedáneos.

—Madre mía, ¡está delicioso! —confieso poniendo los ojos en blanco.

—Te lo dije —indica guiñándome un ojo.

Sonrío al ver su cara de pillo y me alegro de haber aceptado su invitación. No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que necesitaba salir y despejarme.

—Hola, soy Irene y tengo veinticinco años. Soy Libra y me encanta leer, escuchar música de todo tipo y bailar cuando nadie me está mirando. Suelo ser muy tímida y sigo tratando de averiguar qué hacer con mi vida.

Intento presentarme tal y como ha hecho él, pero me avergüenzo al darme cuenta de que he sido demasiado sincera. No estoy acostumbrada a abrirme a los demás y menos con alguien a quien a penas conozco, pero con Santi me siento muy a gusto.

Después de romper el hielo, la velada continúa sin incidentes y poco a poco me voy relajando. Santi resulta ser un acompañante de lo más ocurrente y más de una vez consigue sacarme una carcajada con sus comentarios.

Al terminar de cenar, salimos a la calle y caminamos para hacer tiempo. Llegamos al paseo «do Espolón», ubicado en pleno casco antiguo, rodeado de frondosos árboles a ambos lados que flanquean el río Sar.

Cuando Santi me cuenta que, desde la Edad Media, cada domingo se instala el mercado semanal bajo esta arboleda, me imagino los variados puestos que habrá y decido que algún día pasearé por aquí para comprar los productos de esta maravillosa tierra.

El lugar, con ese amplio sendero bordeado de bancos y vistas al río, me parece un lugar mágico. Tanto, que no puedo evitar quedarme embelesada admirando el paisaje.

—¿Te gusta? —pregunta.

—Es precioso. Me encantan los caminos rodeados de árboles y este, en concreto, me parece una auténtica maravilla.

Continuamos con el paseo hasta que llegamos a las callejuelas donde está la feria medieval. Me quedo fascinada con todos los puestecitos de comida y objetos artesanos. Desde vasijas, ropa

y joyas, hasta deliciosos manjares. Observo con atención a los comerciantes vestidos con atuendos típicos de la época y sonrío al ver a un bufón haciendo su espectáculo de malabares.

Paseamos parándonos en cada una de las tiendas y, después de comprar varias cosas en ellos, vamos en busca de los amigos de Santi. A lo lejos observo nerviosa, a un grupo que nos mira sonriendo.

—Ey, Santi. ¿Dónde *carallo* estabas metido? *Chegas* tarde.

—Hola, Xosé. Hemos estado paseando para hacer tiempo.

—¿*Quen é esta beleza*? —pregunta uno de sus amigos.

—Chicos, ella es Irene. Es de Barcelona y ha venido a pasar una temporada a Galicia.

Santi me presenta a todo su grupo y enseguida hacen que me sienta una más. Al instante comprenden que me cuesta entender algunas palabras en gallego y se esfuerzan en hablar en castellano.

—¿Qué te ha parecido Galicia hasta ahora? —pregunta Dani.

—Galicia me tiene enamorada. No sé cómo explicarlo, pero aquí me siento tranquila.

—A ver si te crees que los que vivimos aquí sentimos la misma paz que tienes tú estando de vacaciones.

Esa es Lúa, una de sus amigas. Desde que hemos llegado me he dado cuenta de que es la única que me mira con rabia. ¿Qué es lo que le ocurre? No comprendo por qué le caigo mal, si me acaba de conocer.

—No le hagas caso a Lúa, suele ser bastante borde —explica Santi advirtiéndola con la mirada.

—Y, ¿qué es lo que te ha traído hasta aquí? —pregunta Belén sonriendo.

—Necesitaba un cambio de aires.

—Está claro, una pija que se ha hartado de su mundo perfecto y que viene a Galicia para sentirse más rural —vuelve a escupir Lúa.

—¡Lúa, ya está bien! —la regaña Santi—. Si no puedes mantenerte callada, lárgate.

Ella lo mira con dolor en los ojos y, después de dedicarme una mirada cargada de odio, se marcha echa una furia. ¿Qué es lo que acaba de ocurrir?

—No tenías que haberla echado, tampoco ha sido para tanto —le indico a Santi.

—No hace falta que la excuses. Todos sabemos cómo es y aceptamos sus comentarios mordaces, pero hoy se ha pasado —explica Brais.

De inmediato, los chicos empiezan a bromear entre ellos, intentando borrar el momento tan tenso que acabamos de vivir, y en poco tiempo consiguen hacerme sonreír de nuevo. La tarde transcurre sin más incidentes, y antes de que nos demos cuenta, ya es la hora de cenar.

Me llevan hasta una típica taberna donde puedes comer todo el churrasco que quieras por un precio fijo. Al sentarnos, nos sirven unas bandejas de carne acompañadas de ensaladas como guarnición. Aunque todo está delicioso, tengo que dejar de comer porque de lo contrario voy a reventar. Ellos, en cambio, siguen pidiendo más bandejas de churrasco mientras yo los observo asombrada, sin comprender cómo pueden comer tanto.

Después de comer, regresamos a la feria porque, al parecer, hay un concierto al aire libre. Mientras caminamos, observo a Santi bromear con sus amigos y me doy cuenta de lo guapo que es. No es que antes no me hubiera fijado, pero imagino que nunca lo vi como algo más que un amigo.

—Le gustas —confiesa Belén.

—¿A Santi?

—Claro, a quién va a ser. No suele traer chicas al grupo. Solo lo hizo una vez y digamos que

esa relación no salió demasiado bien.

—No creo que le guste, solo se ha compadecido de mí porque estoy un poco sola —bromeo.

—Tonterías, le gustas. Espero que no le rompas el corazón —me advierte con una sonrisa.

—No he venido aquí buscando ninguna relación y no tengo intención de hacerle daño.

—Me alegro —indica guiñándome un ojo.

El concierto es de un grupo gallego que, aunque no comprenda bien parte de la letra, me tiene saltando y riendo a carcajadas sin parar. Nunca me había sentido tan libre como en este momento y es una sensación maravillosa.

Una vez que terminan de tocar, nos despedimos de sus amigos con la promesa de volver a vernos pronto y nos marchamos. Los dos caminamos en silencio y, por sus gestos, me doy cuenta de que está nervioso. ¿Habré metido la pata?

—¿Estás bien? —pregunto insegura.

—Sí, todo genial. ¿Te has divertido?

—¡Claro! Tus amigos son geniales y me han hecho sentir una más.

—Me alegro —indica mirando al suelo—. Espero que no solo te hayas divertido con ellos.

—¿Qué sucede? —cuestiono deteniéndome para mirarlo.

—Verás, sé que dijimos que esto no era una cita, pero tengo que ser sincero contigo. Me gustas, Irene. Sé que es pronto y que no me conoces de nada, pero me encantaría que me dieras una oportunidad.

—Santi, yo...

—Soy consciente de que has venido huyendo de alguien, pero no me importa. Solo quiero que nos conozcamos y si pasado un tiempo no sientes nada por mí, lo entenderé y no montaré un drama. Lo prometo.

Presto atención a sus ojos que me miran con desesperación y no sé qué hacer. Tal y como le dije a su amiga Belén, no quiero hacerle daño. Santi me cae genial, es un buen chico y además es muy atractivo, pero no quiero darle falsas esperanzas.

—Me caes genial y me gusta mucho estar contigo.

—Pero... —continúa él.

—Pero creo que no sentimos lo mismo. Mi vida ahora es un poco complicada y, tal y como te dije esta tarde, estoy intentando averiguar qué hacer con ella.

—¿Estás enamorada de otro?

—Yo no diría eso exactamente —le explico después de meditarlo durante unos segundos—. Pero te mentiría si te dijera que no hay alguien en Barcelona que hace que se me remueva todo por dentro cuando pienso en él.

—Entiendo, ¿tuvisteis una relación?

—No, en realidad no llegamos a empezar nada.

—¿Por qué? ¿No le gustas?

—No estoy segura. El problema es que nunca he tratado de averiguarlo porque siento que él no es la persona adecuada para mí.

—¿Según quién?

—Según lo que me han inculcado mis padres, supongo. Tu amiga tiene razón. Soy una niña pija un tanto rota que parece que lo ha tenido todo muy fácil.

—Pero no es así, ¿verdad?

—Es cierto que he vivido con muchas comodidades y que a simple vista puede parecer que nunca me ha faltado de nada. Pero en realidad he crecido con la exigencia y la incompreensión de mi madre. Nunca he podido tomar mis propias decisiones ni disfrutar de libertad.

—No le hagas caso a Lúa, vive un poco amargada.

—Tranquilo, no me ha ofendido. Si te explico todo esto, es para que entiendas que estoy intentando conocerte y buscar mi camino. No quiero hacerte daño, ni darte falsas esperanzas.

—No tienes que preocuparte por mí, yo asumo el riesgo porque creo que, en este caso, vale la pena.

—¿Tú has escuchado lo que te he dicho? —pregunto riéndome.

—Claro, pero qué le voy a hacer, me gustan las emociones fuertes —contesta guiñándome un ojo.

—Hablo en serio.

—Lo sé, pero solo te pido que me dejes entrar en tu vida y ya veremos lo que sucede.

—Está bien, yo ya te he advertido —le digo chocando nuestros hombros.

Subimos al coche y, entre bromas, llegamos a mi casa. Santi se detiene en el lateral y se baja del coche.

—Sabes que no tienes que acompañarme, ¿verdad?

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

—Gracias por todo, lo he pasado genial —confieso en cuanto llegamos a la puerta.

—Un placer —bromea haciendo una reverencia exagerada—. Espero que lo repitamos muy pronto.

—Estaría genial —me sincero.

—¿Por qué no me das tu número de teléfono? Así podríamos quedar otro día —murmura algo nervioso.

—Claro, no hay problema.

Una vez que apuntamos nuestros números, Santi se despide de mí y me besa en la mejilla. Por su mirada, estoy convencida de que en realidad hubiera querido besarme en los labios, pero agradezco que me dé el espacio que necesito.

Mientras subo las escaleras, sonrío al recordar todos los momentos de esta maravillosa noche. No sé si llegaré a sentir algo por él, pero por ahora no me voy a preocupar por eso. Lo que tenga que ser, será. Por una vez en la vida, quiero hacer las cosas porque me apetezcan y no porque sea lo correcto. ¡Hoy doy paso a una nueva Irene!

Capítulo 3

Llevo casi cinco meses en Galicia. Mi vida aquí es de lo más monótona, pero, aunque pueda parecer aburrido, es algo que me hace sentir en paz.

Durante todo este tiempo he quedado en varias ocasiones con Santi, algunas veces solos y otras con sus amigos. Me lo paso genial con ellos y, desde el principio, me han puesto las cosas muy fáciles. Bueno, todos, excepto una persona: Lúa. No sé por qué le caigo tan mal, aunque tengo una ligera sospecha. Mi teoría es que a ella le gusta Santi y me ve como a una amenaza. Lo que ella no sabe es que, aunque hemos tenido varias citas a solas, no he sentido esa chispa. No puedo negar que siento cierta atracción por él, pero eso no es suficiente.

Por más que lo intento, no puedo dejar de compararlo con cierto motero que me trae de cabeza. Pensar en él, hace que recuerde el momento tan bochornoso que viví en la boda de Sara.

Mientras están oficiando la ceremonia de Sara y Marcos, miro a Héctor de reojo. Paula y yo somos las damas de honor de la novia, por lo que tenemos que permanecer de pie hasta que los novios se den el «sí, quiero».

Mi cuerpo se estremece al notar su mirada penetrante. Tengo que reconocer que, para ser un cavernícola, hoy está para comérselo. ¡A quién pretendo engañar! Él siempre está atractivo, aunque nunca lo admitiré en voz alta. Pero hoy, a diferencia de los otros días, está enfundado en un traje completamente negro que se ajusta a su escultural cuerpo. Lleva el pelo recogido en una tirante coleta y la barba recortada con precisión.

La gente aplaude emocionada cuando los novios se besan, haciendo que vuelva al presente. Después de la tradicional lluvia de arroz, la feliz pareja camina por el pasillo y, a su paso, los invitados los van felicitando. Una vez que llegan hasta nosotros y conseguimos besarlos y abrazarlos, un atento camarero nos acompaña hasta el lugar donde servirán el cáterin.

Pablo coloca su mano en mi cintura, haciendo que me tense con su contacto. Tengo que hablar con él lo antes posible. Creo que le he dado demasiadas ilusiones y no es justo que esté esperando algo que nunca podré darle. Observo a Paula con su acompañante, Héctor, y siento envidia de ella. Sí, por mucho que les diga que no siento nada por él, no puedo dejar de buscarlo con la mirada.

—¿Estás bien? —pregunta Pablo preocupado.

—Sí, tranquilo. Voy a dar una vuelta, ahora vuelvo.

—Te acompaño —se ofrece.

—No, necesito estar sola. Por favor.

Sé que estoy siendo injusta, pero tengo que pensar a solas. Si me quedo aquí, no dejaré de observarlo y me temo que explotaré en cualquier momento. Camino alejándome de la multitud y llego hasta un pequeño cobertizo. La puerta de madera está al otro lado de la fiesta, así que me coloco frente a ella para que nadie me vea, respirando lentamente para calmar mi ansiedad.

—¿Te encuentras bien?

Esa maldita voz. Su tono ronco activa todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, provocándome un escalofrío. Abro los ojos para enfrentarlo, pero mis defensas se derrumban al verlo.

—Sí, estoy bien —contesto seria.

—Eres una pequeña mentirosa.

—¿Cómo te atreves? ¡No me conoces de nada!
—¿Vas a negarme que has venido hasta aquí huyendo de mí?
—¡Serás creído! ¡Por si no te has dado cuenta, he venido con Pablo!
—Lo sé, pero eso no te ha impedido comerme con la mirada.
—¡Descarado!
—¡Mentirosa!

Con cada palabra, Héctor da un paso hacia delante y yo uno hacia atrás, hasta que mi espalda choca contra la puerta del cobertizo. Me paralizó cuando coloca sus brazos a cada lado de mi cabeza, acercándose peligrosamente a mi cuerpo. Con su peso, la puerta se abre y Héctor me sujeta con sus fuertes brazos impidiendo que me caiga al suelo.

—Por los pelos —indica sonriendo de medio lado.

Me quedo hipnotizada con su mirada y no me salen las palabras. Mis ojos bajan hasta sus labios y, sin pensar, me lanzo a su boca. No sé qué es lo que me ha ocurrido, pero no me he podido resistir.

Al darme cuenta de que Héctor está rígido y no responde a mi beso, me pregunto si tal vez me he precipitado. ¡¿Qué estoy haciendo?! Justo cuando estoy a punto de separarme, él reacciona y besa mis labios con intensidad. Coloca sus manos en mi rostro, profundizando el beso y provocando que se me escape un gemido. Nadie me ha besado con tanta pasión, haciendo que mi cuerpo tiemble de deseo.

Por su culpa, he perdido la noción del tiempo hasta que unas voces al otro lado de la puerta hacen que nos separemos. Nuestra respiración está agitada y no podemos dejar de mirarnos a los ojos, sorprendidos por lo que acaba de ocurrir. A través de los tablones de madera, distingo una figura con la cabeza pegada a la puerta. ¿Nos habrá escuchado?

De repente me parece escuchar la voz de Paula y mi cuerpo se tensa ante la posibilidad de que entre en el cobertizo y nos descubra. Héctor coloca uno de sus dedos en mis labios para que me mantenga en silencio, y el tacto de su piel me deja paralizada hasta que escucho que mi amiga se ha marchado.

—¿Qué he hecho? —pregunto arrepentida en cuanto salgo de mi trance.

—Yo creo que está muy claro —contesta haciéndose el gracioso.

—¡No tiene gracia! —lo regaño mirándolo enfadada.

—En realidad, que la gatita devore al lobo feroz, es de lo más gracioso.

—Yo no...

—No te atrevas a mentirme a la cara, rubia —me advierte serio—. Los dos sabemos que te has lanzado a mi boca porque no te has podido resistir.

—¡Eres un grosero! —lo insulto.

—No lo dudo, pero en el fondo te gusta.

Lo miro haciéndome la ofendida, aunque en realidad tenga razón. ¿Cómo es posible que este maleducado me ponga tan nerviosa?

Abro la puerta del cobertizo con el cuerpo temblando y salgo huyendo muerta de la vergüenza. Mis labios todavía hormiguean con su tacto y mi cuerpo flota con cada paso que doy. Tengo que alejarme de él o será mi perdición.

Esa fue la primera vez que besé a Héctor, pero no la última. Cada vez que recuerdo ese primer encuentro, un calor sofocante recorre todo mi cuerpo.

Estoy tan concentrada en recordar esos momentos, que me asusto al escuchar el sonido del timbre. Miro el reloj y me sorprende al ver la hora que es.

—¡Hola, Santi! —saludo abriendo la puerta—. Me vas a matar, pero todavía no estoy

preparada. Entra un momento y en seguida salgo, ¿vale?

—Tranquila, tenemos tiempo —dice sonriéndome.

Salgo corriendo hasta mi habitación maldiciendo a Héctor y a sus recuerdos. Me arreglo en un tiempo récord y, cuando termino, salgo en su busca.

—Ya estoy lista, siento haberte hecho esperar —me disculpo.

—No te preocupes, *muller*. ¿Vamos? —pregunta ofreciéndome su brazo como todo un caballero.

—Vamos.

Hoy hemos quedado para comer en un restaurante en el casco histórico de Santiago de Compostela. Estoy completamente enamorada de la zona antigua de la ciudad, de sus calles empedradas y sus soportales.

La primera vez que entré en la catedral, me pareció majestuosa. Cuando vi volar el *botafoumeiro* a esa velocidad, tuve que contener el aliento. Santiago de Compostela tiene tantos rincones mágicos, que sin duda se ha convertido en mi ciudad favorita.

—Estás muy callada, ¿todo bien? —pregunta después de un rato.

—¡Sí, claro!

En cuanto aparcamos, callejamos por el centro hasta que llegamos al restaurante. Como siempre, la comida es deliciosa y, aunque Santi se burla de mí acusándome de comer como un «*paxariño*», tengo la sensación de que voy a explotar.

Después de degustar los deliciosos manjares de esta tierra, decidimos ir hasta el parque de la Alameda para bajar la comida. Es un lugar privilegiado que bordea una parte de la ciudad histórica y desde el cual hay unas preciosas vistas de la catedral. En el tramo final del paseo, hay un majestuoso eucalipto de más de ciento veinte años de antigüedad y unos cuarenta y cinco metros de altura. Su tronco tiene un perímetro de unos ocho metros y está rodeado por bancos. Me siento en uno de ellos para admirar el precioso paisaje y Santi se sienta a mi lado.

—Existe una tradición relacionada con este árbol.

—Ah, ¿sí? —pregunto curiosa mirándolo con interés.

—Las parejas suelen venir hasta aquí para rodear el árbol con la intención de renovar los votos matrimoniales o para declararse a la persona amada.

Mientras me explica la tradición de este precioso árbol, se acerca a mí lentamente. Desde que tuvimos nuestra primera cita, no hemos vuelto a hablar sobre nosotros y, aunque sé que siente algo por mí, me sorprende ver que ha dado este paso. En el instante en el que sus labios están a un centímetro de los míos, Santi se detiene. Sé que lo está haciendo para darme la oportunidad de detenerlo, pero decido no hacerlo.

Sus labios exploran mi boca lentamente, como si estuvieran descubriendo el mayor de los tesoros. En el momento en el que intensifica el beso, descubro lo bien que se le da, pero no puedo evitar compararlos con los de cierto motero que me vuelve loca. ¡Dichoso Héctor!

El sonido de mi teléfono hace que me separe de su cuerpo, como si de repente nuestros labios quemaran. Los dos nos miramos en silencio, sin saber qué decir. Es un momento un poco incómodo, por lo que aprovecho para contestar la llamada.

—¿Víctor? ¿Ocurre algo?

—Hola, Irene, estamos en el coche...

—¡Rubia! ¡He roto aguas! —grita Paula de fondo.

—¿Estás bien? —pregunto poniéndome en pie.

—Sí, o eso creo —contesta Víctor, nervioso.

—Rubia, me prometiste que volverías cuando me pusiera de parto. ¡Así que ya estás tardando

en traer ese culito respingón hasta Barcelona!

—¡Sí, señora! —exclamo riéndome.

—Perdónala, Irene. Es que está un poco nerviosa.

—Tranquilo. En cuanto pueda estaré por allí. Cuídala mucho.

Cuelgo la llamada y, nerviosa, empiezo a buscar por internet un billete de avión a Barcelona.

De repente me detengo al sentir una mano encima de mi brazo.

—¿Estás bien? —pregunta Santi preocupado.

—Mi amiga se ha puesto de parto y tengo que volver.

—¿Te marchas? —me giro al escuchar la decepción en su voz.

—Sí, le prometí que estaría con ella.

—Pero ¿volverás?

—¡Claro! Solo me iré unos días.

Santi me dedica una de sus preciosas sonrisas y juntos buscamos el primer vuelo hacia Barcelona. Por suerte, encuentro un billete para mañana a primera hora y hago la reserva sin dudarlo. En cuanto recibo en mi correo el billete, le pido que me acerque a mi casa para preparar una maleta de mano con mis cosas.

Después de lo ocurrido en la Alameda, la despedida resulta algo incómoda. Cuando Santi se acerca con la intención de besarme, por instinto giro la cara y recibo el beso en la mejilla. No quiero romperle el corazón, pero todavía tengo que pensar en lo que he sentido con ese beso.

—Mañana paso a buscarte y te llevo al aeropuerto —indica sonriéndome.

—No hace falta, llamaré a un taxi.

—Irene, quiero hacerlo —me dice muy serio.

—Está bien, nos vemos mañana.

Sé que tengo pendiente una conversación con él, pero en lo único en lo que puedo pensar ahora mismo, es en saber el estado de mi amiga y el de sus trillizos.

Después de cenar, mientras preparo la maleta con mis cosas, recibo un mensaje de Víctor informando que todo ha salido bien y que su «*valquiria*» se ha portado como una guerrera.

Al leer el mensaje, lloro de felicidad. Esta vez, son lágrimas de alegría al saber que mi amiga y sus bebés están bien y que finalmente tiene a su familia completa. ¿Lograré algún día formar una yo también?

Capítulo 4

Tal y como prometió, a la mañana siguiente Santi estaba esperándome en la puerta de mi casa para llevarme al aeropuerto. Aunque estuvo hablando durante todo el trayecto, se notaba cierta incomodidad entre nosotros. Está claro que, en cuanto vuelva, tenemos que hablar.

En cuanto me despido de él, localizo mi puerta de embarque y me siento en un banco a esperar. No tengo que facturar mi maleta, por lo que aprovecho y saco uno de mis libros de la mochila para distraerme con la lectura.

Al leer la misma frase diez veces, me doy cuenta de que mis nervios no dejarán que me concentre hasta que no vea a Paula y a los trillizos.

¡A quién pretendo engañar! Aunque no quiera admitirlo, mi alteración no se debe únicamente al reencuentro con mi amiga, ya que, en gran parte, mis nervios son culpa de alguien a quien temo volver a ver.

Dándome por vencida, cierro el libro con un suspiro al saber que seré incapaz de leer ni una sola página. Mientras espero, mi mente se empeña en recordarme otro incidente ocurrido en la boda de Sara.

Cuando Paula y Víctor vuelven a la mesa sonriendo como dos tontos con el pelo revuelto, comprendo lo que han estado haciendo. Poco rato después, aparecen los novios que, al parecer, tampoco han podido contener sus manos el uno del otro. Carlos, al darse cuenta de que todo el mundo ha dado rienda suelta a su pasión, decide ir con Javier para estrenar los lavabos.

Al escucharlos, no puedo evitar ruborizarme. Por mucho que lo intento, la educación estricta que me han dado mis padres hace que me muera de vergüenza con estas situaciones.

—Gatita, ¿tú no quieres ir al baño? —me pregunta Héctor alzando las cejas.

—¡Ni lo sueñes, cavernícola! —grito furiosa. ¿Qué se habrá pensado?

Me levanto de la mesa intentando aparentar indignación. En realidad, estoy huyendo porque, en el fondo, su propuesta no me ha parecido tan mala, y no quiero que los demás se den cuenta.

—Irene, tienes que contenerte. ¡Por Dios! Si me viera mi madre...

—Pero tu madre no está aquí.

Asustada, suelto un grito al darme cuenta de que no estoy sola. Héctor me mira divertido y su actitud hace que me enfurezca.

—¿Te estás riendo de mí?

—Dios me libre —contesta poniendo los ojos en blanco.

—¡Escúchame bien! —le advierto golpeando su duro torso con mi dedo—. No voy a permitir que te burles de mí. Soy una señorita y...

—Antes no parecías tan remilgada.

Mi mano sale disparada sin pensar en las consecuencias e impacta contra su cara. En cuanto me doy cuenta de lo que acabo de hacer, me arrepiento al instante de mi actitud. Aterrada, observo a Héctor acercarse lentamente hacia mí, mirándome con los ojos entrecerrados como si fuera su presa.

—Voy a pasar por alto tu arrebató, porque en el fondo me encanta que tengas las uñas tan afiladas, gatita.

Abro la boca para quejarme de ese maldito apodo, pero Héctor aprovecha mi despiste ese

momento para comerme la boca con ansia. A diferencia del anterior beso, este es rabioso y apasionado. Ambos nos mordemos los labios con furia, quedándonos sin respiración.

Sin darme cuenta, me dejo llevar por el momento hasta que siento una de sus manos en mi culo. Cuando consigo salir del estupor que provocan sus besos, lo aparto de un empujón. Los dos estamos algo aturridos y respiramos con dificultad, pero no nos movemos. A pesar de que mi cuerpo grita para que vuelva entre sus brazos, mi mente me ordena que me aleje de él.

—Yo...

—Ahora dime que no has sentido nada. Miénteme y dime que este beso no ha significado nada para ti.

Héctor me mira con anhelo y, antes de que le pueda contestar, se da media vuelta caminando hacia nuestra mesa. Me quedo unos instantes para tranquilizar mi agitado corazón y, cuando creo que he conseguido serenarme, vuelvo a la mesa con la poca dignidad que me queda.

En cuanto me siento, descubro a Paula mirándome con una sonrisita de suficiencia e imagino que sabe lo que acaba de ocurrir.

—Último aviso a los señores pasajeros del vuelo 7399 con destino Barcelona. Embarquen urgentemente por la puerta número 11.

¡Mierda! He estado tan absorta en mis recuerdos que no he estado pendiente de la megafonía del aeropuerto. Tomo mi pequeña maleta y corro hacia la entrada, disculpándome con la azafata por mi tardanza. Al entrar en el avión, la vergüenza me invade al notar que soy la última pasajera en abordar. ¡Tierra, trágame! Intento sentarme aparentando normalidad y, después de colocar la maleta en el compartimento superior, me pongo a leer fingiendo tranquilidad.

Cuando me doy cuenta de que los demás pasajeros ya no me prestan atención, respiro aliviada. ¿Cómo es posible que Héctor consiga alterarme incluso en la distancia? Sin duda, este hombre tiene la habilidad de hacer que mis neuronas se cortocircuiten y me impida pensar con claridad.

Una hora y media después, aterrizamos en el Aeropuerto del Prat. Tan pronto como nos permiten desembarcar, tomo mi maleta y salgo del avión. Una vez en la calle, me subo al primer taxi que veo y le indico que me lleve al hospital Sant Joan de Déu.

Sorprendentemente, el trayecto se me pasa en un suspiro. No sé si es porque el tráfico está más despejado de lo habitual o porque el miedo a encontrarme con él hace que desee retrasar lo inevitable.

Al llegar al hospital, pregunto por la habitación de Paula González, y la recepcionista, muy amable, me informa que está en la 535. Camino hacia el lugar que me ha indicado y, justo cuando pongo la mano en el tirador para abrir la puerta, esta se abre, mostrándome al responsable de mis preocupaciones.

—Has vuelto —murmura.

—Hola, Héctor. Sí, se lo prometí a Paula. Además, si se me hubiera ocurrido no venir, la loca de nuestra amiga hubiera sido capaz de tomar un avión recién parida para arrastrarme hasta aquí.

—La veo muy capaz —indica soltando una risita.

Su ronca risa y su delicioso aroma, hace que la piel se me erice y que me quede paralizada observándolo como una tonta.

—¿Cómo estás? —pregunta nervioso.

—¡Bien! —contesto demasiado eufórica—. Por fin he encontrado la paz que tanto necesitaba.

—Entiendo —murmura serio.

—Bueno, voy a ver a la recién estrenada mamá, antes de que salga a buscarme.

Rodeo su imponente cuerpo, pero en cuanto doy un paso para huir como una rata, su voz me detiene al instante.

—Me alegro de que hayas vuelto.

¡Dios! ¿Por qué me tiene que poner tan nerviosa con su sola presencia? Por mucho que intento que no me afecte, en cuanto lo tengo delante mi cuerpo se vuelve de gelatina.

—¡Eres tonta, Irene! —murmuro regañándome en cuanto entro en la habitación y lo pierdo de vista.

—¿Irene? ¿Estás bien?

Levanto la cabeza sorprendida al haber sido pillada y me encuentro con los felices papás mirándome fijamente. Víctor me observa con preocupación, mientras Paula me dedica una sonrisita de lo más sospechosa.

—¡Felicidades, chicos! —grito intentando disimular mi nerviosismo—. ¿Dónde están esos preciosos niños?

—Se los acaban de llevar para hacerles unas pruebas, pero creo que están tardando demasiado. Bombón, puedes ir a rescatar a nuestros bebés, ¿por favor? —le pide mi amiga haciendo pucheros.

—Cariño, los niños están en buenas manos.

Paula lo mira con los ojos entrecerrados, y me doy cuenta de que están teniendo una conversación sin pronunciar una sola palabra.

—Sí, tienes razón. Iré a hablar con las enfermeras —indica cambiando de opinión.

—Gracias, cielo —contesta de lo más melosa.

Tan pronto como Víctor cierra la puerta, mi amiga extiende los brazos y yo me lanzo a ellos con lágrimas en los ojos. ¡La he echado tanto de menos! Cuando nos separamos, Paula me mira con los ojos entrecerrados, y siento un escalofrío al verla tan seria. ¿Qué estará tramando la loca de mi amiga?

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Eso debería preguntártelo yo, ¿no crees? Acabas de traer al mundo a tres bebés.

—¡Bah! Eso no tiene importancia. ¿Has visto a Héctor?

—Sí, me lo he encontrado cuando se marchaba —contesto intentando disimular lo afectada que me he quedado al verlo.

—En realidad no se ha marchado.

—¿Cómo dices? —pregunto confundida.

—Ha ido a comprarme unas cosas, pero ahora volverá —indica sonriendo con picardía.

¿Volverá? Debo marcharme antes de que eso ocurra, porque no podría soportar otro enfrentamiento con él. Afortunadamente, antes de que mi nerviosismo me delate, mi amiga cambia de tema para hablarme de sus hijos.

Me emociono al escuchar cómo fue el parto y lo que sintió al ver a sus pequeños por primera vez. Las dos terminamos llorando: yo por mi sensibilidad y Paula porque, según ella, tiene las hormonas alborotadas.

Una vez que nos calmamos, le cuento lo bien que me va en Galicia y, como era de esperar, comienza a interrogarme.

—¿Cómo te va con Santi?

—He quedado varias veces con su grupo de amigos. ¡Son geniales!

—No te hagas la tonta conmigo, rubia, que yo no te he preguntado por sus amigos.

—Eres peor que un perro sabueso, hasta que no consigues a tu presa no paras, ¿no?

—Es una de mis virtudes —indica orgullosa.

—Hemos tenido algunas citas, pero desde que me confesó que le gustaba, no ha vuelto a mencionar el tema —le explico para satisfacer su curiosidad—. Pero ayer...

—¿Ayer...? —pregunta haciéndome gestos con las manos para que continúe.

—Fuimos a comer juntos y me besó justo antes de que me llamaras por teléfono.

—¿Te besó?! —grita abriendo los ojos como platos.

En ese instante, la puerta se abre dando paso a un sorprendido Héctor, que nos mira sin saber qué hacer.

—¿Interrumpo? —pregunta serio.

—Claro que no, vikingo. ¡Pasa! No te quedes ahí parado.

Héctor entra en la habitación con una expresión muy seria. ¿Habrá escuchado lo del beso? De todos los momentos en que podría haber aparecido, lo ha hecho en el peor posible.

—Irene me estaba contando lo bien que se lo ha pasado en Galicia. Los gallegos la han tratado genial, ¿verdad, rubia?

¡Tierra trágame! Retuerzo mis manos, nerviosa, y, sin saber qué decir, asiento con la cabeza. Afortunadamente, el sonido de la puerta abriéndose hace que desviemos nuestra atención hacia la entrada.

—¡Aquí están mis chicos! —exclama Paula al ver a Víctor con los trillizos.

Me acerco a las cunitas y miro a los bebés. Al verlos tan pequeños e indefensos, una lágrima se desliza por mi mejilla.

—Son preciosos —admito enamorada de esos tres angelitos.

—Lo sé. Nunca me hubiera imaginado que podría hacer algo tan perfecto —murmura mi amiga emocionada.

—Son tan perfectos como su madre —indica Héctor mirándolos con adoración mientras agarra una de sus diminutas manos.

—No podría estar más de acuerdo contigo, vikingo —admite Víctor besando a mi amiga con adoración.

No puedo evitar sentir envidia al ver lo enamorados que están. Aunque su relación no fue fácil al principio, han conseguido superar los obstáculos y formar esta preciosa familia.

Cuando los bebés se despiertan, no puedo resistir la tentación de sacarlos de sus cunas uno a uno y mecerlos en mis brazos, mientras los contemplo embelesada. Al darme cuenta de que me están observando, carraspeo nerviosa y coloco al más pequeño en los brazos de su madre.

—Esto... Me marcho ya porque estoy un poco cansada. Volveré por la tarde, ¿vale? —me despido caminando hacia la puerta.

—¿Quieres que te acerque? —pregunta Víctor.

—No te preocupes, puedo volver en taxi.

—De eso nada, rubia. Héctor me ha dicho que tenía que marcharse pronto, así que te puede acercar a tu casa, ¿verdad, vikingo?

Si fuera cierto eso de que hay miradas que matan, mi amiga ya habría caído fulminada en el suelo. El aludido la mira ceñudo, mientras yo la observo con la boca abierta, sin poderme creer su descaro.

—De verdad, no hace falta —indico para que él no se sienta obligado a llevarme.

—A él no le importa —insiste mi amiga.

—Sabes que está delante y que puede hablar por sí mismo, ¿verdad, cariño? —aclara Víctor poniendo los ojos en blanco.

—No hay problema, yo te llevo —accede Héctor.

—¡Genial! Hasta esta tarde —nos despide Paula haciendo gestos con las manos para que nos

vayamos.

Salimos por la puerta de la habitación en silencio. En cuanto entramos en el ascensor, me siento tan violenta que me pongo a hablar.

—No hace falta que me lleves. Pido un taxi y Paula no tiene porqué enterarse.

—He dicho que te llevo y yo nunca rompo una promesa —anuncia mirándome a los ojos.

¿Es posible que una sola mirada haga que tu cuerpo se derrita? Sí, es posible. Cuando Héctor me mira con esa intensidad, no puedo evitar imaginar cómo sería tener sus manos por todo mi cuerpo. De repente, comienzo a sentir mucho calor y rezo para que la puerta del ascensor se abra inmediatamente. Respiro aliviada al salir a la calle, pero en cuanto noto su mano en mi cintura para guiarme, el calor vuelve a aparecer.

—Es por aquí —anuncia.

Miro hacia el lugar donde señala y me sorprendo al ver su moto. ¿De verdad tengo que ir agarrada a su cintura? Siento pánico y no es precisamente por el medio de transporte.

—¿Has venido en moto? —pregunto aterrada.

—Sí, pero si no te gusta, siempre puedes llamar a un taxi —contesta molesto.

—Es que nunca me he montado en una —confieso.

Aunque es verdad que siento algo de respeto por ser mi primera vez, el verdadero motivo de mi miedo es otro. ¿Cómo voy a evitar que se dé cuenta de que mi cuerpo tiembla deseando el suyo? Solo de pensar que tendré que pasar todo el trayecto pegada a su espalda, siento que me voy a desmayar.

Héctor me mira entrecerrando los ojos y me acerca un casco para que me lo coloque. Lo agarro con manos torpes e intento abrocharlo, sin éxito. En cuanto se da cuenta de mi torpeza, se acerca para ayudarme. Lo tengo tan cerca que, su delicioso aroma hace que cierre los ojos para atesorar este momento. Huele tan bien que tengo que contenerme para no acercar mi nariz a su cuello.

—Lista —señala una vez que termina.

Aún atontada por su cercanía, lo observo mientras se coloca el casco con destreza. Sin mirarme, levanta su pierna con elegancia y se sube a la moto. ¡Madre mía! ¿Cómo es posible que, con ese simple gesto, me haya puesto tan...? «¡Caliente!», me grita la voz de mi conciencia.

Agarro la mano que me ofrece y subo detrás de él. Intento sujetarme a la parte trasera de la moto, pero Héctor coloca mis manos alrededor de su cintura y arranca el motor. Siento el calor de su cuerpo contra mi pecho y el ronroneo de la moto entre mis piernas. Este va a ser el trayecto más difícil de mi vida.

Capítulo 5

Héctor

Hoy mi mundo se ha vuelto patas arriba con su sola presencia. ¿Por qué estoy tan obsesionado por esta mujer? ¡Joder, podría estar con cualquiera! Pero en el fondo sé que cualquiera no me serviría. El trayecto hasta su casa está siendo un jodido infierno. Llevar a la rubia pegada a mi cuerpo durante todo el camino es una auténtica tortura. Sentir sus pechos en mi espalda y sus manos en mi cintura, hace que conduzca empalmado todo el trayecto.

Intento pensar en algo que no sea su cálido cuerpo pegado al mío y sin poderlo evitar, recuerdo el momento exacto en el que la he vuelto a ver. Cuando me la he encontrado al abrir la puerta, casi me trago la lengua de la impresión.

Todos estos meses he sentido ira y rabia. No estoy pasando por una buena época y saber que ella se marchó huyendo de mí, ha empeorado mi estado de ánimo. Solo he necesitado verla una vez, para volver a caer rendido a sus pies. Tengo que contenerme a toda costa; no puedo permitir que se dé cuenta de cuánto me afecta.

Salí del hospital tan enfadado, que deseé no encontrármela a la vuelta. No me gusta la sensación de debilidad que siento cuando la tengo delante y aunque, para variar mis deseos no fueron escuchados, no pude evitar alegrarme de volver a verla. ¡Joder, estoy tan confundido, que no me entiendo ni yo!

Así que, cuando Paula insistió en que la llevara a su casa, me jodió que intentara tenderme una trampa. Sin embargo, al notar la incomodidad de la rubia, decidí aceptar para continuar mortificándola.

¡Esta mujer me tiene completamente desconcertado! A veces creo que me mira con interés, pero luego tengo la impresión de que se siente incómoda a mi lado.

Escuchar su dulce voz mientras me guía hasta su casa hace que tenga que esforzarme al máximo para no detener la moto y besarla. Cuando me dice que hemos llegado, me quedo sin palabras. Sabía que sus padres tenían pasta, pero acabo de descubrir que les sale el dinero por las orejas.

Ante mis ojos tengo la casa más grande y lujosa que he visto en mi vida. Sabía que el barrio debía darme una pista, pero hasta que no nos hemos detenido delante de la mansión, no he sido consciente del poder adquisitivo de su familia.

Al ver tanto lujo a mi alrededor, no puedo evitar sentirme insignificante. Toda la vida me han tratado como a una rata, y cuando crecí, me prometí a mí mismo que nunca volvería a sentirme así. Pero al descubrir el mundo del que proviene la mujer que me vuelve loco, me doy cuenta de lo inalcanzable que es. Si tenía alguna duda de que no podría haber nada entre nosotros, ahora me ha quedado completamente claro.

Irene se mueve nerviosa en la moto, y ese simple gesto hace que me tense al sentir su cuerpo pegado al mío. Apoyo los pies en el suelo y le extiendo la mano para ayudarla a bajar.

—Gracias por traerme —indica en cuanto se quita el casco.

—¿Ha sido tan terrible el viaje en moto? —pregunto curioso.

—No, la verdad es que lo he disfrutado mucho. Me he sentido libre —confiesa poniéndose colorada.

Abro la boca para ofrecerme como su conductor siempre que lo necesite, pero, por suerte, antes de que cometa un error, un lujoso coche se detiene a nuestro lado, interrumpiéndome. El cristal oscuro empieza a bajar, revelando a una mujer preciosa que nos observa con desdén.

—¿Irene? —pregunta la desconocida.

—Hola, mamá —la saluda nerviosa.

—No sabía que habías vuelto. ¿Ya te has cansado de los campesinos?

—No, yo... solo he venido porque mi amiga Paula ha tenido a los bebés, pero en unos días me vuelvo a marchar.

Aunque ya lo imaginaba, siento un nudo en el estómago al escuchar que, en poco tiempo, se volverá a alejar de mí. Sé que es lo mejor, pero por un momento pensé que había decidido quedarse para siempre. Veo cómo su madre la mira con indignación, pero al notar mi presencia, su expresión cambia a una de desprecio.

—¿Y este quién es? ¿Qué haces con este macarra? —pregunta con cara de asco.

—¡Mamá! Es un... amigo —explica mirando al suelo.

—Últimamente solo te rodeas de chusma —expresa su madre con inquina.

Irene me mira avergonzada, pero yo ni me inmutó ante el comentario de su madre, ya que por desgracia estoy acostumbrado a que la gente me juzgue por mi aspecto.

—No tardes en entrar en casa, ya sabes que me gusta comer puntual.

—Tranquila, mamá, ahora iré.

Su madre hace un gesto despectivo hacia su chófer y este arranca hasta colocarse frente a la verja que rodea la casa. De inmediato, la puerta corredera se abre y el coche se pone en marcha, alejándose de nosotros.

—Una mujer muy... interesante —murmuro.

—Perdona sus comentarios. Mi madre es un poco...

—¿Estirada? ¿Clasista? ¿Esnob?

—No te pases, estás hablando de mi madre —la defiende sacando las uñas.

—Cierto, olvidaba que tú, al igual que ella, piensas que soy un... ¿cómo me llamaste? ¡Ah, sí! Cavernícola, exconvicto, ¿sigo?

—No es necesario —contesta avergonzada.

—Es mejor que me marche. Si no nos vemos, que tengas un buen viaje de vuelta —me despido.

Me coloco el casco con movimientos bruscos y la miro a los ojos antes de dar gas y mezclarme con la circulación.

Estoy furioso. Sin darme cuenta conduzco muy por encima de la velocidad permitida, casi duplicándola. Cuando soy consciente de mi irresponsabilidad, bajo las revoluciones y me paro en el arcén.

Observo mi alrededor y descubro que estoy en un lugar que no visitaba desde hacía mucho tiempo. Se trata de un pequeño mirador al que venía cuando me sentía triste o furioso. Por suerte, mi vida ha cambiado desde esa época y hasta ahora no había necesitado venir.

Aparco la moto y me siento en un banco admirando las vistas. Dejo el casco a un lado y desato mi pelo dejando que el viento lo revuelva. Paso las manos por mis mechones dándome pequeños tirones y suspiro intentando calmar mi estado de ánimo.

¿Por qué he dejado que esa esnob me hable así? Una vez me prometí que no volvería a permitir que nadie me hiciera sentir inferior y hoy he incumplido esa promesa.

Estoy seguro de que no me he defendido porque la persona que me ha faltado al respeto es la madre de Irene. Saber que ella tiene ese efecto sobre mí me pone muy nervioso. Definitivamente,

tengo que contenerme o acabaré perdiendo la cabeza por ella.

Capítulo 6

Mientras lo observo alejarse por la carretera, siento que un nudo me oprime el pecho. En el momento en el que he visto el modo en el que lo ha tratado mi madre, he recordado todas esas veces en las que he actuado de la misma forma.

De pequeña, no me gustaba que la gente me juzgara y odio saber que he actuado como mi madre. ¡Me arrepiento tanto de mi actitud infantil! No soporto pensar que lo he podido herir con mis palabras.

Este tiempo alejada, me ha servido para comprender que mi desprecio hacia él era consecuencia del miedo. Nunca había sentido esa fuerte atracción por nadie y no estaba preparada para dejarme llevar. Me asustaba cada vez que mis piernas temblaban con su sola presencia y no podía evitar alejarlo con mis dañinos comentarios.

Cada vez que lo tengo frente a mí, tengo que luchar entre lo que me pide mi cuerpo y lo que me ordena la cabeza. A pesar de lo tentador que es, siento pánico por caer en sus redes, porque sé que, si me dejo llevar, me arriesgo a que me rompa el corazón en mil pedazos.

Cierro los ojos rememorando el excitante paseo en moto. Los dedos me hormiguean recordando el tacto de su cazadora de piel y de su duro torso. Todavía siento el ronroneo entre mis piernas y el roce de mis pechos en su espalda. Estoy acalorada y frustrada al anhelar su contacto. Respiro con lentitud y todavía me parece sentir su delicioso aroma. Un pequeño gemido sale de mi boca deseando que nuestro encuentro hubiera terminado de otra forma.

—¿Ya se ha marchado ese exconvicto? —pregunta mi madre en cuanto entro por la puerta.

Me parece increíble que, después de los meses que he pasado fuera, esta sea nuestra primera conversación.

—Héctor es buena persona, mamá —la regaño.

—Pues a mí no me ha dado esa impresión.

—Odio cuando actúas así —indico pasando por su lado.

Camino enfadada, dejando a mi madre con la palabra en la boca, convencida de que, si me quedo a su lado, seguirá insultando a Héctor o intentará persuadirme para que vuelva con Borja. Como cualquiera de esas opciones me resulta un suplicio, me encierro en mi habitación para evitar escuchar su discurso.

Una vez dentro, me envuelve un silencio sepulcral y, lo que alguna vez fue mi hogar, ahora me parece un lugar frío y desolado. Me he acostumbrado a la calidez de la casa en Galicia, así como al canto de los pájaros y al cacareo de las gallinas de mi vecina Auria.

Me tumbo en la cama buscando un poco de tranquilidad y, cuando mi móvil suena con la entrada de un nuevo mensaje, alargo el brazo para cogerlo.

Sara:

¿Cómo te encuentras, Pauli?

Paula:

*Después de haber parido a tres bebés
tengo el chichi al rojo vivo.*

¿Cómo crees que estoy?

Carlos:

Demasiada información.

Irene:
Jajajajaja, qué bruta eres.

Paula:
A eso se le llama sinceridad.

Sara:
Irene, ¿por la tarde vas a ir al hospital?
Tengo ganas de verte.

Irene:
Sí, iré un rato. ¡Yo también tengo ganas de veros!

Sara:
Podríamos quedar para tomar algo antes de ir.

Paula:
Eso, traidoras. Quedad a echaros unas risas mientras yo estoy moribunda en el hospital.

Carlos:
¡Qué exagerada eres!

Sara:
No te enfades, mami chula.
Para compensarte te llevaremos un regalito.

Paula:
¡Yupiiii!

Carlos:
Eres como una niña pequeña.

Irene:
Chicos, luego hablamos. Estoy algo cansada y volver a ver a mi madre, me ha dejado agotada.

Paula:
¿Qué ha hecho ahora doña Sofía?

Irene:
Ha conocido a Héctor, así que mejor no quieras saberlo.

Paula:
Será tu madre, rubia, pero si le ha tocado

un solo pelo al vikingo, arderá Troya.

Carlos:

*Te has vuelto un poco agresiva desde
que eres madre, ¿no?*

Irene:

*Enviadme un mensaje con la hora
y nos vemos luego.*

Silencio el móvil para no tener más interrupciones y saco el portátil de mi mochila. A pesar de que me marché para cambiar de aires e intentar que las musas me inspiraran, no he escrito ni una sola palabra desde que llegué a Galicia. Cada vez que me sentaba delante del ordenador, mi mente se quedaba en blanco y por mucho que intentaba plasmar alguna historia, solo podía pensar en él.

De repente una idea aparece en mi cabeza. ¿Y si escribo una historia que tenga como protagonista a un vikingo motero? ¡Podría funcionar! Solo con pensar en Héctor, ya tengo material suficiente para escribir tres libros. Al no saber por dónde empezar, decido escribir pequeños relatos para luego formar una historia con todos ellos.

Sin darme cuenta, mis dedos se deslizan por el teclado sin dejar de escribir. Estoy tan metida en este relato, que suelto un grito al sentir un golpe en mi brazo.

—¡Joder! —grito asustada.

—Ay, hija. No seas ordinaria —me regaña mi madre poniendo los ojos en blanco—. Llevo un rato llamándote y estabas tan ensimismada delante del ordenador, que he tenido que golpearte.

—¿Qué quieres? —pregunto con la poca paciencia que me queda.

—¡No seas engreída, Irene! ¿Qué crees que quiero? Es la hora de comer.

—No tengo apetito —le informo.

—¿Es por esa *novelucha* que quieres escribir? No creo que valga tanto como para enfermarte.

—Mamá, por favor. Ya sé que para ti esto no es importante, pero necesito hacerlo. Más tarde comeré algo si tuviera hambre.

Antes de salir por la puerta, mi madre me dedica una de sus miradas altaneras. Soy consciente de que, si no fuera por su perfecta educación, se habría marchado dando un portazo, pero el protocolo es más fuerte que su cabreo.

En cuanto sale de la habitación, sigo escribiendo aprovechando que la inspiración me acompaña. No comprendo por qué no se me ocurrió antes esta idea.

Después de escribir unas cuantas páginas, siento una ligera vibración. Salgo de mi trance y me doy cuenta de que me están llamando por teléfono. Al mirar la hora, me sorprendo al ver que he pasado tres horas frente al ordenador. ¡Madre mía!

—¡Hola! —contesto al ver el nombre de Sara.

—Hola, cariño —me saluda—. Llevo un rato enviándote mensajes, pero no contestabas.

—¡Lo siento! Es que me he puesto a escribir y se me ha ido el santo al cielo.

—¡¿Has empezado a escribir?! —pregunta sorprendida.

—Sí, la inspiración me ha llegado de repente.

—¡Eso es genial! ¿Nos vemos en una hora y me cuentas de qué se trata?

—¡Perfecto! —contesto después de mirar el reloj.

—¿Te parece bien que quedemos en la cafetería que está cerca del hospital? Así podemos ir dando un paseo.

—Me parece genial, nos vemos allí en una hora.

Me muero de ganas de ver a mis amigos, pero me da lástima tener que dejar de escribir ahora que he encontrado la inspiración. Guardo el archivo y me meto en la ducha fantaseando con las miles de ideas que se me vienen a la cabeza al pensar en él.

Media hora después, no puedo evitar arreglarme con esmero por si me lo volviera a encontrar y, cuando tengo el bolso colgando del brazo y la puerta medio abierta, mi madre aparece.

—¿Te marchas?

—Sí, voy al hospital a ver a Paula.

—¿Otra vez? —pregunta molesta.

—Sí —contesto escueta mientras salgo por la puerta.

—¡No me dejes con la palabra en la boca, jovencita! —me regaña.

—Mamá, no tengo tiempo para esto. Luego hablamos, ¿vale?

—Desde que conociste a esas... amigas, te estás volviendo una maleducada. Por su culpa rompiste con Borja.

—Estás muy equivocada. El único culpable de nuestra ruptura fue él mismo, ellas solo me defendieron. ¿Acaso hubieras preferido que me hubiera hecho daño?

—¡No digas tonterías, querida! Borja no haría daño ni a una mosca, todavía no puedo entender por qué lo acusaste.

—No pienso perder el tiempo en contestarte, porque, aunque lo hiciera, seguirías defendiéndolo. Me marcho.

Cierro la puerta y, como me niego a tener la misma educación que ella, lo hago dando un sonoro portazo. En cuanto pongo un pie en la calle, sonrío sabiendo que mi madre estará furiosa por mi acto de rebeldía.

Por suerte, el taxi que había llamado se detiene frente a la casa y, después de indicarle la dirección, arranca y se aleja, evitando que tenga que volver a enfrentar a mi madre.

Gracias al poco tráfico, llego a la cafetería a la hora acordada. En cuanto entro, miro a mi alrededor buscando a Sara y, al verla sentada en una mesa, sonrío con alegría.

—¡Hola! —la saludo cuando me acerco.

—¡Irene! ¡Qué ganas tenía de verte, cariño! —dice mientras me da un fuerte abrazo.

—¿Carlos no ha venido? —pregunto cuando nos separamos.

—No, dice que tenía asuntos pendientes en el club, así que hemos quedado en vernos directamente en el hospital. ¿Cómo ha ido con tu madre?

—Ya te puedes imaginar —confieso poniendo los ojos en blanco—. Cómo siempre, me ha regañado y ha defendido a Borja. Ya estoy cansada.

—¡Normal! Sabes que nos tienes para lo que necesites, ¿verdad?

—Lo sé, no sabes cuánto te lo agradezco —admito.

—Bueno, ¡cuéntame! ¿Qué has escrito? —pregunta emocionada.

—Yo... esto... Solo han sido unos relatos.

—Debe ser algo que realmente te haya motivado, porque, si no recuerdo mal, nos dijiste que no habías escrito nada en Galicia.

—Supongo —confieso nerviosa.

—¡Qué misteriosa estás! —me acusa riéndose.

Me aterra que descubran que estoy inspirándome en Héctor y, aunque sé que no me juzgarán, no puedo evitar sentirme avergonzada por ello.

Sara, al ver mi incomodidad, cambia de tema hablándome de Marcos y de la pequeña Elena. Parece que, desde que aprendieron a comunicarse y a ser sinceros, resolvieron todos sus problemas y ahora son más felices que nunca. Aunque me alegro mucho por ellos, no puedo evitar sentir una punzada de celos cuando me habla de su hermosa familia.

Después de ponernos al día, pagamos la cuenta y nos marchamos al hospital. De camino, mi cuerpo tiembla nervioso, pensando en la posibilidad de volver a encontrarme con él. Pero al entrar en la habitación, siento una pequeña decepción al ver que solo están los recién estrenados papás.

—¡Hola, chicas! ¿Ya os habéis tomado ese café a mi salud? —pregunta Paula haciéndose la enfadada.

—¡Venga, Pauli! Tú has visto a Irene esta mañana y yo tenía ganas de estar con ella un rato.

—¡Está bien! —indica extendiendo los brazos—. ¿Y mi regalo?

—¡Pelirroja! —la riñe Víctor mirándola con cariño.

—¿Qué? Sara prometió que traería un regalo, ¿verdad?

—El regalo es de parte de los tres, así que tenemos que esperar a que llegue Carlos.

—¡¿Qué?! ¿De verdad tenemos que esperar? —pregunta poniendo morritos.

Sara y yo nos reímos a carcajadas al verla hacer pucheros, mientras Víctor la regaña con cariño.

—¡Hola a todos! Es horrible buscar aparcamiento en esta zona. Llevo más de...

—Que sí, que sí, Carlitos. Siéntate que voy a abrir vuestro regalo —expone una impaciente Paula.

—Anda, toma —le dice Sara partiéndose de risa mientras se lo entrega.

Paula toma la caja y la abre con impaciencia. Al levantar la tapa, se lleva la mano a la boca y sus ojos se llenan de lágrimas.

—¡Madre mía! —lloriquea.

—¿Cariño, estás bien? —pregunta Víctor preocupado.

Cuando ella le muestra el contenido de la caja, él también se emociona. Paula saca la cadena con manos temblorosas y la observa llorando. El colgante es de oro y lleva la silueta de tres niños tomados de la mano. En la parte delantera están grabados los nombres de cada uno de sus hijos, mientras que en la trasera lleva la fecha de su nacimiento.

—¡Qué bonito, chicos! —grita emocionada—. Muchas gracias.

—¿Puedo grabarte llorando? —pregunta Carlos bromeando.

—¡Ni se te ocurra! —lo amenaza sorbiendo por la nariz—. ¡Son estas dichosas hormonas que no me dejan tranquila!

Víctor se acerca a su chica y la abraza con ternura, consolándola. ¡Son tan bonitos juntos! ¿Quién le habría dicho a mi amiga hace un año que hoy estaría tan feliz, en los brazos del amor de su vida?

Una vez que Paula se calma, hablamos de nuestras cosas y nos ponemos al día. Sara, al recordar nuestra conversación en la cafetería, les cuenta con orgullo que ya he comenzado a escribir.

—¡Esa es una muy buena noticia! —exclama Paula.

—¿Has conseguido salir del bloqueo? —pregunta Carlos sorprendido.

—Sí, aunque solo han sido unos fragmentos —contesto vergonzosa.

—Me muero de ganas de leer lo que has escrito —indica Paula.

—Es algo sin importancia —confieso intentando que cambien de tema.

—Eso no es cierto, si ha conseguido inspirarte, tiene que ser algo fascinante —analiza Carlos

pensativo.

—Eso le dije yo —lo apoya Sara.

—No, de verdad...

—¡Ya te digo! Tiene que ser algo increíble —continúa Paula.

—Yo...

—Me muero de ganas de saberlo —apunta Sara.

—¡Venga, rubia! Que nos tienes en ascuas.

—¡Me he inspirado en Héctor! ¿Vale? —suelto cansada del interrogatorio.

—¿El vikingo? —pregunta un sorprendido Carlos.

—Vaya, vaya. Muy interesante —murmura Paula.

Coloco las manos frente a mis ojos para ocultar la vergüenza de haber sido descubierta, cuando un carraspeo interrumpe este incómodo momento.

De repente, todos se quedan en silencio. Aparto las manos de mi cara, rezando para que no sea quien pienso, y al ver de quién se trata, deseo que la tierra se abra y me trague de una vez.

—Hola —nos saluda Héctor desde la puerta—. ¿Puedo entrar?

—¡Pasa, vikingo! Llegas en el momento adecuado —suelta la descarada de mi amiga.

—¿Sí? —pregunta él frunciendo el ceño confundido.

—¿Nunca has pensado en ser actor, modelo o... muso? —pregunta Carlos bromeando.

¡No sé dónde meterme! Por la cara de confusión de Héctor, descubro que, por suerte, no ha escuchado nuestra anterior conversación.

—Nada, no les hagas ni caso —indico nerviosa.

Paula me mira con las cejas levantadas y una sonrisa maliciosa. Aliviada, suelto el aire que había estado conteniendo al darme cuenta de que, por ahora, mi amiga se mantendrá en silencio.

Afortunadamente, después de esta situación tan embarazosa, todo vuelve a la normalidad y nuestra atención se centra en mimar a los bebés.

Balanceo mi cuerpo con Enzo en mis brazos y sonrío con ternura al ver cómo saca su diminuta lengua.

—Te queda muy bien.

Doy un respingo al escuchar su voz ronca demasiado cerca y, al girarme, descubro que su cabeza se asoma por encima de mi hombro. Carraspeo nerviosa y le entrego el bebé a su madre.

—Creo que tiene hambre —indico excusándome—. Además, está a punto de terminar el horario de visitas y tendríamos que marcharnos.

—Héctor, ¿podrías llevar a Irene? —pregunta Paula moviendo las pestañas aparentando inocencia.

—Imposible, hoy no me va bien —se excusa.

—No importa, llamaré un taxi —contesto molesta al ver su actitud.

—¡No digas tonterías! Si te viene de paso —le regaña Paula haciendo que ponga los ojos en blanco al darme cuenta de su estrategia.

—¡Está bien! —termina accediendo—. ¡Vámonos!

Antes de salir por la puerta, lanzo una mirada mordaz a mi amiga, pero la muy insensata, me sonrío de oreja a oreja.

Salgo al pasillo intentando seguir el paso de Héctor, que camina enfadado con grandes zancadas. Solo consigo alcanzarlo cuando se detiene frente al ascensor, esperando que llegue a nuestra planta. Cuando las puertas se abren y Héctor entra en el cubículo sin mirarme, estoy furiosa.

—Si te supone un sacrificio, no es necesario que me lleves a casa —suelto enfadada por su

actitud.

—Se lo he prometido a la pelirroja.

—¡Me importa un bledo lo que le hayas prometido! —exploto.

—¡Yo no rompo nunca mis promesas!

—¡Y dale con las promesas! ¡Pues yo no quiero ser una molestia para nadie!

—¡No eres una molestia!

—¿¡Entonces qué te pasa conmigo!? —pregunto fuera de mí.

—¡Nada!

—¿¡Nada!? ¡No hay quien te entienda!

—¡Eres una desagradecida!

—¡Y tú un idiota!

—¡A la mierda! —grita desconcertándome.

Al instante, me aprisiona contra las paredes del ascensor haciendo que mi cuerpo tiemble de anticipación.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunto con la voz temblorosa al ver que coloca sus brazos a cada lado de mi cabeza, enjaulándome entre ellos.

—Lo que tendría que haber hecho en cuanto te vi esta mañana.

Capítulo 7

Héctor se lanza a mis labios y los devora desesperado. Abro mi boca dejando paso a su intrépida lengua y esta no se hace esperar. Nuestras respiraciones se aceleran y nuestras manos se vuelven más hábiles. Al notar su erección presionando mi estómago, un gemido se escapa de mis labios, y, de inmediato, caigo en una especie de trance, perdiendo por completo la noción del tiempo.

Aunque mis ojos están cerrados, tengo la sensación de que todo gira a mi alrededor. Es como si me encontrara dentro de un torbellino y estuviera atrapada dentro de su vórtice.

De repente, el sonido de la campana hace que volvamos a la realidad y que nos separemos respirando con dificultad.

Las puertas del ascensor se abren, dando paso a una pareja de ancianos, pero, aunque ya no estamos solos, no podemos apartar la mirada el uno del otro.

—Ay, Roberto. ¿Recuerdas cuando me mirabas así?

—¿De qué forma, cariño? —pregunta el aludido.

—Como si te estuvieras muriendo de hambre y solo yo pudiera saciar tu apetito.

—Tú siempre serás mi plato preferido, amor mío.

Parpadeo sorprendida por la conversación de la pareja, y, como si en ese momento fuera consciente de su presencia, los miro con atención. La mujer nos observa con una sonrisa dulce, y no puedo evitar devolvérsela.

—Nunca dejéis que esa pasión que sentís se apague —nos aconseja antes de salir.

Me quedo perpleja por sus palabras mientras los veo alejarse, tomados de la mano. Héctor sale del ascensor furioso y yo lo sigo, desconcertada por su actitud. ¿Por qué está tan enfadado? Hace un momento me devoraba y ahora ni siquiera se digna a mirarme.

—¿Ocurre algo? —pregunto en cuanto llegamos a su moto.

—No —contesta seco mientras me entrega el casco.

—Héctor, ¿me puedes mirar?

Cuando levanta la cabeza y me mira a los ojos, me sorprendo al ver una mezcla de rabia y anhelo en ellos.

—No te entiendo, la verdad. Hace un momento estabas...

—¡Olvídate de lo que acaba de pasar, porque nunca tendría que haber ocurrido! —me interrumpe furioso.

—¿Por qué? —pregunto decepcionada.

—Porque no pegamos ni con pegamento, rubia —escupe enfadado.

Sus palabras se me clavan el pecho, dejándome con una profunda decepción. Supongo que todavía cree que soy una niña pija y, aunque sé que es por mi culpa, esperaba que pudiera ver más allá y conocer a la verdadera Irene.

—Entiendo —asumo mirando al suelo—. Será mejor que llame a un taxi.

Me doy media vuelta para marcharme, pero antes de que pueda dar un solo paso, me detengo al sentir que me agarra del brazo y me acerca a su pecho.

—Súbete a la moto —ordena con los dientes apretados—. Te dije que siempre cumplo mis promesas.

Aunque lo hace con la intención de intimidarme, el sonido de su voz susurrando cerca de mi oído hace que se me erice la piel. Héctor se aparta de mí bruscamente y sube a su moto. Al darme cuenta de que, para él, solo soy una promesa por cumplir, trago el nudo que tengo en la

garganta tratando de no llorar.

Cuando arranca, me subo y me agarro a la parte trasera. Estoy tan al límite que, si tocara su cuerpo, perdería la compostura y dejaría escapar todas las lágrimas que estoy conteniendo.

Agradezco la escasez de tráfico, que nos permite llegar a casa de mis padres en un tiempo récord. Me bajo de la moto y lo enfrento hasta que me devuelve la mirada. Durante todo el trayecto he tratado de comprender por qué ha reaccionado así, pero por más que lo pienso, no logro entender sus motivos.

—No sé lo que te pasa conmigo, pero...

—Como siempre te crees el centro del universo, princesita.

—No entiendo por qué me has besado si me desprecias tanto —escupo enfadada.

—¡Solo ha sido un puñetero beso! ¿Vale? No te creas tan especial. Me apetecía besarte y lo hice. Tú lo disfrutaste igual que yo, así que no creo que tengas quejas al respecto.

—Eres un...

—¿Cavernícola, delincuente, maleducado? Ya me ha quedado claro. Vete, niña rica, no te conviene estar en mi compañía.

Lo observo impactada y, mientras asimilo sus palabras, lo veo alejarse, dejándome con la palabra en la boca. De repente, las lágrimas que estaba conteniendo, se derraman sin control.

La melodía de mi móvil me saca del trance en el que estaba sumida. Con movimientos lentos, miro la pantalla y veo que es Sara quien está llamando.

—Hola —contesto entre hipidos.

—Cariño, ¿estás bien? —pregunta preocupada.

—No, pero lo estaré —la tranquilizo.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Por qué lloras?

—Héctor... él... me ha besado.

—¿Tan mal lo hace? —inquieta intentando bromear.

—A lo mejor la que besa mal soy yo.

—¡No digas tonterías! ¿Por qué dices eso?

—No lo sé. Me besó y después me miró furioso. No sé qué hice para provocarlo.

—No intentes entender a los hombres, porque te volverás loca —me aconseja suspirando.

—Tengo que marcharme.

—Tranquila, hablamos mañana.

—No, me refiero a que vuelvo a Galicia. Tengo todas mis cosas allí y...

—Y necesitas huir de él —termina diciendo mi amiga.

—Sí —acepto derrotada—. Mañana iré a despedirme de Paula y subiré al primer avión que encuentre.

—Sabes que se pondrá hecha una furia, ¿verdad?

—Lo sé, pero intentaré que comprenda mis motivos. —Sonrío limpiándome las lágrimas.

—Cariño, a pesar de que te echaremos mucho de menos, si lo que necesitas es distanciarte de él, adelante.

—Gracias, Sara. Mañana nos vemos.

Entro en casa de mis padres de puntillas, intentando no hacer ruido. Lo último que necesito en este momento es que mi madre me vuelva a atosigar con sus preguntas. Pero, cuando escucho sus pasos acercándose, me doy cuenta de que hoy no es mi día de suerte.

—¿Intentas evitarme? —me acusa con los brazos cruzados.

—No, mamá —miento, poniendo los ojos en blanco al darme cuenta de que me ha pillado.

—¡A mí no me mires así, jovencita! Veo que has olvidado la educación que te dimos tu padre

y yo.

—Mamá, no me apetece pelear contigo. Me voy a dar una ducha y a mirar mi billete de avión.

—¿Te vuelves a marchar?! —pregunta sorprendida.

—Ya te dije que había venido para ver a mi amiga.

—Claro y a tu familia que les parta un rayo, ¿verdad?

—Es tarde y estoy cansada. Ha sido un día duro.

Me siento orgullosa de mí misma. Nunca hubiera imaginado que sería capaz de dejar a mi madre con la palabra en la boca. Al parecer, ella está tan sorprendida como yo, porque, antes de cerrar la puerta de mi habitación, la veo mirándome perpleja desde el pasillo.

Mientras me doy esa ansiada ducha, su recuerdo invade mi mente. ¿Por qué ha cambiado de actitud conmigo? Cuando me besó en el ascensor, sentí su necesidad, como si se hubiera estado conteniendo durante mucho tiempo. Sin embargo, después se mostró distante y enfadado.

Su indiferencia al decir que para él no había sido para tanto, hizo que me sintiera como una idiota y algo dentro de mí se rompió. Nadie me había hecho sentir tanto con un simple beso, y eso lo hizo inolvidable. Me duele pensar que para él no ha sido tan especial.

En cuanto salgo de la ducha, enciendo mi portátil, me coloco los auriculares y coloco mis dedos en el teclado para seguir con la historia. Leo el último párrafo, pero por más que lo intento, no logro escribir ni una sola palabra. ¡Maldito Héctor y sus besos!

De repente, recuerdo ese erótico momento en el ascensor y, sin pensarlo, mis dedos empiezan a escribir todas mis sensaciones. Su perfume varonil, el cosquilleo de su barba, el tacto de sus dedos... Cuando termino de teclear, mi cuerpo está en llamas. Es una sensación a la que no estoy acostumbrada y por eso me siento un poco incómoda.

Para calmar mi estado, entro en el navegador y busco un vuelo a Galicia. Después de mirar en varias compañías aéreas, encuentro uno para mañana a las tres de la tarde. ¡Perfecto! Pasaré la mañana en el hospital y después iré al aeropuerto y comeré algo por allí.



A la mañana siguiente me levanto temprano y me marchó sin hacer ruido. Puede parecer que soy una mala hija, pero no me apetece volver a pelearme con mi madre. Hoy me he despertado de buen humor y quiero seguir estándolo. Así que, aunque sé que no lo entenderá y que pondrá el grito en el cielo, le he dejado una nota despidiéndome de ellos.

Cuando el taxi me deja en el hospital, entro en la habitación de Paula y la encuentro amamantando a sus bebés. La observo con atención y sonrío al ver la felicidad en su rostro. La escena es tan tierna que una lágrima se desliza por mi mejilla. ¡Quién me iba a decir que Paula sería una madre tan cariñosa!

—Hola, rubia —me saluda Paula sonriéndome en cuanto se da cuenta de mi presencia—. ¿Estás bien?

—Sí —la tranquilizo limpiándome la cara.

—Has venido muy temprano —indica extrañada.

—Sí, esto... —comienzo a justificarme.

—¿Qué ocurre? —pregunta con sospecha.

—Verás, tú estás muy bien atendida y yo...

—¡Dispara, rubia! —me exige.

—Hoy vuelvo a Galicia.

—¿¡Cómo!? —grita confundida incorporándose en la cama.

—Antes de que te pongas hecha una furia, quiero que sepas que es algo que necesito hacer.

Tengo que alejarme...

Paula me mira con incredulidad mientras le cuento nuestro beso y su posterior cambio de actitud y, por sorprendente que parezca, me escucha sin interrumpirme.

—Necesito marcharme. Allí estoy más tranquila y ahora mismo es lo que necesito.

—Pero en Galicia no escribiste nada. En cambio, aquí has conseguido hacerlo —indica intentando hacerme cambiar de opinión.

—Lo sé, pero tengo que distanciarme para olvidarme de él.

—Déjame que hable con Héctor, seguro que...

—¡No! Por favor, Paula —le suplico—. No quiero que te metas en esto, ni que intentes hacerle cambiar de opinión.

—No te prometo que pueda quedarme completamente callada, pero te apoyaré en tu decisión —murmura derrotada.

—Gracias por comprenderme. —La abrazo con delicadeza para no chafar a los bebés.

Pasamos toda la mañana hablando y haciendo arrumacos a los trillizos, hasta que llega la hora de irme al aeropuerto. Cuando Paula me abraza y me hace prometer que no tardaré en visitarlos, no puedo evitar llorar. Aunque necesito tomar distancia, los voy a echar mucho de menos.

Salgo a la calle agradeciendo al universo por no haberme cruzado con él nuevamente. Mi taxi se detiene frente al hospital, y justo cuando abro la puerta, escucho el rugido de una moto. Se me eriza la piel al pensar que podría ser Héctor, y al girarme, compruebo que efectivamente es él.

Rápidamente entro en el taxi y me agacho como si fuera un delincuente. Le doy la dirección al conductor y le pido que arranque de inmediato. Una vez que estamos en movimiento, me coloco bien y miro por la ventana trasera. A lo lejos, veo al responsable de mis problemas, mirándome perplejo desde la distancia. Me doy la vuelta, fijando la vista al frente y cierro los ojos para borrar su rostro de mi mente.

En cuanto llegamos al aeropuerto, busco algún lugar para comer. Me siento en un restaurante y pido un bocadillo. Saco mi portátil para seguir escribiendo, pero cuando no logro continuar esos fragmentos, lo apago enfadada. ¿Es posible que solo pueda escribir estando cerca de él? El sonido de mi móvil hace que me distraiga de mis pensamientos.

Santi:

¡Hola preciosa! ¿Ya estás en el aeropuerto?

Ayer, cuando compré el billete, le envié un mensaje para avisarle de mi vuelta. Santi ha pasado a ser alguien importante en mi vida, por lo que, desde que me marché, hemos estado en contacto.

Irene:

¡Hola! Sí, aquí estoy haciendo tiempo hasta que salga el avión.

Santi:

Perfecto, cuando llegues te estaré esperando en el aeropuerto. Seré el tío guapo y simpático que te recibirá con una sonrisa en la cara.

Irene:

Ya te dije que no hacía falta que vinieras a buscarme.

Santi:

Lo sé, pero yo quiero hacerlo. Te he echado de menos.

Irene:

Solo he estado fuera un día.

Santi:

Pues eso, ¡una eternidad!

Irene:

En un rato nos vemos, exagerado.

Sonríó con sus bromas, lamentando no haber conseguido sentir algo más allá de una simple amistad por él. Por un momento, llegué a pensar que lo veía de otra manera, pero al volver a encontrarme con Héctor, me he dado cuenta de que eso es imposible. Mientras sienta algo por él, no seré capaz de empezar una relación con nadie más.

Después de comer, enciendo mi *ebook* para dejar de pensar en él y leo un libro al que le tenía muchas ganas. Necesito distraerme hasta que anuncien mi puerta de embarque o si no me volveré loca.



Ha sido un vuelo muy tranquilo. He pasado todo el trayecto leyendo, ajena a todos mis problemas, hasta que el piloto ha anunciado que aterrizaremos a la hora prevista.

En cuanto el avión se detiene, saco mi maleta del compartimento superior, ahorrándome la interminable cola de la cinta transportadora.

Al traspasar la puerta corredera de cristal, busco con la mirada a Santi y cuando lo localizo y descubro que me espera con un gran cartel en la mano, una carcajada espontánea se escapa de mi garganta al leer lo que ha escrito: «Busco a la señorita Irene, la catalana más guapa de toda Barcelona».

—¡Estás loco! —lo acuso lanzándome a sus brazos.

—Eso dicen —contesta partiéndose de risa.

—¿Llevas mucho rato esperando?

—No, acabo de llegar. Venga, vámonos.

Santi me ofrece su brazo y yo lo agarro sin pensármelo. Caminamos hacia el aparcamiento y,

mientras me interroga sobre mi viaje exprés a Barcelona, me doy cuenta de que ha sido muy buena idea volver.

Capítulo 8

Héctor

—¿Sabes que eres un idiota? —pregunta mi amiga a modo de recibimiento.

—Gracias, yo también te quiero.

—No estoy bromeando, vikingo.

La miro sorprendido al ver lo seria que se ha puesto y, aunque imagino el motivo de su enfado, decido hacerme el tonto. Soy consciente de que no me va a servir de nada, pero no me apetece discutir con ella.

—No sé a qué te refieres.

—Héctor —me amenaza señalándome.

—¿Tu amiga la rubia ya te ha ido con el cuento? No sabía que, además de ser una niña rica, también era una chivata.

—No te pases ni un pelo —me advierte.

—¡Está bien! ¿Qué quieres que te diga, pelirroja? ¡La cagué! No tendría que haberla besado —termino murmurando.

—¡Por supuesto que la has cagado! Pero no por lo que tú crees.

—Me he perdido.

—Tu error no fue besarla, sino dejarla marchar.

—¿Dejarla marchar? —pregunto confuso.

—¡Por tu jodida culpa ha vuelto a Galicia!

—No entiendo qué tengo que ver yo en esa decisión.

—Madre mía, ¡qué voy a hacer contigo! —me regaña poniendo los ojos en blanco—. Después de una eternidad conteniéndote, decides lanzarte y haces que ella necesite volver a escapar de ti. ¿Qué coño hiciste?

—Es lo mejor.

—¡¿Tú te estás oyendo?! ¡¿Por qué dices eso?!

—¡Porque ella estará mejor sin mí!

—¡Tú eres idiota! —grita entrecerrando los ojos.

—He visto de donde viene. Sus padres tienen una jodida mansión y yo no le puedo ofrecer nada. A mi lado nunca estará segura porque mi pasado siempre me perseguirá.

—En algo tienes razón. Si crees que Irene te va a juzgar por tus riquezas o propiedades, entonces no la mereces. Verla irse tan destrozada me ha roto el corazón y aunque te quiero, el hecho de que tú seas el responsable hace que quiera romperte las piernas.

—Si tienes ganas de desmembrar a alguien, significa que ya te encuentras mucho mejor —bromea Víctor entrando en la habitación—. Hola, vikingo. Algo muy grave has tenido que hacer para cabrear tanto a mi chica.

Observo con algo de envidia a la parejita feliz mientras se hacen arrumacos. Doy media vuelta huyendo como el cobarde que soy, pero antes de salir por la puerta, escucho la advertencia de mi amiga.

—Te quiero mucho, Héctor. Pero no te voy a permitir que le hagas más daño. Si vas a ir a por la rubia, hazlo con todas las consecuencias. Pero si no eres capaz, retírate de una vez y déjala

que rehaga su vida.

Asiento ante sus palabras y me marchó de allí con el rabo entre las piernas. ¡Joder con la pelirroja! Cuando quiere sabe meter el dedo en la llaga.

Salgo a la calle y arranco mi moto. Circulo por el tráfico y me dirijo a mi lugar especial, ese que, desde que la he vuelto a ver, visito más a menudo. Me paro en el acantilado y me siento en el banco admirando la ciudad.

Pensar que ella está sufriendo por mi culpa, hace que un fuerte dolor me atravesase el pecho. ¿Qué coño me está pasando? Sentir que no puedo controlar esta sensación, es algo que no me gusta. Lo mejor que he podido hacer es alejarme de ella, pero saber que es lo correcto, no lo hace más fácil.

Aunque he intentado quitarle importancia, besarla ha sido una puta pasada. Cuando toqué sus labios, mi cuerpo comenzó a temblar y, si no hubiera sido por la interrupción de la pareja de ancianos, dudo mucho que hubiera podido contenerme.

El trayecto hasta casa de sus padres me sirvió para pensar y tomar la decisión de alejarla de mí. Ella merece una vida tranquila y llena de lujos, y no una llena de mierda como la mía. Últimamente, algunos problemas del pasado se están colando en mi vida y sé que, en algún momento, me estallarán en la cara.

Suspiro cerrando los ojos pensando en si alguna vez el universo permitirá que sea completamente feliz. Una risa cansada sale de mi garganta sabiendo la respuesta. No, nunca seré feliz, pero dejaré que ella lo sea.

Capítulo 9

Han pasado dos semanas desde que volví de Barcelona y no he podido dejar de pensar en él. Por mucho que lo he intentado, no lo he conseguido. Tampoco he vuelto a escribir ni una sola palabra y eso me preocupa. Ni siquiera este lugar, que tanta paz me había dado, consigue tranquilizarme.

—Bos días, *miña nena*.

—Buenos días, Auria.

Como cada mañana, estoy sentada en la pequeña mesa del patio buscando inspiración, pero mi cabeza sigue en blanco.

—¿Te pasa algo? Desde que llegaste te veo muy triste.

—Estoy bien, pero echo de menos a mis amigos.

—¿Solo a tus amigos? —pregunta mirándome a los ojos.

A veces pienso que Auria tiene algo de las *meigas* que cuentan las leyendas gallegas. Cuando me mira de esa manera tan profunda, me da la sensación de que es capaz de leerme por dentro.

—No sé a qué te refieres —expongo haciéndome la tonta.

—Tú te crees que soy *parva*. Me encantaría que fueras la novia de mi Santiaguíño, pero sé que eso no va a pasar. Tú llegaste a la aldea con el corazón ocupado y, mientras tenga dueño, nadie podrá sustituirlo.

—Es complicado —admito derrotada.

—*O que ten cu, ten medo* —dice dejándome descolocada.

—No te entiendo —confieso riéndome.

—Es un refrán gallego que significa: El que tiene culo, tiene miedo.

—¡Pero si todos tenemos culo! —exclamo entre carcajadas.

—Eso es. Todo el mundo tenemos uno, por lo que todos sentimos miedo en algún momento y eso no es malo. Lo malo es que ese miedo te haga huir sin luchar por lo que te importa.

Auria me sonríe con esa ternura que incita a achucharla entre los brazos. Después de escuchar sus sabias palabras, no puedo hacer más que mirarla con admiración. ¿Quién me iba a decir que esa pequeña anciana tendría tanta sabiduría?

—Gracias por todo, Auria. Te echaré mucho de menos —indico segura de la decisión que acabo de tomar.

—Lo sé, *rapaciña*. Yo también te extrañaré. Solo espero que algún día vuelvas a visitarnos.

Me despido de ella con un fuerte abrazo y, cuando nos separamos, ambas nos miramos emocionadas. Auria, después de soltarme un «*Marcho que teño que marchar*», se vuelve por donde ha venido.

Entro en el navegador y, nerviosa, busco mi billete de vuelta. Tengo suerte y encuentro uno para el día siguiente, así que no me lo pienso más y, antes de arrepentirme, le doy al botón de comprar. ¡Se terminó eso de huir! Tengo que empezar a enfrentar mis problemas y a construir la vida que quiero.

Una vez que descargo el billete, entro en una página de alquiler de pisos. Si quiero comenzar una nueva vida, tengo que hacerlo desde cero, y eso significa independizarme de mis padres. Estoy convencida de que, si continúo viviendo bajo su techo, seguiré dejándome influenciar por ellos.

Después de una exhaustiva búsqueda, encuentro un pequeño estudio. Aunque tengo algo de

dinero ahorrado y que el precio del alquiler no es demasiado alto, soy consciente de que tendré que buscarme un trabajo.

Decidida, llamo al propietario y llegamos a un acuerdo más rápido de lo que pensaba. Hemos quedado mañana para ver el piso y, en el caso de que me guste, firmaremos el contrato. Lo bueno que tiene, además del precio y de su céntrica ubicación, es que está completamente amueblado, por lo que podré mudarme de inmediato.

Apago el ordenador sintiéndome orgullosa. Hasta ahora, he dependido de mis padres y, aunque estoy un poco asustada, me ilusiona poder tomar las riendas de mi vida.

Con energías renovadas, me subo al coche dirección a Padrón, para ver a Santi. Sé que va a ser duro despedirme de él, pero no me puedo marchar sin darle una explicación.

Aparco delante de su tienda y lo observo desde el escaparate. Al instante, él se da cuenta de mi presencia y, con su inseparable sonrisa, me hace un gesto para que entre.

—Hola —lo saludo.

—¡Hola, Irene! ¿Qué haces por aquí? ¿Necesitas algo?

—No, yo... —balbuceo sin saber cómo contarle que vuelvo a Barcelona.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunta asustado.

—Yo... he venido a despedirme.

La sonrisa de Santi desaparece de su cara al escuchar mis palabras. De repente, su buen humor se ha esfumado y yo soy la culpable.

—Te marchas —indica derrotado.

—Sí, verás... tengo que volver a mi vida y enfrentar mis problemas. No puedo huir para siempre. Lo siento.

—Tranquila, lo entiendo. Pero en el fondo pensé que alguna vez encontrarías un motivo para quedarte definitivamente.

—Santi...

—No te preocupes, estaré bien. ¿Vuelves por ese alguien que hace que todo se te remueva por dentro?

—Me marcho para poner en orden mi vida, pero no te voy a engañar. Él es uno de los motivos por los cuales quiero volver. ¡Lo siento tanto!

—No tienes que pedirme perdón. No soy tonto y sabía dónde me estaba metiendo. —Suspira—. Solo quiero que me prometas que nos volveremos a ver.

—¡Claro! No me gustaría que perdiéramos el contacto y me encantaría que alguna vez vinieras a Barcelona —añado guiñándole un ojo.

—Te deseo lo mejor de todo corazón, Irene. Eres una persona muy especial y te mereces ser feliz —murmura dándome un fuerte abrazo.

No puedo evitar que sus palabras me emocionen. Ojalá hubiera podido enamorarme de él, pero tal y como dijo Auria, en el corazón no se manda y el mío ya estaba ocupado antes de conocerlo.

Aunque Santi se ofrece a llevarme, rechazo su propuesta. Tengo que devolver el coche de alquiler en el aeropuerto y es absurdo que cierre la tienda para ir cada uno en un coche.

Al llegar a casa, llamo a los propietarios para informarles que debo regresar a Barcelona antes de lo previsto. A pesar de tener que marcharme mañana, les he dejado pagado el alquiler de toda la semana como compensación por las molestias.

En cuanto cuelgo, preparo las maletas con todas mis cosas y reviso las habitaciones para no dejarme nada. Una vez que termino de recoger, me doy una ducha y llamo a Sara para darle la buena noticia.

—¡Hola, guapa! —me saluda.
—¡Hola! ¿Qué tal está la peque?
—¡Muy bien! Cada día está más bonita —dice orgullosa.
—¿Y los trillizos?
—Tan bonitos como siempre. ¡Hoy les han dado el alta!
—¡Qué buena noticia!
—¡Sí! Han sido días muy duros y se morían de ganas de volver a casa. Mañana iremos a darles una sorpresa y les llevaremos comida y algunos regalos para echarles una mano.
—Cuenta conmigo.
—¿Cómo? —pregunta sorprendida.
—Mañana por la mañana llego a Barcelona.
—¡No te creo!
—¡Pues créetelo!
—¡Yupiiii! —grita dejándome sorda.
—Imagino que te hace ilusión que vuelva —indico muerta de la risa.
—¡Por supuesto! Paula se va a volver loca cuando se entere.
—No le digas nada, quiero que sea una sorpresa.
—¡Soy una tumba! ¿A qué hora llega tu vuelo? Pásame los datos por mensaje y te pasamos a recoger.
—No hace falta, de verdad.
—¡No digas tonterías! No nos cuesta nada.
Después de despedirme de mi amiga, le envío un mensaje con los datos del vuelo y me preparo algo para comer. Mañana será un día muy intenso y necesito descansar un poco.



A la mañana siguiente, me despierto en cuanto suena la alarma y, después de cargar las maletas en el coche, voy a casa de Auria para devolverle las llaves. Cuando hablé con los propietarios, me dijeron que podía dárselas a ella, por lo que aprovecho para despedirme de mi entrañable vecina.

Su fuerte abrazo me deja con un nudo en el estómago. Sé que marcharme es lo mejor, pero me entristece dejar atrás a todas las buenas personas que he conocido aquí.

Cuando llego al aeropuerto, hago todos los trámites de devolución con la empresa de alquiler y les entrego el coche. Después me dirijo hacia el mostrador de mi compañía aérea y coloco las maletas en la cinta para facturarlas. Todavía falta más de media hora para que abran la puerta de embarque, por lo que, después de enviarle un mensaje a Sara para que sepa que la hora del vuelo no ha cambiado, me siento en una cafetería para hacer tiempo.



Al llegar a Barcelona, salgo del avión y voy hacia la zona de recogida de equipaje. En cuanto localizo mis maletas en la cinta transportadora, las agarro y camino hasta la salida buscando a Sara entre la multitud.

Hay tanta gente en el aeropuerto que tengo que ponerme de puntillas para encontrarla entre tantas cabezas. A lo lejos me parece ve una cara conocida, pero no es la de mi amiga. ¡No puede ser! Me acerco lentamente rezando para que se trate de un espejismo, pero en cuanto lo tengo delante, compruebo que no han sido imaginaciones mías.

—¿Qué haces aquí, Héctor?

—Hola para ti también, rubia —saluda serio.

—Pensé que me habías dicho que no me convenía tu compañía.

—Y lo sigo pensando. No tengo culpa de que a Sara le haya surgido un problema a última hora, así que me pidió, o más bien me exigió, que viniera a buscarte.

—No tendrías que haberte molestado, puedo volver en taxi —farfullo enfadada.

¡Esto es increíble! ¿De todas las personas que existen en el mundo, tenía que venir a recogerme él? Camino furiosa arrastrando mi equipaje hacia la salida, pero me detengo al notar que una de mis maletas se frena.

—¿Qué haces? —pregunto enfadada al ver que Héctor la tiene agarrada.

—Sara me pidió que te llevara a su casa y es lo que voy a hacer.

—Claro, lo olvidaba, tú nunca faltas a tu palabra —digo alterada—. Esta vez no hace falta que te molestes, además no pretenderás llevar mis maletas en tu moto, ¿verdad?

—Tengo recursos, gatita. He venido con el coche de mi hermano —aclara.

—¡No me llames así! —estallo furiosa.

A pesar de que no puedo evitar perder los estribos cada vez que me llama con ese apelativo, algo en mi interior se enciende.

—No sabía que tenías un hermano —admito sorprendida al saber algo más de él.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —murmura misterioso, acercándose lentamente.

—Será mejor que nos vayamos.

Héctor me sonríe canalla y me hace un gesto con la mano indicándome el lugar donde ha estacionado. Caminamos uno al lado del otro en un completo silencio hasta que llegamos al aparcamiento. De repente, saca unas llaves de su bolsillo y acciona el mando a distancia haciendo que las luces de un Mini de color rojo se iluminen.

En cuanto observo el enorme cuerpo de Héctor intentando entrar en ese diminuto coche, tengo que contener las ganas de reírme a carcajadas. No quiero que piense que me estoy burlando de él, por lo que me veo obligada a hacer un gran esfuerzo para disimular.

—¿Algún problema? —pregunta con el ceño fruncido al ver mi diversión.

—No, por supuesto que no. Vámonos —indico aguantándome la risa.

Este hombre es una caja de sorpresas. Nunca me lo hubiera imaginado conduciendo un coche de este estilo, pero me gusta saber que, aunque tenga una apariencia ruda, le importa un comino lo que piensen de él.

Capítulo 10

El viaje hasta casa de Paula lo hacemos en completo silencio. Cada vez que lo miro de reojo, descubro que está tan tenso como yo. ¿Algún día conseguiremos sentirnos cómodos juntos?

Cuando aparcamos en la calle de mi amiga, me doy cuenta de que Sara, Marcos, Carlos y Javier nos esperan impacientes.

—¡Irene! —grita Sara corriendo en mi dirección.

—¡Hola, preciosa! —la saludo abrazándola con fuerza.

—¡Qué alegría tenerte de vuelta, rubia! —indica Carlos uniéndose a nuestro abrazo.

Después de saludarnos, nos acercamos a casa de Paula y, mientras yo me escondo, los demás tocan el timbre. Cuando nuestra amiga abre la puerta y saluda a todos emocionada por su visita sorpresa, hago mi aparición antes de que cierre la puerta.

—¿¡Irene!? ¿Qué haces aquí? —exclama sorprendida.

—No podía perderme este momento —confieso emocionada.

—Es el mejor regalo que me podías haber hecho —contesta abrazándome con fuerza.

Permanecemos aferradas la una a la otra hasta que conseguimos calmarnos y, una vez dentro, nos sentamos en la mesa.

—Gracias por venir, chicos —agradece Víctor.

—No hay de qué, friki. Ya sabéis que podéis contar conmigo para lo que queráis, excepto para cambiar cacas —advierte Héctor golpeando amistosamente su espalda.

De repente, Paula y Víctor nos miran con seriedad y nos dicen que quieren que seamos los padrinos de los trillizos. Han decidido que Sara y Marcos sean los padrinos de Erik, Carlos y Javier los de Oliver, y Héctor y yo los de Enzo.

Me hace mucha ilusión ser madrina de uno de los trillizos, pero saber que tendré que compartir más tiempo con Héctor, hace que me sienta incómoda. Las cosas entre nosotros están muy tensas y no me gustaría que eso fuera un impedimento cada vez que coincidamos.

Después de que todos aceptemos el cargo entre besos y abrazos, Paula decide hacernos fotos con nuestros correspondientes ahijados para tener un bonito recuerdo de este día.

Cuando llega nuestro turno, agarro al pequeño Enzo en brazos y me coloco al lado de Héctor, intentando aparentar una normalidad que no siento. Al notar su cuerpo rígido, me doy cuenta de que está igual de tenso que yo. ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado?

—Chicos, siento tener que marcharme, pero tengo que solucionar algo —indica Héctor en cuanto termina la sesión fotográfica.

—¿Todo bien? —pregunta Paula preocupada.

—No te preocupes, pelirroja —susurra besándola en la cabeza—. Es algo sin importancia.

Aunque no lo conozco demasiado, estoy convencida de que está mintiendo. Algo le sucede, a pesar de que intente aparentar que todo está bien. Héctor se despide de todos y, cuando llega mi turno, se detiene mirándome con intensidad.

Su mirada me atraviesa, haciendo que mi cuerpo se estremezca y, en el momento en el que se acerca a mí y me da dos besos, siento miles de mariposas revolotear en mi estómago. A pesar de ser un acto inofensivo, su delicioso aroma y el tacto de sus labios en mis mejillas, consiguen alterarme.

Observo su amplia espalda mientras atraviesa el marco de la puerta y en cuanto desaparece de mi vista, echo de menos su cercanía.

—Siento no haberte ido a buscar al aeropuerto —se excusa Sara sacándome de mis pensamientos—. Tenía que llevar a la niña con mis padres y se me hizo tarde.

—Tranquila.

—¿Todo bien entre Héctor y tú? —pregunta interesada.

—¿Por qué no íbamos a estar bien?

—Es que os he visto un poco... tensos.

Mi amiga me mira con compasión, y en ese instante, comprendo que somos demasiado transparentes para disimular nuestra incomodidad.

—¿Cuántos días estarás por aquí? —pregunta Paula instantes después.

—He venido para quedarme —les informo—. Ya es hora de que me enfrente a mis miedos y viva mi vida como yo quiera.

—¡Esa es mi rubia! —exclama Paula, orgullosa.

—¿Vas a volver con tus padres? —pregunta Carlos.

—No, en realidad esta tarde tengo que ir a ver un pequeño estudio en el centro y, si me gusta, firmaré el contrato de alquiler.

—Creo que es lo mejor que puedes hacer —indica Víctor guiñándome un ojo.

—Si lo necesitas, puedo ayudarte a trasladar tus cosas en una de las furgonetas del club —se ofrece Carlos.

—¡Eso sería genial! El piso está amueblado, pero me gustaría llevarme las cosas que tengo en casa de mis padres.

—Entonces, no se hable más. Cuando firmes el contrato nos llamas y mi terroncito de azúcar y yo iremos con la furgoneta —expone Javier.

No puedo evitar emocionarme al comprobar, una vez más, que tengo a los mejores amigos del mundo. Soy consciente de que tendría que haber tomado esta decisión hace años, pero no me veía capaz de hacerlo. Ahora, junto a ellos, siento que tengo la fuerza suficiente para enfrentarme a mi nueva vida.



Al salir de casa de Paula, pido un taxi y voy a la dirección que me dio el propietario. En cuanto veo el estudio y me explica las condiciones de alquiler, firmo el contrato sin dudar. Toni, que así se llama el dueño, me entrega las llaves del que será mi nuevo hogar y se despide de mí con un apretón de manos.

Salgo a la calle con una gran sonrisa, consciente de que finalmente puedo tomar las riendas de mi vida. Mientras subo al taxi, llamo a Carlos para decirle que he firmado el contrato y que voy de camino a casa de mis padres. Sé que enfrentarme a mi madre será lo más difícil, pero cuanto antes demuestre que soy una adulta independiente, mejor.

Una vez que el conductor se detiene en la puerta, pago la carrera y me bajo del vehículo tratando de reunir el valor para avanzar. Suspirando, saco las llaves de mi bolso y, una vez dentro, escucho voces en el comedor. Cuando me acerco, descubro sorprendida, que mi padre también está en casa.

—¿Irene? —pregunta mi padre impresionado—. ¿Cuándo has vuelto?

—He llegado esta mañana —le informo dándole un abrazo.

—Está claro que esta niña es una maleducada —me acusa mi madre.

—¡Sofía! —la reprende mi padre.

—¿Qué? ¿O es que acaso tú ves normal que cada vez que vuelve de ese pueblucho de cabras, no se digne a avisarnos?

Miro a mi madre enfadada al recordar que, durante todo este tiempo, nunca se ha preocupado por mí. Las pocas veces que hemos hablado, han sido porque yo la he llamado. Aunque me gustaría ponerla en su lugar, decido, como siempre, morderme la lengua para no disgustarla.

—Me alegra que estéis juntos, porque quiero hablar con vosotros.

—Tú dirás, hija —indica mi padre haciéndome un gesto para que tome asiento.

—Después de este tiempo, he decidido volver a Barcelona.

—Es una gran noticia, sabes que tu habitación siempre está disponible para ti —dice mi padre mirándome con cariño.

—Lo sé, papá, pero al haber vivido sola estos meses, me he dado cuenta de que me gusta esta independencia y por eso he alquilado un pequeño estudio en el centro.

—¿Y cómo se supone que lo pagarás? —cuestiona mi madre.

—Tengo algo de dinero ahorrado y buscaré un trabajo.

—¿Un trabajo? ¡No seas absurda, si tú no has trabajado nunca! ¿Qué se supone que vas a hacer? —pregunta mi madre escupiendo veneno.

—Sofía... —le advierte mi padre.

—¿Acaso estoy mintiendo?

—No sé de qué voy a trabajar, mamá, pero eso no importa.

—Pero ¡cómo no te va a importar, insensata! Una Sanz no puede dedicarse a cualquier *trabajucho* de tres al cuarto. ¡Tenemos una reputación!

—Sinceramente me importa un bledo la reputación, solo quiero ser feliz.

—¿Has oído a la niña, Ignacio?! —estalla.

Miro a mi padre buscando su comprensión y, cuando me sonrío de medio lado, entiendo que, por primera vez en mucho tiempo, me va a apoyar.

—Cariño, deja que la niña viva su vida —le pide amorosamente—. Si alguna vez necesita nuestra ayuda, ya nos la pedirá.

—¡Eso sí que no! Si decide abandonarnos y largarse a vivir como toda esa chusma a la que llama amigos, no le vamos a dar ni un solo céntimo.

Al ver que mi padre no interviene en la conversación, compruebo una vez más que no tengo el apoyo de mi familia.

—Que así sea —sentencio con mucho dolor.

En ese preciso instante, mi teléfono comienza a sonar y al ver que se trata de Carlos, contesto la llamada y me marcho a mi habitación.

—Rubiiii —grita Javier eufórico por el manos libres—. Acabamos de recoger la *furgo* y en media hora estamos allí.

—Perfecto. Acabo de darles la noticia a mis padres, así que me pongo manos a la obra con mis cosas.

—¿Cómo se lo han tomado? —pregunta Carlos preocupado.

—Ya te lo puedes imaginar —bufa.

En cuanto cuelgo la llamada, saco unas maletas del armario y hago el equipaje. Por suerte, gran parte de mis pertenencias están en las maletas que llevé a Galicia y, al quedárselas Carlos, ya estarán en la furgoneta.

Tal como dijeron, media hora después recibo un mensaje de Javier informándome que están aparcados frente a la puerta.

Cargada con el equipaje, bajo las escaleras intentando mantener el equilibrio y, en cuanto

paso por delante del comedor, compruebo decepcionada que mis padres se han marchado.

—¡Niñaaa! —grita Javier en cuanto me ve aparecer—. ¿Preparada para tu nueva vida?

—¡Preparada! —grito alzando el puño contagiada por su entusiasmo.

Después de colocar mis cosas en la parte de atrás, me subo a la furgoneta y les indico la dirección de mi nuevo hogar.

—¡Me encanta tu estudio! ¡Es tan *cuqui*! —suspira Javier cuando me ayudan a subir las maletas.

—¿Te gusta?

—¡Me superencanta! —grita emocionado.

—La verdad es que está muy bien. Además, está cerca de nuestro piso, así que, si necesitas algo, no dudes en llamarnos —dice Carlos.

Cuando mis amigos se marchan a su nidito de amor, me tumbo en la cama gritando de alegría. Soy consciente de que no será fácil, pero el miedo hace que me sienta más viva que nunca.

Capítulo 11

Héctor

—¡Te advertí que no te volvieras a meter en líos, Niko!

—¡Eres un exagerado, hermanito! —replica el muy inconsciente.

—Pero ¿tú te estás escuchando? Sabes perfectamente de qué son capaces esa gentuza.

—Que a ti no te saliera bien, no significa que yo vaya a correr con tu misma suerte.

—¡Mocoso malcriado! ¿¡Acaso tengo que recordarte el motivo por el cual me pillaron hace un par de años!? —grito furioso.

Mi hermano, avergonzado, mira al suelo haciendo que suspire agradecido al comprobar que el niño tiene un mínimo de sentido común.

—No te lo pienso repetir, Niko. No quiero verte cerca de Abel ni de ninguno de sus hombres, ¿queda claro?

—Pero...

—¡Nicolás!

—Sí, Héctor, me ha quedado claro —contesta apretando los dientes, enfadado.

Mi hermano Niko es un niño de veintidós años que se cree invencible. Desde que me quedé a su cargo cuando era solo un crío, me he esforzado por alejarlo de este appestoso entorno, pero cada vez me resulta más difícil protegerlo. Desbloqueo mi teléfono y llamo a la única persona a quien le confiaría mi vida.

—Dime, hermano—contesta en cuanto descuelga.

—Necesito que seas su sombra.

—¿Has hablado con él?

—Sí, pero sabes tan bien como yo que se pasará mis advertencias por el forro de los cojones. No puedes perderlo de vista.

—Dalo por hecho —indica.

—Te debo una, Indio—me despido.

¡Joder! ¿Alguna vez podré vivir en paz, sin tener que preocuparme por mi pasado? La respuesta llega a mi mente, alta y clara: NO. Siempre he tratado de mantenerme al margen de los trapicheos del barrio, pero, cuando creces en un ambiente así, es prácticamente imposible ser honrado. A pesar de todo lo que viví, me prometí que mi vida daría un giro de ciento ochenta grados y hasta ahora he conseguido cumplir mi objetivo.

Sin darme cuenta, unos preciosos ojos azules invaden mis pensamientos haciendo que, por un momento, me olvide de mis problemas. Cuando Sara me llamó pidiéndome que recogiera a Irene en el aeropuerto, maldije mi mala suerte. Por más que me empeño en alejarme de ella, el jodido destino me la vuelve a plantar en las narices.

En cuanto vi su cara de decepción al encontrarme en el aeropuerto, supe que había sido una mala idea ir. Me jodió saber que hubiera preferido irse en taxi a irse conmigo y, por si eso fuera poco, también tuve que aguantar sus risitas al verme conducir el patético coche de mi hermano. Odio hacer el ridículo, especialmente frente a la mujer que me vuelve loco.

El camino hasta casa de Paula fue un auténtico infierno. Tenía una mezcla de emociones que no sabía cómo gestionar, por lo que en cuanto la pelirroja nos pidió que fuéramos los padrinos de

sus hijos, tuve que contenerme para que no notaran mi emoción. Mi familia es un puto desastre y no estoy acostumbrado a ser partícipe de algo tan bonito.

Cuando recibí el mensaje de Indio en el que me decía que habían visto a mi hermano con los hombres de Abel, encontré la excusa perfecta para salir huyendo. Al despedirme de la pelirroja, tuve que contener mi rabia para que no se diera cuenta de que algo grave estaba ocurriendo porque no quería manchar ese precioso momento.

Por mierdas como estas, no quiero involucrarme con Irene porque es pura luz y no soportaría que la oscuridad que me rodea la llegara a rozar. Sí, definitivamente, alejarme de ella es la mejor decisión que he podido tomar.

Capítulo 12

Hace dos semanas que me independicé. Los primeros días estaba eufórica, pero después de buscar trabajo sin obtener resultados, ese entusiasmo fue menguando. A pesar de que fui sobreviviendo gracias a mis ahorros, necesitaba encontrar urgentemente la manera de obtener ingresos.

Una tarde, en el bar de Paco, les conté a mis amigos lo difícil que me estaba resultando encontrar trabajo sin experiencia, y Carlos se ofreció a contratarme en su club. Cuando me lo dijo, salté de la silla y me lancé a sus brazos dándole besos por toda la cara mientras él no paraba de reír a carcajadas. Así que esta noche, gracias a uno de mis ángeles de la guarda, empiezo a trabajar en el Inferno.

Nerviosa, doy un último vistazo en el espejo para revisar mi uniforme de camarera: un ajustado vestido de cuero negro. Me aseguro de que el maquillaje no sea exagerado y peino mi coleta para que ningún mechón esté fuera de lugar. Después de dar un par de tirones a la corta falda para no enseñar más de la cuenta, subo al taxi y me dirijo a mi nuevo trabajo.

Para que todo esté preparado a tiempo, los trabajadores entramos un par de horas antes de la apertura del club. Por lo que, a las diez de la noche, entro por la puerta de empleados y me encuentro con Germán, el jefe de seguridad.

Hace unos meses trabajé unas cuantas noches para hacerle un favor a Carlos y, gracias a eso, conozco aparte de la plantilla. Germán es un amor. Fue uno de los que más me ayudó en mi adaptación, por eso al verlo, no puedo evitar dedicarle una gran sonrisa.

—¡Hola, preciosa! —me saluda dándome un abrazo—. Bienvenida, compañera.

—¡Muchas gracias, Germán!

—Ya sabes cómo funciona esto, así que ve con Verónica a la barra y ella te dirá lo que tienes que hacer.

—¿Verónica?

—Es nuestra nueva gerente desde hace un par de meses. Es muy maja, ya lo verás —indica señalándome a una rubia despampanante que está dando órdenes a las demás camareras.

Me despido de él y camino hasta la barra central. En cuanto llego, me doy cuenta de que la tal Verónica parece un hueso duro de roer.

—Hay que intentar, en la medida de lo posible, servir a los clientes de manera rápida y eficiente para minimizar los tiempos de espera. Quiero vuestras áreas de trabajo limpias y ordenadas, así que no me vale la excusa de que vuestra barra está llena de clientes. En cuanto tengáis un rato libre, la limpiáis y si os sentís muy apurados, pedís ayuda a alguno de vuestros compañeros. Ya sabéis que el trabajo en equipo es fundamental en este club, por lo que, quien no colabore, tendrá un parte en su expediente y, llegado el caso, podrá ser suspendido de su trabajo temporalmente. Si tenéis problemas con algún cliente pesado, llamáis a Germán o a cualquier miembro de seguridad ¿Alguna duda?

Todos la miramos en silencio mientras negamos con la cabeza. Creo que, aunque tuviera alguna, no me atrevería a preguntársela.

—Tú, la nueva. Sígueme —me ordena justo antes de marcharse.

Aprovecho que la gerente está de espaldas para observarla detenidamente. Está enfundada en unos pantalones de cuero negro que le hacen un culo impresionante y en la parte de arriba lleva un corsé del mismo material, que realza sus generosos pechos. Verónica es un bellezón que

intimida solo con mirarla.

—Adelante. —Me hace un gesto para que entre a su despacho—. Te llamas Irene, ¿verdad?

—Sí —respondo nerviosa.

—¿Has llegado a tiempo para escuchar las normas del club?

—Creo que sí.

—Está bien, si tienes alguna duda me lo dices. —Me sonrío—. Toma, aquí tienes el contrato. Carlos quería habértelo entregado él mismo, pero me ha llamado diciendo que no podrá llegar antes de abrir. Firma nuestra copia y la tuya puedes guardarla en tu taquilla.

—Gracias.

¡Parezco idiota! ¿Cómo es posible que delante de Verónica solo sea capaz de decir monosílabos? Esta mujer me intimida demasiado.

En cuanto firmo los papeles, los dejo en la taquilla y vuelvo a mi puesto de trabajo. Una vez que revisamos el inventario de bebidas, asegurándonos que tenemos suficientes suministros para toda la noche, preparamos todo lo necesario para la apertura.

Diez minutos antes de que entren los clientes, Germán reúne a todos los empleados en la pista. Mi cuerpo se tensa cuando, a lo lejos, distingo la imponente figura de Héctor, quien no aparta la mirada de mí.

—Vale, chicos. Quería hablar con todos para haceros una advertencia. Nos ha llegado el rumor de que, en varios clubs de la zona, se han estado haciendo trapicheos.

—¿Trapicheos? —pregunto en voz alta, sin pensar.

—Tráfico de drogas, preciosa —me explica Germán con una sonrisa—. Quiero que estéis muy atentos a cualquier gesto sospechoso, aunque a simple vista os pueda parecer una tontería. No quiero que actuéis, llamad a cualquier miembro de seguridad y seguid con vuestro trabajo. ¿Queda claro?

Una vez que todos asentimos con la cabeza, nos situamos en nuestros respectivos puestos. Mientras espero a que abran las puertas del club, noto que Héctor, antes de salir a la calle, me mira enfadado. ¿Qué es lo que he hecho? ¿No entiendo a este hombre!

La noche avanza sin contratiempos, hasta que un cliente, un poco perjudicado, empieza a pasarse conmigo.

—Preciosa, eres nueva, ¿verdad? ¿A qué hora terminas? —me interroga.

—¿Qué quieres tomar? —le pregunto ignorándolo.

—Quiero tomarte a ti, desnuda —babea, demasiado cerca.

—Si no te apartas, tendré que llamar a seguridad.

—No digas tonterías, si me acompañas al lavabo podría darte una generosa propina —inquire agarrándome fuerte del brazo.

—¡Suéltame! —grito asustada.

—La señorita te ha pedido que la sueltes y si no obedeces me veré en la obligación de arrancarte los dedos. Uno a uno —amenaza una voz que consigue ponerme la piel de gallina.

Mis ojos se cruzan con los de Héctor y me asusto al ver el odio visceral con el que mira al borracho. Está claro que es más peligroso de lo que parece.

—¡No seas aguafiestas! Solo estaba charlando con la señorita.

—¡Largo! —grita furioso agarrándolo por el cuello.

El pobre insensato, tratando de salvar su pellejo, se echa a correr alejándose de nosotros mientras Héctor lo mira con rabia. Al momento, se lleva una mano al auricular que lleva en la oreja y empieza a hablar.

—Sergio, el capullo de negro que corre hacia la salida como si lo persiguiera el mismísimo

diablo, estaba molestando a la nueva. Asegúrate que salga a la calle y no vuelva a entrar.

—Será un placer, compi —escucho a través de su auricular.

—¿Estás bien? —pregunta serio.

—Sí —murmuro.

—Me alegro, porque hoy mismo vas a dejar este trabajo.

—¿Disculpa? —cuestiono ofendida.

—Ya me has oído. Este no es lugar para delicadas florecillas, ¿tengo razón, Nika?

—Tienes razón, caramelito —ronronea Verónica—, pero creo que tendríamos que darle una oportunidad a la nueva, ¿no crees? Es su primer día.

Unos celos me atraviesan el pecho al observar la manera tan cariñosa en la que pasa su perfecta manicura por el pecho de Héctor. ¿Habrán tenido algo? Él la mira a los ojos y le sonrío de medio lado haciendo que se me revuelva el estómago. El muy canalla me mira de reojo y besa la mejilla de Verónica, con ternura.

—Esta noche no has venido a verme —se queja la gerente poniendo morritos.

—Lo siento, nena. Pero no he tenido tiempo. Ya te lo compensaré en otro momento —le suelta dándole una palmada en su redondo trasero.

Desvío la mirada hasta la pila de vasos y empiezo a fregarlos en silencio tratando de ignorar a la parejita. Necesito entretenerme con algo o, de lo contrario, acabaré llorando.

—¿Estás bien? —pregunta Verónica, sorprendiéndome.

Levanto la cabeza y, en ese instante, me doy cuenta de que Héctor ya se ha marchado.

—Sí, claro.

—Te voy a dar un consejo, aunque no me lo hayas pedido. No permitas que nadie te diga lo que puedes o no puedes hacer —susurra pasando su mano por mi brazo—. Y, por cierto, si algún imbécil vuelve a molestarte, me avisas. Tal vez te vendría bien tomar clases de defensa personal para no parecer un ratoncillo asustado.

¿Defensa personal? Nunca en la vida se me hubiera ocurrido, pero ahora que lo pienso, podría ser una muy buena idea. Si aquel día hubiera sabido defenderme de Borja, no me habría sentido tan indefensa. Con energías renovadas, sigo con mi trabajo pensando en que, en cuanto llegue a casa, buscaré algún centro que imparta este tipo de clases.



Cuando llega la hora del cierre, recojo mis cosas de la taquilla y camino hacia la salida mientras pido un taxi por la aplicación del móvil. Mi medio de transporte es otra de las cosas que tengo que solucionar, porque no me puedo permitir pagar un taxi cada vez que tenga que venir a trabajar.

—¿Qué tal ha ido la noche, preciosa? —pregunta Germán sorprendiéndome.

—Excepto un pequeño incidente con un cliente, todo ha ido genial.

—Me alegro. Venga, vamos, te acerco a tu casa.

—No te molestes, de verdad. Justo estaba pidiendo un taxi.

—A mí no me cuesta, mujer —insiste.

—Te ha dicho que no hace falta —suelta Héctor apareciendo de la nada—. Además, ya la llevo yo.

—He dicho que...

—Te voy a llevar y no hay más que hablar —ordena Héctor mirándome muy serio.

—Está bien, si te acerca Héctor me quedo más tranquilo. Nos vemos mañana, preciosa —se despide Germán dándome un beso en la mejilla.

En ese instante, siento que Héctor me arrastra al exterior por el brazo y, una vez en la calle, me detengo y me suelto de un fuerte tirón.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —pregunto enfadada.

—Nada —responde sin mirarme.

—¡Y una mierda! —grito haciendo que me preste atención—. ¡No entiendo por qué actúas así conmigo!

—Este no es el lugar adecuado para hablar —murmura entre dientes.

—¡Me importa un bledo! Si no me cuentas qué es lo que te ocurre, no me voy contigo a ninguna parte.

—¡Joder! —grita pasándose los dedos por su pelo.

Lo observo sorprendida mientras camina dando vueltas como si fuera un león enjaulado. De repente se detiene y me mira con tanta intensidad, que no puedo evitar retroceder unos pasos.

—¿¿No te das cuenta de que este no es tu mundo?!

—Y según tú, ¿cuál es mi mundo?! Porque, hasta donde yo sé, los dos somos del mismo planeta —pregunto indignada.

—¡No me hagas reír, princesita! Tú y yo nunca seremos del mismo mundo —masculla entre dientes—. Estás acostumbrada a vivir entre algodones, mientras los demás luchamos por sobrevivir.

—¡Estás siendo injusto! No tienes ni puñetera idea de cómo soy, así que no te consiento que me hables así.

—¿Me vas a decir que no has crecido rodeada de lujos? ¿Qué tus papaitos no te han dado siempre lo que has querido?

—¡Eres un idiota! —grito golpeándole el pecho—. No quiero que te vuelvas a acercar a mí, ¿me has oído?

Dolida, salgo corriendo y cruzo la calle con los ojos empañados en lágrimas. De repente, suelto un grito cuando un coche frena bruscamente frente a mí.

—Preciosa, ¿estás bien? ¡Me has dado un susto de muerte! —pregunta Germán bajándose del vehículo.

—¿Puedes llevarme a casa, por favor? —le suplico.

—Claro, sube.

Una vez dentro, las lágrimas que estaba intentando contener salen sin control, estremeciéndome. Justo en el momento en el que Germán arranca el coche, miro a través de la ventana y descubro a Verónica acariciando la cara de Héctor. Él, en lugar de prestarle atención, me mira decepcionado haciendo que mi confusión aumente. ¿Qué es lo que quiere de mí?

Al llegar a mi casa, Germán se baja del coche y me acompaña hasta el portal. El pobre ha estado conduciendo en silencio todo el camino porque imagino que no se atrevía a preguntarme el motivo por el cual no dejaba de llorar.

—Sé que no somos amigos, pero si alguna vez necesitas hablar, ya sabes dónde encontrarme —se ofrece.

—Muchas gracias por todo. Pensarás que soy una tonta...

—No te preocupes. Tengo tres hermanas, por lo que no me da miedo ver llorar a una mujer —afirma guiñándome un ojo.

—Gracias.

Germán se acerca despacio y acaricia mi mejilla con delicadeza. Su tacto en mi piel hace que

me tense y compare lo diferente que se siente cuando es Héctor el que me acaricia. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en él?

Capítulo 13

Hace un mes que empecé a trabajar en el club y, aunque tengo que reconocer que es más duro de lo que yo pensaba, me siento genial. Héctor no ha vuelto a dirigirme la palabra y lo único que hace es mirarme desde la distancia. Durante este tiempo, he sido testigo de su constante coqueteo con Verónica y por más que he intentado que no me afecte, cada vez que los veo juntos me duele el corazón. ¿Por qué no puedo sacarme a Héctor de la cabeza si está claro que él me ignora?

—¿Estás lista? —pregunta Germán haciendo que vuelva a la realidad.

—Sí, perdona. Voy a la taquilla a por mis cosas y nos vamos.

—Claro, sin problema. Te espero en la salida.

He estado mirando coches de segunda mano, pero hasta que no ahorre, no me puedo permitir comprarme uno. Germán, al ver que venía cada día en taxi, se ofreció a llevarme a casa todas las noches mientras que consigo mi propio coche.

Entro en el vestuario y un escalofrío recorre mi cuerpo. El lugar está oscuro y en completo silencio. Mientras marco la combinación en mi taquilla, noto que una mano se coloca encima de mi hombro.

Hace tres semanas que empecé a tomar clases de defensa personal, por lo que, en lugar de gritar como hubiera hecho antes, reacciono agarrando la muñeca de mi agresor con firmeza, rotando su mano en dirección opuesta a la articulación. Acto seguido doy un codazo hacia atrás golpeando su abdomen.

—¡Joder! —escucho que se queja. ¿Esa voz?

—¿Héctor? —pregunto soltándolo bruscamente.

—¡Estás loca! ¿Por qué me has atacado? —pregunta sorprendido, dándose friegas en su muñeca.

—¿Por qué te has acercado como si fueras un delincuente?

—Porque quizás lo sea —murmura acercándose peligrosamente.

Aunque me consta que es una persona de fiar, el tono de su voz consigue ponerme nerviosa.

—¿Qué quieres? —cuestiono intentando tranquilizarme.

—¿Ya ha conseguido meterse en tu cama? —susurra con voz ronca.

—¡¿Perdona?! —exclamo enfadada—. ¿¡A ti qué te importa!?

—Contéstame, no hagas que me cabree más de lo que estoy.

—Pues si estás enfadado, ¡te aguantas! —salto furiosa esquivándolo.

—¿Es por eso que has venido a trabajar aquí? ¿Para echarme en cara tus esgarces amorosos? —pregunta agarrándome por el brazo impidiendo que me marche.

—¡Suéltame!

—¿Tienes prisa porque tu Romeo te está esperando, princesa? —escupe enfadado.

Sus palabras hacen que mi cuerpo comience a arder y, esta vez, no es de deseo. ¡Lleva un mes ignorándome, por lo que no tiene ningún derecho a meterse en mi vida! De repente, sin pensarlo, doy un fuerte golpe a su mano y logro liberarme.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así? Fuiste tú el que se empeñó en decir que no me convenía tu compañía, así que, ¿por qué no me dejas en paz?

—¡Porque no puedo, maldita sea! —grita acorralándome contra la pared—. Porque, a pesar de que intento ignorarte, no puedo dejar de pensar en tus deliciosos labios.

—Héctor...

—¡Ya no puedo más! He hecho todo lo posible por alejarme de ti, pero cuando veo como sonríes a Germán, me entran ganas de romper cosas. Dime que no te has liado con él —me suplica en voz baja.

—Te has comportado como un idiota y no te mereces que te conteste. ¿Por qué voy a creer en tus palabras cuando no has dejado de tontear con Verónica?

—¿Con Nika? —pregunta sonriendo—. ¿Estás celosa, rubia?

—¡Más quisieras tú! —contesto aparentando dignidad.

Héctor me mira con su sonrisa canalla, marca de la casa, y mi cuerpo se deshace. ¿Cómo es posible que me guste tanto su lado macarra?

—Gatita —murmura pegado a mis labios.

Aunque estoy enfadada con él, me quedo hipnotizada por su cercanía mientras sus manos acarician mi cuello, provocando miles de sensaciones en todo mi cuerpo.

Héctor me mira con tanto deseo que siento que voy a prenderme fuego en cualquier momento. Anhele su contacto con tanta intensidad que, cuando finalmente decide besarme, un gemido desesperado se escapa de mis labios.

Al principio, el beso es lento y pausado, pero en cuanto paso mis dedos entre sus mechones de pelo, se vuelve intenso y desenfrenado. Es como si hubiera activado un mecanismo invisible que ha desatado su lado salvaje.

Sus labios devoran los míos en un baile apasionado. Cuando su lengua explora mi boca, no puedo controlar mis instintos y termino tirando de su cabello para acercarlo más a mí. De repente, se separa bruscamente y me observa alterado. Nuestras respiraciones están entrecortadas, y por la forma en que me mira, comprendo que este arrebato de pasión también lo ha tomado por sorpresa.

—No quiero que se vuelva a acercar a ti, déjame que te lleve a casa —me pide, muy serio.

Al escucharlo, muevo la cabeza para salir de mi aturdimiento. ¿Qué me acaba de pedir? De repente, sus palabras me llegan como un balde de agua fría. ¿Me ha besado para manipularme?

—No me lo puedo creer —murmuro.

—¿Qué ocurre? —pregunta confuso.

—Has montado todo este numerito para evitar que Germán me lleve a casa.

—No es cierto.

—Me evitas porque, según tú, soy una niña pija. Pero tampoco soportas ver que otro se interesa por mí.

Su silencio confirma mi sospecha y, descubrir que se ha acercado a mí solo para alejarme de Germán, hace que algo dentro de mí se rompa.

—Adiós, Héctor.

Furiosa, salgo del vestuario dando un fuerte portazo. Está claro que para él todo esto es un juego y me fastidia saber que he estado a punto de caer en sus redes.

—¿Nos vamos? —le pido a Germán en cuanto salgo.

—Claro. ¿Estás bien? —pregunta al ver mi cara.

—Sí, no te preocupes.

Como cada día, Germán aparca delante de mi estudio en doble fila y me acompaña hasta el portal.

—¿Te apetece que quedemos mañana para comer? Conozco un lugar que hacen el mejor risotto de la ciudad.

Lo observo en silencio buscando algún motivo oculto en su invitación. Disfruto mucho pasando tiempo con él, pero lo único a lo que estoy dispuesta es a ofrecerle mi amistad.

—Yo...

—Solo es una comida entre amigos —me tranquiliza.

—Está bien —acepto al darme cuenta de que no hay nada malo en ello.

—¡Perfecto! Te recojo a la una.

Una vez que nos despedimos, entro en el portal sin dejar de pensar en cierto vikingo, que siempre consigue poner mi mundo patas arriba. ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil con él? Meto la llave en la cerradura y suspiro sabiendo que, con Héctor, siempre será complicado.

Estoy tan agotada que me doy una ducha rápida y me meto en la cama. Me encanta trabajar en el club, pero termino agotada. El frescor de las sábanas hace que me relaje y me duerma al instante, pensando en unos preciosos ojos verdes.



Un sonido estridente hace que me despierte y abra un ojo, perezosa. Me estiro como si fuera un gato, y al hacerlo, recuerdo el dichoso apodo con el que me llama Héctor.

De repente, vuelvo a escuchar el sonido que me despertó y descubro que se trata de mi teléfono.

—¿Diga? —respondo con voz pastosa.

—¡Rubia! ¿Por qué tardabas tanto en contestar? —grita Paula, taladrándome los tímpanos—. He estado a punto de llamar a la policía.

—¡Ay! No grites.

—¿Tienes resaca? —pregunta sorprendida.

—Claro que no, pero hace... —Me detengo para mirar el reloj—. Cuatro horas que llegué de trabajar.

—¡Ups! Es cierto. No me acordaba de que ahora eres una hormiguita trabajadora.

—¿Podrías explicarme lo antes posible el motivo de tu llamada para que pueda seguir durmiendo?

—Nos hemos levantado un poco irascibles, ¿no?

—Te recuerdo que no me he levantado, me has levantado.

—Minucias —espeta—. Te he llamado porque quiero saber cómo te va con tu historia, ¿has escrito algo más?

—¿De verdad me llamas a estas horas para preguntarme si he escrito algo?

—Eso he dicho.

Aunque es la causante de mi desvelo, me paso la mano por la cara tratando de no descargar mi mal genio en ella.

—No he vuelto a escribir —admito.

—¡¿Nada de nada?!—

—Parece que mi inspiración se ha esfumado.

—Eso lo tenemos que solucionar de alguna manera. Sé de un lugar que te podría dar ese empujoncito que necesitas.

—¿Qué se te ha ocurrido? —pregunto asustada pensando en sus locas ideas.

—Me han hablado de un club nocturno que hacen unos espectáculos bastante calientes. Hay intercambio de parejas y salas especiales. ¡Seguro que eso despierta tu imaginación!

—¡Ay, madre! ¿Estás loca?

—No te asustes, rubia, se puede ir como mero espectador. No hace falta que te metas en

ningún cuarto oscuro, a no ser que quieras, claro.

—Paula, no me siento cómoda con la sexualidad, ya lo sabes. No creo que sea buena idea ir allí.

—¡Bah! ¡Tonterías! Víctor y yo te podemos acompañar, aunque no te prometo que no me pierda por allí. Me encantaría cumplir alguna de mis fantasías en una de esas habitaciones temáticas —me advierte.

—No creo que a Víctor le haga gracia ir a ese lugar —inquiero buscando una excusa para librarme.

—¿¡Bromeas!? En cuanto se lo diga a mi friki, se va a volver loco. Venga, mujer, no seas aburrida, que seguro que lo pasaremos genial.

—Ufff... qué pereza —murmuro.

—¡Decidido! Me dijiste que este viernes no trabajabas, ¿verdad?

—Sí, pero...

—¡Pero nada! El viernes que viene iremos al Club Clímax. Tengo en mente un conjuntito sexy que hará que mi chico se derrita. Si quieres puedo...

—Madre mía, dónde me acabo de meter —murmuro ignorando su discurso.

Después de despedirme de Paula y de prometerle que no me voy a rajar en esta loca aventura, apago el móvil para continuar durmiendo.

Capítulo 14

Unas horas después, me levanto bostezando y desperezándome. ¡Qué sueño tengo! Entro en la ducha para tratar de despejar mi mente y, a medida que el agua resbala por mi piel, me revitalizo.

Me envuelvo con una toalla y mientras me seco, recuerdo la conversación que tuve con Paula hace unas horas. ¿Cómo es posible que haya aceptado su propuesta? No sé quién está más loca, si ella por pensar en ese loco plan o yo por consentirlo.

Me detengo en seco cuando un pensamiento cruza mi mente. ¿Realmente sería una locura? ¿Qué es lo peor que podría suceder si voy a ese club?

Después de darle vueltas, llego a la conclusión de que tal vez no sea una idea tan mala. Cuando decidí independizarme, me prometí a mí misma que exploraría nuevas experiencias y comenzaría a vivir de verdad. Estoy segura de que Paula solo quiere lo mejor para mí, así que ese lugar no puede ser tan terrible como lo imagino. Sonrío con orgullo al darme cuenta de que acabo de decidir lanzarme a la piscina sin chaleco salvavidas.

Con energías renovadas, me visto para mi cita con Germán. Él insistió en que era una comida entre amigos y, como tampoco trato de impresionarlo, me visto de manera informal.

Puntual como un reloj suizo, mi amigo pasa a recogerme. Al verlo apoyado en su coche, no puedo evitar sonreír. Germán es un tipo alto y musculado. Su pelo castaño y sus ojos color miel, le dan un aspecto muy atractivo. Pero, de entre todas sus cualidades, lo que más destaca es el hoyuelo que le aparece al sonreír.

—¡Hola, preciosa! —me saluda con una de sus impactantes sonrisas.

—¡Hola! ¿Cómo puedes estar tan fresco? ¡Yo estoy muerta!

—Llevo muchos años trabajando de noche, supongo que con el tiempo terminas acostumbrándote.

—Eso espero —contesto poniendo los ojos en blanco.

—¿Nos vamos? —pregunta señalando su coche.

—Claro, estoy deseando probar ese risotto.

—Te encantará. —Me guiña un ojo.

Como todo un caballero, me abre la puerta de su coche y, por un instante, recuerdo las veces que Borja hizo lo mismo. Con el tiempo, me di cuenta de que las atenciones de mi ex eran fingidas y exageradas, pero en Germán, me parecen un acto de cortesía.

De camino, me cuenta que tiene tres hermanas y que, a pesar de que las adora, lo vuelven loco a diario. A pesar de haberse independizado hace años, mantiene una relación muy cercana con su familia y siempre que puede, pasa tiempo con ellos.

—Estoy muy unido a mi familia, pero a veces me sacan de quicio.

—Tienes mucha suerte. Soy hija única y me hubiera encantado tener hermanos.

—¡No sabes lo que dices! No te llegas a imaginar hasta donde llegan mis hermanas para encontrarme pareja.

—¿Te preparan citas a ciegas? —pregunto.

—Si solo fuera eso... —murmura poniendo los ojos en blanco—. Una vez, me regalaron para mi cumpleaños un vale en un centro de estética.

—Eso está bien, que seas un chico no implica que no puedas cuidarte.

—El vale era para hacerme una depilación integral. In-te-gral —recalca alzando las cejas haciendo que me ría al imaginar la situación—. Salí de allí con el culito liso como el de un bebé.

—¿En serio? —pregunto aguantándome la risa al imaginarme la embarazosa situación.

—Por no mencionar que cada año me regalan un tanga de encaje rojo en Nochebuena para que me dé suerte y consiga ligar. Se inventaron un cántico, el cual recitan mientras abro el paquete. Tendrías que verlas, parecen un aquelarre de brujas.

—Y, ¿funciona?

—¿El cántico o el tanga?

—¿Ambos? —inquiero divertida.

—A veces —confiesa guiñándome un ojo—. Pero no se lo digas a ellas o no habrá quien las pare.

Con cada anécdota, termino riéndome a carcajadas por las ocurrencias de las locas de sus hermanas.

Una vez que llegamos al restaurante, vuelve a abrirme la puerta para ayudarme a bajar y no puedo hacer otra cosa que sonreír por su galantería.

Al entrar en la recepción y decir a nombre de quién está hecha la reserva, el maître nos acompaña hasta nuestra mesa, la cual se encuentra en un precioso patio interior con vigas de madera. El techo está cubierto por enredaderas y pequeñas luces, haciendo que el lugar tenga un encanto especial.

—¿Te gusta? —pregunta al darse cuenta de que lo observo todo con detalle.

—¡Me encanta! Es precioso, gracias por traerme.

—De nada, es todo un placer comer con un bellezón como tú —contesta risueño.

—Germán... —empiezo a hablar, pero el camarero me interrumpe dejando las cartas y tomando nota de nuestra bebida.

Mi acompañante revisa con minucia el menú, aconsejándome sobre los platos que son más deliciosos.

—Como te dije, para mí el plato estrella de este lugar, es el risotto —me aconseja ignorándome.

—Tenemos que hablar —insisto algo seria para captar su atención.

—Irene —dice suspirando—. Ya te dije que solo quiero tu amistad.

—Te aprecio mucho y me encanta tu compañía.

—Ya te he dicho...

—Lo sé, pero necesito que quede claro que solo te puedo ofrecer mi amistad. Hace poco lastimé a alguien creyendo que podría sentir algo más y no quiero que vuelva a ocurrir.

—Tranquila, tengo claro que tu corazón ya está ocupado.

—No sé de qué hablas —disimulo intentando que no descubra la verdad.

—Cariño, se ve a leguas que entre tú y el vikingo hay algo.

—Nosotros nunca...

—Si no lo ha habido, lo habrá. Me encanta analizar a las personas y no suelo equivocarme con mis veredictos.

—Es complicado —admito.

—¿Y cuándo no lo es? —pregunta con la mirada triste—. Te explicaré mi historia para que te sientas más tranquila.

—No hace falta que lo hagas.

—Lo sé, pero quiero hacerlo.

Germán lleva su copa hasta sus labios y da un gran trago. Por su semblante, imagino que es un tema complicado y que le cuesta empezar a hablar.

—Soy gay —suelta a bocajarro.

—Vale.

Me quedo sin palabras. De todas las cosas que podía imaginar, esta era la que menos esperaba. No es que tenga un problema por su condición sexual, pero me ha sorprendido su confesión.

—No te lo esperabas —indica sonriendo.

—No, para nada —confieso sonrojada—. No me malinterpretes, yo...

—Tranquila, no eres la única sorprendida. Siempre pensé que me gustaban las mujeres, pero nunca conseguía ser feliz del todo. En la universidad me hice muy amigo de un chico, y nos volvimos inseparables. Toni era muy masculino, y debido a los estereotipos sociales, nunca sospeché que fuera homosexual. Cuando lo descubrí, algo dentro de mí cambió. Empecé a sentir curiosidad, y un día decidí arriesgarme y explorar algo nuevo. Desde el momento en que acepté que me gustaban los hombres, comencé a sentirme verdaderamente feliz. No suelo hablar de mi orientación sexual porque considero que es algo personal, pero quería contártelo para que sepas que no intentaré nada contigo —confiesa—. En el club, solo Verónica conoce mis gustos en la cama.

—Sé que puedo parecer un poco frívola, pero me acabas de sacar un peso de encima.

—Esa era la idea, muñeca —afirma sonriéndome.

—Siento que hayas tenido que contarme tu historia solo para hacerme sentir mejor.

—No ha sido solo por eso. Te conozco desde hace poco, pero tengo la sensación de que puedo confiar en ti y que llegaremos a ser grandes amigos.

—Yo también lo creo.

—Ahora, cuéntame tu historia —me pide colocando su mano encima de la mía para infundirme valor.

Sin dudarle, para que pueda comprender mejor la reacción que tuve con Héctor cuando lo conocí, le explico mi infancia. Cuando le cuento la parte de mi ex, Germán maldice haciendo que sonría por su actitud protectora. En un momento, le relato mi vida con sorprendente facilidad, como si lo conociera desde hace tiempo.

—Entiendo. Cuando él intentó ligar contigo, recibió tu rechazo y, ahora que has descubierto que te gusta, quiere alejarse de ti.

—Buen resumen —admito—. Cuando se acerca a mí, creo que le gusto, pero entonces se arrepiente y da un paso atrás.

—Es posible que tenga miedo.

—¿Miedo? Pero ¿tú lo has visto? No creo que Héctor le tenga miedo a nada.

—Cariño, hasta el más valiente puede asustarse.

En ese instante, recuerdo las palabras de Auria, que hicieron que volviera a casa para luchar por lo que quería.

—*O que ten cu, ten medo* —digo en voz alta.

—¿Cómo dices? —pregunta desconcertado.

—El que tiene culo, tiene miedo. Es un dicho gallego que una amiga me dijo hace poco.

—Pues tu amiga es muy sabia, porque todos en algún momento hemos sentido miedo de algo. Esta vida no está hecha para los cobardes, cariño.

—¿Qué quieres decir?

—Que quien no arriesga no gana, preciosa. ¿A ti te gusta él?

—Sí —confieso nerviosa.

—Y, ¿te gusta tanto como para arriesgarte?

—Creo que sí —contesto dudosa.

—Te lo preguntaré de otra manera. ¿Cómo te sientes cuando estás con él?

—Es una sensación muy extraña porque nunca me había sentido así. Cada vez que lo tengo cerca, siento que miles de hormigas se pasean por todo mi cuerpo y que mi corazón se acelera solo con mirarlo. Me encantaría conocerlo, saber cuáles son sus manías y sus gustos, descubrir cómo fue su niñez.

—Vamos, que te pone como una moto —resume levantando las cejas.

—Supongo —admito avergonzada.

—¿Eres virgen? —susurra.

—¡No! Pero yo nunca...

—¿Nunca has tenido un orgasmo? —pregunta sorprendido.

—¡Uf! ¡Qué bochorno!

—No te tienes que sentir avergonzada. Imagino que has estado reprimida y que nunca has podido hablar de este tema con nadie. Pero si no te arriesgas con Héctor, no podrás saber si él siente lo mismo por ti.

Sus palabras me hacen pensar: «¿Qué es lo que puedo perder?». Soy consciente de que existe la posibilidad de que salga con el corazón destrozado, pero verlo y luchar contra lo que siento, no me hace sentir mejor.

Después de sincerarnos y conocernos un poco mejor, la comida es más amena y puedo disfrutar del placer de su compañía. Cuando Germán me deja de vuelta en mi casa, sonrío al saber que he conseguido un nuevo amigo.

Capítulo 15

Héctor

Me estoy volviendo loco. Trabajar cerca de la rubia, está haciendo que mis días sean un auténtico infierno. Cada vez que sonrío a algún cliente o bromea con Germán, siento un nudo en el pecho. Tengo ganas de partirle la cara a cualquiera que se le acerque y, cuando la escucho reír, me vuelvo loco deseando ser yo el causante de su risa.

¡Odio sentirme así! Reconozco que mi actitud puede parecer la de un hombre de las cavernas, pero no es posesividad lo que siento por ella. Quiero que sea feliz, pero me jode no ser la persona que necesita para serlo. Me encantaría formar parte de su felicidad, pero sé que eso es completamente imposible.

—¿Diga? —contesto en cuanto suena mi teléfono.

—Hermano, tenemos problemas.

—¿Qué ha ocurrido, Indio? —pregunto nervioso.

—Mis informantes me han dicho que han vuelto a ver a Niko en el territorio de *los hijos de Caín*.

—¡Mierda! ¡Le advertí a ese mocoso que no se acercara por allí!

—No tienes que preocuparte, ya me he ocupado personalmente.

—¡¿Qué coño has hecho?! —pregunto furioso.

—Tranquilo, a tu hermano no le ha pasado nada, solo he tenido una charla muy seria con él.

—¿Tengo que preocuparme? —pregunto aun sabiendo su respuesta.

—Por supuesto que no. Niko es como mi hermano.

—Está bien. Si vuelve a ocurrir, avísame y yo mismo me encargaré de hablar con él.

—Entendido.

Cuelgo la llamada y entro en mi restaurante japonés favorito. He quedado con la pelirroja para comer porque dice que últimamente estoy insoportable. Alguien con dos dedos de frente, me ignoraría hasta que se me pasara el mal humor, pero mi valquiria es una guerrera y le gusta el riesgo.

—Hola, preciosa —la saludo en cuanto llego a nuestra mesa.

—¡Hola, bombón! Ya era hora que te dignaras a quedar con tu mejor amiga, ¿no crees?

—Lo siento, tienes razón. Pero últimamente he estado muy ocupado.

—¿Con cierta rubia?

—No, eran otra clase de ocupaciones.

—Supongo que no me lo vas a contar, ¿verdad?

—No puedo, pelirroja —admito abatido.

—Está bien, si no puedes hablar de tu misteriosa vida, háblame de cómo te sientes al tener a la culpable de tus fantasías más calientes trabajando contigo, codo con codo —pregunta la arpía de mi amiga alzando varias veces las cejas.

—Eres una exagerada, tu amiga solo era un encaprichamiento y, por suerte, ya lo tengo superado.

—Pues me alegro, la verdad.

La miro con atención y me doy cuenta de que, mi queridísima amiga, está tramando algo.

Podría callarme e ignorarla, pero me puede la curiosidad.

—¿Por qué lo dices? —pregunto al desconfiar que se haya tomado tan bien mi respuesta.

—Por nada, cosas mías —indica sonriendo con malicia.

—Pelirroja... —le advierto.

—¡Está bien! Ya que insistes tanto, te diré que esta noche me llevo a la rubia al Club Clímax —contesta intentando parecer inocente.

—¿Y se puede saber qué coño pinta la rubia en ese club? —pregunto alterado.

—Puedes imaginártelo, campeón —replica guiñándome un ojo.

—¡No me jodas! Ni se te ocurra llevarla a ese lugar.

—Por lo que veo ya has estado por allí y sabes el ambiente tan sugerente que hay.

—No me toques los cojones, Paula.

—¿Yo? Ni en sueños. En otra época quizás me lo hubiera planteado, pero con mi friki tengo suficiente.

—Te estoy hablando en serio, valkiria. Dime por qué cojones la llevas allí.

—De verdad que estás insoportable, no sé ni cómo te aguantas a ti mismo —expone poniendo los ojos en blanco—. No sé si sabrás que Irene está escribiendo un libro y parece ser que necesita un poco de inspiración para continuar con su historia.

—¿Y se puede saber de qué coño trata ese libro para que la lleves a un lugar como ese?

Mi amiga se cruza de brazos y me mira con incredulidad, como si fuera un niño de cinco años que no se entera de nada.

—¿¡El libro es porno!? —pregunto sorprendido al entenderlo al fin.

—De verdad que algunos hombres sois idiotas. Que un libro tenga escenas eróticas o subidas de tono, no lo convierte en porno. Además de esos momentos calientes, también hay una historia que puede ser de amor, de misterio, de fantasía...

—Está bien, si tú lo dices —acepto sin entender de lo que habla—. Pero sigo sin comprender por qué la llevas precisamente allí.

—A ver, vikingo. Ya sabes que, en ese club, hay muchas escenas sexuales a las que puedes asistir como invitado. ¡Qué mejor lugar para encontrar inspiración! Ya veremos si nuestra pequeña hada de los bosques se queda como mera espectadora o se atreve a unirse a la fiesta —inquire con malicia.

—No creo que sea tan atrevida.

—Quién sabe, últimamente está cambiando.

De repente, como quien no quiere la cosa, la bruja de mi amiga cambia de tema y empieza a hablar de sus queridos trillizos. Por más que intento concentrarme, después de la bomba que me acaba de soltar, no puedo dejar de pensar en mi gatita, rodeada de cuerpos sudorosos, invitándola a pecar. ¡Joder!

Capítulo 16

Estoy de los nervios. Por culpa de la loca de mi amiga hoy haré el mayor ridículo de mi vida. No solo voy a ir a un club en el cual practican sexo a la vista de todos, sino que iré vestida como una morcilla. Mi amiga del alma se ha empeñado en que tengo que ir acorde al lugar, y me ha prestado un *outfit* adecuado para la ocasión.

Me miro en el espejo y no me reconozco. Después de embutirme en un mono de cuero negro con un gran escote, que marca cada una de mis curvas, he tenido que maquillarme como si fuera un oso panda.

Paula me advirtió que, si no quería desentonar en ese lugar, debía llevar un maquillaje más recargado. Para que supiera exactamente a qué se refería, me envió un tutorial de *YouTube* donde enseñaban a hacer un delineado estilo «gata en celo», como ella lo describió.

Por si el mono de cuero y el maquillaje marcado no fuera suficiente, me prestó unos taconazos de vértigo, con los que voy a tener que hacer equilibrios si no quiero terminar la noche en el hospital.

Cuando suena el timbre de mi casa y veo que es mi amiga, agarro un pequeño bolso y, metiendo lo más esencial, salgo de mi casa. Aunque no hace nada de frío, me he puesto una chaqueta larga para ocultar mi atuendo, porque si alguien me reconoce vestida así, me moriré de la vergüenza.

Una vez en la calle, me encuentro a la descarada de mi amiga dándose el lote con el padre de sus hijos.

Examino sus atuendos con detenimiento y me doy cuenta de que ambos están impresionantes. Paula lleva un vestido corto de cuero negro con la espalda descubierta y unos tacones que, aunque parezca increíble, son más altos que los míos. Víctor no se queda atrás: viste unos pantalones de cuero y una camisa de seda negra que le da un toque rebelde. Juntos forman una pareja espectacular, y si no los interrumpo, me temo que terminarán dando un espectáculo.

—Ejem, ejem —carraspeo para llamar su atención.

—¡Ya estás aquí! —me saluda Paula sonriendo—. ¡Estás...!

—¡Jo-der! —suelta Víctor con los ojos muy abiertos—. Parece la jodida *Catwoman*. Ahora sí que es una gata de verdad.

—Cuidadito, friki, o voy a tener que amputar algún miembro de tu cuerpo que seguro echarás de menos.

—¿Pero tú la has visto? —pregunta el aludido sorprendido.

—¡Claro que la he visto! Pero si no dejas de mirarla así, tendremos un problema.

—¿Estás celosa, pelirroja? ¿Todavía no te has dado cuenta de que solo tengo ojos para ti? —murmura contra sus labios—. Eres la única capaz de volverme loco.

—Eso espero, por tu propio bien —lo amenaza mi amiga a pesar de que sus palabras han conseguido ablandarla.

—Lo mejor será que vuelva a mi casa y que vayáis solos al club —propongo intentando escaquearme.

—¡Alto ahí, rubia! Súbete al coche y deja de decir tonterías.

Al darme cuenta de que no conseguiré salirme con la mía, obedezco sin rechistar. De camino al club, no puedo dejar de retorcer las manos nerviosa. ¿Por qué he aceptado esta descabellada propuesta?

«Porque en el fondo, aunque no lo quieras admitir, te llama mucho la atención lo que puedas encontrar allí», responde mi conciencia.

Una vez que conseguimos aparcar, caminamos hacia la entrada. La mezcla de esos tacones demoníacos y mis nervios, hacen que tropiece un par de veces. Cuando la imponente puerta aparece ante mí, mi cuerpo comienza a temblar con una mezcla de nervios y anticipación.

—¿¡Qué haces por aquí, bombón!? —escucho que grita Paula de repente.

Busco con la mirada a la persona que acaba de saludar, rezando para que no se trate de quien imagino.

—Hola, pelirroja —saluda mi peor pesadilla, sin dejar de mirarme furioso.

¿¡Qué hace Héctor aquí!? La respuesta a mi pregunta llega sin tener que pensar demasiado al ver la sonrisa pícara de mi amiga. ¡Será traidora!

—¿Qué coño haces aquí, rubia? —escupe apartándome a un lado para que no nos escuchen.

—¡A ti que te importa! Te recuerdo que no tengo que darte ninguna explicación.

—¿Acaso sabes dónde te estás metiendo, princesita? —pregunta con malicia intentando intimidarme.

—Por supuesto que lo sé —contesto intentando sonar convencida.

—¿Estás segura? ¿Podrás soportar ver como practican sexo libre y en público?

—¿Por quién me tomas? —cuestiono haciéndome la ofendida.

—Será mejor que te vayas de aquí, rubia. Este no es tu entorno habitual y puedes...

—¿¡Y cuál se supone que es mi entorno, Héctor!? —grito furiosa—. ¡Según tú, no puedo trabajar en el Infierno, ni relacionarme contigo y ahora tampoco puedo entrar en este club! Entonces, ¿cuál es mi maldito lugar? ¿Un convento de clausura?

Durante unos segundos, nos miramos respirando con dificultad y, cuando creo que va a dar media vuelta para marcharse, me sorprende con sus palabras.

—¡Joder! Está bien, si te empeñas en entrar, iré contigo.

—No necesito escolta —escupo enfadada.

—Irene... —me advierte intentando controlarse.

Lo miro a los ojos y al ver su furia comprendo que, a no ser que acepte su condición, hará todo lo posible para que no entre.

—¡Está bien! Pero haré y veré lo que me dé la gana, no vas a impedirme que explore a mi antojo.

—Eso ya lo veremos —murmura haciendo que lo advierta con la mirada.

Me giro, ofendida, y me dirijo hacia donde están nuestros amigos. Mientras Víctor me observa preocupada, la arpía de Paula lo hace con una expresión de satisfacción.

Cuando el portero revisa nuestros nombres, nos hace una señal para que pasemos al interior del club. Paula y Víctor son los primeros en entrar y cuando llega mi turno, Héctor coloca su mano en mi espalda haciendo que me estremezca con su contacto.

Al cruzar la puerta, una música sugerente nos da la bienvenida. Unas escaleras con luz tenue nos conducen hacia el interior del local. Al subir los escalones, nos encontramos con el club en todo su esplendor. A simple vista, puede parecer una discoteca común, pero si te fijas en los detalles, puedes notar las diferencias.

La decoración, aunque discreta, lleva escrita la palabra sexo en letras mayúsculas. Las paredes oscuras y las luces rojas crean una atmósfera que incita al pecado. Desde el techo cuelga una jaula con cadenas, en la que una mujer medio desnuda se contorsiona sobre un columpio. El lugar está lleno de cómodos sillones donde la gente puede relajarse, charlar o disfrutar de los diferentes espectáculos.

Al mirar a mi alrededor, me doy cuenta de que la sala está dividida en varios pasillos que imagino conducen a los distintos departamentos del club.

—¿Todo bien? —susurra Héctor en mi oído haciendo que me estremezca con su aliento.

—Perfectamente. ¿Tomamos algo? —pregunto intentando armarme de valor.

—Claro. Tú primero —indica volviendo a colocar su ardiente mano en mi espalda.

En la barra, un atractivo camarero me repasa de arriba abajo y cuando termina, me guiña un ojo. Me quedo cautivada por su belleza, sonrojándome ante su osadía, hasta que un ronco gruñido a mi espalda me devuelve a la realidad. Me quedo atónita al ver que mi malhumorado acompañante, me acerca a su cuerpo, advirtiéndome al camarero con una mirada fulminante.

—¿Qué quieres tomar?

—Un gin-tonic —contesto alterada por su cercanía.

Con nuestras copas en la mano, Héctor me hace un gesto para que nos sentemos en los sillones. Desde aquí, no puedo dejar de admirar a la preciosa mujer de la jaula. Su contoneo provocador y su contorsionismo, provoca en mí un ligero cosquilleo que me pone muy nerviosa. Me impresiona su increíble flexibilidad y su capacidad para doblarse en esas sorprendentes posiciones.

—¿Quieres que vayamos a investigar, señorita escritora? —pregunta sarcástico.

—Claro —contesto fingiendo indiferencia.

Héctor entrelaza nuestros dedos y, al instante, una corriente nueva e intensa recorre todo mi cuerpo. Cada vez que estoy cerca de él, me pongo nerviosa y experimento sensaciones que nunca antes había conocido.

Trasparamos una oscura cortina y llegamos hasta un lúgubre pasillo. Héctor me señala una entrada en la cual aparece el nombre de «*Pecado*» en letras doradas y, al afirmar con la cabeza, tira de mí hasta entrar en la sala. Unos gemidos nos dan la bienvenida y, en cuanto presto atención al espectáculo que hay en el interior, me doy cuenta de que no podrían haber escogido un nombre mejor.

En el centro, una mujer completamente desnuda recibe las atenciones de tres impresionantes hombres. Dos de ellos lamen sus pechos mientras un tercero la penetra con fuerza. Esta escena hace que me sonroje como una colegiala y que piense en que quizás Héctor tenga razón. Me fastidia saber que, tal y como me advirtió, este no es mi lugar.

«¿Qué hago aquí?».

De repente, mi respiración se acelera y siento la necesidad de desviar la mirada de ese grotesco espectáculo. En ese preciso instante, Héctor coloca sus fuertes manos en mi cara y me la levanta con delicadeza para que lo mire a los ojos.

—Ey, ¿estás bien? —pregunta preocupado.

—Yo... me cuesta respirar —susurro.

—Tranquila, preciosa. Tienes que calmarte y recordar que lo que estás viendo, es un juego consentido. Ellos están disfrutando, y si consigues a abrir tu mente, tú también podrás hacerlo.

Su preocupación y su mirada tierna me tranquilizan y me ayudan a que vuelva a respirar con normalidad.

—Gracias.

—Quiero que mires con atención a todas las personas que están en la sala —me pide colocándose detrás de mí—. ¿Te das cuenta de cómo disfrutan con el espectáculo?

—Sí —murmuro con un escalofrío al sentir su aliento en mi oreja.

—Ahora quiero que te fijas en la cara de la mujer. Está gimiendo porque disfruta de lo que le hacen.

Observo la manera en la que se retuerce y en cuanto contemplo su rostro velado por el placer, un calor arrasa todo mi cuerpo. Cierro los ojos cuando la mano de Héctor empieza a acariciar mi cintura, provocando que miles de mariposas revoloteen por mi estómago.

—Abre los ojos, gatita —susurra mientras besa mi cuello.

Un tímido gemido sale de mis labios al sentir el tacto de sus manos encima de mis pechos. ¿Qué me está ocurriendo? ¿Por qué siento la necesidad de arrancarme la ropa para que siga tocándome?

—Eres preciosa —murmura cerca de mi oreja.

Mi respiración se acelera cuando una de sus manos se cuela dentro de mi escote, acariciando mi pezón e inmediatamente, un cosquilleo entre mis piernas hace que tenga que apretar los muslos buscando alivio.

—Héctor... —suplico.

—Aquí no, preciosa. No me gusta hacerlo con público.

En ese instante, abro los ojos bruscamente y, como si me hubieran tirado un cubo de agua fría, recuerdo el lugar en el que nos encontramos. ¿Cómo es posible que me haya dejado llevar de esta manera? Si no me hubiera advertido, no sé hasta dónde hubiera sido capaz de llegar.

Capítulo 17

Después de ese suceso vergonzoso, Héctor vuelve a entrelazar nuestros dedos llevándome a otra sala que se llama «*Sensualidad*». Al entrar, descubro que es un espacio íntimo y oscuro, y a diferencia del anterior, no tiene tantos espectadores.

En el centro, hay una reluciente barra de estriptis, la cual está iluminada por una cálida luz que aporta un aura de misterio. Unos sillones de terciopelo oscuro colocados en círculo crean el escenario perfecto para la preciosa mujer que se está quitando la ropa al son de una música envolvente.

Con cada prenda que cae al suelo, mi respiración se va acelerando y, cuando se queda completamente desnuda, no puedo evitar observarla con admiración. La mujer se acerca a la barra vertical y pasa sus manos delicadamente por el metal.

Después, se agarra con fuerza y flexiona las rodillas levantando su cuerpo del suelo con una gracia sorprendente. Cada uno de sus músculos tensan mientras flexiona y realiza giros y piruetas, dejándome completamente hipnotizada y excitada.

Observo sorprendida como la mujer sube por la barra con agilidad y, una vez que se encuentra en lo alto, se deja caer hacia atrás agarrándose con sus muslos para no caerse. Sus gráciles brazos bailan al son de la música y resbalan por su cuerpo con eróticas caricias.

—¿Te excita ver cómo se da placer? —pregunta su ronca voz estremeciéndome.

—Yo... —balbuceo avergonzada.

—Contéstame, gatita. ¿Estás excitada?

—Sí —admito con un gemido al notar que me acaricia con delicadeza.

—Yo también lo estoy, pero solo tú eres la culpable de mi excitación. Ver la forma en la que te estremeces de placer, me está volviendo loco —murmura mordéndome el lóbulo de la oreja mientras pega su erección en mi trasero.

Sentir su dureza, hace que todo gire y que un calor sofocante se apodere de mi cuerpo. Por primera vez en mi vida, deseo dejarme llevar sin preocuparme por las consecuencias.

—Héctor —suplico frotando mi trasero contra su erección.

—Todavía no, nena.

De repente, vuelve a tirar de mí sin que lo espere, sacándome al pasillo. Su sonrisa canalla al ver el estado en el que me encuentro, hace que lo fulmine con la mirada. Es la primera vez que tengo la sensación de que mi cuerpo está a punto de estallar y, al haberme privado de esa liberación, me siento decepcionada y frustrada.

Nos detenemos delante de una puerta de estilo gótico con un cartel indicando el nombre de la misma: «*Habitación roja*».

—¿Estás preparada? —pregunta muy serio.

Me quedo tan fascinada con sus preciosos ojos verdes, que lo único que puedo hacer es asentir con la cabeza. No sé lo que me voy a encontrar en esta habitación, pero por su expresión entiendo que debe ser algo más fuerte que las anteriores.

En cuanto abre la puerta, un chasquido hace que dé un respingo. Al acceder al interior, observo varios sillones rodeando un pequeño escenario con una cruz en el centro. Atada a la cruz, una mujer de espaldas con un tanga negro gimotea suplicando las atenciones de su amo. El hombre, que tiene el torso desnudo y lleva unos ceñidos pantalones de cuero, acaricia el trasero de la mujer con un enorme látigo. Ella se retuerce, pero no consigue moverse al tener las manos

y los pies atados.

En el momento en el que el hombre da unos pasos atrás para hacer estallar el látigo contra el trasero expuesto de la mujer, mi cuerpo se tensa. Antes de que impacte contra su perfecta piel, desvío la mirada para no ser testigo de esa crueldad, pero los fuertes dedos de Héctor me lo impiden.

—Mírala, no tengas miedo —murmura.

Me pierdo en sus preciosos ojos y al ver comprensión en su rostro, vuelvo a desviar la mirada hacia la pareja. El «amo» azota a su sumisa mientras ella llora desesperada, pero al contemplarla con atención, me doy cuenta de que no llora de dolor, sino de placer. Cuando al fin detiene los latigazos, mi respiración está muy agitada y mi cuerpo está ardiendo.

Un escalofrío me recorre por completo al ver cómo el *amo* se deshace en atenciones y caricias en los mismos lugares donde momentos antes había estado azotando. Ella llora de placer y suplica por su liberación. Aunque, ingenua de mí, pensé que se refería a la liberación de sus ataduras, pronto descubro que se trata de otro tipo de alivio.

Con atención, observo al hombre bajarse el pantalón y enfundarse un preservativo. Después, se acerca lentamente a su espalda y le susurra algo al oído haciendo que ella mueva la cabeza con una rotunda afirmación. Inmediatamente, aparta la tira de su tanga a un lado y se introduce en su interior de un solo empujón, provocando los gritos de placer de la mujer.

Mientras contemplo a la sudorosa pareja, siento la necesidad de apretar mis muslos buscando un desconocido alivio. En ese instante, Héctor me abraza por la espalda y coloca una de sus manos entre mis piernas. En un primer momento, intento separarme de él, pero en cuanto siento el placer que sus dedos me provocan, abro mis piernas facilitándole el acceso.

Todo a mi alrededor hace que mi respiración se acelere, mis pezones se ericen y mi corazón lata frenéticamente. Cierro los ojos para aislarme, pero los vuelvo a abrir al escuchar su ronca voz en mi oído.

—Abre los ojos, preciosa. Quiero que veas sus rostros de placer cuando lleguen al orgasmo.

—Yo...

—Disfruta, gatita —me ordena.

Sus dedos se aceleran siguiendo el ritmo de la apasionada pareja y mi respiración cada vez está más acelerada. De repente, siento una sensación extraña que hace que me sienta incómoda y quiera huir.

—Héctor... —suplico sin saber el qué—. No puedo...

Él besa mi cuello mientras coloca su mano libre dentro de mi escote, comenzando a jugar con mi pezón. Un ardor hace que me ahogue y que me separe de su cuerpo, como si quemara.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

Lo miro asustada sin poder contestarle y él, al ver mi mirada de auxilio, me agarra de la mano y me saca de la habitación.

—¿Dónde vamos? —inquiero con un hilo de voz.

—Nos marchamos, tu investigación ha terminado.

Una vez que salimos a la calle, el aire fresco de la noche ayuda a enfriar mi estado de excitación. Héctor continúa caminando hacia el aparcamiento y solo se detiene cuando llegamos a su moto.

—Sube —me ordena entregándome un casco.

Lo miro sin saber qué hacer, pero al instante tiendo mi mano para cogerlo. Me lo coloco ante su atenta mirada y después, con su ayuda, me subo detrás de él.

El fuerte rugido de la moto al arrancar provoca que todas mis terminaciones nerviosas

vuelvan a despertar. Me agarro a su cintura con fuerza y, mientras conduce entre las calles, disfruto de esta libertad momentánea.

La combinación de la velocidad, la exposición al viento y la falta de visibilidad me produce una maravillosa sensación de ingravidez. En cualquier otra situación estaría muerta de miedo, pero por raro que parezca, con él me siento segura.

Nos detenemos media hora después y cuando abro los ojos, me sorprendo al ver un bonito mirador.

—¿Qué hacemos aquí?

—Es uno de mis lugares favoritos. Lo descubrí cuando era solo un adolescente y desde entonces, vengo siempre que necesito huir de mis problemas. Este lugar me ayuda a pensar y a tranquilizar mi estado de ánimo.

—Es un sitio precioso —admito.

—¿Qué ha ocurrido en el club? —pregunta cambiando de tema en cuanto nos bajamos de la moto.

—Nada, solo me he abrumado un poco —murmuro mirando al suelo.

—Nena, a mí no puedes engañarme. Todo iba bien y, de pronto, entraste en pánico.

—No... yo...

—Cuéntamelo —indica levantando mi barbilla para que lo mire a los ojos.

—¿Y por qué tendría que confiar en ti? —pregunto nerviosa.

—Quizás no confíes en mí, pero te irá bien sacarlo.

Lo miro a los ojos y, aunque pueda parecer una locura porque a penas lo conozco, sé que puedo confiar en él.

—Es que yo nunca...

—¿Eres virgen? —escupe sorprendido.

—¡No! ¿Por qué todos pensáis que soy virgen e inocente?

Bufo, molesta al notar en su mirada que, según mi aspecto, eso es exactamente lo que parezco.

—Continúa —indica haciendo gestos con las manos para que termine mi frase.

—Nunca he tenido un orgasmo —confieso tan bajo que dudo que me haya podido escuchar.

—Creo que no te he escuchado bien.

—¡Que nunca he tenido un orgasmo! ¿Contento? —estallo nerviosa.

En el momento en el que soy consciente de que acabo de gritar mi mayor secreto, me ruborizo y agradezco que estemos solos.

—No puede ser —expone rascándose la barbilla—. Tú tenías novio, ¿no?

—Sí, pero él nunca se preocupó de que yo...

—Tu exnovio es un gilipollas —espeta furioso.

—Dime algo que no sepa —expreso poniendo los ojos en blanco.

—¿Nunca te has dado placer tú sola?

—Lo he intentado, pero en cuanto siento que pierdo los papeles, no puedo continuar —le explico tapándome la cara, muerta de vergüenza.

—Por eso estabas en el club. Necesitabas saber cómo se siente para poder explicarlo en tu libro, ¿verdad?

—Algo así —admito avergonzada.

—Nena, siento decirte que, hasta que no lo vivas en tu propia piel, nunca sabrás cómo se siente. Puedes observar a miles de personas llegando al orgasmo, pero si no sientes esa explosión de placer en tu cuerpo, nunca lo podrás describir.

—Vamos, que hoy he perdido el tiempo —afirmo derrotada.

—Yo no diría eso —susurra en mi oído—. Te propongo un trato.

—¿Qué trato? —pregunto con la respiración acelerada.

—Si consigo que tengas un orgasmo, nunca volverás a ese club.

Pienso con detenimiento su propuesta poniendo en una balanza los pros y los contras. Me ruborizo solo de imaginar sus manos acariciando mi piel, pero me muero de ganas de descubrir qué es lo que siente. Además, será fácil cumplir esa promesa porque tampoco tengo intención de volver a ese club.

—¿Qué me dices, gatita? —pregunta pegado a mi cuerpo.

—Acepto.

Héctor se queda inmóvil, mirándome en silencio, y por un momento pienso que ha cambiado de opinión. Justo cuando estoy a punto de decirle que no es necesario que haga nada, apaga las luces de su moto y me mira con intensidad. Después, me toma de la mano con delicadeza y me lleva hacia un árbol.

—¿Confías en mí? —pregunta mirándome serio.

—Sí —contesto convencida.

—Quiero que te agarres a la rama que tienes encima de tu cabeza y que no la sueltes por nada del mundo.

—Pero... —balbuceo nerviosa.

—Si quieres que continúe, tienes que obedecerme —ordena.

Sin pestañear, levanto mis brazos y agarro con fuerza la rama, temblando de anticipación, esperando sus atenciones.

—Separa las piernas. Así, muy bien —me felicita cuando lo obedezco.

Mis ojos siguen sus felinos movimientos mientras baja lentamente la cremallera delantera de mi mono. Mi respiración se acelera con cada porción de piel que expone y mi cuerpo tiembla con su incendiaria mirada. Una vez que consigue su objetivo, separa las dos partes de la prenda, dejando mis pechos al descubierto.

—Preciosa —indica mirándome a los ojos—. Quiero que disfrutes y te dejes llevar.

Mi cuerpo se estremece al sentir la caricia de sus dedos sobre mis pechos y, en consecuencia, un cosquilleo aparece entre mis piernas. De repente, se acerca y devora uno de los pezones con su boca, provocando que un gemido desesperado salga de mi interior.

Después enloquecerme torturando mis pechos, mete la mano dentro del mono y no se detiene hasta traspasar la barrera de mi ropa interior. En cuanto sus dedos entran en contacto con mi sensible carne, grito sin poder contenerme. Mueve sus dedos en círculos haciendo que un calor insoportable me recorra desde los pies a la cabeza.

—Déjate llevar, gatita —susurra pegado a mi oído.

—No puedo —gimo intentando separarme de él.

—Solo tienes que sentir el placer y perseguirlo. No tengas miedo, disfrútalo y explota, nena.

Su ronca voz hace que desee estallar en mil pedazos y, aunque estoy muerta de miedo, me dejo llevar pensando en mí y en mi placer. En ese momento, un volcán en mi interior entra en erupción y el placer más extremo invade todo mi cuerpo. Aprieto la rama con fuerza y cierro los ojos soltando un grito desgarrador.

¡Es increíble! Héctor tenía razón al decirme que, hasta que no experimentara este placer, no podría escribirlo. Aunque, ahora que lo he sentido, creo que nunca seré capaz de describir lo que estoy sintiendo.

Cuando mi respiración vuelve a la normalidad y mi cuerpo deja de temblar, abro los ojos con

una enorme sonrisa. Al hacerlo, me doy cuenta de que Héctor está agarrándome por la cintura para impedir que me caiga al suelo y, cuando presto atención a su respiración acelerada, descubro que está muy excitado.

Su mirada lasciva despierta algo dentro de mí y me hace mirar sus labios carnosos con deseo. Me pregunto: «¿Qué hará si me lanzo a su boca?». Pero antes de que pueda averiguarlo, se aparta bruscamente, dejándome desconcertada. Lo observo con curiosidad y, al ver la seriedad en su rostro, mi inseguridad regresa.

Capítulo 18

Héctor

¡Estoy jodido! A lo largo de mi vida he tenido que hacer cosas muy difíciles, pero nada me ha costado tanto como separarme de su cuerpo. Cuando la he sentido temblar contra mis dedos, he estado a punto de perder la maldita cabeza y me he visto obligado a contenerme para no desnudarla y hacerla mía.

Mi aspecto de tipo duro suele ser un imán para las mujeres y, aunque reconozco que he practicado mucho sexo, nunca me había sentido tan al límite. Compartir su excitación en el club, ha puesto a prueba mi autocontrol, pero cuando he visto que tenía un ataque de ansiedad, no he dudado ni un segundo y la he sacado de allí.

Aunque sé que lo mejor hubiera sido llevarla a su casa, sentí la necesidad de enseñarle mi lugar favorito. Ha sido una estupidez traerla aquí porque, en cuanto hemos bajado de la moto, no me he podido resistir. Saber que nunca había tenido un orgasmo hizo que perdiera la cabeza y que encontrara la excusa perfecta para tocarla.

Observo al pajarillo asustadizo que tengo delante y, al descubrir que mi actitud ha borrado su sonrisa, me doy cuenta del error que acabo de cometer.

¿Por qué no soy capaz de mantener las manos alejadas de esta mujer? Irene no es mi tipo y no lo digo porque no sea preciosa, sino porque nunca he estado con alguien tan sensible y delicado. Me suelen atraer mujeres seguras de sí mismas, con las que puedo tener sexo duro y sin compromiso. Entonces, ¿cómo es posible que sienta tanta atracción por alguien tan dulce y puro?

Irene, al notar mi cambio de actitud, suelta la rama que tenía agarrada y sube la cremallera de ese endiablado mono, que tan cardíaco me ha puesto.

—¿Estás bien? —pregunto al ver sus dudas.

—Sí, claro. Muchas gr...

—Será mejor que te lleve a casa —la interrumpo.

Aunque fui yo quien le propuso ese maldito trato, no soporto que me dé las gracias. Al hacerlo, tengo la sensación de que lo que acaba de ocurrir parece más una obligación que algo placentero. Pero para evitar que se haga ilusiones y piense que ha cambiado algo entre nosotros, me comporto como un idiota.

Me subo a la moto molesto y arranco, tratando de parecer indiferente. Al mirarla, mientras le entrego el casco, noto la decepción en sus ojos, pero decido ignorarla. Prefiero que crea que soy un capullo a que se dé cuenta de cuánto me afecta su cercanía. A pesar de lo ocurrido hoy, sigo creyendo que venimos de mundos diferentes, y lo mejor que le puede pasar es que me aleje de ella.

Cuando Irene se acerca a la moto con las piernas temblorosas, me esfuerzo por ocultar la sonrisa orgullosa que se dibuja en mi cara. Le tiendo la mano para ayudarla y, cuando se acomoda en el asiento y se coloca el casco, me agarra de la cintura acercando su apetecible cuerpo a mi espalda. Aprieto el manillar con fuerza para controlarme y, en cuanto me da su nueva dirección, salgo a la carretera más tenso que las cuerdas de una guitarra.

Al llegar a su portal, detengo la moto y la ayudo a bajarse. Ella me mira nerviosa retorciéndose las manos sin saber qué decir y, aunque ese gesto me parece muy tierno, mantengo

mi postura seria para alejarla una vez más de mí.

—Pues nada... —murmura nerviosa.

—Espero que recuerdes tu promesa.

—¿Mi promesa? —pregunta confundida.

—La de no volver a pisar ese club.

—Sí, claro. Esa promesa —repite mirándose los pies.

—Será mejor que me vaya —digo a modo de despedida.

Lo reconozco, estoy huyendo y, a pesar de que no me siento orgulloso, es lo mejor. Cuando voy a girar el manillar para salir zumbando de allí, Irene coloca una de sus pequeñas manos encima de mi brazo haciendo que me estremezca con su contacto.

—Héctor...

—Rubia, no te comas la cabeza por lo que acaba de ocurrir porque no ha cambiado nada entre nosotros. Espero que tengas material suficiente para escribir tu novela.

Ella me mira decepcionada haciendo que me sienta el tío más cabronazo del mundo. He hecho muchas cosas de las que no me siento orgulloso, pero ver el dolor en sus ojos supera todas las demás. Irene necesita a alguien que luche por ella y le ofrezca la vida que merece, por eso intento alejarme, aunque todavía no lo haya conseguido.

—Está bien, si es lo que quieres —indica levantando la barbilla orgullosa.

—Sí, es lo que quiero —miento intentando que no me descubra.

—Adiós, Héctor. Yo cumpliré mi palabra, pero espero que tú también cumplas la tuya y que te alejes de mí.

¡Joder con la gatita! Con su actitud guerrera acaba de hacer que me empalme. Ver lo cachondo que me pone cuando saca sus afiladas uñas, me da una pista del infierno que supondrá mantenerme alejado de ella. Ahora siento que soy un toro al que acaban de agitar un pañuelo rojo delante de los ojos, incapaz de hacer nada para alcanzar su objetivo. ¡Maldita sea!

Una vez que salgo de mis pensamientos, observo a la culpable de mis fantasías más tórridas caminar hasta su portal. En lugar de fijarme en sus pasos apresurados y los puños apretados que evidencian su enfado, no puedo dejar de admirar el balanceo de sus caderas al alejarse de mí. Sí, definitivamente me lo va a poner muy difícil.

Capítulo 19

A la mañana siguiente me despierto sonriendo. A pesar de su fría despedida, no he podido dejar de recordar nuestro apasionado encuentro durante toda la noche.

Nunca había sentido esa sensación de perder el control y, aunque al principio me asustó, cuando conseguí dejarme llevar, fue una explosión muy placentera. ¡Ahora comprendo por qué a la gente le encanta practicar sexo!

Me bajo de la cama y, después de darme una ducha rápida, me visto con ropa cómoda y me siento delante del ordenador con una taza de café en las manos. Sin pensarlo, mis dedos se deslizan veloces por el teclado y, sin darme cuenta, la historia va tomando forma. Aunque no puedo evitar ruborizarme en algunos momentos, consigo escribir varios capítulos sin ningún esfuerzo.

El sonido de mi teléfono anunciándome la llegada de un nuevo mensaje, hace que desvíe mis ojos de la pantalla y sea consciente de las horas que he pasado escribiendo. Al mirar el reloj, me sorprende al ver que son las cuatro de la tarde y que no he parado ni para comer.

Lo desbloqueo con curiosidad y sonrío al comprobar que se trata del grupo que tengo con mis amigos.

Paula:

¡Hola a todos!

¿Cómo lleváis esta maravillosa mañana?

Carlos:

Uy, ¿a qué viene tanto entusiasmo?

Sara:

Eso, cuéntame cómo es posible que tengas esa energía siendo madre de tres bebés.

Paula:

Ayer por la noche salí con mi friki y fue, uff... ¡Una puta pasada!

Carlos:

Ahora lo entiendo todo, tú anoche mojaste y por eso estás de tan buen humor.

Paula:

¿Mojar? Ayer Víctor me dio tanto placer que consiguió ponerme los ojos del revés.

Sara:

¡No quiero detalles, puaj!

¡Estás hablando de mi hermano!

Paula:

Pues deberías sentirte orgullosa de él, porque me da unos orgasmos muy placenteros.

Sara:

¡Qué asco, Pauli!

Paula:

Puticienta, eres una remilgada.

Irene:

¡Hola, chicos!

Paula:

Ey, rubia.

¿Sigues viva después de la noche de ayer?

Carlos:

¿Me he perdido algo? No me entero de nada.

Sara:

Pues ya somos dos.

¿Podéis ponernos al día, por favor?

Paula:

Resulta que ayer fuimos con Irene al Club Clímax y la perdí de vista en cuanto entró con Héctor.

Carlos:

¿El Club Clímax?

¿Ese no es un club de intercambio de parejas?

Paula:

Entre otras cosas.

Sara:

Ay, madre. No me digas que llevaste a mi hermano a un lugar así.

Paula:

Tranquila, yo a mi friki no lo comparto con nadie. Pero ya te digo que disfrutó igual que yo.

Sara:

No sé ni para qué pregunto.

Paula:

Entonces, rubia.

¿Disfrutaste con el vikingo?

Irene:
Entre Héctor y yo no pasó nada.

Paula:
*Ya, claro y por eso lo vi metiéndote
mano en una de las salas, ¿no?*

Irene:
No es lo que piensas.

Paula:
*Rubia, si quieres que me haga la tonta no hay
problema, pero mis ojos ven perfectamente.*

Sara:
¿Te acostaste con Héctor?

Irene:
¡No!
Pero él me ayudó mucho en mi bloqueo.

Paula:
Sí, ya te digo yo que la desbloqueó de lo lindo.

Sara:
*¡Pauli! No seas mala, anda.
Ya nos lo contará cuando quiera.*

Carlos:
*Entonces,
¿no solo es un club de intercambio de parejas?*

Sara:
*Carlos, ¿has estado leyendo nuestra
conversación o solo pensabas en el folleto?*

Carlos:
*A ver, mujer. Estoy casado y necesito mantener
encendida la llama de la pasión.*

Paula:
*Pues allí te achicharras, Carlitos,
te lo digo yo.*

Mientras Carlos interroga a Paula sobre el club, yo me mantengo al margen para evitar explicarles lo que ocurrió entre nosotros. Sé que en algún momento necesitaré su consejo y

tendré que ser sincera con ellos, pero prefiero que sea cara a cara y no con una conversación de WhatsApp.

Me despido de mis amigos con la promesa de quedar una tarde para ponernos al día y, antes de dejar el teléfono encima de la mesita, recibo una llamada que hace que sonrío como una tonta.

—¡Hola! —saludo al interlocutor.

—¡Ey, preciosa! ¿Cómo está la catalana más guapa?

—Qué alegría escuchar tu voz, Santi.

—¿Cómo va todo? ¿Has conseguido volver a escribir?

—Sí, parece que me ha llegado la inspiración —confieso sonrojándome al recordar el motivo de mi desbloqueo—. ¿Qué tal estás? ¿Y tu abuela?

—Estamos bien. ¿Y tú?

—¡De maravilla! Alquilé un piso y estoy trabajando en el club de mi amigo Carlos.

—Me alegro mucho por ti, preciosa. Te he llamado porque había pensado cerrar unos días la tienda y hacerte una visita a Barcelona. Si te parece bien, claro.

—¿En serio? ¡Me parece genial! ¿Cuándo tienes pensado venir?

—Sería para el fin de semana que viene.

—Ni se te ocurra mirar ningún hotel o me enfado. Tengo espacio de sobra, así que te quedas en mi casa.

—De eso ni hablar, no quiero molestar. Además, ya he estado mirando un hotel en el centro.

—¡Como vengas a Barcelona y te vayas a un hotel, ya puedes correr, porque como te pille te arrastro de las orejas!

—Madre mía, qué genio tienes desde que no nos vemos, ¿no? —comenta riéndose.

—Lo siento, pero es que me apetece mucho que vengas —me excuso.

—Está bien, iré a tu casa. Mi idea es salir el jueves y volver el domingo o el lunes. ¿Te parece bien?

—¡Me parece genial! En cuanto tengas los datos del vuelo me los envías para recogerte en el aeropuerto.

—No es necesario, yo puedo...

—Santi...

—¡Está bien! Ya me callo. Cuando tenga los billetes, te paso la información.

—Así me gusta. ¡Me muero de ganas de verte!

—¡Yo también!

Cuelgo la llamada con una gran sonrisa. ¡No me puedo creer que vaya a volver a ver a Santi! Gracias a él, la temporada que pasé en Galicia fue inolvidable y me hace mucha ilusión que venga a Barcelona para enseñarle los monumentos más emblemáticos de mi ciudad. Eso me recuerda que ya ha llegado el momento de comprarme un coche para ser más independiente.

En la comida, Germán se ofreció para ayudarme a escogerlo, por lo que decido enviarle para preguntarle si me puede acompañar. Después de recibir su respuesta afirmativa diciéndome que en media hora pasa a recogerme, bloqueo el teléfono y continúo escribiendo. Con puntualidad inglesa, tocan al timbre y, después de apagar el ordenador, bajo a la calle.

—¡Hola, preciosa! —me saluda Germán con una sonrisa.

—Hola, guapo.

Sonrío al ver que me abre la puerta de su coche haciendo una reverencia exagerada y, en cuanto me coloco el cinturón de seguridad, arranca hacia nuestro destino.

—Te noto muy callada, ¿todo bien? —pregunta mirándome de reojo.

—Sí, es que me ha llamado un amigo de Galicia diciéndome que vendrá la semana que viene

y estaba pensando lo que podría hacer con él —miento sabiendo que el culpable de ese silencio es otra persona.

Al llegar al concesionario, ojeamos los vehículos de ocasión y, después de un rato me decido por uno de ellos. Aunque Germán me aconseja que me compre uno grande por su estabilidad y seguridad, finalmente me decido por uno pequeño. En Barcelona es muy difícil aparcar y cuanto más grande sea, más problemas tendré.

Una vez que firmo los papeles con el vendedor y me confirma que todo estará listo en unos días, salimos a tomar algo.

—¿Estás segura de que no te ocurre nada?

—Es complicado —confieso derrotada.

—Tengo todo el tiempo del mundo —indica guiñándome un ojo.

Al pensar lo útil que será su consejo, le cuento lo que ocurrió ayer, aunque sin profundizar en muchos detalles.

—Pues yo creo que el vikingo está loco por ti.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—Cada palabra —dice sonriendo—. Conozco a Héctor desde hace años, y es la primera vez que lo veo reaccionar así con una mujer. Nunca ha tenido relaciones serias ni suele tener citas, y mucho menos repite con la misma persona. Él solo tiene sexo y me sorprende que no haya intentado acostarse contigo.

Supongo que sus palabras están destinadas a animarme y hacerme sentir especial, pero me golpean como un cubo de agua fría. Sé que Héctor no es virgen e imagino que ha estado con muchas mujeres, pero no es lo mismo imaginarlo que enfrentarse a la realidad.

—A lo mejor es que no le gusto lo suficiente y solo quería hacerme un favor.

—Pero ¿tú te has visto, preciosa? ¡Eres el sueño de cualquier hombre! Ya sabes que, si fuera hetero, intentaría seducirte —indica levantando las dos cejas haciéndome sonreír.

—Ojalá eso fuera posible —me quejo poniendo morritos—. Sería tan fácil hablar contigo...

—Lo sé, bombón, pero uno no puede escoger de quién se enamora.

—Supongo —admito derrotada.

—A ti te gusta el vikingo, ¿verdad?

—Sí —admito mirando al suelo.

—No tienes de qué avergonzarte, Irene. Lo que tienes que hacer, es sacar todas tus armas de mujer.

—¿Armas de mujer? Creo que yo no tengo de eso —indico poniendo los ojos en blanco.

—¡Por supuesto que las tienes! Lo que pasa es que no te han enseñado a usarlas, querida. Si quieres volver loco a ese vikingo gruñón, tendrás que provocarlo cambiando tu manera de vestir y de actuar con él.

—Pero yo quiero gustarle tal y como soy, no quiero cambiar para enamorarlo.

—Lo sé, preciosa. Y me apuesto el dedo meñique a que ya le gustas tal y como eres. Lo que queremos es que se vuelva tan loco por ti, que no pueda controlar sus ansias por tocarte.

—Te escucho —digo sonriendo.

Y así es como elaboramos el plan «*enloquecer al vikingo*». No es que esté muy convencida con la estrategia, pero necesito saber de una vez por todas si le gusto tanto como afirma mi amigo.

Capítulo 20

Aparco delante del bar de Paco y me bajo del coche. El martes me llamaron desde el concesionario para decirme que ya podía ir a recogerlo y gracias a Germán, fui ese mismo día. Cierro las puertas con el mando a distancia y admiro a mi pequeño *tamagotchi*. Es la primera vez que tengo un coche propio y, aunque pueda parecer una tontería, me hace sentir muy feliz. Entro sonriendo y recibo el cariñoso recibimiento del dueño del bar.

—¡Hola, bonita! —me saluda Paco—. Cuánto tiempo sin verte.

—¡Hola, Paco! Sí, han sido unos meses un poco caóticos.

—¿Has quedado con la pandilla? —pregunta sonriendo.

—Sí, tienen que estar al caer.

—¡Qué alegría veros de nuevo reunidos! Vuestra mesa está libre, así que puedes esperarlos allí. ¿Qué te pongo, rubia?

—Una caña.

—¡Marchando una caña para la rubia más guapa de toda Barcelona!

Camino hacia la mesa riéndome por su comentario. Paco es un amor. Es la persona más humilde y buena que he conocido. Me parece entrañable la forma tan cariñosa con la que nos trata a todos, como si fuera nuestro papá oso.

Según nos contó una tarde, Paco nació en Sevilla, pero se mudó a Barcelona después de conocer a su mujer, una catalana que, aún a día de hoy, lo vuelve completamente loco. Por desgracia, el matrimonio nunca pudo tener hijos y con nosotros, ejerce esa paternidad que nunca pudo llegar a estrenar.

—¡Hola, rubia! ¿O debería llamarte *Catwoman*? —me saluda Paula.

—Muy graciosa, Pauli —la acuso dándole dos besos.

—Estoy deseando que nos cuentes cómo te fue con el vikingo —indica levantando las cejas.

—¡Hola! —saludan de repente Sara y Carlos dándome un poco de tregua.

Una vez que todos se sientan y piden su bebida, se callan y me miran con expectación.

—¿Qué ocurre? —pregunto haciéndome la tonta.

—Ya estás cantando, monina —suelta Carlos sorprendiéndome.

—¡Carlos! —lo regaña Sara.

—¡¿Qué?! Me dirás ahora que tú no estás intrigada por lo que ocurrió en ese club. —Se cruza de brazos.

—Carlitos tiene razón —confirma Paula—. Creo que nos debes una explicación.

—Tenéis razón, lo siento.

—Cielo, ya sabes que no tienes que contarnos nada que no quieras —dice Sara mirando duramente a nuestros amigos.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Necesito saber vuestra opinión, solo que me cuesta mucho abrirme y exponerme.

Después de suspirar para reunir fuerzas, les detallo todo lo ocurrido antes y después del club. Mientras explico mi experiencia, observo las expresiones de mis amigos y sonrío al ver lo diferentes que son: Sara me mira con cariño, Carlos con sorpresa y Paula, ella evidentemente me mira con picardía.

—¡¿Por fin has tenido un orgasmo?! —grita la loca de mi amiga.

—Shhhhhh. —La mando callar.

—¿En serio, Pauli? ¿De todo lo que nos ha contado, te has quedado solo con el orgasmo?

—¡Joder, claro que no! ¿Pero tú sabes lo importante que es eso? La primera vez es especial —explica Paula.

—¿Cómo? ¿Tú nunca...? —pregunta Carlos con tacto.

—No —respondo cabizbaja.

—Cariño, no tienes de qué avergonzarte —me consuela Sara.

—¿Avergonzarte? Lo que tendrías que hacer es dar saltos de alegría porque semejante monumento te haya proporcionado tu primer orgasmo. No sabes lo patético que fue mi primera vez —suelta Paula poniendo los ojos en blanco.

—Entonces, ¿qué pasó después?

—Nada, ya os he dicho que me llevó a casa, se despidió de una manera un tanto brusca y allí se acabó todo.

—De eso nada, rubia. Esto solo es el principio —afirma Paula.

—¿Qué quieres decir? —se interesa Carlos.

—Pues que el vikingo, a pesar de intentar ocultarlo, acaba de enseñar sus cartas.

—¿Y cuáles son? —pregunta Sara con curiosidad.

—*Puticianta*, Héctor nunca se complica la vida con una tía y, por lo que yo sé, con nuestra rubia favorita ha incumplido su promesa en más de una ocasión, y eso solo significa que no puede controlarse cuando está cerca de él.

—Eso mismo me dijo Germán —les explico no demasiado convencida.

—Pues estoy de acuerdo con Paula y con Germán. Conozco a Héctor desde hace años y es la primera vez que lo veo actuar de esa manera —expone Carlos.

—Hay que hacer algo —murmura Paula tocándose la barbilla.

Antes de que a la loca de mi amiga se le ocurra alguna descabellada idea, les explico el plan que se le ocurrió a Germán. Mientras les cuento los detalles, Paula no deja de dar palmadas encantada con lo que les cuento, haciéndome reír por su actitud infantil.

Mi teléfono empieza a sonar interrumpiendo nuestra conversación, y al ver que se trata de Santi, contesto sin dudarlo.

—¡Hola, Santi! ¿Ya tienes los billetes?

—¡Hola, preciosa! Sí, aterrizaré en Barcelona el jueves sobre las diez de la mañana.

—¡Perfecto! Envíame por mensaje el número del vuelo y así podré saber si llega a la hora o hay algún retraso. Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.

Cuando cuelgo la llamada, feliz de que mi amigo se haya decidido a hacerme una visita, tres pares de ojos me miran sorprendidos.

—¿El gallego viene a verte? —cuestiona Carlos.

—Sí, se quedará unos días en mi casa. ¡Tengo tantas ganas de que llegue el jueves!

—¡Es perfecto! Madre mía, esto es cosa del destino —despotrica Paula sin parar.

—Pauli, ¿estás bien? —pregunta Sara preocupada.

—Creo que le ha dado algo —bromea Carlos.

—¿No os dais cuenta?! ¡El gallego es la solución para que Héctor explote de celos!

—No creo que sea una buena idea, no quiero hacer daño a Santi.

—Tranquila, no hará falta que te lées con él ni nada de eso. Verás que, solo con saber que se queda en tu casa a dormir, el vikingo se vuelve completamente loco.

—¿Y cómo se va a enterar de que duerme en su casa? —pregunta Carlos.

—Ay, Carlitos, qué poca picardía tienes. ¡Yo me encargo de eso! Cuando me lo propongo,

soy la reina de la sutileza.

—Madre mía, no se lo cree ni ella —murmura Sara muerta de la risa.

—¿Decías algo, *puticenta*?

—Nada, nada —contesta aguantándose una carcajada.

Después de charlar un rato y de pensar las bases de este nuevo plan, nos despedimos prometiendo volver a quedar en unos días.

Me despido de Paco y camino hasta mi coche. Cuando meto la llave en el contacto, pienso en el tiempo que hace que no veo a mis padres y, aunque no me apetece escuchar las impertinencias de mi madre, decido hacerles una visita.

Al llegar, toco el timbre y la puerta de acceso al patio se abre con un sonido metálico. Dejo el coche aparcado en un lateral de la casa y camino hacia la entrada principal. Sé que mi madre no va a salir a recibirme, pero tampoco me esperaba esta indiferencia.

—¿¡Hola!? —saludo a la nada.

—¿Pastelito, eres tú?

Al escuchar la voz cariñosa de mi padre, mis ojos se llenan de lágrimas. Por culpa de sus viajes de trabajo lo veo muy poco y me alegra haberlo podido encontrar.

—¡No llames así a la niña! Si alguien te escuchara... ¡Qué bochorno!

La emoción se corta de golpe al escuchar el veneno en la voz de mi querida madre. ¿Por qué es tan fría?

—Hola, papi —lo saludo en cuanto lo veo aparecer.

Mi padre corre hasta mí y me abraza con fuerza provocando que unas lágrimas traicioneras se deslicen por mis mejillas.

—Te he echado mucho de menos —susurra en mi oído.

—Yo también —confieso entre hipidos.

—Una escena muy conmovedora, pero por favor vayamos a la salita antes de que el servicio vea este... espectáculo bochornoso.

Me separo de mi padre y sonrío con tristeza al ver su gesto típico para que perdone el comportamiento pedante de mi madre. Agarra mi mano con cariño y, después de besarla, me arrastra hacia la salita.

—¿Y bien? ¿Cuál es el motivo de que nos hayas honrado con tu presencia? —pregunta mi madre altanera—. ¿Es que acaso necesitas dinero?

—¡Sofía! —la regaña mi padre.

—¿Qué? ¿Acaso he dicho algo malo? Tu hija es una desconsiderada y una desagradecida.

—Mamá, no he venido a pedirte dinero. Las cosas me van bien. Estoy trabajando y hasta me he comprado un coche —les explico orgullosa.

—Me alegro por ti —elogia mi padre.

—¿Y se puede saber de qué es el trabajo?

—Soy camarera en el club de mi amigo Carlos.

—¿Un club?! —grita mi madre—. ¡Qué vergüenza! Espero que no te haya visto nadie conocido.

—Sofía, es un trabajo honrado —me defiende mi padre.

—¿Honrado? ¡Es un club, por el amor de Dios! Seguro que le hacen ir como una fulana.

—Ya he escuchado suficiente, me voy —me despido poniéndome en pie—. Lo siento, papá, me hubiera encantado estar un rato más contigo, pero no voy a permitir que me insulte.

—Tú no sabes las compañías que frecuenta tu hija últimamente.

—No te voy a permitir...

—Un día la trajo a casa un delincuente tatuado en su moto. ¡Qué vergüenza! Si alguno de nuestros amigos la hubieran visto, me hubiera desmayado.

—Héctor no es ningún delincuente —lo defiende.

—¿Estás segura?

—No entiendo por qué te comportas así conmigo. ¿Tan mala hija he sido?

—Nada de esto estaría ocurriendo si no hubieras dejado a Borja —escupe mi madre.

—¡¿Y qué querías que hiciera, madre?! ¡¿Hubieras preferido que siguiera maltratándome con tal de no montar un escándalo?!
—Eres una exagerada, querida. A veces hay que aguantar un poco, pero veo que eres demasiado blanda.

—Un momento, ¿maltrato? ¿De qué está hablando la niña, Sofía?

—Veo que a mamá se le olvidó contarte que Borja me humilló y me intentó pegar porque, según él, estaba tonteando con sus amigos.

—Quizás te lo merecías —escupe con rabia.

—¡Basta ya, Sofía! No me puedo creer que te estés poniendo a favor de él en lugar de consolar a tu hija.

—Yo solo digo que a lo mejor él tenía razón y tonteó con sus amigos.

—¡Y aunque así fuera! Eso no le da derecho a ponerle una mano encima a mi niña. No te reconozco, ¿dónde está la mujer de la que me enamoré?

Mi madre abre los ojos sorprendida y, si no fuera porque la conozco demasiado bien, diría que las palabras de mi padre le han dolido. Al instante, su rostro vuelve a la frialdad a la que nos tiene acostumbrados y se marcha de la salita sin despedirse.

Observo con pesar a mi padre y me doy cuenta de que él también está sufriendo. Se lleva su mano a la cabeza, incrédulo, y se despeina los mechones algo nervioso.

—Papá, no te enfades con ella. Ya sabes cómo es —expongo intentando calmar el ambiente.

—¿Por qué no me habías contado lo de Borja? —pregunta decepcionado.

—¿Cuándo? Siempre estás viajando y nunca hablamos.

—Tienes razón, cariño. Pero eso, a partir de ahora, va a cambiar. Quiero que nos veamos más a menudo o que nos llamemos por teléfono si tengo que viajar. Me gustaría saber cómo te va y qué es de tu vida. No quiero seguir siendo un padre en la sombra.

Sin darme cuenta, sus palabras hacen que lllore desconsolada, sintiéndome como esa niña pequeña que necesitaba cariño. De repente, unos cálidos brazos rodean mi tembloroso cuerpo haciendo que suelte toda la rabia y la tristeza que tenía acumulada.

—Ya está, pastelito. ¿Por qué lloras?

—Cuando era pequeña, soñaba con que os sintierais orgullosos de mí.

—Cariño...

—Siempre he creído que no encajaba en esta familia porque esperabais algo de mí que no era capaz de hacer. Todas esas fiestas y esos protocolos no iban conmigo y hacían que me sintiera sola.

—¡Lo siento tanto! Siempre quise daros a ti y a tu madre lo mejor, por eso me empecé en trabajar sin descanso para que nunca os faltara de nada.

—Lo sé, pero las muñecas y los vestidos no me contaban cuentos por la noche ni me abrazaban —confieso entre hipidos.

—Cielo —susurra mi padre llorando—. Siento no haberme dado cuenta de lo que necesitabas. He sido un necio al dejar que tu madre intentara moldearte a su antojo. Pero te prometo que, si me lo permites, te demostraré cuanto te quiero.

—Yo también te quiero, papi.

Y así, entre lágrimas y sollozos, mi padre y yo hablamos durante horas. Pude confesarle mis sentimientos y conseguí liberar esa presión que tenía en el pecho desde hacía demasiado tiempo.

Capítulo 21

Héctor

—¿Me estás escuchando, vikingo? —pregunta Indio.

—Lo siento, hermano. Últimamente estoy un poco despistado.

—¿Despistado? Lo que estás es de un humor de perros. ¿Qué coño te pasa?

—Nada —contesto malhumorado.

—¡Y una mierda! Lo que te pasa es que hace mucho que no tienes sexo, ¿me equivoco?

—Eso es algo que a ti no te importa.

—Me importa cuando pagas conmigo tu cabreo.

—¡Lo siento, tío! —me disculpo sabiendo que tiene razón—. ¿Qué me estabas diciendo?

—Te decía que algo está ocurriendo, porque los hombres de Caín, están un poco alborotados.

—¿Mi hermano ha vuelto a involucrarse con ellos? —pregunto preocupado.

—Según mis informantes, no se ha vuelto a acercar, pero sabes que, si quiere hacerlo, lo hará. Hay otros medios.

—Lo sé, ¡joder! Este niño va a hacer que envejezca cincuenta años. Envía a alguno de tus hombres para ver si pueden averiguar algo.

—Eso está hecho, presi.

—Hermano, te he dicho miles de veces que no soy tu jodido presidente.

—Eso es porque tú no quieres, pre-si —me instiga.

Lo observo mientras sale de mi apartamento y sonrío al pensar en su provocación. Indio es mi persona de confianza y sé que daría su vida por mí, igual que yo la daría por él. Lo conocí hace años cuando unos matones intentaron asesinarlo y le salvé la vida. Desde entonces nos volvimos inseparables y él se convirtió en mis ojos en las calles.

Cuando medito en lo que me acaba decir sobre mi mal humor, me viene a la mente la culpable de mi estado de ánimo. Por más que intento olvidar el sabor de su piel, no dejo de pensar en ella y eso me está volviendo completamente loco. Indio tiene razón, estoy al límite y, si no pongo remedio, explotaré. Convencido, tomo la decisión de follar para desahogarme y dejar esta amargura.

El sonido de mi teléfono hace que deje de pensar en la gatita de ojos azules y vuelva a la realidad.

—¡Pelirroja! —saludo a mi amiga.

—Hola, vikingo sabrosón —me saluda pizpireta.

—¿Cómo está la mami más sexy del planeta? —pregunto al escuchar el gruñido de Víctor de fondo.

—Friki, creí que tus celos con el vikingo ya eran historia. ¡Hombres! —suspira mi amiga—. Te llamaba para saber si te apuntas a cenar con nosotros este jueves.

—¿Qué celebramos? —pregunto sospechando que algo trama.

—Nada en particular, al menos de momento —indica misteriosa—. Resulta que el amiguito de Irene viene desde Galicia a pasar unos días aquí y hemos pensado en hacerle una especie de cena de bienvenida.

—¿El amiguito de Irene? —pregunto cayendo en su trampa.

—Eso he dicho. Están tan unidos que vendrá a visitarla y se quedará unos días en su casa.

De repente, al escuchar las palabras de la bruja de mi amiga que estoy seguro de que son para mortificarme, siento calor por todo el cuerpo. Una rabia que hasta ahora no había sentido, hace que tenga que apretar los puños para controlar mi ira.

—Ya veo. Lo siento, pero no podré ir. Tengo que trabajar —miento.

—¡Si el jueves tienes fiesta! Ya hablé con Carlitos y me dijo que librabas.

—Claro, olvidaba que mi jefe es tu amigo —mascullo entre dientes, cagándome en Carlitos.

—¡No puedes dejarme tirada! Tenemos que ser un comité de bienvenida maravilloso, que no puedan decir nunca que los catalanes no somos hospitalarios.

—Claro, allí estaré —contesto sabiendo que no conseguiré nada negándome.

—¡Genial! Te paso un mensaje con el lugar y la hora. Ah, por cierto. Ponte sexy, vikingo.

—¡Yo no soy sexy! —grito a la nada dándome cuenta de que ya ha colgado.

¿Cómo es posible que un tío de barrio como yo, acostumbrado a tratar con gente conflictiva, se deje manipular por esa pequeña arpía? La respuesta es muy sencilla, adoro a esa pequeña manipuladora y ella sabe que me tiene comiendo de la palma de su mano. Paula se ha convertido en la hermana pequeña que nunca he tenido. Ella ha conseguido ablandar mi duro corazón y no puedo negarle nada.

—¡Joder!

Grito furioso. Aunque me fastidia saber que me ha manipulado para asistir a esa estúpida fiesta, me jode más saber que tendré que ver a mi gatita con ese gallego.

«No es tu gatita», me recuerda mi conciencia. No, la rubia no es nada mío y tiene que seguir siendo así. No permitiré que mis celos me hagan explotar porque no quiero darle falsas esperanzas. Estoy completamente roto y ella no se merece a nadie como yo. Alguien al que su pasado no deja de perseguirlo y que nunca le dará la calidad de vida que necesita.

Suspiro derrotado sabiendo que el jueves tendré que hacer un verdadero esfuerzo para controlar mis instintos más animales. Estoy totalmente jodido.

Capítulo 22

Miro mi reloj y compruebo la hora por quinta vez. Son las diez y cuarto y el vuelo de mi amigo hace rato que ha aterrizado. Nerviosa, retuerzo mis manos sin dejar de mirar hacia la puerta de «llegadas» y en cuanto lo veo aparecer a través de la cristalera salgo corriendo a su encuentro.

—¡Santi! —lo saludo gritando.

—¡Preciosa! —Me abraza con fuerza sin soltarme.

—¿Cómo ha ido el vuelo? —pregunto separándome de él.

—Ha ido genial, pero estaba deseando aterrizar para verte —confiesa mirándome a los ojos.

—Santi...

—Tranquila, *muller*. Que ya lo tengo superado —indica guiñándome un ojo.

—Venga, Casanovas, vamos al parking.

Caminamos hacia el aparcamiento y en el trayecto, nos ponemos al día de nuestras cosas. Me río a carcajadas cuando me cuenta la última anécdota de su abuela Auria y, al momento, siento añoranza por volver a ver a esa pequeña mujer.

—Te echa mucho de menos, ¿sabes?

—Y yo a ella. Un día de estos le haré una visita.

—Le hará mucha ilusión, y a mí también —admite guiñándome un ojo.

En cuanto llegamos al coche, abro el maletero y Santi coloca su equipaje dentro. Salgo del garaje y me mezclo con el denso tráfico de Barcelona. Cuarenta y cinco minutos después, por culpa de un accidente de circulación, consigo llegar a mi casa. Por suerte, cuando compré el coche, decidí alquilar una plaza de parking en el mismo edificio, por lo que buscar aparcamiento no es un problema.

—No sé cómo puedes vivir con tanto tráfico —masculla poniendo los ojos en blanco.

—Todo es acostumbrarse, aunque tengo que reconocer que la paz de Galicia me gusta mucho más —confieso.

Santi agarra su maleta y nos subimos al ascensor. Cuando entramos en mi estudio, le hago un corto recorrido y lo llevo hasta su dormitorio. Además de mi habitación, el estudio dispone de una de invitados con un pequeño armario empotrado.

—Y estos son tus aposentos. Es una habitación muy pequeña, pero espero que estés cómodo.

—Estaré genial, Irene. No te preocupes, he estado en lugares peores —bromea sonriendo.

—Si te parece bien, cuando termines de colocar tus cosas, podemos ir a dar una vuelta.

—Me parece perfecto.

En cuanto mi amigo se instala, salimos a la calle y vamos en transporte público hasta el puerto de Barcelona. Allí nos hacemos fotos con el monumento de Colón de fondo y paseamos por las ramblas hasta que llegamos a plaza Catalunya. Santi no deja de observar todo con atención y se sorprende con la multitud de gente y de artistas callejeros.

Después de caminar durante toda la mañana, paramos en un restaurante para comer y recuperar fuerzas. Casi había olvidado cuánto disfruto de su compañía, por lo que tenerlo aquí me hace muy feliz.

—Esta noche hemos quedado para cenar con mis amigos.

—Me muero de ganas por conocerlos, aunque me has hablado tanto de ellos, que parece que los conozca de toda la vida.

Más tarde, cuando terminamos de comer, volvemos a mi estudio para descansar y arreglarnos

para la cena. Una vez a solas, me doy cuenta de que tengo varios mensajes del grupo.

Paula:

Chicos, el pájaro está en el nido, cambio.

Carlos:

¿Qué dice esta loca?

Paula:

*La gallina ha cruzado la carretera, repito,
¡la gallina ha cruzado la carretera!*

Sara:

¿Qué ocurre?

Carlos:

*¡Sara, llama al manicomio para que le
hagan un hueco a nuestra amiga!*

Paula:

*Desde luego, qué poca imaginación
que tienes, Carlitos.*

Carlos:

*¿Imaginación?
¡Si no hay quien te entienda con tanto pájaro y tanta gallina!*

Paula:

*Lo que estaba intentando decir, es que ya
he engatusado al vikingo y esta noche
vendrá a cenar con nosotros.*

Me quedo impactada al leer el mensaje de Paula porque pensaba que no lo lograría.

Sara:

¿Has conseguido convencerlo?

Paula:

No le ha quedado más remedio.

Carlos:

¡Miedo me das!

Irene:
¡Hola, chicos!

Paula:

¡Hombre, rubia!

¿Ya has recogido al gallego buenorro?

Irene:
Sí, hemos ido a dar un paseo y se está duchando.

Paula:
*No te habrás metido en la ducha con él,
¿verdad?*

Irene:
*¡Paula! ¿Estás loca?
Santi es mi amigo.*

Paula:
*Está bien, solo quería confirmar que el
plan del vikingo sigue en pie. Por cierto,
ponte lo más sexy que tengas en el armario, rubia.*

Irene:
No creo que tenga nada sexy.

Paula:
*Esto no es un simulacro, repito,
¡esto no es un simulacro!*

Carlos:
Madre mía, ya le ha vuelto a dar.

Sara:
*Ni caso, Irene.
Te pongas lo que te pongas, estarás preciosa.*

Me despido de ellos y abro mi armario en busca de algo sexy. Después de un buen rato, me decido por un vestido negro corto con una falda vaporosa que, aunque no tiene escote, se ajusta al cuello y deja la espalda descubierta. Me pongo unas sandalias altas de esparto del mismo color y me maquillo con tonos suaves.

Salgo de la habitación y, al ver a Santi esperándome de pie mientras revisa su teléfono, me sorprende lo guapo que está. Normalmente se viste de forma muy informal, así que verlo más arreglado hace que admire su atractivo. Lleva unos pantalones azul marino, una camisa blanca con las mangas remangadas hasta los codos y unas deportivas del mismo color que le dan un toque más casual.

—¿Estás listo? —le pregunto.

—¡Guau, estás preciosa! —me piropea en cuanto se da cuenta de mi presencia.

—Tú tampoco estás nada mal —confieso muerta de la vergüenza.

—Será mejor que nos vayamos o al final tendré que raptarte —suelta bromeando.

Hemos quedado a las nueve y media en un italiano cercano a mi estudio, por lo que vamos dando un paseo hasta allí. Al llegar, entramos al lugar y, en cuanto veo que mis amigos ya están sentados, nos dirigimos a nuestra mesa.

—Hola, chicos. Este es Santi. Santi, ellos son Sara, Marcos, Carlos, Javier, Paula y Víctor — los presento señalándolos a todos.

—Encantado —dice Santi saludándolos uno por uno.

Observo el asiento vacío que debería ocupar Héctor y me siento decepcionada al darme cuenta de que no ha venido. Intento ocultar mi desilusión y tomo asiento junto a Marcos.

—No, cariño —me lo impide Paula sonriendo como si fuera una psicópata—. Deja que Santi y Marcos se sienten juntos.

Entrecierro los ojos sin comprender su insistencia, pero en cuanto escucho esa voz ronca que aparece en todos mis sueños, entiendo cuál es su estrategia.

—Hola a todos. Siento llegar tarde.

Me giro bruscamente y, cuando nuestras miradas se cruzan, un hormigueo recorre todo mi cuerpo. ¿Por qué tiene que ser tan sexy? Aunque no lleva nada fuera de lo común, esa aura constante de peligro que lo rodea me atrae inevitablemente. Héctor saluda a todos mientras coloca su chaqueta de cuero en el respaldo de la silla y se sienta a mi lado, demasiado cerca para mi tranquilidad.

—¿No me presentas a tu amiguito, rubia? —susurra en mi oído poniéndome la piel de gallina.

—Sí, claro. Santi, te presento a Héctor.

—Encantado, Héctor —dice estrechándole la mano.

Todos observan atentamente el duelo de miradas, y la tensión en el ambiente me hace sentir incómoda. Por eso, cuando Paula rompe el silencio sepulcral con sus bromas y payasadas, le hago un gesto con la mirada para agradecérselo.

Me sorprendo al ver la forma en la que Héctor lo examina entrecerrando los ojos. No entiendo por qué tiene esa actitud con él, si está empeñado en alejarse de mí.

—Ya nos contó la rubia que la trataste muy bien en Galicia —indica Paula, haciendo hincapié en la palabra «muy».

—Irene es un encanto y no fue muy difícil encariñarse con ella, la verdad —explica Santi haciendo que me sonroje.

—Sí, es que nuestra rubia es muy especial —dice Carlos mirando fijamente a Héctor.

—Y quien no se dé cuenta es un idiota o un cobarde —escupe Paula.

—No puedo creer que alguien no sea capaz de captar su luz —murmura Santi mirándome a los ojos.

—Voy al servicio —masculla Héctor levantándose de repente.

—Muy sutil, Pauli —murmura Sara regañando a nuestra amiga.

—Esto es la guerra, *puticiencia*. La sutileza no nos dará la victoria.

—¿La guerra? ¿Me he perdido algo? —pregunta Santi confundido.

—Estamos en una misión —confiesa Carlos.

—¿Qué tipo de misión?

—Estamos intentando volver loco a cierto vikingo gruñón —explica Paula.

—¿Él es la persona que te remueve por dentro? —pregunta sorprendido.

—Sí, aunque él no lo sabe. Lo siento, no quería meterte en esto —me disculpo.

—No te preocupes, *muller*. Ya te dije que lo acepté hace tiempo. Además, si él es tu felicidad, quiero ayudarte.

—¡Un hurra para el gallego! —grita la loca de mi amiga.

—Por favor, ¿podemos intentar que no se entere todo el restaurante de mi vida amorosa?

Justo en ese momento, noto su poderosa presencia y carraspeo nerviosa. Héctor se sienta

haciendo un estrepitoso ruido al arrastrar la silla y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirarlo a los ojos.

Por suerte, la cena transcurre en un ambiente divertido, aunque Héctor no pronuncia ni una sola palabra. Cuando terminamos, pagamos la cuenta y salimos a la calle.

—¿Os apetece tomar algo? —pregunto intentando alargar el momento.

—Imposible, los trillizos me dejan tan agotada que necesito descansar.

—¡Quién te ha visto y quién te ve, Pauli! —se burla Carlos—. Aunque me encantaría tomar una copa, tengo que declinar tu oferta. Mañana a primera hora tengo hora con el gestor.

—A mí no me miréis, estoy deseando pillar la cama.

—Sí, claro, tú lo que estás deseando pillar es a tu doctor macizorro —se burla Paula.

—Bueno, no pasa nada. Otra vez será.

—Yo sí me animo a tomar una copa —suelta Héctor dejándome sin habla.

—Oh... si a Santi le apetece... —tartamudeo al no esperar su propuesta.

—¡Claro! ¿Por qué no? La noche es joven —indica guiñándome un ojo.

Al despedirme de mis amigos, lo hago con un nudo en el estómago. ¿Qué pretende Héctor? No ha dicho ni una palabra en toda la noche y ahora le apetece tomar una copa con nosotros. No entiendo nada. ¿Es posible que se sienta celoso con la presencia de Santi? No, eso es imposible.

Caminamos sin rumbo fijo y nos decidimos por un bar de copas que está en la misma calle del restaurante. Una vez dentro, buscamos una mesa libre entre la multitud y nos sentamos esperando a que nos atiendan.

Una exuberante camarera se acerca a nosotros para tomarnos nota y no deja de comerse con la mirada a Héctor. Unos celos, hasta ahora desconocidos, me queman las entrañas haciendo que tenga que contenerme para no reprender a la joven camarera.

—Hola, chicos. ¿Qué queréis? —pregunta sin dejar de mirar a Héctor.

—Yo quiero un gin-tonic, ¿y tú, Irene? —se interesa Santi.

—Otro —contesto sin ganas de hablar.

—Y tú, machote, ¿qué es lo que quieres? —inquieta la muy descarada acercando su pronunciado escote hacia él.

—Una cerveza —masculla sin mirarla.

Cuando la camarera vuelve con nuestras bebidas, no me pasa desapercibida la nota que le deja a Héctor, junto a su cerveza. Una vez que la chica se marcha, él agarra el papel entre sus dedos y, después de leer el contenido de la nota, lo arruga tirándolo al suelo.

—Voy al servicio, ahora vuelvo—anuncia Santi levantándose de la mesa.

—¿Lo haces a propósito? —inquieta Héctor con voz ronca sorprendiéndome al sentarse a mi lado.

—No te entiendo —indico sorprendida.

—Provocarme para que explote.

—No te estoy provocando —le contesto levantando la barbilla.

—¿En serio? ¿Me estás diciendo que no te has puesto ese vestido para volverme loco y hacer que no pueda dejar de imaginar meter mi mano debajo de esa falda para tocar tu piel?

—Yo no...

—¿Y traer a tu amiguito gallego, con el que has compartido tantos meses, tampoco es provocarme?

—¡Eres un creído! Fuiste tú el que me dijo que me alejara de ti, así que no tienes derecho a decirme lo que me puedo poner o con quien puedo ir. ¿Te queda claro?

—Como el agua, gatita. Pero te diré una última cosa —susurra en mi oído mientras cuela una

de sus manos por mi falda—. Quiero que, cuando estés con él, pienses en mi tacto y en cómo conseguí que te deshicieras en mis manos. Piensa en mis labios, en tu piel y en lo que podría hacerte estando en una cama, completamente desnudos.

Su aliento en mi cuello hace que la piel se me erice y su tacto en mis piernas deja un reguero de fuego que me hace temblar de placer. De repente, sus manos dejan de tocarme haciendo que bufe de frustración.

—Recuérdalo —expresa el muy canalla marchándose del local.

¡Será idiota! ¿Cómo es posible que siempre me deje con la palabra en la boca? Estoy harta de que juegue conmigo y luego se marche dejándome este calor en las entrañas.

«¡Esta me la vas a pagar, Héctor!».

Capítulo 23

Al día siguiente me levanto con un humor de perros por culpa del vikingo de las narices. Cuando Santi salió del lavabo, se sorprendió al ver que Héctor se había marchado y me preguntó qué era lo que ocurría entre nosotros. Aunque me cuesta hablar de mis sentimientos, decidí ser sincera con él y le conté nuestra historia.

Él me escuchó con atención y en cuanto terminé de hablar, me dijo lo mismo que los demás. No entiendo por qué todo el mundo se empeña en creer que está loco por mí, si en realidad solo está jugando conmigo al gato y al ratón.

Me bajo de la cama y, en cuanto salgo de mi dormitorio, descubro a Santi preparando el desayuno.

—Buenos días —lo saludo.

—Buenos días, bella durmiente. ¿Has podido descansar?

—Más o menos —contesto recordando la ducha de agua fría que tuve que tomar al llegar, por culpa de Héctor.

—¿Tenemos planes para hoy?

—Podemos hacer algo de turismo por la mañana, pero no quiero volver muy tarde. Esta noche me toca trabajar y me gustaría descansar un rato antes.

—¡Claro! No hay problema. Venga, siéntate y desayunemos.



Después de cenar, me doy una ducha y me visto para ir a trabajar. Hoy, más que nunca, me esfuerzo en cuidar mi aspecto. No lo hago para seducirlo porque, después de lo de ayer, me doy por vencida. Solo necesito captar su atención y que maldiga viendo lo que ha perdido.

¡Se acabó! No quiero ser la típica pesada que persigue al chico que le gusta. Estoy convencida que a él le encanta jugar conmigo, pero yo ya me he cansado de ser su pasatiempo. Sé que será muy difícil olvidarme de él, porque no es la primera vez que lo intento, pero haré todo lo posible.

Me miro en el espejo dándome un último vistazo y, cuando creo que todo está en su sitio, salgo del dormitorio.

—*Fiu, fiu.* —Me silba Santi con aprobación—. Nena, estás preciosa. Si ese vikingo no cae rendido a tus pies, es que es idiota.

—Muchas gracias —contesto ruborizándome.

En realidad, llevo el mismo uniforme con el que Héctor me ve cada noche, pero hoy he prestado más atención a mi aspecto. Me he recogido el pelo en un moño desenfadado, dejando algunos mechones sueltos, y he acentuado mi maquillaje más que de costumbre. Mis ojos están más marcados y, tras pensarlo mucho, me he pintado los labios de color frambuesa. Aunque puede parecer extraño, ese color me hace sentir insegura porque suelo usar tonos más neutros. Sin embargo, hoy he decidido apostar todo y arriesgarme al máximo.

—Acuérdate que las chicas pasarán a recogerte sobre las doce.

—Sí, mamá —se burla—. No te preocupes por nada, tengo sus teléfonos.

—Está bien, me marchó.

—¡A por él, tigresa! —me anima mi amigo.

Cierro la puerta sonriendo por su comentario y recuerdo todas las veces que Héctor me ha llamado gatita. Aunque siempre me quejo de ese apelativo, tengo que reconocer que en el fondo me encanta.

Me subo al coche y, después de elegir una canción para que me levante el ánimo y me dé fuerzas para enfrentarlo una vez más, me incorporo al tráfico de Barcelona. Poco después, llego a mi destino y aparco en el espacio reservado para empleados. Entro por la puerta lateral y encuentro a Germán dando órdenes.

—¡Hola, preciosa! —me saluda dándome dos besos—. Hoy estás impresionante, más de lo normal, quiero decir.

—Gracias —contesto tímida—. Voy a buscar a Verónica para que me de las pautas de esta noche.

—Está bien, luego nos vemos.

Me dirijo hacia la barra central y me tenso al ver a Héctor acariciando la mejilla de Verónica. Mi mundo se desmorona al notar la manera tan cariñosa con la que la mira. Sintiendo una oleada de vulnerabilidad, doy media vuelta para escapar de la situación.

—¡Irene! ¿Dónde vas? —me llama la gerente haciendo que detenga mi huida.

—Pensaba dejar mis cosas en la taquilla —me invento.

—Está bien, pero no tardes. Hoy nos ha fallado un camarero y habrá cambios en nuestras posiciones.

—Claro —murmuro mirando al suelo.

Camino dando grandes pasos para alejarme de ellos lo antes posible y, en cuanto cierro la puerta del vestuario, me apoyo en ella suspirando para calmar mis nervios. Una vez que lo consigo, abro mi taquilla y dejo mi bolso dentro. Pongo la mano en el pomo en el mismo instante en el que alguien abre la puerta, haciendo que retroceda para que no me golpee la cara.

—¡Cuidado! —grito para que no me arrollen.

En el momento en el que descubro quién acaba de entrar, tengo que apoyarme en la pared para no caerme. ¿Por qué tiene que impactarme tanto su presencia? ¿Algún día conseguiré que no me tiemble todo el cuerpo cuando lo tenga delante?

—Hola, gatita —me saluda.

Su apodo hace que recobre la compostura y que me cabree. ¿Cómo se atreve? Hace un momento estaba acariciando a otra mujer y ahora, ¿quiere jugar conmigo? ¡No se lo pienso permitir!

—Hola —saludo secamente caminando hacia la salida.

—¿Dónde vas tan rápido? —inquieta bloqueándome.

—¿No has oído a tu amiguita? Tengo que volver al trabajo —escupo enfadada.

—¿Celosa? —pregunta sonriendo de medio lado.

—Para estar celosa, tendría que sentir algo por ti y te recuerdo, que no dejas de decirme que me aleje de ti.

—Irene...

—No, ya estoy cansada de que juegues conmigo. No tengo fuerzas ni ganas de luchar a contracorriente. Así que me rindo, tú ganas.

Ante su cara de estupefacción, lo esquivo y me marché en busca de Verónica. De camino a la barra intento guardar la compostura para que nadie se dé cuenta de la angustia que siento en este momento.

—Está bien, ahora que ya estamos todos, vamos a repartir las barras —expone Verónica en

cuanto llego.

Después de informarnos que debido a una baja seremos uno menos, nos pide máxima implicación en nuestro trabajo. Aunque tendremos nuestro descanso como siempre, tendremos que rendir más que nunca.

—Tú, la nueva. Hoy servirás copas con Lucas. Lleva mucho tiempo en el club y te ayudará en lo que necesites.

—Yo te echo una mano donde tú quieras, preciosa —coquetea Lucas.

—Ten cuidado donde metes esa mano o tendré que cortártela —advierte Héctor a lo lejos, sorprendiéndome con su actitud.

—¡Tranquilo, vikingo! Ya sabes que soy inofensivo —se defiende el susodicho.

Una hora después, cuando hemos revisado las bebidas y colocado todo en su lugar, las puertas del Infierno se abren, dejando paso a cientos de personas dispuestas a pasárselo bien.

—¿Dónde está la camarera más sexy de toda Barcelona? —gritan a lo lejos haciéndome sonreír.

—¡Hola, Pauli! —la saludo feliz por su llegada.

—¡Este lugar es alucinante! —grita Santi entre la multitud.

—Y eso que todavía no has visitado los lavabos —le explica Paula alzando las cejas.

—Pauli... —la advierte Sara.

—¿Qué pasa en los lavabos? —pregunta Santi intrigado.

—Dirás, ¿qué es lo que no ocurre? Ven, pequeño saltamontes, que te lo voy a explicar.

—Madre mía, nuestra amiga lo va a pervertir —suelta Sara partiéndose de risa.

—No creo que vaya a contarle nada que no sepa —contesta Marcos besando el cuello de su mujer.

—¿Estás bien? —pregunta Sara viendo mi seriedad.

—Sí, no te preocupes. Solo que hoy tenemos mucha faena y no creo que pueda estar mucho por vosotros —miento cubriendo mi tristeza.

—Tranquila, podemos hablar un rato en tu descanso.

—¡Claro! —grito para que me escuche—. Os dejo, que tengo trabajo.

La noche avanza sin incidentes, pero por desgracia, no puedo estar con mis amigos todo lo que me hubiera gustado. Los observo bailar en la pista y sonrío al ver a Paula haciendo tonterías para divertir a Víctor, quien la mira embelesado.

Tres horas después, estoy agotada. Me aparto un instante para beber de mi botella de agua y casi me atraganto cuando alguien tira de mí. Al ver de quién se trata, me quedo congelada sin saber qué hacer.

—Tenemos que hablar —dice Héctor sin más.

—Ahora no puedo, tengo mucha faena.

Héctor me mira en silencio y, después de unos segundos, saca su *walkie-talkie*, pulsa un botón y habla.

—Nika, soy Héctor. ¿Me recibes?

—Vikingo sabrosón, yo te recibo siempre —contesta mi encargada haciendo que me tense—. ¿Qué necesitas?

—¿Irene se puede tomar su descanso ahora? —pregunta mirándome a los ojos.

—¿La nueva? Déjame que piense... Está bien, ahora mando a Carol para que la cubra. Dile que lo siento, pero que hoy solo tiene quince minutos. Estamos hasta los topes y ha faltado David.

—Ok, se lo diré. Gracias, preciosa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto sorprendida.

—Buscando un momento para hablar contigo.

—No tienes derecho a decidir en qué tengo que emplear mi tiempo libre —farfullo.

—Lo sé, pero tú y yo tenemos una conversación pendiente y no podemos aplazarla más.

Continúo sirviendo copas hasta que aparece Carol para hacerme el relevo. La saludo con una sonrisa y camino enfadada, dejando a Héctor atrás.

—Por aquí —me indica agarrándome suavemente del brazo.

Podría negarme a hablar con él, pero me intriga tanto esta conversación que lo sigo sin rechistar. Héctor me lleva a través de unos pasillos internos que no conocía y se detiene al llegar a una puerta con un panel. Marca una serie de números y la puerta se abre con un pitido.

—Adelante —pide, haciéndome un gesto.

Hago caso de su petición y entro en la habitación. Observo mi alrededor y descubro que es una especie de despacho. Sé que no es el despacho de Carlos ni el de Verónica, porque ya he estado en ellos, por lo que no tengo ni idea de donde nos encontramos.

—¿Qué es este lugar? —pregunto curiosa.

—Es nuestra oficina de seguridad, aunque no solemos utilizarla demasiado.

—Tú dirás —lo animo impaciente cruzándome de brazos.

—Quería que supieras que yo no gano nada.

—No te entiendo.

—Antes dijiste que te rendías y que yo ganaba. No sé por qué piensas que puedo ganar algo porque, cada vez que te veo, siento que pierdo la cordura.

—Eso es imposible, tú...

—Sé que crees que no me interesas porque no dejo de decirte que te alejes de mí, pero eso no es así.

Lo miro con los ojos muy abiertos, tratando de entender lo que quiere decirme, pero por más que lo intento, no logro comprenderlo.

—El día en el que te conocí, noté una fuerte atracción hacia ti y, a pesar de que me repetí que no eras para mí, no pude resistirme a provocarte con mis comentarios. Siento que creas que he estado jugando contigo, pero lo único que he hecho es luchar contra mí mismo y no he sabido hacerlo mejor.

—Pero ¿por qué te empeñas en alejarte de mí?

—¡Porque soy escoria! Tú lo dijiste una vez y no estabas equivocada.

—Lo siento, no era mi intención ofenderte. Lo dije porque me sentía presionada y no sabía cómo reaccionar a tus indirectas.

—No tienes que disculparte. Mi pasado es complicado y no quiero mancharte con él.

—Héctor, me importa una mierda tu pasado —indico con seguridad para que crea en mis palabras.

—Vaya, has dicho una palabrota —se burla sonriendo de medio lado.

—¿Por qué todos creéis que soy una delicada florecilla? ¡Yo también me puedo enfadar y hablar mal! ¡Estoy harta de que no veáis que soy más fuerte de lo que parezco!

—Sé que eres una mujer fuerte, pero si algo de mi pasado llegara tan solo a rozarte, me volvería loco.

—Si crees que tu pasado es un impedimento para estar juntos, no sé qué hago aquí.

—Ese es el problema, que ya no soy capaz de mantenerte lejos de mí. Cada vez me cuesta más contenerme.

—Héctor...

—Estoy cansado de huir y de luchar. Mi vida ha sido una mierda y, a pesar de que sea un puto egoísta, ya no aguanto más.

Héctor se acerca lentamente y me acaricia la cara con delicadeza, pero cuando sus labios están a punto de tocar los míos, lo detengo dando un paso atrás.

—¿Ocurre algo?

—¿Estás liado con Verónica?

—¿Con Nika? —pregunta sorprendido.

—No te hagas el tonto. Antes os he pillado en una situación muy cariñosa y no quiero hacerme ilusiones si hay alguien más en tu vida.

—Tranquila —murmura cerca de mí—. No tienes que preocuparte por ella, solo me interesas tú.

Su voz ronca y sus caricias convierten mi cerebro en papilla y me quitan la capacidad de pensar. Héctor me aprisiona contra su cuerpo y desliza sus dedos por mi cuello, inclinándose hasta tenerme a su merced. En el momento en el que nuestras bocas se unen, un hormigueo invade todo mi cuerpo. Su boca saquea la mía con apetito, pero a la vez con delicadeza, haciéndome temblar. ¿Cómo es posible que me haga sentir tanto con un simple beso? Está claro que Héctor será mi perdición.

Capítulo 24

Héctor

Sentir su cuerpo pegado al mío mientras beso esos deliciosos labios, me pone como una moto. He besado a muchas mujeres, pero ninguna había conseguido que perdiera tanto la cabeza. Hasta que ella llegó.

Irene me vuelve loco. A simple vista, parece una mujer delicada, pero en su interior tiene un volcán dormido que estoy deseando ver erupcionar. Saber que soy el culpable de sus gemidos, me obliga a controlar a la bestia que llevo dentro.

Bajo lentamente mis manos por sus brazos acariciando su suave piel y agarro su estrecha cintura. Sin esfuerzo, la levanto del suelo para que rodee mis caderas con sus piernas. Su grito de sorpresa consigue ponerme duro como una piedra, haciendo que la devore desesperado mientras la rozo con mi erección.

Maldigo al darme cuenta de que ha terminado su tiempo de descanso y tengo que hacer un gran esfuerzo para separarme de su cuerpo.

—Por desgracia tienes que volver —murmuro pegando su frente con la mía.

La miro preocupado al notar su silencio, pero al ver una preciosa sonrisa enmarcando su cara, suspiro aliviado.

—Prométeme que esto no es un sueño —susurra bajito.

—Te lo prometo —juro sonriendo—. Y también prometo que, en cuanto terminemos de trabajar, te secuestraré y pasaremos la noche juntos.

—Oh... —indica nerviosa.

—Tranquila, no pasará nada que no quieras —prometo besándola en la frente.

—Está bien. Pero a mi casa no podemos ir porque estará Santi.

—A ese ni me lo nombres porque me pongo de malhumor —escupo enfadado.

—Solo es un buen amigo, no tienes que preocuparte por él.

—Está bien, ya pensaremos en algo —indico cambiando de tema—. Vámonos ya o Nika me cortará los huevos por entretener a una de sus camareras.

Le robo un último beso y, antes de que cometa una locura, la agarro de la mano y tiro de ella para llevarla de vuelta. Cuando llegamos, le guiño un ojo y me marcho lejos para dejarla trabajar. Estoy seguro de que, si me quedo, patearé el culo a cualquiera que la mire más de la cuenta.

—¿Te ha dado fuerte, eh vikingo?

—No sé a qué te refieres —contesto a una sonriente Nika.

—No te hagas el tonto, ni me tomes por idiota. Nunca te ha interesado nadie tanto como para reaccionar como lo has hecho hoy.

—No te metas —la advierto.

—¿Yo? No pensaba hacerlo. Pero ten cuidado, esa chica me cae bien y no quiero verla sufrir.

Doy media vuelta hacia la puerta de entrada y choco mi mano con Matías, mi sustituto, pidiéndole disculpas por haberme escaqueado más de la cuenta.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —pregunta una voz que me hace sonreír.

—¡Pelirroja! —la saludo dándole un abrazo—. Estás preciosa, no parece que hayas parido a tres pequeños monstruos hace tan poco.

—Eres un zalamero, pero me encanta —dice la muy pícara—. Por mí puedes mentirme siempre que quieras, no te cortes. Pero antes contesta a mi pregunta.

—Estaba en mi momento de descanso.

—¿Así se le llama a escaparte con la rubia para retozar como cochinos? —pregunta entrecerrando los ojos.

—¡No hemos hecho tal cosa!

—Lo que tú digas —se burla poniendo los ojos en blanco—. Pero no me negarás que le has comido la boca hasta dejarla sin respiración.

—Soy una tumba.

—No hace falta que digas nada, tienes restos de pintalabios rojo en tu boca y, por tu bien, espero que sea del de Irene —señala la muy bruja guiñándome un ojo.

—Pillado —confieso entre risas levantando las manos.

—Espero que esta vez no la cagues, vikingo. Ella es maravillosa y no quiero verla sufrir.

—Haré todo lo que pueda.

Mi amiga me da un beso en la mejilla y se marcha sonriendo. La observo con atención mientras entra en el club y pienso en la suerte que tengo de tenerla en mi vida.

Paso las horas tratando de ocultar la sonrisa que se asoma en mi rostro al recordar sus besos. Tengo una reputación de chico duro y, si me vieran en este estado, me perderían el respeto.

Aunque pensándolo bien, me importa una mierda que sean testigos de mi felicidad, porque Irene está por encima de mi dignidad. Suspiro resignado sabiendo que conocerla, ha sido mi perdición.

Capítulo 25

Estoy de los nervios. Mi turno acaba de terminar y no paro de temblar de anticipación. ¿Qué sucederá entre nosotros? Héctor dijo que solo pasaría lo que yo quisiera, pero en realidad ni yo misma sé lo que quiero que ocurra.

Toda la noche he estado esforzándome para que no se me cayera ninguna copa al suelo porque, cada vez que recordaba sus mullidos labios y sus grandes manos en mi cuerpo, perdía la concentración.

—¿Todo bien? —pregunta Lucas acercándose a mí.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—Llevas toda la noche despistada y cuando te hablo no me contestas.

—Perdona, es que estoy un poco cansada —miento descaradamente.

—Espero que no te hayas puesto nerviosa por trabajar conmigo —insinúa acercándose demasiado.

—Lucas, las manos quietas. La próxima vez no te avisaré —inquieta Héctor haciendo que me sorprendan sus celos.

—¡Ey, vikingo, tranquilo! Solo quería ser amable.

—Conozco tu amabilidad con las mujeres, así que ahórratela con ella. ¿Entendido?

—¡Claro, tío! —se excusa nervioso marchándose sin despedirse.

Observo el rostro de Héctor y me enfado por su reacción. Puedo entender que no le haga gracia que Lucas se pase conmigo, pero no me gusta su actitud posesiva.

—¿Nos vamos? —pregunta como si nada.

—No tenías que haberte metido.

—¿Perdona?

—Soy mayorcita y puedo defenderme sola.

—Ese tío estaba babeando encima de ti.

—Ni siquiera me has dado la oportunidad de que me lo quitara de encima.

—Conozco a Lucas y créeme que te hubiera costado que aceptara tu negativa.

—Ese es mi problema —mascullo enfadada.

—Tú eres mi problema.

—No quiero serlo, no busco eso. Ya tuve una relación tóxica en el pasado y no voy a permitir que nadie vuelva a creer que soy de su propiedad. Si vas a reaccionar así cada vez que alguien se me acerque, es mejor que cortemos esto aquí y ahora.

Por mucho que me guste, no voy a tolerar esa posesividad nunca más porque, por desgracia, aprendí la lección con Borja. Desde que rompí mi relación con él, he intentado tomar mis propias decisiones y no quiero volver a entrar en ese rol.

Me cruzo de brazos y lo observo en silencio, esperando su reacción. Por su rostro tenso, puedo deducir que no le ha gustado mi contestación, pero, aunque me arriesgue a perderlo, es mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—Siento haber reaccionado así —se disculpa sorprendiéndome—. Tengo mucho carácter y a veces no controlo lo que digo. Tienes razón al decir que no eres de mi propiedad, pero me preocupo por ti.

—Solo quiero que pienses antes de actuar y que te pongas en mi lugar —indico enfrentándolo.

—Lo intentaré. ¿Me perdonas? —pregunta sonriendo con picardía acercándose como un depredador.

—No sé, quizás debería hacerte sufrir un poco más —contesto entrando en su juego.

—Ya veo, entonces tendré que hacer méritos para ganarme tu perdón —murmura cerca de mis labios haciéndome suspirar.

—Adiós, chicos —se despide Verónica haciendo que me separe de él de inmediato.

—Adiós, Nika —le contesta Héctor.

—¡Qué vergüenza! —exclamo ruborizándome.

—No tienes de qué avergonzarte —dice volviendo a pegar nuestros cuerpos.

—Por favor, aquí no. No quiero habladurías en mi lugar de trabajo.

—Está bien —suelta malhumorado—. Entonces vámonos o no conseguiré apartar mis manos de ti.

—Tengo que recoger mis cosas de la taquilla.

—No tardes, te espero en la calle.

Su actitud infantil al alejarse de mal humor consigue hacerme reír. Entro a los vestuarios y abro la taquilla mientras pienso en lo que me deparará la noche. Estoy tan concentrada que no escucho el sonido de la puerta al abrirse.

—Hola, preciosa. ¿Ya te has quitado de encima a tu perro guardián? —pregunta Lucas acercándose demasiado.

—Creo que te estás tomando demasiadas libertades.

—Ummm, si tienes uñas. ¡Me encanta! —susurra en mi oído.

—Eres mi compañero de trabajo y no me interesa tener nada contigo.

—Héctor también es un compañero y bien que te arrimas a él.

—Te lo advierto, aléjate de mí.

—¿Y si no quiero hacerlo? Vamos, preciosa. Seguro que conmigo te divertirás más que con ese vikingo gruñón.

—Tú lo has querido.

Con fuerza, le doy un rodillazo en su entrepierna y, cuando lo escucho aullar de dolor, lo agarro por el brazo y se lo retuerzo en la espalda.

—Ahora que he captado tu atención, te diré que soy la única que decide con quien quiero pasar mi tiempo y, tal y como te he dicho hace un momento, no quiero tener nada contigo. ¿Te ha quedado claro?

—¡Joder, sí! —grita dolorido—. Eres una puta psicópata.

—No, querido. Lo que ocurre es que he aprendido a defenderme de tipos babosos como tú.

Suelto a Lucas de mi agarre y, después de colgarme el bolso en el hombro, salgo del vestuario sonriendo orgullosa. De camino a la salida, envío un mensaje a Santi para avisarle de que pasaré la noche con Héctor y sonrío al leer su respuesta: «¡A por él, tigresa!».

—¿Por qué has tardado tanto? —pregunta Héctor en cuanto salgo a la calle.

—Digamos que he tenido que solucionar un pequeño imprevisto.

—¿Todo bien? —inquieta preocupado.

—Sí, tranquilo.

—Tío, ¿qué te ha pasado? —Escucho que le pregunta un compañero a Lucas, que camina dolorido por mi rodillazo.

—¡Nada! —masculla entre dientes enfadado.

—¡Vaya humor de perros que llevas! ¿No será que hoy te han dado calabazas?

—¡Métete en tus asuntos, Sergio! —le grita a lo lejos.

—¿Tu pequeño imprevisto? —pregunta Héctor señalando con rabia a Lucas.

—Tranquilo, está todo controlado.

Héctor, al deducir que soy la culpable de la cojera repentina de Lucas, suelta una carcajada haciendo que me estremezca de placer.

—Venga, vámonos, pequeña ninja —dice guiñándome un ojo.

—He venido en mi coche.

—Si te parece bien, iremos en mi moto y te acerco a recogerlo mañana.

—Está bien.

Caminamos en silencio hasta el aparcamiento para empleados y, en cuanto llegamos, me entrega el casco y arranca la moto. Estoy tan nerviosa que, el ronco sonido, hace que salte asustada.

—Tranquila, ya te he dicho que no te tienes que preocupar —indica para calmar mis nervios.

Me coloco el casco con manos temblorosas y me subo a la moto agarrándome de sus hombros. Su contacto me hace sentir agitada y ansiosa, por lo que sentir su cuerpo pegado al mío, no me tranquiliza, sino todo lo contrario.

Cierro los ojos para relajarme y, cuando la moto se detiene, soy consciente de que he estado tan metida en mis pensamientos que he perdido la noción del tiempo. Cuando los abro, veo que estamos en un hotel a las afueras de Barcelona. Descubrir que me considera una más de sus conquistas, hace que sienta una punzada de decepción.

Héctor apaga la moto, ofreciéndome su mano para ayudarme a bajar. Molesta por la situación, me quito el casco con rabia y se lo devuelvo furiosa.

—¿Ocurre algo? —pregunta con el ceño fruncido.

—No.

—Rubia, mírame. Por favor.

Cuando levanto la mirada del suelo y lo enfrento, me doy cuenta de que me mira desconcertado. Su confusión hace que sienta un pequeño resquicio de esperanza pensando en que quizás estoy haciendo un drama de toda esta situación.

—Nena, necesito que me cuentes qué ocurre. Si no sé en qué he metido la pata, no puedo arreglarlo.

—Es que no esperaba que me trajeras a un hotel —admito avergonzada.

—No pensarás que te he traído aquí como si fueras una más, ¿verdad?

—¿Y qué quieres que piense? En lugar de llevarme a tu casa, me llevas a un hotel de las afueras.

—Nena...

—Quiero que seas sincero conmigo. Si lo único que buscas es sexo, dímelo y yo decidiré si me interesa o no.

—Antes te dije que no tenía que ocurrir nada entre nosotros, si eso no te da una pista de lo que busco en ti, no sé qué más puedo hacer —contesta frustrado.

—¡Decirme la verdad! Necesito saber qué pasa por tu cabeza, porque los mensajes que me envías son contradictorios y me confunden.

—Está bien —suspira mirándome nervioso—. Si no te he llevado a mi casa es porque me siento un poco avergonzado del lugar donde vivo. Tú vienes de un mundo de lujos y mi barrio es uno de los más conflictivos de Barcelona.

—No tienes de qué avergonzarte, pero te entiendo. Aunque he nacido entre lujos, también lo he hecho rodeada de falsedad y de hipocresía, y tampoco me siento orgullosa.

—Lo siento, tendría que habértelo contado —indica arrepentido—. No estoy acostumbrado a

hablar sobre mi vida privada con nadie, pero no quiero que creas que no eres especial para mí. Iremos a mi casa si eso te hace sentir mejor.

—No, quiero que me lleves a tu casa cuando estés preparado para hacerlo.

Héctor me mira sonriendo y, por su cara de alivio, sé que he hecho lo correcto. A pesar de que me muero de ganas de conocer su mundo, no lo quiero presionar. Estoy segura de que me hablará de su pasado cuando confíe lo suficiente en mí.

Agarro la mano que me tiende y caminamos hasta el hotel. Lo escucho mientras habla con la recepcionista pidiéndole una habitación y, nerviosa, observo como le entregan una llave. Vamos hasta el ascensor y, cuando este llega a nuestra planta, entramos en el cubículo. Estoy tan tensa que, cuando Héctor me acaricia la cara, salto asustada.

—Tranquila, no tienes que tener miedo.

—Lo siento, yo...

—Tampoco quiero que te disculpes. Entiendo que estés nerviosa, pero solo quiero que sepas que puedes confiar en mí.

Cuando el ascensor se detiene en nuestra planta, Héctor me agarra de la mano y me guía hasta la puerta de la habitación. El sonido metálico que suena al pasar la tarjeta por el lector hace que las mariposas alojadas en mi estómago revoloteen y que mi cuerpo se convierta en papilla.

En cuanto enciende la luz, entro al interior y, al examinar la decoración, me alegra ver que no se trata de uno de esos hoteles impersonales y fríos.

«¡Ay, madre! ¡Esto está sucediendo de verdad!», pienso retorciéndome las manos de los nervios.

Capítulo 26

Al ver la cama *King Size* en el centro de la habitación, me quedo congelada. Sé que soy una idiota por sentirme así, pero no lo puedo evitar. Quiero estar con él, pero me siento abrumada.

—Estás temblando —susurra pegado a mi espalda—. Vamos a sentarnos a tomar algo y conversar. Quiero que te sientas cómoda conmigo.

Héctor se aleja de mí haciendo que lo extrañe en el mismo instante en el que nuestros cuerpos se dejan de tocar.

—¿Te apetece una cerveza? —pregunta con la puerta del minibar abierta.

—Claro —acepto esperando que ese líquido ambarino me brinde la confianza para seguir adelante.

Doy un largo trago a mi amarga bebida y cierro los ojos al sentir el frío recorrer mi garganta. Suspiro tratando encontrar las fuerzas suficientes para volverlo a enfrentar y, cuando abro los ojos, me doy cuenta de que se ha sentado en la cama.

—Hasta la fecha no me he comido a nadie —indica juguetón.

—Permíteme que lo dude —contesto con picardía.

—Anda, siéntate a mi lado y hablemos.

—¿Hablar?

—¿Decepcionada? —pregunta sonriendo.

—¡No! Es que...

—Tranquila, solo estaba bromeando.

Suelto un bufido y me siento en el borde más alejado de la cama, separándome tanto como puedo de él. Héctor sonrío divertido y me mira levantando una ceja.

—Está bien, hablemos. Sé que te sientes insegura y me gustaría que te quedara claro que no eres una más. Desde que te vi por primera vez, no he podido dejar de pensar en ti y, por mucho que he intentado alejarme, no lo he conseguido. Me gustas mucho, Irene. Nunca he tenido relaciones y no sé lo que es tener una pareja, pero me gustaría descubrirlo contigo.

Las mariposas que antes se movían por mi estómago, ahora vuelan frenéticamente haciendo piruetas de felicidad. Saber que todo este tiempo ha sentido lo mismo que yo, hace que me ilusione.

—¿No dices nada? —pregunta inseguro.

—Tú también me gustas —confieso ruborizándome—. A pesar de todas mis malas contestaciones en el pasado, me sentí atraída por ti desde el primer momento.

—Cualquiera lo diría. No me lo pusiste nada fácil, gatita —me regaña acercándose un poco.

—¡Lo siento tanto! Me comporté como una niña malcriada. Cada vez que recuerdo lo mal que te traté, me muero de la vergüenza.

—No te preocupes, estoy acostumbrado a que me traten así.

—¡Pero no es justo! ¡No deberías estar acostumbrado! Eres una buena persona y no te lo mereces. Siento como te traté en la boda de Sara —admito avergonzada—. En realidad, no pensaba nada de lo que dije, pero estaba muerta de miedo. Cuanto te tengo delante, siento que pierdo el control y me entra el pánico. Es una sensación desconocida para mí y hace que quiera huir para protegerme.

—No tienes que disculparte por nada, mis comentarios tampoco fueron demasiado acertados —expone acercándose un poco más.

Su cercanía hace que me sienta cada vez más nerviosa. Quiero tenerlo cerca, pero no puedo evitar tener miedo. Héctor me acaricia con delicadeza la cara haciendo que sienta un delicioso hormigueo con cada porción que roza.

—Eres preciosa —susurra cerca de mí.

Sus labios rozan los míos con cautela, buscando mi aprobación y en cuanto descubre que estoy preparada, me besa despacio. A medida que nuestras bocas se vuelven más intensas, un calor sofocante invade todo mi cuerpo. Héctor pasa su mano por mi espalda y baja la cremallera del vestido. Desliza uno de los tirantes con lentitud e interrumpe nuestro beso para prestar atención a cada parcela de piel que deja al descubierto.

Ver la intensidad con la que me observa, hace que mi respiración se acelere y anhele volver a sentir sus labios sobre mi piel. Como si me hubiera leído el pensamiento, besa mis hombros acompañando el recorrido de mi vestido.

Una vez que el tejido está arrugado en mi cintura, se pone en pie y me tiende la mano para que lo imite. Mi piel se eriza en cuanto baja el vestido lentamente por mis piernas hasta quedarme en ropa interior. En otras circunstancias me avergonzaría por estar prácticamente desnuda, pero por primera vez en mi vida, me siento poderosa.

Héctor me deshace el moño lentamente, dejando mi pelo suelto y después me vuelve a besar. Cierro los ojos saboreando su beso e inmediatamente me desabrocha el sujetador con maestría y me lo quita con delicadeza. Suelto un pequeño gemido debido a mi vulnerabilidad, pero en cuanto intensifica el beso me olvido de mis inseguridades.

Aunque me encuentro en un estado de trance, soy plenamente consciente del momento exacto en el que baja mi tanga, dejándome desnuda.

—Joder, eres perfecta —murmura.

Abro los ojos y me ruborizo al descubrir la forma en la que me está devorando con la mirada. Mi instinto me grita que me tape, pero decido ser valiente y mostrarme por completo.

Héctor me besa con desesperación y acto seguido me tiende en la cama. En el momento en el que se quita la camiseta, lo observo con atención para no perderme detalle. Cuando deja al descubierto ese torso musculado y completamente tatuado, consigue que se me haga la boca agua. Esas líneas de tinta son una verdadera obra de arte, y si además están plasmadas en un lienzo magnífico, el resultado no podría ser mejor.

—Creo que no estamos en igualdad de condiciones —me quejo en cuanto se acerca a mí, medio vestido.

—Todo a su debido tiempo —informa sonriendo de medio lado.

Después de darme un último beso, baja lentamente por mi cuerpo, dejando miles de besos a su paso. Sus calientes labios hacen que mi piel arda con su contacto y que me remueva inquieta buscando mi placer.

En cuanto siento su boca en uno de mis pezones, agarro la sábana con fuerza retorciéndola entre mis dedos. Desliza una de sus manos hasta llevarla a la unión de mis muslos y, cuando mueve sus dedos en círculos, un jadeo sale de mi garganta, haciendo que sus movimientos se intensifiquen. De repente, sin que me lo espere, un calor abrasador invade todo mi cuerpo haciendo que explote en mil pedazos.

Sorprendida por la rapidez de mi orgasmo, abro los ojos y observo a Héctor mirándome orgulloso. Sabiendo lo que me costaba dejarme llevar, me parece increíble que consiga deshacerme con esa facilidad. Intento incorporarme para devolverle el placer, pero él me lo impide.

—Todavía no he terminado contigo, señorita —murmura guiñándome un ojo.

Sus fuertes manos abren mis piernas con delicadeza, haciendo que mi cuerpo se tense imaginando lo que va a ocurrir a continuación. Al ver mi inseguridad, levanta la cara buscando mi aprobación y, a pesar de mi temor a dejarme llevar, se la otorgo sin dudarlo. Me emociona saber que está tan pendiente de mí, que se preocupa por cómo me siento en cada momento.

Cuando su lengua acaricia mi delicada piel, no puedo evitar gemir sorprendida. ¡Qué sensación tan placentera! Nunca me hubiera imaginado que, con un simple toque, me iba a sentir tan excitada.

Con una habilidad pasmosa, empieza un baile con su lengua haciendo que me arquee y apriete mis manos, deseando que nunca termine. Instantes después, mi cuerpo se retuerce y se arquea, volviéndome completamente loca. A pesar de mis súplicas, Héctor no se detiene, consiguiendo que explote mientras su nombre sale de mi garganta.

—Eres deliciosa, gatita —indica besándome, haciendo que me ruborice.

Entrelazo mis dedos en su sedoso pelo, acercándolo a mi cuerpo hasta que no queda ni una gota de aire entre nosotros. Nuestros labios se tocan con una delicadeza pasmosa, haciendo que mi piel se erice y quiera fundirme con su cuerpo.

De repente siento unas ganas irremediables de tocarlo. No sé de dónde ha llegado este atrevimiento, pero sin darme tiempo a pensar, alargo una de mis manos y la bajo por su duro abdomen.

Su cuerpo se tensa con mi contacto, pero al no recibir su negativa, sigo con mi expedición. Como puedo, introduzco mi mano dentro de su pantalón hasta tocar su dura erección y me detengo cuando escucho su maldición.

—Lo siento —me disculpo sacando mi mano pensando que he hecho algo mal.

—Nena, no tienes que disculparte. Lo que ocurre es que no esperaba sentir tu mano encima de mí.

—Está bien.

—Mírame —pide levantando mi cara—. No quiero que te avergüences de nada de lo que hagamos juntos. Si te apetece hacer algo, hazlo. Te prometo que no escucharás un «no» de mis labios.

Al ver la ternura con la que me trata, tengo que esforzarme por no desmoronarme. Lo último que quiero es hacer un numerito lacrimógeno en su presencia.

—Quiero verte y tocarte —confieso después de unos minutos reuniendo el valor para sincerarme.

—Joder...

Por un momento me decepciono al ver que se levanta de la cama, pensando en que todo ha terminado, pero en cuanto descubro sus intenciones, me quedo sin respiración. Lo observo hipnotizada mientras desabrocha su pantalón y, cuando soy consciente de que lo baja junto a su ropa interior, desvío la mirada muerta de la vergüenza.

—Mírame.

Al darme cuenta de mi actitud infantil, levanto la cara para mirarlo y, lentamente, repaso su cuerpo, hasta llegar a su imponente virilidad.

Héctor se acerca como si fuera un depredador y me sienta en la cama. Sin pensármelo, acerco mi mano a su erección y lo acaricio con torpeza. Cuando un ronco gemido brota de su garganta, sonrío sabiendo que voy por buen camino. Deslizo mi mano arriba y abajo, hasta que su respiración se vuelve entrecortada. Al principio, mis movimientos son lentos, pero al ver su excitación, me vuelvo más confiada.

—Me vas a volver loco —susurra empujándome hasta que caemos en la cama.

Me aferro a su cuerpo sin dejar de acariciarlo, mientras él me besa desesperado. Su cuerpo se retuerce de placer mientras acelero mis movimientos, pero al observar la forma en la que aprieta la mandíbula, descubro que se está conteniendo.

—Ahora te toca dejarte llevar. Déjame verte —le pido.

—¡Joder, nena! —maldice.

Después de escuchar mis súplicas, tensa sus músculos y se echa a llegando al orgasmo con un ronco gemido.

Inmediatamente después, Héctor tira de mí y me envuelve con su cuerpo, abrazándome con fuerza.

—Siento si he hecho algo mal —confieso cuando nuestras respiraciones han vuelto a la normalidad.

—Cariño, si lo hubieras hecho mejor, me hubieras matado de placer —bromea riéndose.

Sus palabras hacen que me ruborice, ya que, aunque he tenido pareja, no tengo mucha experiencia y estas sensaciones son nuevas para mí. Antes de que pueda avergonzarme por lo que acaba de ocurrir, Héctor me coge en brazos haciéndome gritar por la sorpresa.

—¡A la ducha, fierecilla! —grita entrando en el lavabo.

Sin soltarme, abre el grifo y, cuando el agua está caliente, nos mete dentro. En el momento en el que las gotas resbalan por nuestra piel, nuestras bocas se buscan con desesperación. Sus manos enjabonadas se deslizan por mi cuerpo haciendo que me derrita con su delicadeza. Me parece increíble descubrir que alguien tan rudo, pueda llegar a ser tan tierno.

En cuanto nos aclaramos el jabón, sale de la ducha enrollándose una toalla en sus caderas. Observo fascinada su poderoso torso tatuado y, al instante, me invaden unas terribles ganas de recorrer su dibujada piel.

Ajeno a mis pensamientos, me envuelve en un mullido albornoz con el logotipo del hotel y me abraza con suavidad provocando que miles de mariposas revoloteen por mi estómago.

—¿Todo bien? —pregunta alzando una ceja.

—Sí —contesto sofocándome al recordar que, hace tan solo un instante, mi mente se encontraba ocupada pensando en acariciar todos sus tatuajes.

Héctor se sienta en la cama y después me hace un gesto para que me siente en el suelo, entre sus piernas. Agarra el peine cortesía del hotel y desenreda mi pelo, lentamente. Con cada pasada, consigue que mi piel se erice y que cierre los ojos extasiada. Después, trenza mi pelo con tanta ternura que consigue que mis ojos se humedezcan.

Cuando termina, nos metemos en la cama completamente desnudos y nos abrazamos en silencio. La sensación que tengo al escuchar sus fuertes latidos mientras sus dedos acarician mi espalda en círculos, es indescriptible. Este momento es el más bonito que he vivido en la vida y pienso guardarlo en mi memoria como si fuera un tesoro.

Con este último pensamiento, mis ojos se cierran cansados y me quedo dormida bajo el roce de sus caricias.

Capítulo 27

Héctor

Me despierto sobresaltado al escuchar un ruido extraño. Intento levantarme, pero algo me lo impide. Giro mi cabeza descubriendo el motivo por el cual no me he podido bajar de la cama de un salto y sonrío al ver el pelo rubio que descansa encima de mi pecho desnudo.

Extiendo mi brazo para mirar la hora en mi teléfono y me sorprendo al comprobar que casi es mediodía. Suelo vivir en constante vigilancia, atento a los posibles peligros que puedan acecharme en la oscuridad, y nunca consigo dormir más de cuatro horas seguidas. Por eso, me asombra saber que he conseguido dormir toda la noche sin interrupciones.

Mientras observo su dulce rostro dormido, entiendo que la culpable de que haya descansado como si fuera un bebé, es ella. Una sonrisa bobalicona aparece en mi cara en cuanto pienso en lo que ha ocurrido hace unas horas en esta habitación.

Sonrío orgulloso al recordar la manera en la que se entregó a mí. Me impresionó comprobar que, a pesar de ser tan insegura y cohibida, consiguió apartar sus miedos y dejarse llevar. Saber que soy el afortunado que lo ha conseguido, hace que me sienta un cabrón con suerte.

Adoro su piel ruborizada. Esas pequeñas manchas rojizas que pensaba que solo aparecían en su cara y que esta noche he descubierto que también lo hacen en el resto de su cuerpo, me vuelven loco. Ser testigo de su inocencia, me recuerda que tengo que encerrar mi bestia interior y tratarla con delicadeza.

Esta noche ha sido un auténtico regalo y, aunque sé que tendría que alejarla de mí antes de que sea demasiado tarde, ya no tengo fuerzas para hacerlo. Sé que puedo parecer un jodido egoísta, pero nunca he tenido nada en la vida y, ahora que la tengo a ella, siento un miedo atroz a perderla. Irene es mi tesoro y la cuidaré todo el tiempo que se me permita.

—Buenos días, bella durmiente —la saludo en cuanto abre sus preciosos ojos soñolientos.

—Hola —contesta con timidez—. ¿Qué hora es?

—Casi mediodía.

—¡Mierda! —grita incorporándose.

Con el brusco movimiento, la sábana se desliza de su cuerpo, dejando expuestos sus deliciosos pechos. Ver esas preciosas crestas rosadas, hace que se me haga la boca agua. Mi pequeña gatita, al darse cuenta de mi perversa mirada, agarra con urgencia la sábana y se vuelve a cubrir.

—¿Tienes prisa? —pregunto intentando portarme bien.

—He quedado con Santi para comer —contesta mientras intenta vestirse bajo las sábanas.

—Recuerdas que ya he visto tu cuerpo desnudo, ¿verdad? —pregunto divertido al ver sus malabarismos.

—¿Perdona? —responde deteniendo sus movimientos.

—Ayer vi y toqué cada porción de tu piel, por lo que no es necesario que te esfuerces en cubrirte.

Antes de que Irene pueda responder, agarro la esquina de la sábana y doy un fuerte tirón, dejándola completamente expuesta. En el momento en el que escucho su encantador grito, me coloco encima de su cuerpo y la miro a los ojos sonriendo de medio lado.

—Nena, eres preciosa. No es necesario que te escondas de mí porque me gusta absolutamente todo de ti.

—Lo siento, es que no estoy acostumbrada a esto.

—No me gusta hablar del gilipollas de tu ex, y menos cuando estamos desnudos en una cama, pero no logro comprender cómo es posible que el muy capullo no te haya hecho sentir una Diosa cada jodido día.

—Con él era diferente. Siempre quería hacerlo con las luces apagadas y era muy mecánico.

—Qué desaprovechada has estado, gatita —murmuro en sus labios antes de besarla.

Nuestros cuerpos se calientan despacio, al ritmo de nuestras intrépidas manos. La respiración se acelera con cada roce y los besos se vuelven más hambrientos. Hablar de su ex, hace que tenga la necesidad de verla temblar de placer. Un sentimiento de orgullo impacta en el centro de mi pecho al sentirla deshacerse entre mis dedos al llegar al éxtasis.

Irene, después de recuperarse, me mira a los ojos e intenta devolverme el placer que acaba de experimentar, pero yo se lo impido.

—No es necesario, nena —indico besando su puntiaguda nariz.

—Pero yo quiero hacerlo —se queja poniendo unos adorables morritos.

—Lo sé, pero has quedado con Santi, ¿recuerdas? —explico intentando ocultar mis estúpidos celos.

—¡Joder, es cierto! ¡Me va a matar!

—Creo que soy una mala influencia para ti —bromeo al escucharla blasfemar.

Me aparto a regañadientes de su delicioso cuerpo y la observo vestirse sin perder detalle de sus felinos movimientos.

En cuanto recogemos nuestras pertenencias, pago la habitación y caminamos en silencio hasta mi moto.

—Puedo llamar un taxi —dice en cuanto nos detenemos.

—Estás de broma, ¿verdad? —pregunto molesto.

—Seguro que tendrás cosas más importantes que hacer.

—No hay nada que desee más, que pasar tiempo contigo, preciosa. Mírame —le ordeno levantando su barbilla con un dedo—. Me gustas y lo de esta noche, no ha sido algo puntual. Ya te dije que no tengo experiencia en relaciones, pero quiero tener citas contigo, enviarte mensajes o llamarte cuando no pueda verte, tal y como hacen las parejas.

—Tú también me gustas y me encantaría conocerte y pasar tiempo contigo —admite sonriendo con emoción.

Saber que ella quiere lo mismo que yo, hace que, por primera vez, tenga ilusión por algo. No sé lo que siento por ella, pero no quiero perderla.

Capítulo 28

¡Todavía no me puedo creer que esté saliendo con Héctor! Lo que ocurrió esta noche es un sueño hecho realidad, aunque tengo que admitir que, ni en mis mejores sueños, habría imaginado que fuera tan especial.

Me emociono cada vez que recuerdo lo atento que fue conmigo. Comprobé que, a pesar de su rudeza, es una persona muy dulce y eso es algo a lo que no estoy acostumbrada.

Siempre soñé con encontrar a alguien en el que confiar y, cuando conocí a las chicas, supe lo que era querer desinteresadamente. Ahora, con Héctor, siento que mi sueño de encontrar a ese compañero con el que compartir un futuro juntos, puede llegar a hacerse realidad.

Me subo en su moto y rodeo su cuerpo con mis brazos cerrando los ojos, grabando en mi mente este instante para no olvidarlo jamás. Disfruto del trayecto abrazada a él, saboreando este instante de libertad.

Cuando nos detenemos, permanezco inmóvil con los ojos cerrados, tratando de no romper este mágico momento. Sin embargo, me veo obligada a abrirlos cuando Héctor me quita el casco.

—Nena, ¿estás bien? —pregunta divertido.

—Mmm... —suelto sin despegar mis labios.

—Hemos llegado.

Abro los ojos y compruebo que estamos en el parking del club. Aunque sé que tengo que subirme a mi coche, me resisto a soltarlo. Temo que, si lo hago, nada será igual entre nosotros. Es como si, al dejarlo marchar, fuera a despertar de este bonito sueño.

—No hace falta que te marches, si no quieres. En realidad, yo tampoco quiero separarme de ti.

Deslizo a regañadientes mis brazos de su cintura y me bajo de la moto. Aunque sé que he quedado con mi amigo, me encantaría poder pasar más tiempo con él.

—Podemos vernos mañana, si quieres —me propone.

—Es el último día de Santi y no quiero dejarlo tirado.

—Claro, entiendo —indica decepcionado.

—Pero si quieres podemos quedar por la tarde. He quedado para comer con mis padres, pero podemos vernos después.

—Me encantaría —acepta sonriendo—. Podría pasar a recogerte por su casa.

—Creo que no es muy buena idea —expongo pensando en que mi madre vuelva a ofenderlo con alguno de sus comentarios esnobs.

—Ya, claro. Qué tontería.

Al ver su reacción, me doy cuenta de que ha malinterpretado mis palabras. Estoy segura de que ha pensado que me avergüenzo de él, pero, en realidad, quien me preocupa es mi madre.

—No me has entendido.

—No hace falta que te excuses, de verdad.

—Ahora eres tú el que me tiene que escuchar a mí. Al contrario de lo que te imaginas, no siento vergüenza por lo nuestro. Solo estaba intentando protegerte de mi madre.

—¿Protegerme? —pregunta divertido señalando su duro cuerpo.

—Sí, mi madre puede ser una auténtica víbora cuando se lo propone y cuando no se lo propone también —confieso poniendo los ojos en blanco.

—Nena, ya te dije que estoy acostumbrado a ese tipo de desprecios.

—Pues no es justo y ya es hora de que las cosas cambien —anuncio convencida—. Pásame a recoger y que le den a doña Sofía.

—¡Esa es mi chica! —me vitorea abrazándome.

—No me quiero marchar —confieso haciendo pucheros.

—Yo tampoco quiero separarme de ti, preciosa —dice antes de besarme en los labios—. Esta noche te llamo y hablamos un rato, ¿te parece bien?

—Me encantaría —contesto ilusionada.

—Está bien, ahora márchate antes de que te secuestre —bromea dándome una palmada en el culo.

—¡Oye! —lo regaño fingiendo que me ha molestado su gesto.

Observo su cara sonriente y las mariposas vuelven a iniciar su alocado vuelo en mi estómago. Como siga así, van a conseguir que salga volando de tanta felicidad.

Héctor me coge de la mano y de un tirón me acerca a su cuerpo. Me acaricia la cara con delicadeza y me besa intensamente, consiguiendo que tiemble desde la cabeza hasta los pies.

—Te llamo esta noche —me promete.

Me despido de él con una sonrisa bobalicona y me subo a mi coche flotando de pura felicidad. El trayecto hasta mi casa lo hago pensando en cada uno de los instantes que he vivido con él, sin dejar de sonreír.

En cuanto llego a mi casa, cierro la puerta y me apoyo en la madera, suspirando ensimismada.

—Ese suspiro me dice que la noche ha sido brutal.

—¡Joder! —grito asustada al no esperar la aparición de mi amigo.

—No sabía que eras tan malhablada —se burla de mí.

—Lo siento, pero es que no te había visto.

—¿Cómo me vas a ver si tienes los ojos llenos de corazoncitos que laten por ese vikingo? —indica mofándose de mí.

—Ja, ja, muy gracioso, Santi.

—Ahora en serio, ¿todo bien? —pregunta preocupado.

—Ha sido perfecto —confieso suspirando—. Hemos empezado una relación.

—Me alegro mucho por ti, de verdad, pero *sentidíño, que cabeza ten calquera* —me advierte.

—Ya estamos —me quejo poniendo los ojos en blanco—. Recuerdas que no entiendo el gallego, ¿verdad?

—Lo que quiero decir es que, tengas cuidado. Sé que sientes algo fuerte por él, pero cuanto más grandes son los sentimientos, más grande es la caída, y no quiero que te hagan daño.

—Agradezco que te preocupes por mí, pero no es necesario. Héctor siente lo mismo que yo.

—Me alegra saberlo, no me gustaría tener que darle una paliza.

Su comentario hace que una carcajada salga de mi garganta y que lo abraze agradecida de tenerlo en mi vida.

—Venga, Bruce Lee, vámonos o llegaremos tarde —bromeo al ver lo tarde que es.

Hemos quedado para comer con mis amigos y, si seguimos hablando, no llegaremos a tiempo. Entro volando a mi habitación y me cambio de ropa con lo primero que encuentro al abrir el armario. En cuanto estoy preparada, voy en busca de Santi y nos marchamos al restaurante.

Por suerte, el lugar tiene un amplio parking y consigo aparcar a la primera. Una vez dentro, encontramos a mis amigos sentados en la mesa hablando sin parar y, en cuanto nos ven aparecer, se callan de repente. Ignorándolos, me acerco a los trillizos de Paula y hago carantoñas a los

bebés.

—Bueno, bueno. Si acaban de llegar Míster buenorro gallego y Miss rubia satisfecha. Tienes ojeras, rubia. ¿Has dormido algo o mi amigo el vikingo te ha tenido toda la noche en vela? —pregunta la muy maldita.

—Yo... mmm...

—¡Madre mía! Que de tanto empotramiento le ha licuado el cerebro.

—¡No digas tonterías! —la regaña Sara—. Déjala tranquila.

—Sí, déjala tranquila para que hable y nos cuente qué tal la noche de lujuria y placer con mi segurata —especifica Carlos.

—Sois unos cotillas —los acuso señalándolos con el dedo.

—Seremos lo que quieras, cariño. Pero nos quieres y lo sabes —responde la descarada de mi amiga.

Me siento lentamente ante su atenta mirada sin dejar de sonreír. Los miro uno a uno alargando el momento para hacerlos sufrir, hasta que Paula estalla.

—¡¿Vas a abrir esa preciosa boquita o tenemos que empezar con la tortura?!—

—¡Está bien! —acepto rindiéndome—. ¿Qué queréis que os diga? ¡Fue maravilloso! —confieso feliz.

—Ajá, continúa —gesticula Paula impaciente.

—Fue muy cariñoso y me hizo sentir muy especial.

—Es que, en el fondo, el vikingo es un trozo de pan —expone Carlos.

—Me dijo que no era una más y que le gustaba mucho.

—Ohhhh, qué bonito, cariño —indica Sara llevándose una mano al pecho.

—Que sí, que todo fue muy bonito y que sonaron flautas celestiales, pero... ¿Te empotró bien mi amigo o voy a tener que darle clases teóricas?

—¡Ay, hija, qué bruta eres! —le regaña Carlos entrecerrando los ojos.

—Paula, tus hijos están delante —se queja Sara.

—Por suerte mis niños todavía no se enteran, pero cuando lo hagan, tendrán que aceptar que tienen a una madre un poco loca. Además, soy la única que tiene narices para sonsacarle los detalles morbosos de la historia. Estoy segura de que estáis deseando saber si Héctor consiguió quitarle las telarañas a nuestra amiga.

—¡Paula! —grita Sara.

Mientras mis amigos discuten sobre si es correcto o no preguntar sobre ese tipo de intimidades, mi cara se vuelve cada vez más colorada. Ellos siguen con su debate mientras Santi se parte de risa y yo no sé dónde meterme.

—¡Vale! —alzo la voz haciendo que todos callen sorprendidos—. Os contaré lo que estáis deseando escuchar, panda de cotillas.

Cierro los ojos recordando la noche anterior y les cuento el momento tan especial que viví. Aunque todavía me cuesta hablar de esos temas tan íntimos, hago un esfuerzo para que comprendan lo feliz que soy.

—Qué bonito, Irene. Me alegro mucho por ti —expone Sara emocionada.

—Te mereces eso y más —indica Carlos.

—¡Ese es mi vikingo! Ya sabía yo que ese cuerpo prometía noches sudorosas.

—Entonces, ¿estáis saliendo? —pregunta Sara.

—Sí, me dijo que quería que tuviéramos citas y que nos conociéramos mejor.

—¡Punto para el vikingo! —vocifera Carlos.

Después de mi confesión, la conversación deja de centrarse únicamente en mí, haciendo que

me relaje. Sara nos confiesa que, ahora que la niña es más grande, se está planteando volver a la enseñanza y Carlos se queja de que últimamente el club le da mucha faena y que apenas tiene tiempo para estar con Javier.

—¿Te has planteado buscar un socio? —le propongo.

—No lo había pensado, la verdad. Es una buena idea, pero tampoco quiero meter a cualquiera. El Infierno es mi sueño y no me gustaría perderlo.

—Algo se te ocurrirá —dice Paula metiéndose el chupete de Enzo en la boca para limpiarlo.

—¡Puaj, Paula! ¡Qué asco! —grita Carlos al ver que acto seguido se lo vuelve a meter en la boca a su hijo.

—¿Qué? —pregunta inocente— Hay que ver lo delicado que eres. ¡Peores cosas te has metido tú en la boca, Carlitos!

Su comentario hace que todos rompamos a reír a carcajadas y que iniciemos una conversación de lo más surrealista.

Entre risas, observo a mis amigos con atención y me siento la persona más feliz del mundo. Tengo unos amigos que me quieren y me apoyan y también a Héctor, mi novio. ¿Qué podría salir mal?

Pensarlo hace que un temor se aloje en la boca del estómago haciendo que deje de reír de inmediato. A mi mente vuelven las palabras de Santi haciendo que mi burbuja de felicidad estalle: *«Cuánto más grandes son los sentimientos, más grande es la caída»*.

Capítulo 29

—¿Lo llevas todo? —pregunto triste.

—Sí, creo que no me dejo nada —contesta Santi, sonriéndome con ternura.

Es increíble lo rápido que ha pasado el fin de semana. Me siento culpable al no haberle dedicado el tiempo que se merece y me da mucha pena que se marche a Galicia tan pronto. Santi se ha convertido en alguien muy importante en mi vida y, al pensar en cuánto tardaré en volverlo a ver, los ojos se me llenan de lágrimas.

—Ey, *non chores, rapaciña*. Volveremos a vernos pronto y, si me echas de menos, siempre puedes venir a verme. Estoy seguro de que harías muy feliz a mi abuela.

Santi me abraza e inmediatamente, me siento mejor. Hay personas que, cuando te abrazan, transmiten tanto sus sentimientos que consiguen emocionarte y Santi es una de ellas.

—Venga, vámonos o perderé el avión —se excusa limpiándose una lágrima disimuladamente.

Decidí acompañarlo en taxi porque, al salir del aeropuerto, iré directamente a casa de mis padres y, cómo Héctor pasará a recogerme, no quiero llevarme mi coche y dejarlo allí.

Aunque nos pasamos todo el trayecto hablando prometiéndonos no perder el contacto, al llegar al aeropuerto nos quedamos en silencio. Lo acompaño hasta la puerta de embarque y, después de darle un abrazo, lloro al verlo traspasar el control de seguridad.

Me giro en cuanto lo pierdo de vista y vuelvo hasta la parada de taxis. De camino, un mensaje consigue que vuelva a sonreír.

Héctor:

Hola, preciosa, ¿ya se ha ido tu amigo?

Irene:

¡Hola! Sí, lo acabo de dejar en el aeropuerto.

Héctor:

¿Cómo estás?

Irene:

Triste. Me da mucha pena que se haya ido.

Héctor:

¿Tengo que ponerme celoso?

Sonrío con su comentario sabiendo que lo dice para ponerme de buen humor. Desde el sábado, no hemos parado de enviarnos mensajes y, después de hablar mucho sobre mi amistad con Santi, comprendió que no hay nada entre nosotros.

Héctor:

¿Estás ahí?

Irene:

*Perdona, me he despistado.
Sabes perfectamente que no tienes que
preocuparte por él porque solo tengo ojos para ti.*

Héctor:

*Me alegra saber que sientes lo mismo que yo, gatita.
¿Sigue en pie lo de esta tarde?*

Irene:

*Sí, por supuesto.
Avísame cuando llegues a casa de mis padres.*

Héctor:

Vale. Te echo de menos.

Irene:

Y yo a ti.

Me subo al primer taxi disponible y le doy la dirección de mis padres al conductor. En la radio, una alegre canción hace que sonrío y que mueva mis pies al ritmo de la música. Ilusionada, vuelvo a leer los mensajes de Héctor, hasta que mi felicidad se esfuma al recibir una llamada de mi madre. En cuanto escucho su recatada voz a través del teléfono, me tenso de inmediato.

—¿A qué hora tienes pensado venir? Recuerda que en casa comemos a la una y media.

—Hola, mamá. ¿Qué tal? Yo estoy bien, ¿y tú? —inicio una conversación conmigo misma a modo de sarcasmo.

—No seas impertinente, Irene —me regaña—. Solo te he llamado para recordarte que seas puntual.

—Sí, mamá, seré puntual. Por cierto, esta tarde me vendrá a recoger Héctor, espero que seas más amable que la última vez.

—¿El delincuente?! —pregunta indignada.

—¡Mamá! —me quejo—. Ni se te ocurra volver a llamarlo así.

—Está claro que, desde que dejaste a Borja, solo te has rodeado de chusma.

—Nos vemos dentro de un rato —contesto colgando.

Es increíble que, con cuatro frases, consiga arruinar el buen humor que tenía hace un instante. Respiro hondo, prometiéndome que no dejaré que mi madre me amargue este momento.



A la una y veinticinco, el taxi se detiene delante de la casa de mis padres. Al salir del aeropuerto, hemos encontrado retención de tráfico y casi llego tarde, por lo que pago al conductor y salgo corriendo hasta la entrada. Antes de que pueda tocar el timbre, la puerta se abre y aparece Loli, el ama de llaves.

—Señorita —me saluda inclinando la cabeza.

—Loli, te he dicho muchas veces que, cuando mi madre no esté delante, me llames por mi nombre —la regaña amorosamente mientras le doy un abrazo.

Una vez dentro, cierro los ojos armándome de valor para lo que me espera, pero al abrirlos

mi mundo se viene abajo.

—¡Querida! —me saluda mi madre—. ¿Mira quién va a acompañarnos a comer?

Aprieto los puños y miro a mi madre indignada. Aunque sabía que esta comida iba a ser complicada, nunca podría haberme preparado para este momento. ¿¡Qué hace Borja aquí!? Se me revuelve el estómago en cuanto observo a mi peor pesadilla. Como siempre, viste de punta en blanco, pero lo que un día me pareció elegante hoy me parece recargado. Su sonrisa arrogante me hace pensar en cómo fui capaz de estar con él alguna vez.

—¿Qué hace él aquí? —pregunto entre dientes.

—¡No seas maleducada y salúdalo como se merece! —me regaña mi madre.

Desvío la atención a mi padre y compruebo que me mira con arrepentimiento en los ojos. En otras circunstancias, habría bajado la cabeza aceptando la regañina de mi madre, pero la nueva Irene no va a dejar que la vuelvan a pisotear.

—Te equivocas. Aquí la maleducada eres tú, por invitar a alguien que hizo daño a tu hija. Sabía que eras una persona fría, pero me acabas de demostrar que eres un témpano de hielo.

Me doy media vuelta caminando hacia el jardín a pesar de que, a lo lejos, escucho los gritos indignados de mi madre. Siento que me falta la respiración y necesito que me dé el aire con urgencia. Una vez fuera, me agacho colocando las palmas de mis manos en mis rodillas y respiro profundamente.

—Cariño, ¿estás bien? —murmura mi padre a mi lado.

—No —contesto rotunda—. Es increíble que lo haya invitado.

—Ya sabes cómo es tu madre cuando se le mete algo en la cabeza —la defiende.

—¡Estoy harta de que solo piense en ella! —grito enfadada—. ¡Es una egoísta!

—No digas eso. Estoy seguro de que no lo ha hecho con mala intención.

Me incorporo y lo miro a los ojos. Comprendo que mi padre la quiere, pero me duele que siempre la defienda. Haga lo que haga la señora Sofía, ella nunca se equivoca.

—Estoy harta, papá. Harta de vivir una mentira, de que nunca me preguntéis cómo me siento, porque siempre hay que hacer lo que dice mamá.

—Eso no es cierto...

—Cuando hablamos el otro día, pensé que las cosas iban a cambiar, pero está claro que no es así —indico decepcionada.

—Cariño, no seas injusta. Entiendo cómo te sientes, pero también la entiendo a ella.

—Claro, y como siempre la que salgo perdiendo soy yo.

—Cielo, no digas eso.

—Tranquilo, entraré, pondré una de mis mejores sonrisas y comeré junto al hombre que me maltrató, porque es lo que desea mamá.

—Irene...

—No te preocupes, ya estoy acostumbrada a acatar órdenes.

Una vez que me recompongo, me doy media vuelta y entro en la casa. Soy consciente de que a mi querida madre no le habrá gustado nada mi numerito y que me tocará comer al lado de Borja, así que me armo de paciencia y entro en el comedor.

—Oh, querida, aquí estás. ¿Ya se te ha pasado el berrinche de niña pequeña?

—Sí, madre —contesto mordiéndome la lengua para no montar un espectáculo.

Como era de esperar, doña Sofía me hace señas para que me siente al lado de Borja y, como sé que tengo la batalla perdida, lo hago sin rechistar. La comida gira en torno a mi ex y, a pesar de que intentan que intervenga en la conversación, me quedo callada.

Una vez terminamos de comer, nos levantamos de la mesa y nos sentamos en los sofás de la

salita. Para variar, Borja no para de presumir de sus éxitos y yo tengo que morderme la lengua para no saltar.

A las cinco, el sonido de mi teléfono hace que respire aliviada. A pesar de escuchar el carraspeo de mi madre, leo el mensaje de Héctor sin poder contener una sonrisa.

Héctor:

Estoy fuera, nena y me muero por besarte.

—Irene, guarda el teléfono. No seas maleducada.

—Lo siento, pero me tengo que marchar —contesto sin mirarla.

—¿Te vas? —pregunta mi padre.

—Sí, ha venido Héctor a recogerme.

—¿Quién es Héctor? —pregunta Borja, enfadado.

—Alguien que a ti no te importa —escupo indignada.

—Es su amigo, el delincuente. Parece que nuestra hija se ha aficionado a juntarse con maleantes.

—Héctor no es un delincuente, es mi novio.

—¡¿Tu novio?! ¡Qué dices insensata! —grita mi madre fuera de sí—. ¡Qué vergüenza, Ignacio! ¿Qué haremos si nuestros amigos se enteran?

—Tranquila, cariño —la consuela mi padre abrazándola.

—Adiós, familia. Os dejo con vuestros dramas —me despido marchándome antes de que mi madre siga con su numerito.

Agarro mi bolso y salgo corriendo a la calle. En cuanto abro la puerta y lo veo apoyado en su moto, vuelvo a respirar. Él sonríe al verme, pero después, su rostro se endurece.

—Irene, tenemos que hablar —me ordena Borja agarrándome del brazo.

Giro la cara mirándolo con desprecio, entendiendo a la perfección el cambio de actitud de mi novio.

—Suéltame —exijo entre dientes.

—¿De verdad me vas a cambiar por ese delincuente?

—Ese delincuente, como tú lo llamas, te supera con creces. No le llegas ni a la suela de los zapatos.

Me suelto de su agarre con rabia y camino hacia mi libertad. A lo lejos escucho la voz estridente de mi madre quejándose sobre lo desconsiderada que es su hija.

—¿Todo bien? —pregunta Héctor en cuanto llego a su lado.

No me pasa por alto lo tenso que está su cuerpo, como si estuviera preparado para saltar sobre su presa.

—Ahora que estás a mi lado, todo está bien —indico antes de acercarme a él para besarlo.

Afortunadamente, mi beso consigue relajarlo lo suficiente como para dejarse llevar por el momento, ignorando todo a nuestro alrededor. Sus brazos rodean mi cuerpo y, de forma automática, levanto mis manos y las entrelazo detrás de su cuello. Después de estas horas de agonía, siento que abrazar a Héctor es como si me hubieran lanzado un chaleco salvavidas en medio de una tempestad.

—¡Esto es el colmo! Pero ¿tú estás viendo a nuestra hija, Ignacio? ¡Qué bochorno!

—Tranquila, cielo. Son jóvenes.

—¡Ser jóvenes no les da derecho a formar un escándalo en la calle!

Antes de que se nos vaya de las manos, separo nuestros labios y, al ver que me mira inseguro, le guiño un ojo sonriéndole. Quiero que entienda que no me avergüenzo de él y que la

presencia de mis padres no va a cambiar lo que siento.

—Mamá, papá, os presento a Héctor. Mi novio.

El grito de mi madre y su fingido desmayo hace que ponga los ojos en blanco mientras mi padre la agarra en brazos con preocupación y se la lleva dentro de casa.

—Quizás deberías ir con tu madre —indica Héctor, abatido.

—No te preocupes, mi madre está perfectamente.

Puedo parecer una insensible, pero estoy tan acostumbrada a sus espectáculos, que ya no me creo nada de lo que diga o haga.

—¿Nos vamos? —le pregunto queriendo huir de mi familia.

—Por supuesto.

Héctor se sube a la moto y después de arrancarla, me coloco detrás de él. Me agarro a su cintura y apoyo mi cabeza en su fuerte espalda, deseando salir cuanto antes de aquí. Cuando escucho el rugir de la moto al incorporarse a la carretera, cierro los ojos para volver a volar libre junto a él.

Capítulo 30

Héctor

Verla cerca de ese tipejo, hizo que todas mis alertas se activaran. Por un momento pensé que el que sobraba en esa ecuación era yo, pero al notar su mirada ilusionada al verme, hizo que me hinchara de orgullo.

Por suerte, mi pequeña hada de los bosques se defendió sola de ese capullo y no tuve que ensuciar mis manos. Pero no pude volver a respirar con normalidad hasta que arranqué mi moto para ir a nuestra primera cita.

Sentir su menudo cuerpo en mi espalda, provoca en mí unas sensaciones que hasta ahora no había sentido. Por su culpa, tengo que concentrarme en la conducción más de lo normal porque, si no lo hago, podríamos tener un accidente.

Después de horas pensando en cómo impresionarla, decidí ser yo mismo. Según me contó, ha tenido todos los lujos posibles y aun así no consiguió ser feliz. Por eso estoy convencido de que disfrutará con un plan tan sencillo.

Conduzco hasta mi segundo lugar favorito de Barcelona, deseando que le guste tanto como a mí. En el momento en el que llegamos a la cima de la colina del Turó de la Rovira en el barrio del Carmel, apago el motor y espero a que mi chica abra los ojos. Imagino que nunca ha estado aquí, por lo que me muero de ganas de ver su reacción.

A pesar de ser conocidos popularmente como los bunkers del Carmel, en realidad son los restos de una batería aérea de la Guerra Civil que, con los años, han pasado a ser uno de los mejores miradores de Barcelona. Desde aquí, se puede contemplar una vista panorámica de trescientos sesenta grados de la ciudad, gracias a sus más de doscientos metros de altura.

—Es increíble —murmura con los ojos muy abiertos.

—Algún día te traeré para que puedas ver la puesta de sol desde aquí —prometo abrazándola por la espalda.

—Me encantaría —indica girando su preciosa cara, mirándome ilusionada.

Permanecemos en silencio mientras admiramos las vistas y, en lugar de sentirme incómodo, tengo la sensación de conocerla desde hace mucho tiempo. Soy una persona solitaria y no suelo sentirme cómodo con la gente, por eso me sorprende al ver que, junto a ella, todo es diferente.

—Ayer al final no me llamaste —susurra tímidamente.

—Lo siento. Me surgió un problema y me fue imposible.

—¿Qué ocurrió? —pregunta girándose para mirarme de frente.

—Es complicado —contesto más seco de lo que pretendía.

—Perdona, no tendría que haberte preguntado.

Irene vuelve a girarse, pero antes de que lo haga, consigo ver la decepción en su mirada. No voy a meterla en mis mierdas, pero tampoco quiero que piense que la excluyo de mi vida.

—No te tienes que disculpar por preguntarme. Soy tu novio, ¿no? —pregunto levantando su barbilla con un dedo.

—Eso pensaba yo —me recrimina.

—No quiero que creas que te oculto cosas, lo que ocurre es que mi vida está llena de problemas y no quiero que te salpiquen.

—Pero no es justo que me apartes así, somos una pareja y lo normal es que contemos el uno con el otro.

—Tienes razón, lo siento. No estoy acostumbrado a confiar demasiado en la gente.

—En mí puedes confiar, Héctor —promete mirándome a los ojos seriamente.

—Lo sé, nena —afirmo convencido de mis palabras.

Me separo un poco de ella y camino haciendo círculos para aclarar mi cabeza. Quiero confiar en ella, pero no la voy a meter en los trapicheos sucios de mi barrio.

—El día que te recogí en el aeropuerto, te conté que tenía un hermano —le recuerdo—. Lo que no sabes es que Niko, es un verdadero grano en el culo.

Suspiro pensando en la forma correcta de explicarle mis problemas con Niko, sin tener que hablarle de una parte de mi pasado que prefiero ocultar.

—Siempre he cuidado de él y últimamente me lo está poniendo demasiado difícil.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintidós, aunque a veces pienso que tiene catorce —confieso poniendo los ojos en blanco.

—¿Y tus padres?

—Solo estamos nosotros dos.

—¿Ellos...?

—Se hace tarde. Deberíamos irnos o perderemos la reserva para cenar.

Soy un capullo, lo sé, pero no estoy preparado para hablar de mi pasado. Solo los más cercanos a mi círculo lo conocen y de momento quiero que siga siendo así. No lo hago porque no confíe en ella, pero tengo miedo de que, al contárselo, se aleje de mí.

Me subo a la moto y, después de arrancarla, ella me sigue decepcionada. Soy consciente de que me acabo de cargar el momento, pero por ahora es lo único que le puedo ofrecer.

Salgo del barrio del Carmel y la llevo hasta una pequeña pizzería situada en el Born. Una vez que nos bajamos, la observo con atención para ver si el lugar es de su agrado y, satisfecho, descubro una gran sonrisa en su rostro.

—¿Te gusta? —pregunto inseguro.

—Me encanta.

—Te prometo que, aunque parezca un lugar sencillo, hacen las mejores pizzas de toda Barcelona.

—Eso habrá que verlo —contesta juguetona.

Me alegra saber que he acertado con el lugar, ya que, aunque sé que no es como su madre, tenía miedo de cagarla.

Un camarero se acerca a nosotros y, después de darle mi nombre, nos acompaña a nuestra mesa. En cuanto nos sentamos, sonrío complacido al ver su cara de sorpresa. Cuando hice la reserva, indiqué que quería cenar en el patio interior del restaurante porque sabía que a Irene le iba a encantar. En el centro, un gran árbol da cobijo a las mesas y, de sus ramas, cuelgan guirnaldas con pequeñas luces creando un ambiente de cuento.

—Es precioso —afirma con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Una vez que sacia su curiosidad observando todo a su alrededor, nos sentamos en la mesa y pedimos la cena.

—Cuéntame algo de ti —le pido para conocerla mejor.

—¿Por qué tendría que contarte algo de mi vida si tú no eres capaz de contarme nada de la tuya?

«¡Touché!». La rubia tiene razón, es injusto pedirle que me hable de su pasado cuando yo no

soy capaz de contarle nada del mío. Solo espero poder sincerarme algún día con ella y sacarme este peso que llevo encima.

Capítulo 31

Después de mi comentario, Héctor me mira serio. Es posible que haya sonado un poco borde, pero estoy tan frustrada que no me he podido contener.

—Tienes toda la razón y entendería que no quisieras contarme nada.

—Se supone que somos pareja y que tenemos que conocernos mejor. ¿Cómo voy a conocerte, si no sé nada de ti?

—Lo siento, no estoy acostumbrado a hablar de mí. Dame tiempo.

Aunque al principio había decidido no contarle nada hasta que él se abriera, decido ser yo la que dé el primer paso.

—El día que cumplí quince años, fui consciente de que no encajaba en mi vida. Mi madre me preparó una fiesta por todo lo alto en el salón presidencial de nuestro hotel más lujoso. Yo no entendía por qué teníamos que invitar a tantas personas a mi cumpleaños, pero a mi edad ya había aprendido a no llevarle la contraria.

Cuando se da cuenta de que estoy hablando, me mira fijamente a los ojos y en ellos puedo ver gratitud.

—A pesar de que desde fuera podía parecer perfecta, no la disfruté en absoluto. Se supone que la cumpleañera debería ser la protagonista de la fiesta, pero en la mía todo giraba alrededor de mi madre. No es que yo buscara ser el centro de atención, pero tampoco quería sentirme ignorada el día de mi cumpleaños. Todavía recuerdo la sensación de estar rodeada de cientos de invitados y sentirme completamente sola.

Mis ojos se llenan de lágrimas al recordar una de tantas veces en las que pensé que era invisible.

—Al ser tan tímida y reservada, nunca tuve amigos de verdad. Mi vía de escape fueron los libros. Siempre estaba leyendo historias de fantasía y adentrándome en mundos maravillosos. En mi colegio era la «rara» y era objeto de burlas de mis compañeros. Por eso, me enfadé cuando descubrí que mi madre había invitado a los mismos niños que siempre me hacían la vida imposible. Los vi cuchichear mientras me señalaban a lo lejos y cuando le recriminé a mi madre, me dijo que los invitó porque eran hijos de personas muy influyentes.

Con sus palabras me quedaba claro, una vez más, que mis deseos nunca eran importantes. Mi madre escogió el lugar, el vestido pomposo que me obligó a usar y unos invitados a los cuales no les importaba ni yo, ni mis quince años.

—Me sentía una extraña en mi propia fiesta y tuve un ataque de ansiedad. En ese momento no sabía qué era lo que me estaba ocurriendo, pero necesitaba huir. Como nadie me prestaba atención, no me resultó difícil mezclarme entre los invitados y escapar de mi cumpleaños sin que me descubrieran. Busqué un escondite y me senté en el suelo mirando al vacío. Por más que lo intentaba, no llegaba a comprender por qué no encajaba en mi familia. Aunque imaginaba que mis padres me querían, no podía evitar pensar que, en el fondo, no era la hija que ellos hubieran querido tener.

Detengo mi relato unos segundos y respiro profundamente al recordar lo que sentí en ese momento.

—Me quedé quieta en mi escondite y, al ver que nadie aparecía, me puse a llorar. Hice un ovillo con mi cuerpo intentando calmar la ansiedad que sentía al pensar que, mientras yo estaba llorando desconsoladamente, todos los invitados estaban celebrando mi cumpleaños sin darse

cuenta de que ya no estaba en la fiesta.

—¿Y tu madre? —pregunta sorprendido.

—Ni se enteró. Al final me cansé de esperar a que alguien me echara de menos y volví al salón.

—No puedo creer que no se dieran cuenta de que faltaba la cumpleañera —murmura Héctor.

—Quiero pensar que, en el fondo, mi madre no es tan frívola como parece y que esa fiesta tan lujosa fue la manera de demostrarme su amor. Pero si se esforzara por conocerme un poco, entendería que yo no necesito todo ese circo para ser feliz. Ese día no dejaba de preguntarme por qué no podía ser como mi madre anhelaba y desde entonces me convertí en la hija perfecta. Viví la vida que ellos querían, estudié lo que me recomendaron, me comportaba tal y como me decían, me rodeaba de personas de la alta sociedad y vestía con la ropa que me recomendaba mi madre. Me daba tanto miedo decepcionarlos que fingí ser otra persona. Y, aunque no puedo culparlos, nunca fui feliz.

—No debiste cambiar por ellos porque eres perfecta —susurra mientras acaricia mi mano lentamente.

—No soy perfecta, pero por fin he decidido que quiero vivir a mi manera. Nunca me ha faltado de nada y, aunque pueda parecer que soy una desagradecida, siempre me he sentido vacía.

Imagino que habrá personas que envidien el dinero de mi familia, pero, aunque pueda sonar como un cliché, puedo asegurar que el dinero no da la felicidad. Te da tranquilidad y comodidades, pero no hace que tu vida sea completa. Por culpa del estatus de mi familia, me he convertido en una persona complaciente, incapaz de decir lo que pienso y tomar mis propias decisiones.

—En mi familia no nos abrazamos, ni nos damos besos y nunca nos gritamos. Y para mí, que siempre fui una persona que necesitaba la aprobación y el afecto de los demás, criarme en ese entorno fue muy doloroso.

—Lo siento mucho, nena —indica mirándome con afecto.

—Tranquilo, después de conocer a las chicas, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados y por fin aprendí a pensar en mí.

—Me alegra saber que, gracias a ellas, has podido salir de ese entorno.

Después de mi confesión, cambio de tema. Me encantaría que me hablara de él, pero no quiero que se sienta obligado. Hablamos de nuestros amigos y de la época en la que estuve viviendo en Galicia.

En cuanto terminamos de cenar, Héctor paga la cuenta y cogidos de la mano, nos marchamos. Una vez que llegamos a la moto, siento su mirada penetrante y no puedo evitar ponerme nerviosa.

—¿Va todo bien? —pregunto al ver su mirada.

—Me preguntaba si te apetecía ir a mi casa —expone sonriéndome de medio lado con picardía.

—¡Claro! —exclamo nerviosa.

Héctor me ofrece el casco con una gran sonrisa y conduce hasta su casa. Cuando llegamos, observo sorprendida todo a mi alrededor. Por sus comentarios pensaba que se trataba de un barrio humilde, pero no imaginaba que fuera tan peligroso.

—Ya hemos llegado —indica más serio de lo normal—. Supongo que ahora entenderás por qué no te traje aquí la primera noche.

—No tienes de qué avergonzarte.

—Lo sé, pero tenía miedo de que echaras a correr cuando vieras de dónde vengo —bromea guiñándome un ojo.

—¡No digas tonterías!

—Pero ya es demasiado tarde —confiesa acercándose a mi cuerpo—. Ya no hay marcha atrás. ¡Este es el verdadero Héctor!

Su mirada orgullosa hace que mi corazón palpite más rápido. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuerpo y acerco mi boca a la suya. Al principio el beso es lento y comedido, pero poco a poco se vuelve más intenso y demandante.

Cada vez que estoy a su lado, el tiempo se detiene. Cuando me abraza y me besa, solo puedo prestarle atención a él y el resto del mundo desaparece. Sin darnos cuenta, nuestra respiración se acelera y perdemos la capacidad de pensar. Sus manos se vuelven más atrevidas deslizándose hasta mi trasero para agarrarlo con fuerza y, sin que lo espere, me levanta haciendo que enrosque mis piernas en su cintura.

—Creo que será mejor que subamos —indica con la voz entrecortada.

—Sí, será lo mejor —acepto entre besos.

Aunque sabemos que es mejor no montar un espectáculo en medio de la calle, no podemos dejar de besarnos. Héctor camina conmigo en sus brazos y cuando me doy cuenta, estamos dentro de su piso.

Una vez que cierra la puerta, me baja al suelo y acaricia mi cara sin dejar de mirarme a los ojos. Uno a uno me desabrocha los botones de mi camisa y no se detiene hasta que llega al último.

De repente, la puerta de la calle se abre mostrando a un chico joven que nos mira sorprendido. Sin poder evitarlo, suelto un grito por la impresión y me escondo detrás de su espalda.

—¡¿Qué coño haces aquí, Niko?! —grita Héctor furioso.

—¡Hola, hermanito! La próxima vez que te traigas un ligue a casa, me avisas.

—¡Te recuerdo que esta es mi casa! Así que, ¿por qué demonios tendría que avisarte?

—Tranquilo, tío. Aunque es un bombón, no te la pienso quitar.

—Cierra esa puta boca y dime qué coño te ha pasado en la cara. —Escucho que pregunta furioso.

¿Niko? ¿Este es su hermano? Pues no sé si será un grano en el culo, tal y como me dijo, pero es de lo más inoportuno.

—¡No te metas en mi puta vida! ¡Ya no soy un crío! —grita su hermano.

—¡Pues no lo parece! ¿Quién te ha hecho eso?

—¡No es tu problema! ¡Métete en tus asuntos!

—Tú eres mi asunto —le dice entre dientes con una voz siniestra.

Héctor se gira para mirarme y, cuando lo hace, veo a una persona que no conozco. Sus ojos están cargados de ira y me miran de una manera escalofriante.

—Irene, tienes que marcharte.

—Pero...

—Lo siento, no es un buen momento. Llamaré a un taxi.

Observo su cambio de actitud y no puedo evitar mirarlo decepcionada. ¿De verdad va a volverme a excluir de su vida? Aunque acabamos de empezar, creía que lo nuestro iba en serio, pero al echarme me acaba de demostrar que no soy tan importante para él.

Cuando salimos a la calle, veo que el taxi ya está esperando. Lo miro con tristeza esperando algún gesto cariñoso por su parte, pero este no llega. La persona que está despidiéndome en su

portal, no es el Héctor que yo creía conocer.

—Mañana hablamos —me despide con indiferencia, sin darme ni un triste beso.

Antes de marcharme, lo observo con atención mientras llama por teléfono a un tal Indio. Una vez que la puerta se cierra y dejo de escuchar la conversación, me meto en el taxi y me marcho de allí.

El trayecto hasta mi casa se me hace eterno. Me siento tan triste que he tenido que contener mis lágrimas para no echarme a llorar delante de un desconocido.

Una vez que pago al conductor, me bajo con urgencia y salgo corriendo, deseando quedarme a solas para poderme desahogar. Al recordar su mirada fría e impersonal, siento un nudo en el estómago. La presa que contenía mis lágrimas, se hace añicos y empiezo a llorar sin parar. En cuanto cierro la puerta, me meto en la ducha borrando mis lágrimas debajo del chorro de agua caliente. Una vez que consigo tranquilizarme, me pongo el pijama y me meto en la cama. Me hago un ovillo para buscar consuelo y entre hipidos, me quedo dormida.

Capítulo 32

Héctor

—Ahora que estamos solos, te dejarás de gilipolleces y me contarás qué coño ha ocurrido —exijo al idiota de mi hermano.

Observo su cuerpo magullado y tengo que contenerme para no salir a la calle a matar a alguien.

—Me he golpeado contra el marco de la puerta —miente soltando una risita.

—¡No me hace ni puta gracia! —grito furioso golpeando la mesa—. ¡Deja de tocarme los cojones y dime quién coño te ha pegado y por qué!

—Me matarán, Héctor —reconoce nervioso.

—¡Si no lo hacen ellos, lo haré yo! ¡Abre la puta boca!

Mi hermano da un salto y me mira acojonado. Sabe que acabo de llegar al límite y que ya no puede jugar conmigo.

—Ha sido Abel.

—¡Hijo de puta! ¿Qué coño has hecho para que ese desgraciado se ensucie las manos contigo? —le exijo.

—Tenía que llevar un encargo de coca cerca de la Mina y, antes de que llegara mi contacto, ¡me la birlaron! A pesar de que le conté lo del robo, Abel me exige que se la pague y ¡no tengo tanto dinero! —confiesa lloriqueando.

—¡Eres un puto inconsciente! ¡Te advertí que no te acercaras a los *hijos de Caín* y no me hiciste ni puto caso!

—¡Lo tenía controlado, joder!

—Sí, ya veo lo controlado que lo tenías —escupo furioso.

Escucho que alguien golpea la puerta y, por la forma de tocar, sé que se trata de Indio.

—Ya sé quién le ha pegado la paliza —dice en cuanto le hago un gesto para que entre.

—Yo también. Llama a Lobo y dile que reúna a todos los que pueda. En media hora salimos.

—¿A dónde vas? —pregunta Niko temblando.

—¡A solucionar tu mierda! —le grito fuera de mí.

—¡Héctor, no!

—Encárgate de que alguien vigile a este mocoso para que no salga de mi piso.

—Claro, hermano —contesta Indio.

Me meto en mi habitación escuchando de fondo las quejas de mi hermano y, en cuanto cierro la puerta, me arrodillo en el suelo. Palpo con la mano la hendidura que me indica el lugar exacto y, con destreza, meto la punta de mi navaja levantando la baldosa.

Hace tiempo, cuando me vi obligado a vender droga para darle de comer a mi hermano, preparé este pequeño escondite. Parte del dinero que gané durante esos años, lo guardé en este agujero por si alguna vez teníamos una emergencia y, por desgracia, ese día ha llegado.

Calculo mentalmente la deuda del idiota de mi hermano y cabreado, saco varios fajos de billetes para contentar al hijo de puta de Abel.

¡Joder! ¿Cómo es posible que se haya torcido tanto la noche? Hace tan solo unos instantes estaba besando a Irene y ahora tengo que solucionar los problemas de mi hermano. Cierro los

ojos recordando su cara de decepción, pero al instante, la saco de mi cabeza. No es momento de pensar en la rubia, ahora mismo debo tener la mente fría.

En cuanto salgo de la habitación, compruebo que uno de los hombres de Indio está en mi comedor, vigilando a mi hermano.

—¿Todo listo?

—Lobo dice que están esperando en la calle.

—Si se te ocurre hacer alguna gilipollez de las tuyas, yo mismo te partiré el cuello —amenazo a Niko.

Mi hermano, sabiendo que esto no es un juego, agacha la cabeza y se queda en silencio.

Una vez en la calle compruebo satisfecho que Lobo y unas veinte personas más, me esperan impacientes.

—¿Nos vamos de fiesta, hermano? ¡Me muero de ganas por empezar a bailar! —indica Lobo apretando sus puños.

—Hoy no habrá baile. Abel es solo mío —les advierto.

—¡Joder, vikingo! ¡Eres un aguafiestas!

Me subo a la moto mientras escucho alguna que otra maldición y después de colocarme el casco, arranco quemando rueda.

La distancia que tengo que recorrer es corta, pero estoy tan nervioso que se me hace eterna. Me arden las entrañas desde que he descubierto que se han atrevido a tocar a mi hermano y me muero de ganas por encarar a ese hijo de puta.

Entro en su barrio derrapando y, en cuanto me bajo de la moto, tiro el casco al suelo y me acerco al edificio de esa rata.

—¡Abel! ¡Sal de tu puta ratonera o entraré a buscarte!

En cuanto escuchan mis gritos, *los hijos de Caín* salen a mi encuentro. Cuando dan un paso adelante intentando intimidarme, mis hermanos hacen lo mismo colocándose a mi lado.

—¿Qué coño quieres, vikingo? —pregunta Morgue, su mano derecha.

—¡Esto no tiene nada que ver contigo! ¡Dile a ese cobarde que, si no sale, quemaré hasta la última piedra de su puta madriguera!

—¡Yo no te tengo miedo, Vicky el Vikingo! —escupe Abel saliendo de su escondite.

Oír ese maldito apodo salir de su boca, me hace cerrar los puños de rabia. Observo a mi contrincante con cautela, tratando de anticipar su próximo movimiento. Aunque intenta parecer inofensivo, su postura y la intensidad de su mirada, tan oscura como su piel, lo delatan. Soy consciente que debería tener cuidado con él, pero a pesar de saber que estoy ante un tipo tan peligroso, el dolor me ciega, y apenas puedo contener las ganas de matarlo a golpes.

—¿Qué coño haces en mi territorio? —me recrimina acercándose peligrosamente.

—Lo sabes perfectamente —mascullo entre dientes—. Te has metido con el hermano equivocado.

—Deberías agradecérmelo. Gracias a mí, ha aprendido una valiosa lección.

—¿Y cuál es, si se puede saber? ¿La de no acercarse a escoria como tú?

—¡A no robar! Tu hermano me debe mucho dinero y tuve que darle un escarmiento.

—¡Eres un hijo de puta! ¡Estoy seguro de que le tendiste una trampa! —grito acercándome más a él.

—Mira, no tengo tiempo para estas gilipolleces. Soy un hombre ocupado y tengo cosas que hacer.

En el momento en el que Abel da media vuelta para marcharse, lo agarro por el hombro y en cuanto se gira, le lanzo un gancho de derecha que no le da tiempo a esquivar.

Sus hombres, al verlo sangrar, intentan intervenir, pero Abel les hace un gesto con la mano para que se mantengan alejados.

—Pensaba que con la paliza de Niko mi mensaje había quedado claro, pero por lo que veo no fue así.

De repente, un círculo se forma a nuestro alrededor creando un improvisado ring. Abel y yo nos miramos fijamente mientras nos movemos, intentando adivinar las intenciones del otro. La tensión es palpable y nuestros músculos están rígidos, esperando a ver quién dará el primer paso.

Abel me golpea más rápido de lo que esperaba y su puño impacta en mi torso con un sonido sordo. La fuerza de ese golpe hace que me tambalee y que pierda el equilibrio. Una vez que consigo recuperarme, le lanzo una patada en su abdomen haciendo que retroceda unos pasos.

Al ver que está desconcertado, me lanzo hacia él con un rugido golpeándolo con fuerza, pero el muy desgraciado, esquiva la mayoría de mis golpes. Con un movimiento rápido, Abel me suelta un derechazo en la cara haciendo que la sangre brote por todos lados.

—Pensé que eras más duro, vikingo. Pero veo que solo eran habladurías —dice escupiendo en el suelo—. Ahora entiendo por qué tu hermano es tan débil.

Con rabia, me limpio la sangre del labio con el dorso de la mano y vuelvo a la carga con los ojos llenos de furia. Lo agarro del cuello para golpear su mandíbula, y cuando veo que se tambalea, lo remato dándole un rodillazo en el estómago haciendo que se caiga al suelo, jadeando y tosiendo.

Exhausto, me agacho y lo levanto del cuello. Miro su desfigurado rostro y sonrío con malicia.

—No te atrevas a acercarte a mi hermano o de lo contrario te mataré.

Vuelvo a golpear su asquerosa cara y, del impacto, cae al suelo. Miro a sus hombres con atención por si a alguno se le ocurriera atacarme, pero todos miran a Abel consternados.

—Aquí tienes tu asqueroso dinero —escupo lanzando los fajos de billetes encima de su maltrecho cuerpo—. Con esto tienes suficiente para cubrir la deuda y para arreglarte esa fea cara.

Doy media vuelta y me marcho respirando con dificultad, sabiendo que mis hermanos cubren mis espaldas.

—¿En serio no vamos a repartir abrazos? Hoy me sentía muy cariñoso y estaba deseando dar muchos besitos —bromea Lobo poniendo morritos.

—Lobo, ¡corta ya! —lo regaña Indio.

Me subo a la moto sonriendo de medio lado por las estupideces de mi amigo y arranco para largarme cuanto antes de este apestoso lugar.

Capítulo 33

A la mañana siguiente me despierto con un dolor de cabeza horrible. A mi mente llegan recuerdos de lo que ocurrió ayer en mi cita fallida y no puedo evitar sentirme triste. ¿Por qué volvió a echarme de su lado? Aunque no sé la respuesta, en el fondo creo que Héctor no confía en mí y me duele pensar que no apuesta por lo nuestro. Se empeña en ocultar su pasado y, a la mínima de cambio, me aleja de él.

Confundida, estiro mi brazo buscando mi móvil y me sorprende al no encontrarlo en la mesita. De repente recuerdo que, al llegar a mi casa tan derrotada, lo dejé junto a mi bolso en el recibidor.

Me levanto como alma en pena y camino hacia la entrada. Dentro de mi bolso, encuentro mi móvil que, al no haberlo cargado, está sin batería. Camino de vuelta a mi habitación y lo enciendo después de ponerlo a cargar. El teléfono no para de pitar con la llegada de varios mensajes y sorprendida descubro que todos son de él. Al ver sus llamadas perdidas, imagino que al intentar localizarme y tener tan poca batería, el teléfono terminó apagándose.

¿Qué querrá ahora? ¿Se habrá arrepentido por su actitud? Mi lado romántico espera que así sea, pero mi mente guerrera me recuerda que no tengo que permitir que nadie más me vuelva a pisotear.

Mientras sigo dándole vueltas a mis preocupaciones, escucho el timbre de la puerta. Me acerco a la entrada para ver a través de la mirilla quién ha venido a visitarme y, al identificarlo, apoyo la frente en la madera, quedándome paralizada por un instante. Aunque no tengo fuerzas para enfrentar este momento, necesito respuestas.

Abro la puerta y me encuentro a Héctor apoyado en el marco. Al observarlo con atención, me sorprende al ver que tiene el labio partido y que en su rostro se empieza a dibujar la silueta de un moratón.

—¿Qué te ha ocurrido? —pregunto olvidando mi enfado.

—Hola —me saluda cabizbajo.

Lo observo con atención y me doy cuenta de su cansancio. Héctor levanta su mano pasándosela por la frente haciendo que me fije en sus puños.

—¡Héctor! —grito llevándome la mano a la boca.

—No es nada —indica quitándole importancia.

—¿¡Que no es nada?! —grito furiosa.

—Es lo que tiene hacer ganchillo —bromea sonriendo de medio lado.

—¡No bromees con esto! Cómo está claro que no me lo vas a contar, dime a qué has venido —inquiero enfadada.

—¿Me dejas pasar? —pregunta con tacto.

—No. Creo que no es una buena idea —contesto rotunda.

—Perdóname.

—Explícame qué es lo que se supone que te tengo que perdonar. ¿Que no me cuentes nada de tu pasado? ¿Que me echas de tu lado cuando la cosa se pone fea? ¿O la manera tan brusca en la que me trataste ayer?

—Joder... —maldice arrepentido.

—Estoy cansada de que me trates así. Tal y como me pediste, he tenido paciencia y no te he presionado, pero esto ya es el colmo. Creo que merezco algo más.

—¡Por supuesto que te mereces a alguien mejor que yo! Sé que he sido un gilipollas, pero yo... ¡Mierda! No tengo ni puta idea de cómo gestionar esto, lo único que sé con seguridad, es que no te quiero perder.

—¿Tan malo sería que conociera tu pasado? ¿De qué tienes miedo?

—De que cuando descubras lo que soy en realidad, te pierda para siempre.

—¡¿No te das cuenta de que, al no contármelo, también me vas a perder?!

—¡Mierda! —grita, enfadado, golpeando el marco de la puerta.

—Quizás tú tenías razón y lo mejor es que nos alejemos. Al parecer no podemos evitar hacernos daño.

—No, nena... ¡No puedes hacerme esto! Te lo contaré todo, pero, por favor, no te alejes de mí.

—No lo entiendes, no quiero que te sientas obligado, necesito que confíes en mí y que me lo cuentes voluntariamente. Eso es lo que hacen las parejas.

—Yo...

—Menos mal que te encuentro en casa, llevo media hora dando vueltas en este barrio de poca monta.

La interrupción de mi madre me deja boqueando como un pez. ¿Qué hace aquí? No recuerdo si en algún momento llegué a darle mi dirección, pero no me sorprende que la haya conseguido por su cuenta porque el dinero lo mueve todo.

—¿Qué haces aquí, mamá? —pregunto sorprendida.

—Bonita manera de saludar a tu madre —me regaña mirando a Héctor con repugnancia.

Héctor, al ver su actitud, se hace a un lado y nos observa con atención. No sé por qué ha venido, pero el hecho que haya conducido hasta aquí sin su chófer me hace pensar que los motivos no son buenos.

—No me voy a ir por las ramas, querida. Solo he venido a decirte que tienes que dejar a este criminal.

—¡Mamá! ¡Te dije que no hablaras así de Héctor! ¡Él no es ningún criminal!

—En realidad sí lo es —expone victoriosa mirándolo con desdén.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Que este... indeseable personaje, estuvo dos años en la cárcel. He estado investigando el pasado de tu amiguito y he visto cosas muy turbias, cielo.

—¡Eso es mentira! ¿Cómo eres capaz de inventarte algo así solo para separarme de él? ¡Esto es el colmo! —grito furiosa.

—No me he inventado nada, cariño, no tengo tanta imaginación. Pero si no me crees, pregúntaselo a él.

Lo miro confundida y me sorprende al ver miedo en sus ojos. Mi cabeza comienza a dar vueltas al descubrir que me mira como si hubiéramos descubierto su secreto mejor guardado.

—¿Héctor? —pregunto confundida.

—¿Lo ves? No dice nada porque es la verdad.

—¡Basta ya, mamá!

Vuelvo a prestarle atención y me entristezco al verlo tan derrotado. No sé si mi madre dice la verdad, pero quiero escucharlo de sus labios.

—Dime algo, por favor —suplico con los ojos llenos de lágrimas.

—Es cierto —contesta después de un rato—. He estado en la cárcel y tu madre tiene razón, tenemos que terminar con lo nuestro.

Con sorpresa, observo como me mira devastado y después se da la vuelta alejándose de mí.

—¡Espera! —grito para llamar su atención.

Él se detiene bruscamente, girándose despacio y al ver su mirada arrepentida, siento un nudo en el estómago.

—Espero que seas muy feliz, gatita —dice antes de marcharse dejándome un vacío en mi interior.

—¿Gatita? ¡Qué vulgar!

—¡Cállate, mamá! —grito con furia.

—No te consiento que me hables así, jovencita.

—Te hablaré como me dé la gana porque esta es mi casa —escupo con rabia—. Soy una mujer independiente y no tenías ningún derecho a meterte en mi vida.

—Solo quería protegerte —indica con soberbia.

—No, tú nunca te has preocupado de mi felicidad. Si has venido hasta mi casa, ha sido únicamente por ti. Eres una egoísta y lo único que te importa es lo que piensen tus amigos esnob cuando se enteren de que tu hija está saliendo con un exconvicto.

—¡Esto es el colmo! Vengo a tu casa intentando protegerte y, en lugar de agradecimiento, recibo insultos.

—Vete —le pido mordaz—. Ahora mismo no te quiero ver.

—Pero, cariño...

—¡Largo! Necesito estar sola.

Cierro la puerta de un portazo y me siento en el suelo para ordenar mis pensamientos. Héctor ha estado en la cárcel. Ahora comprendo el motivo por el cual no quería contarme su pasado.

Decidida, me levanto y vuelvo a mi habitación para recuperar mi teléfono. Busco su contacto y pulso la tecla de llamada. Nada. A pesar de que hago varios intentos, Héctor no contesta. Abro el chat de nuestra última conversación y le envío un audio.

—Héctor, por favor, contesta mis llamadas. Necesito hablar contigo. Me da igual que sea cierto lo que ha dicho mi madre, sé que eres una buena persona y me gustaría que me contaras qué es lo que ocurrió para que terminaras en ese lugar.

En el momento en el que descubro que ha escuchado mi mensaje, siento una pequeña esperanza en mi pecho, pero cuando veo que deja de estar en línea y no me ha contestado, me derrumbo.

¿Qué puedo hacer? De repente, recuerdo el día en el que me llevó a su lugar favorito. Según me dijo, iba a ese mirador cuando necesitaba huir de sus problemas. Tengo una corazonada y creo que Héctor tiene que estar allí.

Con optimismo, agarro las llaves de mi coche y salgo de mi casa rezando por encontrarlo. En cuanto arranco, salgo a la calle sin perder el tiempo, intentando recordar dónde quedaba exactamente ese lugar. Aunque el camino desde el club lo hice prácticamente con los ojos cerrados debido a mis nervios, recuerdo algunos lugares de cuando me llevó de vuelta a mi casa.

Después de perderme unas cuantas veces, consigo encontrar el camino del dichoso mirador y cuando las luces enfocan la moto de Héctor, consigo volver a respirar con normalidad. Salgo del coche a toda prisa buscándolo con la mirada, hasta que lo encuentro sentado en el suelo, pasando sus dedos por su pelo suelto. Al verlo haciendo ese gesto, me doy cuenta de que, siempre que está nervioso, se suelta la coleta.

Al notar mi presencia, levanta la mirada y veo arrepentimiento en sus ojos.

—Héctor.

—¿Qué haces aquí? No tendrías que haber venido —indica serio.

—No hagas esto.

—¿Que no haga el qué? —pregunta con rabia.

—No intentes echarme de tu vida, porque no te lo voy a permitir.

—No has oído a tu madre, ¡soy un jodido exconvicto! ¡No deberías estar conmigo en un lugar tan apartado como este! —grita intentando asustarme.

—No me das miedo —murmuro nerviosa.

—¡Pues deberías tenerlo! ¿¡No te das cuenta de que todo en mí es oscuridad!? —exclama poniéndose en pie.

—¡Eso no es cierto! Yo te veo, Héctor, y no eres así.

—¡¿Te crees que mis heridas son de hacer bricolaje?! Mi vida es esto, rubia —indica señalando sus puños reventados.

—Pues yo quiero formar parte de ella —digo con firmeza.

—¡No tienes ni puta idea! —exclama.

—Quiero conocer tus luces y tus sombras, ¿no te das cuenta? —le suplico acercándome lentamente.

Alargo mi mano despacio para tocar su mejilla y, cuando acerca su cara aceptando mi caricia, me derrumbo.

—Quiero formar parte de tu vida, si tú me dejas. Me encantaría saber tu historia y conocer a los tuyos.

—Irene...

—Está bien, puedo esperar a conocerlos. Pero algún día me gustaría que me presentaras ante ellos como tu novia.

—¿Crees que me avergüenzo de ti? —pregunta sorprendido.

Desvío la mirada y por mi silencio, se da cuenta de la inseguridad que siento al no creerme alguien importante en su vida.

—No tienes ni idea. Si todavía no te he presentado como mi novia, es porque tengo la impresión de que, si te meto en mi mundo, conseguiré apagar tu luz. Eres demasiado pura y no te quiero manchar con mi oscuridad.

—¡Estoy harta de que todos me vean tan delicada! ¡Me ofende que pienses eso de mí!

—Sé que eres fuerte, pero mi mundo es... complicado.

—¡Todo es complicado! La vida es difícil y a veces hay que luchar por lo que uno quiere. No me asusta luchar por lo nuestro, ¿y a ti? —pregunto retándolo.

Héctor me mira con seriedad y, por un momento, creo que va a decirme que no vale la pena el esfuerzo. Sin embargo, en cuanto me regala una de sus sonrisas de medio lado, vuelvo a respirar aliviada.

—Cualquier guerra vale la pena siempre que luche a tu lado, gatita.

Sus palabras hacen que me emocione sabiendo que quiere continuar con nuestra relación. Me importa un bledo que haya estado en la cárcel porque confío completamente en él. Es posible que no sea fácil, pero si he decidido apostar por nosotros, es porque sé que juntos podemos ser muy felices.

Capítulo 34

Héctor

Contemplo con admiración a la mujer que tengo delante. Todavía no me puedo creer que, después de que su madre le haya contado parte de mi pasado, haya venido a buscarme. Es tan maravillosa que todavía no comprendo cómo es posible que tenga tanta suerte.

Mis dedos hormiguean por sentir el tacto de su piel y, sin pensármelo, me acerco a su cuerpo y deslizo mis manos por su cuello, sujetando su preciosa cara. Ella me mira con los ojos empañados en lágrimas y yo maldigo por haberla hecho sufrir.

Sin poderme contener por más tiempo, acerco su boca a la mía y la beso con devoción, porque mi Diosa no se merece menos.

—Eres preciosa —murmuro contra sus labios.

—Héctor —suplica, haciendo que suelte un gruñido.

A regañadientes, me separo de su cuerpo y le ofrezco mi mano para que me siga. Quiero tenerla solo para mí y no pienso perder el tiempo en llevarla a otro lugar. Estoy demasiado impaciente.

Abro la puerta de su coche y entro en la parte trasera haciéndole un gesto para que me siga. El habitáculo es demasiado pequeño para mi gran cuerpo, pero por el momento tendré que conformarme.

En cuanto mi pequeña ninfa cierra la puerta, me vuelvo a lanzar contra sus labios muerto de hambre. No sé qué es lo que ha hecho conmigo, pero no soy capaz de mantenerme alejado de su cuerpo demasiado tiempo.

Le saco la camiseta con urgencia y, después de bajar las copas de su sujetador, me doy un festín con sus deliciosos pezones, mientras escucho sus gemidos. Bajo la cremallera de su pantalón y, sin más preámbulos, meto mi mano dentro de su ropa interior haciendo que mi chica grite sorprendida.

—¡Joder! —grita fuera de sí.

—Me encanta cuando dices palabrotas, gatita. Me pone como una moto saber que soy el culpable de que te descontroles.

—No hables tanto y actúa, vikingo.

—¡Joder! —ahora el que maldice soy yo, al escuchar su orden.

Muevo mis dedos en círculos mientras torturo uno de sus pezones, para volverla completamente loca y, cuando Irene me agarra del pelo y tira de él con fuerza, pierdo la cabeza.

—Sigue, por favor —suplica entre gemidos.

—No pienso parar.

Bajo sus pantalones hasta los tobillos para tener mejor acceso y en cuanto separo con delicadeza sus pliegues, introduzco un dedo en su interior. El dolor que siento en mi espalda, al notar sus uñas clavándose, me indica que también está al límite. En ese instante, me lanzo hacia su entrepierna lamiéndola con un apetito voraz.

Irene grita mi nombre retorciéndose de placer haciendo que tenga que contenerme para no correrme en mis pantalones. ¡Joder, parezco un puto adolescente! Rodeo su clítoris con mi lengua mientras juego en su interior con mis dedos hasta que se deshace por completo.

—Madre mía —susurra con la voz entrecortada.

—Te agradecería que no nombraras a tu madre en momentos así —bromeo guiñándole un ojo.

Su mirada risueña y relajada, me convierte en el tío más feliz del mundo. Poder satisfacer a esta diosa, es todo un regalo, por eso, en este momento, me hago la promesa de hacer todo lo que esté en mi mano para hacerla feliz todos los días de mi vida.

De repente, hace un gesto con timidez para que me siente y ella ocupa mi lugar, de rodillas. La observo con curiosidad y me sorprende al ver que baja la cremallera de mis pantalones.

—Nena, no es necesario —la detengo al ver su inseguridad.

—Quiero hacerlo —titubea.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Quiero tomarte en mi boca, pero es mi primera vez y tengo miedo de hacerlo mal —admite.

—Joder —gimo imaginando la escena—. Es imposible que lo hagas mal, si solo con mirarte ya siento que voy a estallar.

Mi pecho se hincha orgulloso al saber que va a regalarme otra primera vez. Cuando me mira ilusionada, mi corazón empieza a latir desbocado, sintiéndome un jodido privilegiado por tenerla en mi vida.

Sin dejar de mirarme a los ojos, saca mi miembro con movimientos torpes y, ese simple gesto, hace que toda la piel se me erice. Se acerca a mí insegura y, apenas siento su lengua en mi miembro, me tenso por completo. ¡Joder! Realmente me lo va a poner muy difícil.

—¡Mierda, nena! Me estás volviendo loco.

—Me alegra saberlo —contesta la muy bruja sonriéndome.

Si su inocencia me vuelve loco, su versión pícara me hierve la sangre. Al ver mi excitación, se vuelve más atrevida metiéndose mi duro miembro en la boca. Mi primer impulso es empujar las caderas, sin embargo, al recordar que es su primera vez, hago un esfuerzo titánico agarrándome al asiento, para controlar mi instinto.

Los movimientos de su boca hacen que pierda la poca cordura que me queda llevándome al límite más rápido de lo que pensaba.

Por mucho que intento controlarme, mi cuerpo se empieza a estremecer, pero antes de derramarme en su boca, la aparto delicadamente y explota, sintiendo el mayor placer de toda mi vida.

—¡Joder! —grito extasiado.

Cuando consigo que mi respiración vuelva a la normalidad, miro a mi traviesa gatita y me sorprende al ver su inseguridad.

—¿Estás bien?

—¿He hecho algo mal? —pregunta insegura.

—Cariño, si lo hubieras hecho mejor, hubiera explotado como un jodido petardo.

—Entonces, ¿por qué me has apartado?

—No quería asustarte en tu primera vez.

—Está bien —acepta con una preciosa sonrisa—. Pero la próxima vez quiero que termines en mi boca.

¡Mierda! Esta pequeña hada de los bosques va a terminar con la poca cordura que me queda.

Capítulo 35

Este hombre me vuelve completamente loca. Junto a él me siento desinhibida y hago cosas que nunca me hubiera imaginado. Borja fue mi primer amante y, hasta ahora, pensaba que el sexo era aburrido. Con él no me sentía motivada ni excitada, pero con Héctor todo es diferente. A su lado mi cuerpo arde anhelando sus caricias y mis dedos hormiguean deseando tocar cada parcela de su piel.

Después de este apasionado momento, nos vestimos y nos abrazamos en silencio. Héctor rodea mi cuerpo con su fuerte brazo y yo apoyo mi cabeza en su pecho. Sentir el ritmo acompasado de su corazón, hace que entre en un estado de relajación.

—El día que nació Niko, gané un hermano, pero perdí a una madre. Vivíamos en una choza en el mismo barrio en el que vivo ahora y apenas teníamos para comer. Cuando mi madre se puso de parto, sabía que algo no andaba bien. Todavía recuerdo el dolor en su cara mientras me pedía que buscara ayuda.

Al escuchar sus primeras palabras, giro mi cabeza y lo miro sin interrumpirlo. Me duele ver el dolor en sus ojos, pero agradezco que confíe tanto en mí como para contarme su historia.

—Salí a la calle gritando como un loco, pero hizo caso a un niño. Así que, cuando conseguí encontrar ayuda y volví a nuestra casa, supe que había llegado demasiado tarde. Mi madre estaba tirada en el suelo, sobre un charco de sangre. Uno de los vecinos llamó a una ambulancia, pero como siempre tardó demasiado en llegar porque pocos se atreven a entrar en esta parte de la ciudad.

Héctor aprieta los ojos con fuerza como si quisiera olvidar ese capítulo de su vida y a mí se me rompe el corazón al verlo tan indefenso.

—Al llegar al hospital la metieron en quirófano y solo pudieron salvar a mi hermano. Sentía tanta rabia por ese bebé que había matado a mi madre, que al principio no lo quise conocer. Pero en cuanto lo vi por primera vez, ese pequeño bulto me robó el corazón e hice todo lo que estuvo en mis manos para llevarlo conmigo. —Sonríe al ver la manera tan cariñosa en la que habla de su hermano.

—¿Y tu padre?

—Él nunca se hizo cargo de nosotros porque es un hijo de puta egoísta. Siempre estaba metido en negocios turbios y terminó pagándolo muy caro. Se metió con gente muy peligrosa y mató a un inocente. Fue condenado a veinte años y, a pesar de estar en la cárcel, se las ingenió para volver a preñar a mi madre en una de sus visitas, dejándola a su suerte.

—¿Qué edad tenías cuando pasó?

—Quince años.

—¿Cómo es posible que te hicieras cargo de él si eras menor de edad?! —exclamo sorprendida

—Nena, en mi barrio se hacen muchos aliados y, por suerte o por desgracia, mi padre era muy conocido. Gracias a sus contactos, conseguí que me hicieran documentación falsa para quedarme con su tutela.

—¿Si solo eras un niño! —grito indignada.

—Hacía años que había dejado de ser un niño. Desde pequeño vi cosas que no tenía que ver y perdí la inocencia demasiado pronto. Además, no podía permitir que me separaran de mi hermano.

Al saber por todo lo que tuvo que pasar, se me forma un nudo de tristeza en el estómago. ¿Cómo es posible que un adolescente haya conseguido hacerse cargo de un bebé?

—Y yo contándote que había tenido una infancia difícil —afirmo arrepentida.

—No tienes que sentirte mal, cada uno vivimos lo que nos toca. Que mi vida haya sido más difícil que la tuya, no implica que tengas que sentirte satisfecha con tu pasado.

Lo miro agradecida por sus palabras y sonrío al comprender que tiene razón. A pesar de que tuve una vida más sencilla que la suya, tampoco fui feliz.

—¿Tu padre sigue en la cárcel?

—Sí, y si por mi fuera, se podría pudrir allí el resto de su apestosa vida —escupe con rabia.

Después de unos minutos en silencio asimilando lo que me acaba de contar, Héctor levanta mi cara con delicadeza y me mira nervioso.

—¿No vas a preguntarme cómo terminé en la cárcel?

—No quiero presionarte —admito.

Me observa con vacilación y tras unos cuantos suspiros, vuelve a colocar mi cabeza en su pecho. Al principio, pienso que va a cambiar de tema, pero al oír su voz, me sorprende que continúe hablando de su pasado.

—Niko arrasó mi vida como un huracán, poniéndola patas arriba y tuve que pedir ayuda a algunas vecinas para que lo cuidaran mientras yo trabajaba. —Se detiene y suspira—. Antes de continuar, es importante que entiendas que en aquel entonces no era la persona que soy ahora.

—No tienes por qué justificarte, no te voy a juzgar. —Lo tranquilizo mientras acaricio su brazo.

—Era muy difícil encontrar trabajo siendo un adolescente, así que me vi envuelto en negocios turbios, como los que hacía mi padre. Me sentía entre la espada y la pared y terminé metiéndome en una banda.

—¿Una banda? —pregunto preocupada.

—Sí. En mi barrio siempre hubo dos bandas rivales que competían por el control absoluto del territorio. Cuando mi madre murió, mi hermano y yo quedamos desprotegidos y necesitábamos protección. Lo único positivo que nos dejó mi padre, fue su reputación. Ser el hijo de Samuel nos abrió muchas puertas, pero aun así tuve que ganarme su respeto. Ellos se beneficiaban de mi juventud y agilidad, y yo de su protección.

El cuerpo de Héctor se tensa recordando aquella época, y yo lo acaricio con ternura, intentando hacer que este momento sea lo menos doloroso posible.

—Al principio fueron tareas sencillas. Me encargaba de hacer recados y, aunque imaginaba que el contenido de esos paquetes no era legal, lo terminé descubriendo. Un día la policía detuvo a uno de los recaderos y, al abrir el paquete que transportaba, vi que llevaba cocaína. A partir de ese día me volví más desconfiado y agudicé mis sentidos.

—No me quiero ni imaginar lo difícil que fue esa época para ti.

—No fue tan grave. Con los años me gané una reputación y conseguí hacerme con aliados. Me convertí en la mano derecha del líder de la banda y me sentía el rey del mundo. Fueron años buenos, no me puedo quejar, pero todo cambió cuando mi hermano entró en la adolescencia. Descubrí que intentaban meterlo en sus trapicheos y salí de la banda.

—¿Así de fácil?

—Tuve suerte. Al líder no le hizo ni puta gracia que los abandonara, pero por suerte conocía muchos de sus tratos sucios y los amenacé con hacerlos públicos. Cubrí mis espaldas dejando por escrito cada uno de sus crímenes para que, en el caso de que me hicieran desaparecer, salieran a la luz.

—Fuiste muy inteligente. Pero si dejaste la banda, ¿por qué te pillaron?

—Nunca lo hicieron. Me entregué.

¡¿Qué?! Me levanto de un salto y lo miro confundida. ¿Cómo es posible que se haya entregado por voluntad propia?

—¿Por qué lo hiciste?

—Quisieron vengarse de mí y, para eso, engañaron a mi hermano. Te juro que intenté criarlo lejos de toda esta mierda, pero Niko siempre se mete en líos. Cuando cumplió los dieciocho le dijeron que, si quería entrar en la banda, tenía que robar un coche y el muy idiota ni se lo pensó. En cuanto me llegó el rumor de que le iban a tender una trampa, fui a avisarlo y por suerte llegué justo cuando lo hacía la policía y pude asumir la culpa. En cuanto me arrestaron, descubrí que los muy hijos de puta habían dejado un alijo de cocaína entre sus cosas para que la pena fuera más dura.

—Lo hiciste para proteger a tu hermano —murmuro sorprendida.

—Es lo único que tengo y no podía permitir que fuera a prisión. Allí hubieran acabado con él.

Aunque había considerado innumerables motivos por los cuales lo encarcelaron, nunca imaginé que la verdadera razón fuera para proteger a su hermano. Lo miro con orgullo, sintiéndome la mujer más afortunada del mundo. El regalo que me acaba de hacer al sincerarse conmigo, es más valioso que la más cara de las joyas, por lo que, sin pensarlo, me lanzo a sus brazos y lo beso con devoción.

—Eres maravilloso y tu hermano tiene mucha suerte de tenerte en su vida.

—Eso díselo a él, porque para él solo soy el hermano pesado —murmura poniendo los ojos en blanco.

—¿Cuántos años estuviste en prisión? —pregunto mientras vuelvo a colocar mi cabeza en su pecho.

—Me impusieron una pena de cinco años, pero gracias a mi buen comportamiento y a no tener antecedentes, conseguí salir en tres.

—¿¡Tres años!?

Me muero de dolor al pensar en él encerrado entre esas cuatro paredes durante tanto tiempo.

—No fue tan duro como te imaginas. Lo más difícil de todo, fue saber que dejaría a mi hermano indefenso. Por suerte, mi colega Oso se hizo cargo de él durante ese tiempo.

—¿Oso? —pregunto sonriendo.

—Sí, ese es su apodo. Cuando lo conozcas entenderás lo apropiado que es su nombre —bromea guiñándome un ojo.

Ver la complicidad que ha nacido entre nosotros, hace que el rayo de esperanza que había brotado dentro de mí ilumine todo mi interior.

—Será mejor que nos marchemos. He dejado solo al cabeza hueca de mi hermano y no me fío de él.

—¿Está bien? —pregunto al recordar lo magullado que estaba el día anterior.

—Tranquila, saldrá de esta. Mala hierba nunca muere —bromea.

—¿Y tú? —inquiero acariciando sus nudillos.

—No te preocupes por mí, no ha sido nada.

Me cruzo de brazos y lo miro entrecerrando los ojos. El muy canalla, al ver mi enfado, empieza a reírse a carcajadas haciendo que lo señale con el dedo.

—Creí que íbamos a ser sinceros a partir de ahora —le recrimino.

—Tienes razón, perdona. Solo puedo decir que, para variar, mi hermano se metió en líos y

me vi en la obligación de darle una lección a una rata.

—¿Tengo que preocuparme?

—En absoluto —indica acercándose para besarme.

Sus labios acarician los míos haciendo que, por un momento, me olvide del resto del mundo.

—Venga vámonos, pequeña guerrera —añade juguetón.

—¡Muy gracioso!

—Por cierto, este fin de semana el club cierra, así que, si te apetece, podíamos pasarlo juntos —murmura contra mis labios provocando un hormigueo en cierta parte de mi anatomía.

—Me encantaría —admito.

Nos bajamos del coche y, entre besos, nos despedimos con la promesa de vernos en unos días.

El camino de vuelta, lo hago con una gran sonrisa en la cara y el corazón lleno de amor. ¿Amor? ¿Es posible que sienta algo así por alguien a quien conozco desde hace tan poco tiempo? No estoy segura, pero estoy impaciente por descubrirlo.

Capítulo 36

De buena mañana, abro los ojos y, cuando recuerdo la conversación que tuve ayer con Héctor, no puedo dejar de sonreír. ¡Soy tan feliz!

Me siento tan eufórica que tengo la necesidad de poner música en mi teléfono y bailar por todo el estudio, como si de repente me hubiera vuelto completamente loca. Meneo mi cuerpo al ritmo de la canción mientras preparo el desayuno pensando en que hoy será un día genial.

En el momento más álgido, mi teléfono empieza a sonar interrumpiendo mi baile de la felicidad y, en cuanto me doy cuenta quién es el culpable, mi buen humor desaparece. Por un momento dudo en descolgar su llamada, pero al final decido contestar ya que, si no lo hago, no dejará de insistir.

—¿Qué quieres, mamá?

—Hija, cada día estás más insolente.

—Mamá, no tengo tiempo para escuchar tus quejas.

—¡Espera! —grita para evitar que cuelgue—. Este sábado hay un evento al cual tienes que asistir.

—¿Perdona? Será si yo quiero, ¿no?

—Ay, hija, qué susceptible eres. Nos han nominado para el premio al mejor hotel nacional y tu padre y yo no podemos asistir porque estamos en Roma.

—¿Y se puede saber qué pinto yo? Que vaya Borja.

—Gracias a ti, Borja ya no forma parte de la familia, así que te toca dar la cara por nosotros.

—¿De verdad crees que, después de la que montaste ayer, te voy a hacer un favor?

—El favor no me lo estás haciendo solo a mí, también se lo haces a tu padre.

En cuanto nombra a mi progenitor, mis argumentos se caen como un castillo de naipes. Mi madre sabe que él es mi debilidad y, como siempre, no duda en usar esa carta.

—Lo pensaré.

—No querrás que el nombre de tu padre quede en ridículo, ¿verdad? Sería una auténtica vergüenza que uno de los nominados no asistiera a la fiesta.

En ese momento recuerdo la tentadora proposición de Héctor de pasar el fin de semana juntos y maldigo en voz baja.

—Está bien, mamá. Me quedaré a la entrega de premios y después me marcharé.

—Eso ya lo veremos. Te dejo que voy a avisar a la organización para que añadan tu nombre a la lista. Te enviaré un vestido adecuado para el evento.

—Como quieras —indico resignada, sin ganas de luchar con ella.

¡Mierda! Mi madre, con una sola llamada, acaba de arruinarme el día. Solo de pensar en pasar mi tiempo junto a esos esnobs, en lugar de retozando con mi atractivo novio, se me revuelve el estómago.

Con el móvil en la mano, decido enviarle un mensaje a mi chico para darle las malas noticias.

Irene:

¡Hola, guapo!

Héctor:

Hola, preciosa.

¿Cómo has amanecido?

Irene:

*Feliz, pensando en ti, hasta que la bruja
de mi madre me ha llamado.*

Héctor:

*¿Qué es lo que ha hecho ahora
esa maravillosa mujer?*

Irene:

*Me ha llamado para obligarme a ir
este sábado por la noche a un evento que
tiene que ver con el hotel. Mis padres no
pueden asistir y tengo que hacerlo yo en su nombre.*

Héctor:

¿Y por qué no te has negado?

Irene:

Chantaje emocional.

Héctor:

*Entiendo. Supongo que nuestro fin
de semana queda aplazado.*

Irene:

¡Jo!

¡Con las ganas que tengo de estar contigo!

Héctor:

*Si quieres, podemos quedar después
del evento y estar juntos hasta el lunes.
¿Qué te parece?*

Irene:

¡Me parece una idea maravillosa!

Héctor:

Planearé algo bonito.

Irene:

Estoy deseando volver a verte.

Héctor:

*Yo también me muero de ganas, gatita,
y de que me arañes la espalda con tus afiladas garras.*

Un inesperado calor asciende desde la punta de mis pies hasta mi cabeza, haciendo que todo el cuerpo tiemble de anticipación. Me despido de forma torpe y me siento en el sofá intentando, sin éxito, enfriar estos sofocos.

En lugar de distraerme para calmarme, termino recordando todas las veces que me ha llevado al paraíso, y de repente me doy cuenta de que todavía no hemos tenido sexo. ¿Por qué se está conteniendo? No tengo ninguna queja de lo que hemos hecho hasta ahora, pero me muero de ganas por llegar hasta el final con él.

Preocupada, abro el chat de nuestro grupo para que me ayuden a borrar la inseguridad que siento en este momento.

Irene:

Chicos, necesito consejo.

Paula:

Aquí la doctora Paula, consejera del corazón.

¿En qué te puedo ayudar?

Carlos:

Pauli, tú eres enfermera, no doctora.

Paula:

Ya ha llegado el aguafiestas.

Sara:

¿Qué te ocurre, Irene?

Irene:

Estoy preocupada por mi relación con Héctor.

Carlos:

¿Qué te ha hecho el vikingo?

Paula:

O, ¿qué es lo que no te ha hecho?

Sara:

¡Pauli! Tú siempre pensando en lo mismo.

Irene:

Pues... esta vez no va tan desencaminada.

Paula:

¿No está cumpliendo mi chico?

Irene:

¡No es eso! Es que todavía no hemos tenido sexo.

Sara:

¡Oh! Yo pensaba que... ya sabes...

Irene:
*Hemos tenido intimidad,
pero no hemos llegado hasta el final.*

Paula:
¿¡Que mi vikingo todavía no te la ha metido!?

Carlos:
Madre mía, qué ordinaria eres, nena.

Sara:
*Deberías hablarlo con él.
Por experiencia sé que, lo más importante
en una pareja, es la confianza. Yo lo
descubrí muy tarde y sufrí las consecuencias.*

Paula:
*¡Nada de hablar!
Te pones un modelito de esos que
desencajan mandíbulas y verás
como el vikingo no se puede resistir.*

Irene:
¿Estás segura? Es que nunca he seducido a nadie.

Carlos:
*Nena, eres preciosa y, en este caso,
estoy de acuerdo con la pelirroja.
Héctor no podrá mantener las manos alejadas de ti.*

Irene:
Muchas gracias, chicos. Ya os contaré.

Paula:
Con pelos y señales, por favor.

Sara:
*¡Déjala tranquila!
Que nos cuente lo que quiera.*

Me despido de mis amigos mucho más tranquila y segura. Paula tiene razón. Tengo que seducir a mi novio y para eso tengo que comprarme un modelito sexy que lo vuelva completamente loco.



La semana pasa volando. A pesar de que he hablado por teléfono todos los días, no nos hemos vuelto a ver. Él está muy ocupado vigilando a su hermano y no podía dejarlo solo.

Hoy es el día de la dichosa fiesta y, cada vez que pienso en estar rodeada de esos engreídos trajeados, se me revuelve el estómago. Lo único que me consuela es saber que, en pocas horas, podré volver a ver a mi vikingo y sorprenderlo con mi modelito.

Me miro en el espejo y frunzo el ceño al ver mi reflejo con el vestido que mi madre eligió para mí. Es un vestido sobrio, de lo más soso y recatado. Hace algunos años, yo misma habría escogido algo similar, pero la Irene de ahora es mucho más atrevida.

Sonrí pícara al pensar que, debajo de este aburrido vestido, llevo un conjunto de ropa interior de lo más provocativo. Después de mirar varias prendas, me decidí por un *body* de encaje negro con transparencias y un ligüero que sujeta unas medias de seda.

Cuando me avisan de que mi taxi ha llegado, recojo mis cosas y salgo a la calle deseando que el evento termine lo más rápido posible.

En el instante en que nos detenemos frente a la puerta del hotel donde se celebra la entrega de premios, pago al taxista y me dirijo al *photocall*. No es que me apetezca en absoluto posar para que miles de *flashes* me dejen ciega, pero mi madre me advirtió que teníamos que dejar un recuerdo de nuestra presencia en la dichosa fiesta.

Tan pronto pongo un pie en la alfombra, un brazo me agarra con fuerza por la cintura haciendo que pierda el equilibrio y que tenga que colocar mi mano en un torso que no sé a quién pertenece. Levanto la vista aturdida y descubro, horrorizada, que se trata de Borja. ¿Qué está haciendo él aquí? Y lo que es más importante, ¿qué hace agarrándome?

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunto alterada.

—Guiar a mi acompañante —indica con una sonrisa ladina.

—Suéltame —mascullo para que nadie más nos escuche.

—No hagas un espectáculo, cariño. Supongo que no querrás que la reputación del hotelito de tus padres quede en entredicho, ¿verdad?

Sus asquerosas palabras hacen que se me revuelva el estómago. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta antes de lo desagradable que es?

—Eso es, preciosa. Ahora me acompañarás al *photocall* sin hacer ruido y sonreirás como la muñequita que eres. Así me gusta —me felicita cuando camino siguiendo sus órdenes.

Al llegar al pequeño escenario donde nos esperan los fotógrafos y periodistas, Borja los mira y posa con una sonrisa falsa, obligándome a imitarlo.

—¡Aquí, aquí! —gritan para que miremos hacia su objetivo.

Debido a esta situación, tengo el cuerpo agarrotado y no puedo reaccionar. Borja, aprovechando mi aturdimiento, se acerca a mi cuello y lo besa.

—Así me gusta verte, sumisa entre mis manos —susurra contra mi cuello.

Siento repugnancia al escuchar sus palabras, pero mi cuerpo sigue sin poder reaccionar. Los fotógrafos no dejan de hacernos fotos porque, desde fuera, parecemos una pareja enamorada.

De repente, sus manos me mueven a su antojo pegándome a su cuerpo. Paralizada, noto el tacto de sus labios besándome y, en cuanto me doy cuenta de lo que está haciendo, reacciono y me aparto de él, empujándolo por el pecho.

Desorientada, salgo con pasos rápidos del escenario y me camufló entre las personas

respirando con dificultad. Mis ojos se llenan de lágrimas al descubrir que, una vez más, mi madre me ha manipulado para conseguir su objetivo. Saco el teléfono del bolso y la llamo para exigirle una explicación.

—Hola, querida. ¿Estás disfrutando de la fiesta?

—¿Qué coño hace Borja aquí?! —grito furiosa.

—¡No seas ordinaria! Últimamente no te reconozco.

—¡Contesta a mi pregunta!

—No pensarías que dejaría que fueras sola, ¿verdad? No tienes ni idea del negocio y no quería que nos dejaras en ridículo.

—¡Eres...!

—Ten cuidado, niña, y respeta a tu madre.

—Te respetaré cuando tú me respetes a mí. ¡Se acabó! ¡Estoy harta de tus manipulaciones! De ahora en adelante no me llames, ni me busques, porque no pienso hablar contigo. He intentado ser comprensiva, pero con lo de hoy te has superado, madre.

—¡No te consiento...!

Antes de que pueda seguir con sus excusas, cuelgo la llamada dejándola con la palabra en la boca.

—No pareces la misma de siempre —escupe Borja, con cara de asco.

—Gracias. Es el mejor cumplido que me podías hacer.

Salgo a la calle para subirme al primer taxi que encuentre. ¡¿Cómo he podido ser tan ingenua al volver a confiar en ella?!

Mientras espero mi medio de transporte, escucho el sonido de un nuevo mensaje. Al mirar la pantalla, descubro que es de Paula y, al leerlo, mi mundo se viene abajo.

Paula:

*¿¡Se puede saber qué cojones haces besando
al hijo de puta de Borja en una fiesta de pijos!?*

Su mensaje viene acompañado de una foto nuestra, en actitud demasiado cariñosa. Al observar la foto con atención, descubro que, desde fuera, puede parecer que nuestro cariño es verdadero.

¡Héctor! Aterrada, pienso en la posibilidad de que esas fotos puedan haber llegado a sus manos y mi cuerpo empieza a temblar de miedo. ¡Tengo que avisarlo antes de que pueda verlas y pensar lo peor!

Lo llamo cinco veces, pero siempre obtengo el mismo resultado. Escucho el tono de la llamada, pero al instante me cuelga. ¿Las habrá visto? Pensar en esa posibilidad hace que me derrumbe y no pueda dejar de llorar.

Capítulo 37

Héctor

—¿Tío, esta no es tu chica? —pregunta mi hermano de repente mientras mira con cara de tonto su teléfono.

—¿Qué dices, enano?

Lo observo intentando descubrir a qué se refiere y, cuando veo su cara magullada, cierro mis puños con rabia. Darle una paliza a Abel no ha conseguido calmar mi ira.

—Sí, la rubia buenorra del otro día —frunce el ceño un momento y luego tapa su móvil rápidamente—. Esto... a lo mejor me he confundido. No creo que sea ella.

—Déjame ver —le ordeno al ver su cara descompuesta.

—Creo que será mejor que no veas estas fotos.

—No me toques los cojones y dame el puto teléfono, Niko —exijo cabreado.

Llevo todo el día malhumorado, sin dejar de pensar en mi rubia y en el tiempo que estamos perdiendo por culpa de esa dichosa fiesta, y lo último que necesito es que Niko me toque los cojones.

Impaciente, le arranco el móvil de las manos y, en cuanto veo las imágenes que aparecen en internet, todo mi cuerpo se tensa.

—No puede ser —murmuro desconcertado.

—Es posible que se trate de un malentendido —la excusa mi hermano.

—¿Un malentendido?! Las fotos son muy claras. Mi novia sale muy acaramelada con ese gilipollas engominado.

—Quizás deberías hablar con ella.

—¡La está besando, Niko! —exploto cegado por la ira—. ¿Cómo he podido equivocarme tanto con ella?

Salgo de mi piso dando un fuerte portazo y me subo a la moto, arrancándola con tanta rabia que el motor ruge y las ruedas chirrían al tomar velocidad. Tengo que huir. Me estoy volviendo loco de celos y necesito pensar antes de actuar. Esta vez decido esconderme en algún lugar que no haya estado con ella para que no me pueda encontrar tan fácilmente.

Después de conducir sin rumbo, me detengo cuando siento que necesito golpear algo. ¡Joder! Me bajo de la moto y tiro el casco al suelo con rabia. Mi teléfono no ha dejado de sonar desde que he salido, pero estaba tan furioso, que no he querido hablar con nadie.

La insistencia de las llamadas despierta mi curiosidad y termino mirando quién es la persona que me busca con tanto empeño. Cabreado, aprieto el móvil con fuerza en cuanto descubro que se trata de Irene. Como si predijera que tengo el teléfono en la mano, su nombre vuelve a aparecer en la pantalla, haciendo que una tormenta se forme en mi interior.

A pesar de que mi primer impulso es colgarle, decido contestar su llamada y quedarme en silencio.

—¿¡Héctor!? ¡Menos mal! ¿Dónde estás? —pregunta angustiada—. Llevo más de una hora intentando localizarte.

—¿Ya te has aburrido de tu acompañante? —pregunto frío como el hielo.

—Supongo que ya has visto las fotos —murmura derrotada.

—No hace falta que me des ninguna explicación, una imagen vale más que mil palabras.

—¡Espera! —suplica antes de que cuelgue—. ¡No es lo que tú crees! ¡Tienes que escucharme!

—Demasiado tarde, princesita. Por lo que veo, ya te has cansado de rodearte de gentuza como yo y has decidido volver al caviar. Que te vaya bien.

Escuchar su sollozo al otro lado del teléfono, me desgarran por dentro, pero aun así le cuelgo la llamada sin darle la oportunidad de darme una explicación.

¿Cómo es posible que haya permitido que se burle de mí? Tendría que haber imaginado que se cansaría de este mundo y que querría volver a tener una vida llena de comodidades. Somos de mundos distintos y, desde el principio, supe que lo nuestro era imposible, pero aun así decidí arriesgarme. ¡Soy un idiota! Una chica como ella nunca querría nada serio con un tío como yo.

Me acerco a un árbol y, sin pensármelo, empiezo a dar puñetazos cargados de rabia abriendo las heridas que habían empezado a cicatrizar. No me detengo hasta que mi ira disminuye y mis puños sangran por culpa de los golpes.

Una vez que consigo aplacar mi cabreo, apoyo mi espalda en el tronco del árbol y me deslizo hasta caer sentado en el suelo. ¿Por qué ha jugado conmigo? ¿Por qué ha esperado a que le confiese mi pasado, para darme la estocada final? Por todo lo que me contó de su infancia, creía que ella era diferente.

Aunque mi mente me grita que ha estado engañándome todo este tiempo, mi corazón me dice que confíe en ella. Recuerdo todos los momentos que hemos compartido juntos, buscando alguna señal de su aparente hipocresía, pero no encuentro ninguna. A simple vista, Irene parece una buena chica, pero entonces, ¿por qué me ha mentado diciéndome que iba sola a esa fiesta y se ha besado con otro?

Confundido, dejo mi mente en blanco para tratar de proteger mi corazón herido y me quedo mirando al horizonte en una especie de trance.

No sé cuánto tiempo paso absorto observando el vacío, hasta que un sonido me saca de mi ensoñación. Al comprobar que es mi teléfono, lo agarro con miedo, pensando que podría ser ella de nuevo, pero me sorprende al ver que es Indio.

—No es un buen momento, hermano.

—Vikingo, hay alguien husmeando por el barrio.

—Díselo a tus hombres y déjame en paz. No es mi puto problema.

—Lo es, cuando la persona que está paseándose por aquí, como si estuviera en un campo de amapolas, es tu chica.

—¿Irene?

—¿Tienes otra chica? —pregunta sarcástico.

—¡Mierda! ¡Esta mujer cada día me sorprende más!

—Y no sabes lo peor —murmura bufando.

—Y ahora qué... —suspiro perdiendo la paciencia.

—La última vez que la vieron, estaba entrando en el territorio de *los hijos de Caín*.

—¡Me cago en la puta! ¡Joder, joder, joder! —grito furioso.

—Tranquilo, tío.

—Si ese hijo de puta se entera que ella es importante para mí, me tendrá pillado por los huevos.

—¿Qué piensas hacer?

—¿¡Tú qué crees!? No puedo dejar que pasee por allí como si nada.

—Estoy de acuerdo. Además, tu chica es un bomboncito relleno demasiado apetecible.

—¡Indio! Cierra el puto pico si no quieres que te cosa la boca a puñetazos.

—¡Hecho, hermano!

—Averigua dónde está y pásame la ubicación.

—Ahora mismo. Te estaremos esperando para cubrirte las espaldas.

Me subo a la moto de un salto y me incorporo a la carretera con urgencia. No sé cuánto tardaré en llegar, pero tengo que localizarla antes de que Abel la encuentre, o podría ser demasiado tarde.

Capítulo 38

Llevo horas buscándolo y ya empiezo a estar desesperada. He ido hasta su piso y, después de quemar su timbre, he comprendido que no está. *¿Dónde estás, Héctor?*

Es muy tarde y apenas puedo ver con la escasa luz que sale de las pocas farolas que hay en la calle. Deambulo sin rumbo por su barrio, preguntando a las personas que encuentro, pero cada vez que menciono el nombre de Héctor, me miran serios y salen corriendo en dirección contraria. No entiendo por qué me observan con tanta desconfianza, aunque es posible que el vestido de gala que llevo los esté asustando.

No voy a negar que estoy un poco asustada. Si de día este barrio impresiona, de noche, parece un lugar espeluznante. Pero por mucho miedo que sienta, no me puedo detener. Tengo que seguir buscándolo porque no lo puedo perder.

Hay tanto silencio a mi alrededor que, cuando suena mi teléfono, doy un respingo, asustada. Saco mi móvil esperando que sea él, pero me decepciono al ver el nombre de mi padre en la pantalla.

—Papá, no es un buen momento.

—Hija, ¿qué ha ocurrido con tu madre? No deja de llorar y apenas logro entender lo que me dice.

—Si quieres saber lo que ha ocurrido, pregúntale a doña Sofía porque sigue manipulándome.

—¡Hija, no llames así a tu madre!

—¿Y cómo debería llamarla, si se comporta más como una institutriz que como una madre?

—No digas eso, cariño. Tu madre y yo te queremos, y siempre hemos querido lo mejor para ti.

—¡Eso es mentira! Siempre se hace lo que mamá dice, sin pensar en mis deseos o sentimientos.

—Hija...

—¿Te ha contado mi amorosa madre que, aun sabiendo que tengo novio, ha preparado una encerrona en esa dichosa fiesta para que asista con Borja? ¿Con la misma persona que abusó de mí? ¿Te lo ha contado?

—No tenía ni idea —admite suspirando.

—¿Sabes, papá? Alguna vez me gustaría que me defendieras y que no le dieras siempre la razón a ella. Estoy cansada y, a partir de ahora, voy a ser egoísta y a pensar solo en mí.

—No nos apartes de tu vida, por favor —suplica mi padre.

—Yo nunca os he apartado, vosotros os habéis encargado de alejaros de mí. Adiós, papá.

Cuelgo el teléfono con lágrimas en los ojos. Odio hablarle así, pero ha llegado el momento de plantarles cara. Me limpio las lágrimas y, después de guardar el teléfono en mi pequeño bolso, continúo buscando a Héctor. Tengo que encontrarlo, no puedo permitir que, por culpa de las triquiñuelas de mi madre, lo pierda para siempre.



He perdido la noción del tiempo, pero estoy segura de que han pasado varias horas desde que salí de su piso. Continúo dando pasos hasta que atravieso una especie de separación. Es muy extraño

porque sé que estoy en el mismo barrio, pero es como si los colores y las edificaciones fueran diferentes a propósito.

Me acerco a un gran edificio un poco destartado y me siento en las escaleras. Los tacones me están destrozando y necesito un descanso. Suspiro aliviada cuando me quito los zapatos y masajeo mis maltratados pies.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? Un delicioso manjar envuelto en un precioso envoltorio. —Me pongo en pie de un salto al escuchar una voz a mis espaldas.

—Ho-ho-la —tartamudeo al ver a un tipo muy corpulento.

—Hola, preciosa. ¿Quieres pasar a tomar algo? —pregunta con una sonrisa escalofriante.

—No, gracias. Estoy buscando a alguien y me he parado a descansar.

—¿A quién buscas? Quizás podría ayudarte.

Estudio su mirada con atención y descubro que este hombre parece peligroso por fuera, pero, a diferencia de Héctor, también lo es por dentro. Sus ojos están cargados de malicia y mi instinto me grita que huya de aquí de inmediato.

—¡Oh! Tranquilo, seguro que no lo conoces. Me voy antes de que se haga más tarde. Muchas gracias —me despido dando media vuelta.

—¡Espera! —grita asustándome.

De un fuerte tirón, me agarra por el brazo haciendo que pierda el equilibrio e impacte contra su pecho. Mi cuerpo se tensa al sentir sus asquerosos dedos apretando mi fino brazo y mi cabeza empieza a elaborar un plan para escapar de esta situación de una sola pieza.

—¡Saca tus sucias manos de la chica! —grita una atronadora voz que reconozco al instante.

—Hombre, vikingo, ¿qué coño haces en mi territorio? —pregunta entre dientes.

—Técnicamente sigo en el mío. Te recuerdo que aquí —explica haciendo una señal con su pie—, termina el límite.

Miro a Héctor con lágrimas en los ojos y, si no fuera porque me están sujetando, saldría corriendo hacia él para lanzarme a sus brazos.

—Tienes razón, pero este bombón sí que está en mi territorio.

—No me hagas traspasar la línea y déjala marchar —ordena muy serio—. Sabes lo que ocurrió la última vez que lo hice.

—¿Te atreves a venir a mi casa a amenazarme?

—No es una amenaza —escupe con rabia—. Sabes que la cumpliré sin pestañear.

—¿Hoy no traes a tus niñeras para que te ayuden? —se burla soltando una risita.

—¿Nos hemos perdido el baile, hermano? —pregunta alguien detrás de Héctor sonriendo con malicia.

Junto a este espécimen corpulento, hay otros, igual de peligrosos, que miran al tal Abel con odio.

—Como verás, no estoy solo. Así que, déjala —ordena furioso.

Unos segundos después, su mano afloja el agarre, dejándome libre. Miro aterrada a Héctor y, cuando este me hace un gesto con la cabeza, salgo corriendo hacia su dirección con los zapatos en las manos.

En cuanto llego a su altura, impacto contra su duro pecho y él, en lugar de consolarme, me separa de su cuerpo y me da la espalda, caminando con rabia.

Al sentir la presencia del tipo que nos ha ayudado, no puedo evitar observarlo con atención y quedarme impresionada. Debe medir cerca de dos metros y tiene la piel muy morena. Su pelo negro cae liso por debajo de los hombros, dándole un aspecto muy salvaje. Al darse cuenta de que lo contemplo fascinada, me mira con ternura y me guiña un ojo.

—No se lo tengas en cuenta, preciosa. Ahora está muy enfadado, pero seguro que encuentras alguna manera de calmarlo.

Mis mejillas se sonrojan al comprender el significado de sus palabras. A pesar de que voy descalza, salgo corriendo detrás de Héctor, ignorando el dolor punzante en mis pies. Ahora que lo he encontrado, no pienso volver a perderlo.

—¡Héctor! —lo llamo sin aliento.

Él continúa dando grandes zancadas hasta que se detiene delante de su portal, haciendo que impacte contra su espalda.

—Sube —ordena con voz espeluznante.

Lo miro conmovida por su reacción y me giro con la intención de despedirme del tipo de antes.

—Adiós, preciosa. Ha sido un auténtico placer conocerte.

—¡Indio! —brama Héctor desde la entrada.

El susodicho me guiña un ojo y lanza un beso en el aire provocando que mi irritado vikingo, suelte un gruñido. Me despido de él y sigo a Héctor en silencio.

En cuanto cierra la puerta, entramos sin mirarnos. Una vez dentro, Héctor deshace su coleta y se pasa los dedos por su pelo, mientras se pasea nervioso por el comedor.

—¿¡En qué coño estabas pensando!? —grita furioso.

—Yo... solo te estaba buscando —murmuro nerviosa.

—¿Y era necesario poner tu vida en peligro?!

—Creo que estás exagerando —contesto defendiéndome.

—¿De verdad? —pregunta acercándose peligrosamente—. ¡No tienes ni puta idea!

—¡No me grites! —estallo enfadada.

—¡Si no quieres que te grite, no hagas gilipolleces que te pongan en una situación peligrosa!

—¡Haberme contestado al maldito teléfono!

—¡No haberte besado con ese capullo! —me recrimina con su frente pegada a la mía.

Al escuchar sus dolidas palabras, me desinflo como un globo. Sé que está sufriendo por esas dichosas imágenes y, aunque está muy furioso, espero poder hacerle cambiar de opinión.

—Esas fotos no son lo que tú piensas.

—¿Acaso no lo estabas besando?

—No —contesto con firmeza—. En ningún momento lo besé.

—Joder, rubia. No tengo estudios, ¡pero hasta yo sé que eras tú!

—Fue él quien inició ese beso y, en cuanto lo hizo, lo aparté de mí.

—Claro y ahora pretendes que me crea que prefieres estar conmigo antes que con ese tipo, ¿verdad?

Una rabia hasta ahora desconocida invade mi pequeño cuerpo. Me crea o no, no pienso permitir que se tenga en tan poca estima.

—¡Eres un idiota! —grito nerviosa—. Odio que te valores tan poco y que creas que no te mereces lo mejor. Eres increíble tal y como eres, con tus luces y tus sombras, y cualquier persona que te conozca un poco, lo sabe. Gracias a ti empiezo a sentirme más segura y valorada, así que no entiendo por qué crees que querría volver con la persona que me hizo tan infeliz. Ya no soy la Irene de antes y, aunque me cuesta, sigo intentando que no me pisoteen. ¿No te das cuenta de que te quiero a ti?

—¿Ese gilipollas era tu ex? —pregunta ceñudo.

—¿Con todo lo que te he dicho, solo te has quedado con eso?

Héctor me mira abstraído y de repente, una preciosa sonrisa aparece en su cara.

—¿Acabas de decir que me quieres?

—Entre otras cosas —digo cruzándome de brazos.

Su mirada seria me hace pensar que ya es demasiado tarde para nosotros, pero en cuanto se acerca en dos zancadas y me levanta en brazos, dando vueltas, entiendo que tenemos una nueva oportunidad.

—¡Para, me estás mareando! —suplico entre risas.

Mi chico se detiene al escuchar mis ruegos y me mira con intensidad. De repente, su sonrisa desaparece y su mirada se ensombrece. Acaricio su rostro con ternura, consciente de que ha sufrido con toda esta situación.

—Cuando mi hermano me enseñó esas fotos, me volví loco.

—Lo entiendo —murmuro continuando con mis mimos.

—Sentí que algo dentro de mí se desgarraba y que todo había sido una mentira.

—Cariño —murmuro contra sus labios—. Te quiero.

Al escucharme, sus ojos me miran con emoción. Lentamente, nuestros labios se acercan, como si un imán los atrajera, y cuando se tocan, nuestras bocas empiezan a bailar una danza marcada por el ritmo de nuestros corazones. Es un beso cargado de sentimientos y promesas, que lo expresa todo sin necesidad de palabras. Siento tanto amor que, sin darme cuenta, las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

—No llores, te lo ruego —susurra besando cada uno de esos surcos salados.

—Pensaba que te había perdido —confieso sollozando.

—Nunca —afirma convencido.

Héctor me baja de sus brazos y, en cuanto mis pies tocan el suelo, suelto un quejido.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Mis pies estaban magullados por culpa de esos malditos tacones —indico señalando los zapatos que dejé caer en la entrada.

—Ven —me pide, ofreciéndome su mano.

Lo sigo hasta lo que imagino es su dormitorio y, en cuanto me hace un gesto con la mano, me siento en su cama. Héctor levanta mis pies con suavidad y, al verlos, frunce el ceño.

—Joder, tienes varios cortes. Tendría que haberme dado cuenta de que estabas descalza, lo siento.

—Tranquilo, me los quité porque me dolían de tanto caminar.

Me mira arrepentido al comprender que, el culpable de mi caminata ha sido él y sale de su habitación en silencio. Al cabo de unos minutos, aparece con un botiquín y un barreño lleno de agua. Con paciencia y delicadeza, limpia mis pies y cura cada una de las heridas.

—¿Te duelen?

—No —contesto al ponerme en pie para comprobarlo—. Muchas gracias.

Me pongo de puntillas para darle un inocente beso agradeciéndole sus atenciones, pero en cuanto siento el sabor de sus labios, me dejo llevar. Levanto mis manos y enredo mis dedos en su indomable pelo, haciendo que Héctor suelte un gruñido en respuesta.

Mi cuerpo febril hace que me vuelva más atrevida y que baje mis manos colándolas bajo su camiseta. Sonrío orgullosa cuando su cuerpo se estremece con el contacto de mis dedos en su torso.

—Nena, me vas a volver loco —confiesa contra mis labios.

—Esa es mi intención.

Sin que me lo espere, Héctor se separa haciendo que maldiga en voz alta. ¿Qué le ocurre?

—Creo que deberías descansar.

—¡No! No pienso descansar. Estoy tan caliente que, como no me desnudes y me hagas tuya ahora, voy a salir ardiendo.

Capítulo 39

—Uf, nena. Me estás matando.

Lo observo con atención intentando descifrarlo y no obtengo respuestas. ¿Si lo vuelvo tan loco como dice, por qué se aparta de mí?

—¿Por qué no quieres tener sexo conmigo? —pregunto enfrentando mis miedos.

A pesar de que me cuesta hablar sobre este tema, decido lanzarme y afrontar la situación. Prefiero que sepa cómo me siento para poder solucionar mis inseguridades. Héctor, extrañado, se separa de mí y me mira como si tuviera tres cabezas.

—¿Qué te hace pensar que no quiero?

—Nunca hemos llegado hasta el final.

—Si tienes la sensación de que no quiero follar contigo, es que algo he hecho mal.

Sus rudas palabras me ruborizan, pero en lugar de asustarme, respiro profundamente para reunir el valor necesario y seguir adelante.

—¡No! He disfrutado de todo lo que hemos hecho hasta ahora, pero yo... quiero más —confieso mirando al suelo avergonzada.

—Mírame, nena —me exige levantando mi cara—. Quiero que sepas que, todas las veces que hemos estado juntos, he tenido que reprimirme para no convertirme en una bestia y empotrarte contra cualquier superficie.

Al escucharlo, mi cuerpo tiembla de anticipación. Si se siente tan atraído por mí, ¿por qué no se ha dejado llevar?

—¿Por qué tienes que contenerte? —cuestiono confundida.

—Cuando me contaste que nunca habías tenido un orgasmo, comprendí que tu experiencia con el sexo no había sido buena y decidí tomármelo con calma.

—No soy tan frágil —me quejo.

—Lo sé, nena. Pero no quiero asustarte con mi intensidad, me da miedo que salgas huyendo —indica acariciándome con suavidad.

—¡Me ofende que pienses así! Tus palabras dan a entender que nunca seremos compatibles y eso me duele, porque entonces lo nuestro no tendrá futuro.

—No es eso, solo quiero ir despacio contigo.

Aunque me hace feliz saber que me ha puesto por delante de sus necesidades, no quiero que se detenga. Quiero que sea real conmigo y que no se contenga por miedo a hacerme daño.

—No hagas algo que no te he pedido —le exijo—. Todo este tiempo, he pensado que yo era el problema.

—¿Por qué dices eso?

—Creía que no te sentías lo bastante atraído por mí.

—Nena, si me llegas a gustar más, exploto —indica acercándose despacio—. No sabes lo mal que lo he pasado.

—¿Sabes? Esta noche pensaba seducirte —admito sonrojándome.

—¿Y cómo pensabas hacerlo? —pregunta con una sonrisa lobuna.

—Así.

Me separo de su cuerpo y, después de desatar mi vestido, lo dejo caer al suelo mostrándole el *body* de encaje que me he puesto para él.

—Hostia puta —maldice mirándome con lascivia—. Creo que me acabo de tragar la lengua.

Su gruñido y su mirada depredadora indican que está al límite, pero, aunque debería sentirme intimidada, no lo hago. Héctor se acerca a mí lentamente, como si quisiera devorarme, y mi autoestima sube por las nubes.

—¿Esto es lo que querías? —exige besándome con urgencia.

—Sí —murmuro suplicando sus atenciones.

De repente, me pega tanto a su cuerpo que no deja ni un resquicio de aire entre nosotros. Baja los tirantes de la prenda bruscamente, dejándome expuesta y presta atención a mis pechos con su boca, volviéndome loca de placer.

Con impaciencia, cae de rodillas y, después de abrir mis piernas, aparta el trozo de tela y me devora con ansias haciendo que grite y tire de su pelo con fuerza.

—Héctor —gimo desesperada.

De repente, introduce dos dedos en mi interior y los mueve hasta que exploto en mil pedazos. El orgasmo es tan intenso, que mis piernas apenas me mantienen en pie.

Al instante, Héctor se levanta y me besa mordiendo mis labios con desesperación.

—Has despertado a la bestia, nena. No creo que pueda ser gentil esta noche —me advierte.

—Ya era hora, joder —murmuro contra su boca.

Su bestia interior me besa mientras desabrocha la cremallera de su pantalón. Con impaciencia, saca un preservativo de su bolsillo y, después de colocárselo, levanta una de mis piernas y me penetra con fuerza haciendo que suelte un alarido.

—¿Estás bien? —pregunta deteniéndose.

—¡Como pares, te mato! —lo amenazo con exigencia.

—Joder, gatita.

Sus embestidas no son nada delicadas, pero lejos de asustarme, me excitan como nunca.

—¡Más fuerte! —exijo.

Héctor me agarra por el trasero, haciendo que salte y enrosque mis piernas en su cintura. Pega mi espalda en la pared y continúa embistiendo con fuerza. Esta posición es más profunda y tardo muy poco en volver a estallar gritando su nombre.

Una vez que recupero la respiración, abro los ojos y me estremezco al ver que resopla frenéticamente. Sin salir de mi interior, me lleva hasta su cama y me tumba con impaciencia.

Al instante, me quita el *body* dejándome completamente desnuda y arranca su ropa, desesperado. Me incorporo para apreciar su cuerpo tatuado, admirando esas líneas de tinta que serpentean y se entrelazan formando dibujos. Estiro mi brazo y, ante su atenta mirada, repaso alguno de los trazos con mis dedos haciendo que su piel se erice con mi contacto. Estoy convencida de que, cada tatuaje tiene su propia historia: un capítulo importante que marcó su vida y que fue grabada en su piel a modo de recordatorio.

De repente, agarra mis manos deteniendo mi avance y me mira con intensidad. Acto seguido vuelve a estirarme y se coloca encima, introduciéndose lentamente en mi interior, sin apartar sus ojos de mí. Lo hace tan despacio que, al momento, comprendo que está conteniéndose. Estoy tan cansada de que me traten como a una muñeca de porcelana que decido ser osada y clavar mis talones en su trasero, para que me penetre de golpe.

Su maldición dibuja una sonrisa en mi cara. Saber que soy capaz de volverlo loco, hace que me sienta poderosa y es una sensación inigualable. A pesar de estar al límite, sus ojos cerrados y su tensa mandíbula, son claros indicadores de que sigue reprimiendo sus instintos.

Necesito más y no dudo en clavar mis uñas en su espalda para que se deje llevar y me arrastre con él. Héctor maldice en respuesta y empieza a darme fuertes estocadas. Son tan rudas y profundas, que tengo que cerrar los ojos para asimilar lo que estoy sintiendo. Sin que lo espere,

un remolino de placer nace entre mis piernas y, antes de que me pueda preparar para recibirlo, un orgasmo arrollador invade todo mi cuerpo haciéndome gritar. Poco después, Héctor suelta entre alaridos mi nombre y se derrama dando una última estocada.

Abro los ojos para admirar a mi vikingo y, me sorprendo al ver preocupación en su mirada.

—¿Te he hecho daño? —pregunta con angustia.

—No, nunca he estado mejor —contesto risueña.

—Nena, no quería ser tan rudo contigo. ¡Soy un bestia!

—No digas tonterías. Además, te prohíbo que vuelvas a ser delicado conmigo en la cama. He sentido tanto placer que casi se me han vuelto los ojos del revés.

Héctor me mira con sorpresa y suelta una fuerte carcajada que llena mi corazón de alegría.

—Está bien, prometo no volver a controlarme nunca más y ahora, jovencita, a la ducha y después a dormir.

Al escuchar sus palabras, mi esperanza de volver a tocarnos bajo el chorro de agua desaparece. Decepcionada, pongo morritos y mi chico, al descubrir mis tácticas de manipulación, suelta una risotada y me carga en brazos para cumplir con su objetivo.



Un delicioso aroma a café despierta mis sentidos. Todavía con los ojos cerrados, estiro mis brazos para desperezarme y, en cuanto llegan a mi mente los recuerdos de la noche anterior, no puedo evitar sonreír como una tonta.

—Por lo que veo eres de las que se despierta de buen humor.

Su ronca voz hace que abra los ojos y que mi cuerpo se estremezca al reconocerla.

—Buenos días —lo saludo con voz adormilada.

—Buenos días, preciosa. Me encanta verte en mi cama —indica meloso, gateando por el colchón para darme un beso.

—Ummm, sabes a café —murmuro relamiéndome.

—Nena, pórtate bien. Tenemos que desayunar —me regaña dándome una palmada en el culo.

Una sonrisa pícara aparece en mi cara recordando que tengo el poder de seducirlo. Levanto mi mano y enredo mis dedos entre su pelo suelto, haciendo que cierre los ojos y busque mi contacto. Héctor me mira y, después de guiñarme un ojo, se levanta de la cama sin que lo espere.

—Primero el desayuno, pequeña bruja. Tienes que alimentarte.

—Esto es indignante —me quejo—. Exijo la hoja de reclamaciones porque mi novio no me satisface como yo necesito.

Me deshago de las sábanas y, en cuanto pongo un pie fuera de la cama, unos fuertes brazos me atrapan haciendo que rodee su cintura.

—¿Esto es lo que quieres? —susurra en mi oído mientras frota su erección en mi centro.

—Sí —confieso entre gemidos.

—Tus deseos son órdenes para mí. Agárrate fuerte, gatita, que vienen curvas.

Antes de que termine la última palabra, me penetra de una estocada y, apoyando mi espalda contra la pared, me embiste con fuerza.

Estoy convencida de que nuestros gemidos se escucharán al otro lado de la pared, pero, en este momento, me importa un bledo. Unos minutos después llega mi ansiado orgasmo y Héctor se retira de mi interior explotando encima de mi barriga.

—Lo siento —se disculpa con la respiración entrecortada—. Me vuelves tan loco que no me he acordado de ponerme un preservativo. ¡Nunca antes me había ocurrido!

—Tranquilo, tomo la píldora —contesto casi sin respiración.

—Está bien, me dejas más tranquilo. Te prometo que es la primera vez que me ocurre —indica arrepentido—. Ahora a desayunar, gatita traviesa.

Héctor me deja en el suelo y me regala un beso que apenas sacia mi deseo. Mientras lo observo desaparecer por la puerta, me coloco una de sus enormes camisetas y lo sigo hasta la cocina. Me siento en el taburete y me quedo absorta mirando su torso desnudo mientras prepara unas deliciosas tostadas francesas y pica algo de fruta.

El delicioso aroma hace que mis tripas suenen, pero no sé si tengo más hambre de él o de lo que está preparando. Al verlo moverse en esa diminuta cocina, no puedo evitar sonreír divertida.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunta besándome en el cuello.

—No sabía que se te daba bien la cocina.

—Me defiendo. Cuando era pequeño, mi madre siempre me preparaba estas tostadas los domingos y dejaba que la ayudara a pesar de que siempre ponía la cocina perdida.

Ver el dolor en sus ojos, hace que me sienta triste pensando en ese niño que perdió a su madre cuando más lo necesitaba.

—Me encantaría haberla conocido.

—Le hubieras encantado —indica besándome lentamente.

Su traviesa mano acaricia mi rodilla, subiendo hasta llegar a la unión de mis muslos. Cierro los ojos extasiada, hasta que una estridente voz nos corta el momento.

—¡Buenos días! —grita alguien desde el recibidor.

—¡Mierda! ¿No tenéis casa? —se queja mi novio—. Estoy hasta los huevos de que os presentéis sin avisar.

El imponente moreno de ayer me repasa con su mirada y me sonrío en cuanto escucha el gruñido de Héctor.

—Hola, preciosa. Ayer no pude presentarme, soy Indio —me saluda coqueto haciendo una exagerada reverencia.

—Hola —contesto tímida.

Sin que me lo espere, Héctor lo amenaza con la mirada y rodea mi cintura marcando territorio. Su actitud infantil hace que suelte una risita y, cuando me descubre y me mira ceñudo, no puedo contener una carcajada.

—¿Te diviertes? —pregunta sonriendo, jugueteando.

—Un poco —suelto acariciando su brazo con malicia.

—A ver, tortolitos. Antes de que empecéis a darle como conejos, os venía a informar de que nos vamos de ruta con las motos.

—Hoy no es un buen día —indica mi novio serio.

—¿Por qué? —pregunto con curiosidad.

—Porque no creo que ir de ruta sea lo tuyo.

Me separo de él con los brazos cruzados y lo miro mosqueada. ¿Quién se cree para decidir por mí?

—Mierda, una pelea de novios. ¡Me largo! —suelta Indio, huyendo como una rata.

—Y, ¿por qué supones que no me va a gustar?

—No estás acostumbrada a pasar tantas horas en la carretera y, además, no creo que pueda soportar que los demás te devoren con la mirada.

—¡Héctor! Nadie me va a devorar. Además, no puedes meterme en una urna y prohibirme

relacionarme con tus amigos. Eso ya lo hizo Borja y no salió nada bien —lo regaño.

—¡Lo siento! Tienes razón, nena. Perdóname, pero todo esto es nuevo para mí.

—Está bien, te perdono. Pero de ahora en adelante te agradecería que me preguntaras antes de decidir por mí.

—¿Quieres que vayamos de ruta con esta pandilla de locos?

—Sería un honor —suelto haciendo una reverencia como si me hubiera invitado a un baile de máscaras.

—Pero antes, tú y yo vamos a terminar lo que estábamos haciendo antes de que nos interrumpieran.

—¡De eso ni hablar! —grito escabulléndome de sus brazos—. Tienes que llevarme a mi piso para que me cambie. ¡No pienso salir en moto con un vestido de fiesta!

Muevo las pestañas para salirme con la mía y, al escuchar su risa, siento un calorcito agradable en el corazón. Disfruto al ver todas sus facetas y me muero de ganas por conocer las que todavía no me ha mostrado.

Capítulo 40

Héctor

Adoro ir en moto. Sentir el viento en mi cara despeja mi mente y hace que me sienta libre. Esa libertad que te recuerda que el camino es tuyo para recorrerlo y que cada momento es único. En cuanto enciendo el motor, esa vibración recorre todo mi cuerpo y, con cada curva, siento como si bailara una danza, donde debo concentrarme en los pasos para no perder el ritmo.

Pero nada de eso es comparable al placer de sentir a mi rubia pegada a mi espalda, abrazándome con fuerza. Cualquier camino es el doble de agradable si ella está conmigo. ¡Joder! ¿Desde cuándo me he vuelto tan moñas? ¡Si alguien escuchara mis pensamientos, mi reputación se iría a tomar por culo!

Antes de marcharnos, presento a Irene formalmente a todos mis hermanos. Algunos la miran entrecerrando los ojos con desconfianza y, tal y como imaginaba, otros la devoran con la mirada.

Como siempre, el más efusivo es Oso. Ese grandullón que tiene el corazón más grande que su cabeza, se acerca a mi chica como si fuera un huracán y, a pesar de advertirle que tenga cuidado, la abraza levantándola del suelo como si fuera una pluma. Ver a Irene reírse a carcajadas en lugar de asustarse por la impulsividad de Oso, hace que sienta, una vez más, que es la adecuada.

Durante el trayecto, no hemos tenido ningún incidente, y eso me parece extraño. Solemos atrasarnos porque mis *hermanos* suelen hacer el idiota con las motos y eso hace que vayamos más lentos. Pero hoy, no ha habido imprevistos. Es como si se hubieran empeñado en comportarse para impresionar a mi chica. Por primera vez, han conducido en línea, dejándome liderar la formación.

Al llegar a nuestra primera parada, reduzco la moto y paro en el aparcamiento del *Barba Rossa*. Solemos venir muy a menudo a este local porque nos gusta su ambiente. Es un garito motero con decoración ambientada en los típicos bares de carretera americanos y, además de tener muy buen rollo, sirven unas hamburguesas gigantes que están para chuparse los dedos.

Mientras los demás van llegando y aparcando sus motos, aprovecho para arrancarle el casco a Irene y devorarle la boca. Sentirla en mi espalda durante todo el trayecto y no poder tocarla, me estaba volviendo loco y no me he podido contener.

—Si queréis nos vamos, ¿eh? —suelta el bocazas de Lobo jodiéndonos el momento.

—Pues mira, no estaría mal —bromeo dándole un puñetazo en el hombro—. Venga, entremos antes de que me arrepienta.

Agarro de la mano a mi chica y la guío hasta el interior sin dejar de prestarle atención para ver su reacción.

—¿Te gusta? —pregunto al ver su sorpresa.

—¡Me encanta! Es un sitio muy especial.

La verdad es que el *Barba Rossa* otra cosa no, pero especial es un rato. El local está a rebosar de objetos decorativos. Las paredes y el techo están llenos de señales de tráfico, matrículas americanas, calaveras, banderas, guirnaldas de luces, collares... ¡Tienen hasta la figura de una cabeza de tiburón!

—¿Eso de ahí son sujetadores? —pregunta mi chica con curiosidad.

Miro hacia donde señala y, colgados del techo, veo sujetadores de todo tipo. Se me había olvidado que la ropa interior femenina también formaba parte de la decoración del lugar.

—Sí, hay días en los que regalan bikinis a las chicas, a cambio de su sujetador.

—Rubia, ¿tú no quieres un bikini? —pregunta Lobo alzando las cejas.

—Y tú, ¿quieres un puñetazo? —lo amenazo.

No sé qué coño les pasa a estos hoy, pero están revolucionados. Desde que les presenté a Irene no hay quien los aguante. El muy cabronazo se pasa mi advertencia por el forro de los cojones y se ríe a carcajadas.

—¡Hola, vikingo! —me saluda Úrsula, una de las camareras—. Te hemos echado de menos.

—Hola, Úrsula —la saludo serio.

Sus labios rojos se fruncen en un gesto infantil, formando un puchero mientras acaricia mi brazo con lascivia. Miro a Irene de reojo y, al ver su inseguridad por culpa de la pelirroja pechugona, maldigo haberme tirado a la camarera en el pasado. Sí, eso es lo que fue, solo sexo y odio que se tome tantas libertades cuando nunca le he prometido nada.

Paso mi brazo por la cintura de la rubia para que Úrsula se dé por aludida y camino hacia unas mesas libres, ignorándola.

—¿Qué tal ha ido el viaje? —pregunta Indio a Irene en cuanto nos sentamos.

—¡Muy bien! La verdad es que lo he disfrutado mucho.

—Nosotros sí que lo hemos disfrutado, preciosa —murmura Lobo llevándose un codazo de mi parte.

—¡¿Qué?! Las vistas de hoy han sido una puta pasada.

—No te pases ni un pelo —le advierto sabiendo que, esas vistas a las que se refiere no son otras que el culo de mi novia.

No sé lo que me pasa, pero, aunque las bromas de Lobo siempre me hacen reír, hoy no me hacen ni puta gracia. Estoy tan cabreado que, a la vuelta, los va a guiar su puñetera madre. No pienso permitir que sigan babeando con su trasero.

—¡Hola, bombón! —saluda Carmen sentándose en mis rodillas—. Dichosos los ojos que te ven.

—Hola, Carmen. He estado muy ocupado.

—Sí, ya veo qué es lo que te ha mantenido tan ocupado —afirma mirando de reojo a Irene—. ¿No me la vas a presentar?

—Claro. Ella es Irene, mi novia. Nena, ella es Carmen, la mujer de un viejo amigo.

No me pasa por alto el suspiro de alivio que se le escapa. Imaginaba que la presencia de Carmen la pondría nerviosa, pero sabía que, en cuanto se enterara de que estaba casada, se tranquilizaría.

—No tan viejo, capullo —me saluda Rocker dándome un puñetazo en el hombro.

—¿Qué pasa, hermano? ¿Cómo estás? —lo saludo sacándome a Carmen de encima y poniéndome en pie para abrazarlo, dándole unas sonoras palmadas en la espalda.

—No tan bien como tú, mamón —indica señalando con la cabeza a Irene.

Mi chica se sonroja al sentirse observada y, después de charlar un rato con ellos, se marchan y pedimos la comida. Entre risas, pasamos un rato divertido porque los capullos de mis amigos no paran de hacerla reír intentando captar su atención. ¡Parecen unos putos críos! Pero, aunque me joda, en el fondo, los entiendo, porque a su lado, yo me siento igual.

Al terminar de comer, pagamos la cuenta y, cuando estamos prácticamente en la salida, Irene se detiene y me mira con una sonrisa de medio lado.

—Ahora vuelvo.

La sigo con la mirada sin saber qué es lo que está tramando y, cuando la veo sacarse el sujetador con maestría por la manga de su camiseta y subirse a una mesa para colgarlo con los demás, mi mandíbula se cae al suelo por la impresión.

—¡Joder con la rubia! ¡Es mi puta *ídola*! —grita Indio.

—Y la mía, tío —confieso con orgullo.

Cuando vuelve victoriosa con un bikini como trofeo, empiezo a reír a carcajadas por su hazaña. Al ver su sonrisa de gatita traviesa, el pecho me explota con un sentimiento que hasta ahora nunca había experimentado.

Me estoy enamorando de esta pequeña hada de los bosques y, en lugar de acojonarme y salir huyendo, me siento afortunado por haberla encontrado.

Capítulo 41

Estoy en el paraíso. Tengo mi cabeza apoyada en su pecho y, con mis dedos, dibujo las líneas de sus tatuajes. Ha pasado un mes desde el incidente de las fotos y no puedo ser más feliz. Mi relación con Héctor va viento en popa y, gracias a nuestros errores, hemos conseguido que lo nuestro funcione.

—¿Tus tatuajes tienen alguna historia?

—Hay algunos que me los hice por una apuesta o porque iba demasiado borracho, pero la gran mayoría tienen su significado.

—¿Qué significa este de aquí? —pregunto acariciando el demonio que lleva en uno de sus pectorales.

—Me lo tatué hace años, para no olvidarme nunca de la oscuridad que llevo dentro de mí.

—Yo no creo que seas oscuro —indico convencida.

—Nena, tu luz deslumbra tanto que no eres capaz de ver mi oscuridad. Un ángel como tú no debería estar con un demonio como yo.

—¿Y si yo también quiero ser un demonio? —cuestiono indignada, separándome de su cuerpo para enfrentarlo.

—No podrías serlo ni aunque te esforzaras, gatita —se burla besándome la punta de mi nariz.

—Quizás nunca seré un demonio, pero puedo aprender a serlo.

Me incorporo en la cama y, sentándome a horcajadas encima de su cuerpo, empiezo a rozarme contra su erección. Cuando Héctor mueve sus manos intentando agarrarme por las caderas y llevar el ritmo, se las coloco encima de la cabeza, inmovilizándolo. Soy consciente de que, si quisiera, podría soltarse con facilidad y que me está concediendo esta pequeña travesura, pero, aun así, me siento poderosa al poder tomar el control por un momento.

Muevo mis caderas lentamente, acariciando su erección con mis pliegues y, con cada roce, una capa de sudor va cubriendo nuestros cuerpos, haciendo que la respiración se vuelva más agitada. Me balanceo con maestría hasta que escucho sus gemidos torturados y decido apiadarme de ambos.

Introduzco su erección lentamente hasta que los dos suspiramos de placer. Una vez dentro, coloco mis manos en su pecho y busco mi placer ondeando mis caderas. La profundidad de las embestidas y el roce de nuestros cuerpos, hacen que eche la cabeza hacia atrás y gima su nombre.

Cuando siento que estoy al límite, Héctor baja sus manos y, agarrándome por las caderas, detiene mis movimientos.

—Lo siento, nena. Pero no puedo mantenerme sumiso por más tiempo —murmura dándome la vuelta y colocándose debajo de él—. Me vuelves demasiado loco.

Agarro con fuerza las sábanas al sentir sus fuertes embestidas que, lejos de hacerme daño, me producen un placer agónico. Sentir su fuerza y desesperación, provocan en mí que un incontenible orgasmo llegue por sorpresa. Mi grito hace que lo arrastre a él también hacia un universo paralelo donde nos fundimos en un solo cuerpo.

—Eres perfecta —susurra mirándome a los ojos—. Y ahora, a la ducha. Nos toca ir a trabajar.

—Un ratito más, por favor —me quejo poniendo morritos.

—Venga, pequeña. Si te portas bien te enjabonaré a conciencia —promete alzando las cejas.

Ese premio es tan succulento que, sin pensármelo, me bajo de la cama de un salto y corro desnuda hacia el lavabo escuchando su ronca carcajada a lo lejos.

Después de esta ducha que, tal y como imaginaba, se alargó más de la cuenta, nos vestimos entre besos húmedos y roces intencionados.

Cuando terminamos, salimos a la calle y nos subimos a su moto dedicándonos miradas llenas de promesas. En el trabajo, nadie sabe lo nuestro, excepto Carlos, por lo que al llegar me roba un beso fugaz y me guiña un ojo.

—Hasta luego, preciosa.

Me despido de él con cara de enamorada y me quedo observándolo hasta que entra por la puerta de los empleados. Antes de seguirlo, me tomo mi tiempo mentalizándome que, allí dentro, no podré besarlo. Si quiero que nadie se entere de lo nuestro, tengo que contener mis ganas.

La noche avanza sin incidentes. He tenido que quitarme algún que otro tipo que ha bebido más de la cuenta, pero por suerte no he necesitado ayuda de la seguridad del club.

Lo que he llevado peor, han sido las miradas incendiarias que me ha dedicado Héctor cuando se escapaba de su puesto y pasaba por mi barra. Cada vez que notaba su cercanía, me volvía una patosa y tiraba o derramaba algún vaso.

—Preciosa, hoy te estás luciendo —me regaña Nika.

—Lo siento, no sé lo que me pasa —me excuso.

—Yo creo que sí lo sabes —susurra girándose.

Observo el lugar donde está mirando y mi cuerpo se echa a temblar en cuanto lo veo a él.

—Hola, preciosas —nos saluda zalamero.

—Hola, bombón. Te estás escaqueando mucho hoy, ¿no? —lo regaña Nika.

—Solo lo justo y necesario, jefa —le contesta sin dejar de mirarme.

—Cuando termines el turno, pásate por mi despacho, tenemos que hablar —le dice esta vez más seria.

—A tus órdenes, jefa.

Nika niega con la cabeza y se marcha, dejándonos solos. Al ver su rostro enfadado, no puedo evitar retorcer las manos, nerviosa.

—¿Crees que sabrá lo nuestro?

—No tienes de qué preocuparte, tengo a Nika en el bote —dice guiñándome un ojo.

Supongo que, saber que mi novio tiene encandilada a la jefa, es algo bueno. Pero al pensar en ellos dos juntos, una rabia desconocida para mí invade todo mi cuerpo.

—Héctor, una tal Lucía te está buscando —nos interrumpe Sergio, de seguridad.

—¿Lucía?

—No sé, tío, pero está buenísima. Ha dicho algo sobre no sé qué de Caín. Estaba tan pendiente de sus tetas que no he retenido más información.

La sonrisa desaparece en el rostro de Héctor y, al ver la rigidez en su cuerpo, me pongo nerviosa.

—¿Va todo bien?

—Luego nos vemos —se despide mi novio sin darme ninguna explicación.

¿Quién será esa tal Lucía? ¿Por qué se ha marchado sin mirarme? Mi cabeza no para de dar vueltas durante toda la noche pensando en qué estará ocurriendo, y si no fuera porque no he dejado de servir copas, habría salido a buscar respuestas.

A la hora del cierre, sigo preocupada al recordar su gesto serio. Voy hacia el vestuario y, cuando estoy recogiendo mis cosas, Germán se acerca a mí con cara de preocupación.

—Hola, preciosa —me saluda—. Te traigo un mensajito de tu chico.

—Shh, habla más bajo. Alguien podría oírte.

—Como si vuestras miradas no gritaran a los cuatro vientos las ganas que os tenéis —indica poniendo los ojos en blanco.

—Germán, céntrate. El mensaje —le pido impaciente.

—Ha dicho que tenía que marcharse y me ha pedido que te lleve a casa.

—¿Marcharse? ¿A dónde?

—Nena, yo solo soy el mensajero. Lo único que te puedo decir es que estaba muy raro y que se ha marchado con una pechugona que no paraba de sobarle.

—No puede ser.

—Será una amiga, no te preocupes. Tu vikingo está loco por ti.

Las palabras de mi Germán, lejos de tranquilizarme, consiguen ponerme más nerviosa. ¿Una amiga? Por lo que me dijo, su única amiga es Paula, así que solo puedo pensar en que esa misteriosa mujer sea una antigua amante.

Un fuerte dolor en el pecho hace que me tambalee. ¿Por qué no ha venido él a darme el recado? ¿Tan urgente es para que no haya podido perder ni un minuto en avisarme? Miles de situaciones aparecen en mi cabeza haciendo que, de nuevo, mi inseguridad vuelva a hacer acto de presencia.

Mientras Germán recoge sus cosas, aprovecho para llamar a Héctor por teléfono. Necesito una explicación y solo me quedará tranquila si la escucho de sus labios. En el momento en el que una voz enlatada indica que el teléfono está apagado o fuera de cobertura, suelto una maldición.

—¿Nos vamos? —pregunta Germán.

—Sí, claro.

De camino a mi casa decido enviarle un mensaje. No sé cuándo lo leerá, pero necesito hablar con él en algún momento.

Irene:

*¡Hola! ¿Qué es lo que ha ocurrido?
Germán me ha dicho que has tenido
que marcharte. Por favor, llámame en
cuanto puedas. Me has dejado muy
preocupada. Te quiero.*

Llego a mi casa y, después de darme una ducha, me meto en la cama. Cierro los ojos con fuerza en cuanto siento que mis ojos se llenan de lágrimas. Mis sábanas todavía conservan su aroma, recordándome que, hace tan solo unas horas, éramos completamente felices.



Estoy muy preocupada y, desde que he llegado, no he parado de dar vueltas en la cama, pensando en él. Por más que he intentado dormir, me ha sido imposible.

Varias horas después, la llegada de un nuevo mensaje hace que mi alma se rompa en mil pedazos y que grite de dolor.

Héctor:

Lo nuestro ha terminado. Ha sido divertido,

*pero ya me he cansado. He intentado
conformarme, pero tener novia me estaba ahogando.
Te pido que no me busques y que, por el bien de
nuestros amigos en común, lo aceptes.
Que seas muy feliz.*

Las lágrimas apenas me dejan leer el aterrador mensaje. Un fuerte dolor en el pecho impide que pueda respirar y, a pesar de que me incorporo en la cama, siento que me ahogo. Necesito ayuda. Con dedos torpes, busco el contacto de Paula y pulso la tecla de llamada.

—Rubia, ¿va todo bien? —pregunta mi amiga con voz adormilada.

—Yo... no puedo... respirar —contesto con la voz entrecortada.

—¿Estás en tu piso? —pregunta nerviosa.

—Sí —logro decir.

—¿Estás con el vikingo?

Al escuchar su apodo, un aullido de dolor sale de mi interior. Entre lágrimas, escucho la voz de mi amiga diciéndome que viene a mi casa y, a pesar de que ella no podrá borrar esta angustia, me alegra saber que no estaré sola. Hago un ovillo con mi cuerpo y respiro lentamente, intentando que el ataque de ansiedad abandone mi cuerpo lo antes posible.

Tengo que ser fuerte. Necesito escuchar de su boca las duras palabras de ese mensaje. ¿Cómo es posible que, en unas horas, mi vida haya cambiado tanto?

Capítulo 42

Me duele la cabeza. Siento ardor en la garganta y me pesan los párpados. Mi cuerpo está agarrotado y no tengo fuerzas para levantarme de la cama. De repente, recuerdo el motivo por el que me siento como si me hubiera atropellado un camión y me echo a llorar.

—Como no dejes de llorar te vas a deshidratar, rubia.

Me giro al escuchar la voz de mi amiga que, al ver mi dolor, abre sus brazos para que me acurruque en ellos. Yo me lanzo como si fuera mi chaleco salvavidas y sollozo sin poder contener este sufrimiento.

Después de mi llamada, Paula apareció en mi casa como un ángel salvador y, cuando conseguí contarle entre hipidos lo ocurrido, estuvo consolándome hasta que me quedé dormida del cansancio. Un llanto desgarrador sale desde lo más hondo de mi ser, haciendo que mi cuerpo tiemble sin control.

—Cariño, tienes que tranquilizarte.

—Me ha dejado, Pauli. Ha jugado conmigo —sollozo sin poder controlarme.

—Tiene que haber una explicación. Él no es así.

—¡Se ha cansado de mí! ¿No lo entiendes? Solo fui un reto para él y, cuando consiguió meterme en su cama, dejó de sentir interés.

Cada vez que recuerdo su mensaje y las miles de llamadas sin respuesta que le hice después, siento una punzada de dolor en el corazón. Por un momento me planteé salir a buscarlo, pero al recordar su peligroso barrio, decidí seguir probando suerte con el teléfono.

—¿Has conseguido hablar con él? —pregunto con la voz entrecortada.

—No y eso me preocupa. Héctor siempre contesta a mis llamadas. Algo grave ha tenido que ocurrir.

—Si fuera así, me lo hubiera contado. Su mensaje me lo ha dejado muy claro.

—Me niego a pensar que el vikingo ha estado jugando contigo. Es imposible. Tenemos que hacer algo para localizarlo, esto no puede quedar así.

—¿Y qué hacemos? Está claro que no quiere que lo encontremos.

—Pues algo habrá que hacer. Tiene que darnos una explicación.

—¡Eso es! —grito eufórica—. Acabo de acordarme de que hoy nos toca trabajar en el club. En cuanto llegue lo buscaré y le exigiré una explicación. Necesito mirarlo a los ojos para saber qué es lo que está ocurriendo.

—¡Esa es mi chica! —grita mi amiga—. Rubia, no te des por vencida con él, por favor. Su vida no ha sido fácil.

—Lo sé, me lo ha contado todo.

—¿Te lo ha explicado? —pregunta sorprendida—. Si él se ha sincerado contigo, significa que le importas, cariño. En todo este tiempo, solo he logrado obtener pequeños detalles sobre él y con eso he tenido que hacer mis propias conjeturas.

Su comentario me hace pensar en nosotros y en los momentos tan bonitos que hemos vivido. ¿De verdad ha sido todo una farsa? No, no puede ser. Su mirada era sincera y tendría que ser un magnífico actor para que me hubiera engañado de esa manera.

Después de prometerle que me encuentre algo mejor, Paula se marcha a su casa. Se ha pasado todo el día consolándome y, aunque se lo agradezco, necesito estar sola.



Cuando cae la noche, me meto en la ducha y me pongo el uniforme del Infierno. Me miro en el espejo y me asusto al ver mi imagen. ¡Estoy horrible! Me maquillo minuciosamente intentando disimular esa cara de zombi porque, lo que menos necesito, es que la gente se dé cuenta de que me ocurre algo.

En cuanto llego al Club, me sorprende al no ver a Héctor por ningún lado. Sin perder el tiempo, camino hacia el despacho de Verónica y, justo cuando voy a tocar la puerta, esta se abre dejando salir a dos personas que no me esperaba encontrar.

—¿Indio? ¿Lobo? ¿Qué hacéis aquí? —pregunto sorprendida.

Los observo con atención mientras recolocan sus ropas y se peinan el pelo con los dedos. Una sonrisita del canalla de Lobo me confirma lo que estos dos estaban haciendo en el despacho de mi encargada.

—Hola, rubia, nosotros ya nos marchábamos —se despide Lobo huyendo por el pasillo.

—¡Espera! —detengo a Indio antes de que siga los pasos de su amigo—. ¿Qué está ocurriendo?

—Rubia, habla con Nika. Lo siento —murmura mirándome con pesar.

Indio se aleja por el pasillo a grandes pasos, dejándome más confundida que antes. Desesperada por conseguir una respuesta, golpeo la puerta y en cuanto Verónica me da paso, entro en su despacho.

—Hola, Irene —me saluda jadeante y muy colorada.

Mi encargada, al igual que ese par, recoloca su ropa y me sonrío de medio lado. ¿Es posible que los tres acaben de tener sexo en su despacho!? Miro los asientos con recelo y decido quedarme de pie para no tocar alguna superficie que estos tres hayan mancillado.

—¿Sabes algo de Héctor? —pregunto sin rodeos, intentando no pensar en lo que acaba de ocurrir aquí.

—Sí.

—¿Y bien? —exijo intrigada.

—Que yo sepa tú y él no sois nada, por lo que no tengo que darte más explicaciones.

—Creo que sabes perfectamente lo que hay entre él y yo. No sé qué le ocurrió ayer, pero pasamos de estar en una nube a que me dejara por mensaje —confieso con los ojos llenos de lágrimas—. Estoy desesperada. No contesta a mis llamadas y no sé qué más puedo hacer.

Mi encargada se acerca a mí y coloca su mano encima de mi hombro haciendo que la mire a los ojos. Al ver las lágrimas recorriendo mis mejillas, se apiada de mí y me abraza intentando consolarme.

—Le advertí a ese vikingo de pacotilla que no te hiciera daño.

—Por favor —suplico.

—Solo te puedo decir que ese par de motoristas sexis, acaban de traermme su carta de dimisión.

—¿Ha dejado el trabajo?! —pregunto asombrada.

Si Héctor ha dimitido y no quiere contestar a mis llamadas, será imposible localizarlo.

—¿No te ha dado ningún motivo?

—No. Cariño, será mejor que te olvides de él. Si no quiere que lo encuentres, nunca lo harás. Créeme, conozco a los tipos como él.

Salgo de su despacho derrotada, sin saber cuál será mi siguiente paso. A pesar de que estoy destrozada, me veo obligada a sonreír y servir copas hasta que el club cierre.

En mi descanso, busco a mi amigo Carlos por si él tuviera más información del paradero de Héctor, pero por desgracia, sabe lo mismo que Nika.

—Lo siento, cariño. Solo tenemos su hoja de dimisión.

—De todas maneras, gracias —indico derrotada.

—Rubia, no sé qué le habrá ocurrido, pero esto no es normal en él. Héctor es muy responsable y no nos dejaría colgados de un día para otro.

—Eso decís todos, pero la cuestión es que justamente es lo que ha hecho.

—No te rindas, Irene.

Vuelvo a mi puesto de trabajo con mal sabor de boca. Mi corazón me dice que no me rinda, pero mi mente me grita que lo olvide, porque ha jugado conmigo. Miro el reloj cansada, deseando que llegue la hora del cierre para poder marcharme a mi casa y desahogarme entre lágrimas. ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

Capítulo 43

Héctor

—Tío, ¿estás seguro de lo que estás haciendo? —pregunta Indio preocupado.

—Sí, alejarme de ella es lo mejor.

—¿Dónde está Lucía?

A mi mente viene el momento exacto en el que mi burbuja de felicidad estalló con la llegada de esta mujer.

—Está descansando. Estaba tan aterrada que tuve que darle un calmante.

—¿Qué es lo que te ha contado?

—No mucho. No paraba de llorar diciendo que Abel la quería matar. He esperado a que se sintiera mejor para hablar con ella.

—Todavía no entiendo qué hace aquí.

—Vino a buscar mi ayuda.

—¿Y qué coño pintas tú con esta tía, hermano?

—Iban a matarla, ¿qué querías que hiciera?

—No lo sé, pero está claro que dejar a la rubia no.

—¡Joder! Sabes perfectamente donde me estoy metiendo protegiéndola —indico nervioso—. No puedo meter a Irene en esto.

—¡Por eso sigo sin comprender qué coño estás haciendo! Tú no viste su cara de dolor. ¡Mierda! ¡Estaba destrozada!

—¡Basta! ¿Piensas que yo no estoy roto por dentro? ¿Crees que yo no sufro?

—Hola —murmura una voz al otro lado de la habitación.

—¿Cómo estás, Lucía?

—Mejor. Muchas gracias por ofrecerme un lugar para esconderme. Siento causarte tantos problemas.

—No tienes que preocuparte por nada. Ahora que estás más tranquila, me gustaría que me contaras qué es lo que ha ocurrido y por qué tu marido quiere acabar contigo.

Lucía nos mira a los dos y, después de suspirar tratando de reunir el valor para contarnos la verdad, empieza a hablar.

—Abel está loco.

—Pues vaya novedad —murmura Indio haciendo que le dedique una mirada reprobatoria.

—No lo entendéis. Siempre ha sido una persona agresiva y violenta, pero está perdiendo la poca cordura que le queda. Últimamente desconfía de todo el mundo, hace tratos con mafias muy peligrosas y se comporta como un demente. Hasta sus hombres están empezando a dudar de él.

—Ese no es mi problema, que se encarguen sus hombres.

—Lo es si tu hermano está involucrado —susurra.

—¡¿Niko?! ¡¿Qué coño tiene que ver mi hermano con los *hijos de Caín*?! —grito furioso.

—Abel lo está metiendo en sus negocios sucios.

—¡Joder! ¡Me prometió que lo había dejado desde la última vez! —estallo.

—Según tengo entendido, sigue metido en la red de tráfico de drogas.

—¡Me cago en la puta! ¡Cuando pille a ese niñato pienso despellejarlo vivo!

—Tranquilo, hermano —indica Indio palmeando mi espalda.

—¡Después de todo lo que he hecho para protegerlo de toda esta mierda! —me quejo enfurecido golpeando la pared.

Saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón y llamo a mi hermano con manos temblorosas. En el momento en el que salta su buzón de voz, tiro mi teléfono al suelo partiéndolo en mil pedazos.

—¡Mierda!

—Vamos a tranquilizarnos. Tenemos que buscar una solución —interviene Indio—. Dices que sus hombres están empezando a desconfiar de él, ¿existe la posibilidad de que alguien nos ayude desde dentro?

—Es posible —susurra con miedo.

—¡Habla, mujer! —exclamo con rabia.

—¿En quién estás pensando? —pregunta Indio advirtiéndome con la mirada.

—En Morgue —declara dejándonos boquiabiertos.

—¡¿Estás insinuando que nos pongamos en contacto con su puta mano derecha para que lo traicione?! —exploto nervioso—. ¡Estás loca!

—Él fue quien me advirtió.

—Explícate —le pide mi amigo.

—Hace meses que me daba cuenta de que el comportamiento de Abel no era el mismo. Estaba muy agresivo y cuando llegaba a casa lo pagaba conmigo.

—¿Te pegó?

—Eso ahora no importa —dice evitando nuestras miradas—. La cuestión es que cada vez estaba más demente y tenía miedo de que algún día se le fuera de las manos. Una tarde, aprovechando que Abel estaba de viaje, Morgue vino a visitarme y me dijo que tenía que huir.

—¿Te explicó por qué debías hacerlo?

—Abel cree que lo estoy engañando con otro.

—¿Y es cierto? —pregunto con curiosidad.

—¡Por supuesto que no! No estoy enamorada de él, pero nunca me atrevería a engañarlo. Sé a lo que me arriesgo si lo hago.

—De todas maneras, no me fio de Morgue —expongo.

—Es un hijo de puta muy sangriento, yo tampoco confío en él —me apoya Indio.

—Morgue no es como Abel —lo defiende Lucía—. A pesar de todo lo que ha hecho, tiene más honor que mi marido.

—Parece que lo conoces demasiado bien —inquiero sospechoso.

Lucía abre los ojos sorprendida. Si no creyera que es imposible enamorarse de ese psicópata, pensaría que Lucía está loquita por la mano derecha de su marido. Miro a Indio y, sin palabras, comprendo que ha llegado a la misma conclusión que yo.

—¿Qué hacemos, hermano? —pregunta Indio.

—Intenta localizar a Niko, pero sin hacer ruido. Envía a tus mejores hombres, los más sigilosos para esta tarea.

—Entendido.

—Lucía, necesito que hables con Morgue por si quisiera colaborar con nosotros. Si sus hombres desconfían de él, es posible que lo quieran quitar de en medio.

—Haré lo que pueda para convencerlo —indica Lucía buscando su número de teléfono entre sus contactos.

—Me da a mí que puedes hacer más de lo que crees —murmura Indio sonriendo de medio

lado.

Rápidamente, mi cabeza elabora un plan para sacar a mi hermano del lío en el que se ha metido, otra vez. Retuerzo las manos con impaciencia mientras escucho el tono de llamada y, antes de que conteste, le pido que active el altavoz de su teléfono.

—¿Lucía? ¿Estás bien? —pregunta una voz ronca algo preocupada.

—Hola, Morgue —susurra la mujer.

—No tendrías que haberme llamado —suspira nervioso—. Si Abel se entera de que estoy hablando contigo, me pegará un tiro en la cabeza.

—Te he llamado porque necesitamos tu ayuda.

—¿Necesitáis? ¿Con quién estás, Lucía?

—Con Héctor.

—¡Joder! ¡Te dije que te escondieras, no que te metieras en la puta boca del lobo!

—Tranquilo, Morgue. Yo no soy como tu jefe. Lucía está salvo con nosotros.

—¡No tienes ni puta idea, vikingo! Abel está removiendo cielo y tierra para encontrarla. ¡Ha perdido la puta cabeza! Si se entera de que está contigo, todo arderá.

—Si es cierto que Abel ha perdido la cabeza, quizás ha llegado el momento de destronarlo, ¿no te parece?

—¿Y qué ganas tú a cambio? —pregunta desconfiado.

—No te hagas el idiota, sé que tiene a mi hermano.

—¡Joder, Lucía! Abel te va a matar. —Sus palabras, en lugar de parecer una advertencia, están llenas de miedo.

¿Es posible que Morgue también sienta algo por la mujer de Abel? Sonríó al pensar que el amor te llega con la persona que menos te lo esperas.

—Entonces, ¿estás dentro?

—Estoy dentro —suspira después de unos minutos de silencio—. Pero no pienso seguir tus órdenes sin estar seguro de que es un buen plan. También tengo mucho que perder.

—Trato hecho.

—Estamos en contacto —se despide Morgue—. Lucía, ten mucho cuidado.

La llamada se corta sin que Lucía pueda despedirse de él. Su rostro preocupado hace que piense en mi gatita y que me desgarre por dentro al imaginar cuánto estará sufriendo.

Aunque no soy creyente, me veo rezando a todos los dioses que alguna vez me dieron la espalda, para que todo salga bien.

Capítulo 44

Llevo llamándolo a diario sin descanso, pero siempre escucho el mismo mensaje: «*El teléfono al que llama, está apagado o fuera de cobertura en este momento*». ¡Dichosos aparatos del infierno!

Han pasado dos semanas desde que Héctor me dejó con un triste mensaje, y desde entonces apenas puedo respirar. Mi vida se ha vuelto gris y he dejado de sonreír.

Como cada día desde que salió de mi vida, me despierto destrozada. Me siento perdida y sin rumbo, sin saber qué hacer. Estoy convencida de que solo podré seguir adelante cuando me diga en persona que ya no siente nada por mí, pero ni siquiera me ha concedido ese derecho. «¿Dónde estás, Héctor?».

Mi vida se resume en trabajar los fines de semana y romper a llorar cada vez que estoy sola. Mis amigos han tratado de que salga con ellos para distraerme y que me olvide de él, pero no me apetece. No tengo fuerzas para sonreír y, por eso, trato de verlos lo menos posible.

Mi teléfono no deja de sonar insistentemente con la llegada de varios mensajes y, cansada de escucharlo, decido mirar de quién se trata.

Paula:

Comunicado oficial: En vista de que nuestra amiga (alias la rubia) se cree que somos tontos, se convoca a los cuatro jinetes del apocalipsis a cenar esta noche en casa de la susodicha.

Paula:

Vamos, en casa de Irene, para que no quepa duda.

Sara:

¡Allí estaré!

Carlos:

¡Contad conmigo!

Paula:

No esperaba menos de vosotros, básicamente porque ya lo habíamos hablado por privado.

Sara:

¡Paula!

Carlos:

¿No dijimos que eso sería un secreto?

Paula:

¡Y qué más da! ¿Os pensáis que, porque es rubia, es tonta? Ella sabe que hemos estado maquinando

a sus espaldas, tal y como hicimos con Sara.

Carlos:

Eso es cierto.

Paula:

*Bueno, lo dicho. Esta noche en tu casa,
rubia. De la cena nos encargamos nosotros.*

Irene:

*Chicos, os lo agradezco, pero hoy no puedo.
Quedamos otro día, ¿vale?*

Paula:

*¿No puedes? Y, ¿qué se supone que
es eso tan importante que tienes que
hacer hoy para no quedar con tus amigos?
¿Lavarte el pelo? ¿Hacerte la manicura?*

Irene:

Cosas. No tengo por qué contaros todo.

Paula:

*¡Uy lo que ha dicho! ¿Cosas?
Mira, rubia, a las nueve estaremos
los tres quemando tu timbre, así que,
por tu bien, espero que nos abras.
Porque sabes perfectamente que soy capaz
de llamar a los bomberos para que abran tu puerta.*

Carlos:

¡Amén, hermana!

Sara:

*Irene, cariño, sabes que no soy muy partidaria
de las soluciones drásticas de Paula,
pero esta vez creo que tiene razón.*

Irene:

Está bien, ¡qué remedio!

Paula:

*¡Así me gusta!
¡Que te entusiasmes por ver a tus amigos!*

A pesar de que preferiría estar sola en mi casa, saber que se preocupan tanto como para prepararme una encerrona, hace que mi corazón se caliente. Nunca en la vida me hubiera imaginado encontrar unos amigos como ellos. De esos a los que podrías confiarles hasta el más

sinistro de los secretos y de los que, en cuanto los necesitas, vienen con toda la caballería. Gracias a ellos mi sufrimiento duele un poquito menos porque sé que, pase lo que pase, estarán a mi lado.

Doy un salto con el inesperado sonido del timbre. ¿Quién será? Inmediatamente descarto la opción de mis amigos porque según han dicho vendrán esta noche.

¿Será él? De repente mi corazón bombea con fuerza pensando en la posibilidad de que Héctor haya venido a buscarme y, aunque no quiero hacerme ilusiones, corro por el pasillo para salir de dudas.

Abro la puerta bruscamente y, desolada, descubro que es mi padre. Desde el día en el que mi madre preparó la encerrona con Borja, no he querido saber nada más de ellos, ya que, por su culpa, estuve a punto de perder a Héctor. Aunque sé que mi padre no tuvo nada que ver, estoy tan cansada de que siempre la defiendan, que no contesté a sus llamadas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto recelosa mirando hacia el rellano, por si hubiera venido con mi madre.

—He venido a hablar contigo. ¿Puedo pasar?

Dudo unos segundos en si debo cerrarle la puerta en las narices y, a pesar de que es lo que más me apetece, al final lo dejo pasar.

Una vez dentro, lo guío hasta el comedor y le hago un gesto para que tome asiento. Cruzo los brazos y lo miro fijamente, esperando con impaciencia lo que ha venido a decir.

—Después de nuestra última conversación, he estado pensando en lo que me dijiste y, aunque me duela reconocerlo, he comprendido que tenías razón.

De todo lo que había imaginado, esto es lo último que se me había pasado por la cabeza. Lo miro boqueando como un pez, sin saber qué decir.

—Siempre quise que a tu madre y a ti no os faltara de nada y por eso viajaba tanto. Con mi ausencia dejé a tu madre encargada de todo lo que tenía que ver contigo y, cuando volvía de los viajes, no quería desautorizarla y terminaba dándole siempre la razón. Ahora me doy cuenta del error que cometí. Una familia debería ser un equipo para tomar juntos las decisiones.

Me emociono al escuchar sus palabras. Saber que mi padre por fin está comprendiendo mi postura, hace que mis ojos se llenen de lágrimas.

—Cariño, nunca pensé que lo estabas pasando tan mal. Te prometo que, de haberlo sabido, hubiera actuado antes. Siempre parecías tan conforme, que pensé que tu madre estaba haciendo un buen trabajo. Pero nunca imaginé que, entre los dos, estábamos aplastando tu verdadera personalidad.

—No entiendo por qué quiere que sea tan perfecta. Me duele pensar que nunca fui lo suficiente buena para ella.

—Sé que tu madre no ha actuado bien contigo, pero ella te quiere. Mi intención no es justificarla, pero creo que deberías saber que antes no era así.

—¿Antes de qué?

—Antes de conocer a tu abuela.

¿Perdón? ¿Mi madre no ha sido siempre la estirada que es hoy? Lo miro con impaciencia, deseando que continúe con su historia.

—Conocí a tu madre en una cafetería que había al lado de mi despacho. En cuanto entré, me fijé en la preciosa camarera que servía cafés sin dejar de sonreír. Fue amor a primera vista, pero la diferencia de edad hizo que tardara mucho en pedirle una cita. En realidad, si no hubiera sido por ella, nunca me hubiera lanzado.

Escucho a mi padre con atención mientras me cuenta cómo era mi madre de joven, y por más

que intento buscar alguna similitud con su personalidad actual, no la encuentro.

—Cuando nuestra relación se volvió más seria, quise presentarle a mis padres. Ese día, tu madre estaba muerta de miedo.

—¿Por qué tenía miedo? —pregunto curiosa.

—Porque mis padres tenían una posición social muy alta y tu madre temía no estar a la altura.

—¿Y qué ocurrió cuando conoció a los abuelos? Imagino que, si seguisteis juntos, es porque al final la aceptaron.

—Ni mucho menos —contesta sorprendiéndome—. Aunque puso todo de su parte, a los abuelos no les gustó que su único hijo saliera con una simple camarera. Nos lo pusieron muy difícil, Irene. Siempre hablaban mal de tu madre y no dejaban de intentar emparejarme con las hijas de sus amigos. Me presionaron tanto que al final me marché de casa.

—¿Te fuiste de casa?!

—Me cansé de que me hicieran escoger entre mi familia y el amor de mi vida. Alquilamos un piso muy pequeño y, durante un año, fue un sueño hecho realidad. Éramos muy felices, pero, aunque nunca lo dijera en voz alta, sufría por no ver a mis padres. Aunque me esforcé por ocultarlo, tu madre se dio cuenta y fue a visitar a tu abuela.

—¿Y qué ocurrió?

—Tu madre les dijo que me quería tanto que haría lo que fuera necesario para hacerme feliz. Mi madre, al darse cuenta de que nunca conseguiría separarnos, manipuló y moldeó a tu madre hasta que la convirtió en lo que ella quería. Con el tiempo, consiguió refinar sus gestos, su vocabulario y su vestuario, haciendo que la mujer de la que me había enamorado fuera desapareciendo. Desde ese día, dejó de sonreír sinceramente y se convirtió en la mujer que es hoy.

—Si mamá cambió tanto, ¿por qué no la dejaste?

—Porque la quiero y sé que, en el fondo, esa mujer que servía cafés con una preciosa sonrisa sigue dentro de ella. A veces, cuando baja las defensas, consigo volver a verla y es un momento maravilloso.

Al conocer la historia de mi madre, siento pena por ella, ya que, para no perder al amor de su vida y conseguir la aceptación de sus suegros, tuvo que cambiar su forma de ser.

Pero también siento lástima por mí. Ella escogió vivir una vida fría y distante, por amor, en cambio yo no tuve esa opción. A mí, desde pequeña, me impusieron la manera en la que tenía que comportarme y terminé complaciendo a todo el mundo, excepto a mí.

—Y cuando la abuela murió, ¿por qué no volvió a ser cómo era?

—Pasaron tantos años que tu madre ya se había adaptado al papel y nunca conseguí que volviera.

—Papá, siento mucho lo que pasó, pero no sé si puedo perdonarla. Entiendo cómo se sintió con la presión de la abuela, pero eso no explica por qué me trata así.

—Cariño, tu madre está muy arrepentida.

—Claro —indico poniendo los ojos en blanco.

—Después del incidente en la fiesta, hablé muy seriamente con ella. Me dolió mucho darme cuenta de que anteponía su posición social al amor de su hija y, después de una fuerte discusión, le pedí el divorcio.

—¿Qué?!

No creo que la relación de mis padres sea perfecta, pero nunca me hubiera imaginado que alguna vez se llegaron a separar.

—Papá, ¿estás seguro?

—Tranquila, cariño. Solo era un toque de atención —confiesa guiñándome un ojo.

—¿Y funcionó?

—Ya lo creo que sí —dice, soltando una carcajada—. Por primera vez en mucho tiempo, conseguí que mi Sofi saliera a la superficie y, después de llorar como niños, hablamos largo y tendido sobre nosotros y nuestra familia.

—Me alegro mucho —admito con sinceridad.

—Hija, dale una oportunidad. Solo te pido esto.

Mi padre me mira con esperanza mientras aguarda mi respuesta. En el instante en el que recuerdo los momentos en los que venía a contarme un cuento a escondidas, sé que estoy perdida.

—Está bien, te lo prometo.

—Gracias, cariño.

Sonriendo, se pone en pie y me da un fuerte abrazo. Hasta que no he notado el temblor en su cuerpo, no me he dado cuenta de lo nervioso y preocupado que estaba.

—Me voy porque he quedado para cenar con tu madre. La voy a llevar a la pizzería donde tuvimos nuestra primera cita —me cuenta sonriendo como un quinceañero.

—¿Una pizzería? —pregunto sorprendida.

—Es parte del trato. Tiene que volver a sus orígenes.

Suelto una sonora carcajada en cuanto imagino a mi refinada madre comiendo una pizza con las manos. Ese extraño sonido que sale de mi boca y que hace días que no escucho, hace que el dolor pese un poco menos.

Lo acompaño hasta la salida y me despido de él con un sincero abrazo. Una vez a solas, me tumbo en la cama con una sonrisa mientras pienso en lo que acaba de ocurrir. Todavía no estoy segura de que funcione, pero le daré una oportunidad a mi madre.

Pero una vez que me relajo, vuelvo a pensar en Héctor. ¿Dónde estará? ¿Se habrá arrepentido o ya me habrá olvidado? Ojalá pudiera tener una respuesta a todas estas preguntas, pero hasta que no lo encuentre no las podré resolver.

Capítulo 45

Cumpliendo su amenaza, a las nueve de la noche el timbre de mi casa suena sin descanso. Esa inconfundible forma de quemarlo, me indica que, sin lugar a dudas, mi amiga Paula es la que lo está pulsando.

Al abrir la puerta, el torbellino de mi amiga entra y, después de darme un abrazo que oprime todos mis huesos, empieza a dar órdenes. En cuanto terminan de poner la mesa, observo con una sonrisa que han traído mi comida favorita: sushi.

Nuestras reuniones suelen estar rodeadas de risas y conversaciones extrañas, pero me extraña que esta vez reine el silencio mientras comemos. Cansada de sentirme observada y de esperar a que alguien diga algo, dejo los palillos encima de la mesa y me cruzo de brazos.

—Está bien, ¿alguien va a decir qué es lo que ocurre? No soporto este silencio sepulcral —me quejo.

—Eso digo yo, rubia. O empiezas a cantar o tendremos que poner en práctica nuestras mejores torturas.

—¿Yo? No sé qué tendría que decir. Ya lo sabéis todo.

—Cariño, no venimos a que nos cuentes qué ha ocurrido, eso ya lo sabemos. Venimos a que nos digas cómo estás —indica Sara acariciándome el brazo.

—Ya os he dicho que estoy bien —contesto clavándome las uñas para controlar mi llanto.

—Claro y yo soy Ariel, la hija del todopoderoso Zeus, que se ha escapado del mar buscando jarana, ¿no te jode! —ironiza Paula.

—Rubia, sabemos que estás mal y nos duele que no quieras desahogarte con nosotros.

Observo a mis amigos y, al ver la preocupación en sus ojos, las compuertas que contenían mis lágrimas se rompen, liberando un llanto incontrolable.

—¡Es que no quiero aburriros con mis dramas! —sollozo.

—¿Cuándo supe que estaba embarazada y me quedé destrozada con la reacción de Marcos, pensaste que era una pesada?

—No, pero...

—¿Lo pensaste cuando Mauro me secuestró y me encerré en mí misma esperando a que Víctor volviera?

—¡No, por supuesto que no!

—Entonces, ¿por qué íbamos a pensarlo nosotros? —pregunta Carlos.

—No lo sé, supongo que sigo esperando el momento en el que descubráis que no soy lo suficientemente buena para vosotros.

—¡Eso sí que no te lo consiento, rubia! ¡Como vuelvas a hablar así de mi amiga, te las tendrás que ver conmigo! —suelta Paula, sonriendo, pero con emoción en sus ojos.

—Sé que no lo has tenido fácil, pero tienes que entender que nosotros estaremos contigo, pase lo que pase —me consuela Sara.

—Cariño, te queremos. Así que es mejor que te lo metas en la cabeza, antes de que la pelirroja decida urdir un plan tan loco como ella, para demostrarte lo importante que eres para nosotros.

Entre hipidos y lágrimas, les confieso lo rota que me siento por dentro. Por más que intento seguir adelante con mi vida, el recuerdo de Héctor me lo impide. Todavía no logro comprender el motivo por el cual me dejó, cuando parecíamos estar tan bien.

—A mí el vikingo me tiene muy preocupada —confiesa Paula—. Tampoco contesta a mis llamadas.

—¿Y si está en problemas? —pregunta Carlos.

—Podría ser, pero sin información, poco podemos hacer —resuelve Sara.

—Estoy cansada, chicos. No puedo más con esta incertidumbre. Mañana saldré a buscarlo y, si es necesario, me meteré hasta en lo más profundo de esa barriada para encontrarlo.

—¡Esa es mi chica! —grita Paula alzando su puño, contagiando a los demás con su euforia.

En cuanto consigo soltar todo el lastre que tenía dentro, empiezo a sentirme mucho mejor. Es como si el dolor que llevaba cargando pesara menos y pudiera volver a respirar.

Sabiendo que no vamos a conseguir nada hablando sobre Héctor, decidimos cambiar de tema. Entre todos me ponen al día de las novedades que me he estado perdiendo con mi encierro voluntario y yo les termino contando la visita inesperada de mi padre.

—¿Que doña Sofía está cenando pizza esta noche? —pregunta Paula con los ojos muy abiertos—. Ya es definitivo, ¡el mundo se está yendo a la mierda!

—¡No seas exagerada! —la regaña Sara entre risas.

—Estoy tan sorprendida como vosotros —confieso.

—Después de lo que nos has contado, siento un poco de lástima por tu madre —indica Carlos.

—¿Por la pija? ¡Lástima de mi rubia que tuvo que crecer con su peor versión!

—¡Pauli!

—¡Está bien! Ya me callo —se excusa levantando las palmas en señal de rendición.

—Esto se merece un brindis. ¡Por un nuevo futuro!

Con cualquier pretexto, comenzamos a brindar por todo, haciendo que el alcohol vaya menguando en las botellas y aumentando en nuestros cuerpos, dejándonos una sensación de euforia momentánea. Continuamos bebiendo y riendo toda la noche, hasta que caemos completamente dormidos.



A la mañana siguiente, me despierto con un fuerte dolor de cabeza. Siento como si me estuvieran golpeando con todas las botellas que nos bebimos ayer. Abro un ojo intentando que la claridad no queme mis retinas y enfoco, como puedo, mi alrededor.

Sonrío feliz al ver a mis amigos repartidos por el sofá. Verlos descansar en esas posturas tan incómodas, me hace sentir muy afortunada.

Como puedo, salgo de la maraña de brazos y piernas, para ir al lavabo. Después de darme una ducha rápida, me visto sin hacer ruido. Ayer, mientras hablábamos sobre el paradero de Héctor, decidí que saldría a buscarlo y no pienso demorarlo más.

Estoy convencida de que, si espero a que se despierten, querrán acompañarme, pero esto es algo que debo hacer sola. Antes de marcharme, les dejo una nota para que sepan que he ido a buscarlo y que les mantendré informados.

Bajo al parking y, en cuanto me subo en el coche, arranco sin pensarlo. No sé si lograré encontrarlo, pero necesito respuestas y no puedo seguir de brazos cruzados, esperando a que vuelva a mí.

No me cabe duda de que en este barrio hay ojos por todas partes, por lo que aparco el coche en las afueras y voy hasta su casa andando. En estos casos es mejor el factor sorpresa y Héctor es

tan escurridizo que cualquier medida es poca.

Camino entre las viviendas destartaladas, camuflándome en el entorno, hasta que veo su edificio a lo lejos. A medida que me acerco, veo a un grupo de personas saliendo de su portal y, cuando me doy cuenta de quién se trata, mi mundo se paraliza.

—Héctor —lo llamo en un susurro.

A pesar de que su nombre ha salido de mis labios con un hilo de voz, él se gira y me mira sorprendido.

—¿Qué coño haces aquí, Irene?! ¿No te quedó claro que lo nuestro había terminado?

—Me dejaste con un simple mensaje, creo que me merezco una explicación.

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber por qué te crees tan especial? Princesita, lo nuestro ya pasó, así que olvídate y sigue con tu vida.

—¡Creí que te importaba! —grito enfurecida.

—Pues creíste mal. ¡Lárgate de aquí y no hagas el ridículo!

—No puedes estar hablando en serio —suplico llorando—. Necesito una explicación más convincente.

Héctor me observa con frialdad y, sin apartar la mirada de mí, toma la mano de una mujer que está a su lado y en la que no había reparado hasta ahora.

—Lucía es una vieja amiga a la que no veía desde hacía mucho tiempo y con la que me divertí mucho en el pasado —indica abrazando a la preciosa mujer—. Ella me entiende porque venimos del mismo mundo y he decidido darle una oportunidad.

—¡Eres un cabrón! —escupo furiosa.

—Lárgate y búscate a alguien que pueda consentir tus caprichos.

Cada palabra que suelta por su boca es un dardo envenenado que atraviesa mi destrozado corazón. ¿Cómo es posible que me haya engañado de esta manera? ¡Pensé que él era diferente y, acabo de comprobar, que es un monstruo!

—¡Te odio! ¡No quiero volver a verte nunca más! —grito llorando desesperadamente—. ¡Maldigo el día en el que decidí dejarme llevar!

Salgo corriendo hacia mi coche, tropezándome con cualquier obstáculo que encuentro en el camino. Mis lágrimas nublan mi visión y la opresión en mi pecho dificulta mi respiración.

En cuanto llego al coche y abro la puerta, siento una presencia en mi espalda. Me giro con la esperanza de que se trate de él, pero antes de que me dé la vuelta, siento un fuerte golpe en mi cabeza. De repente, todo se vuelve negro. Siento que pierdo la conciencia y el control sobre mi cuerpo, cayendo en un letargo.



Un dolor agudo hace que poco a poco vaya recuperando la conciencia. Abro los ojos lentamente y observo mi entorno. ¿Dónde estoy? En el momento en el que intento moverme, soy consciente de que estoy atada y amordazada a una silla. El lugar en el que me encuentro es una especie de nave, pero a pesar de que trato de averiguar alguna pista de su ubicación, no lo consigo.

Hago un esfuerzo para recordar lo que ha ocurrido, pero a mi mente solo aparece la imagen de Héctor abrazando a esa mujer. Inmediatamente borro de mi cabeza ese momento e intento averiguar por qué estoy inmovilizada.

—Veo que la cachorrita ya se ha despertado —murmura una ronca voz a mis espaldas.

El desconocido acaricia mi cuello haciendo que me estremezca de miedo. Al colocarse

delante de mí para quitarme la mordaza, observo aterrada que se trata de Abel, el enemigo de Héctor.

—¿Qué hago aquí?

—Creo que no estás en posición de hacer preguntas. Pero como hoy me he levantado generoso, te voy a responder. Eres mi señuelo.

—No entiendo. ¿A quién pretendes atrapar? —pregunto confundida.

—¡No te hagas la idiota! Sabes perfectamente que hablo de tu asqueroso novio.

Al darme cuenta de sus intenciones, no puedo evitar que una risa cínica salga de mi garganta.

—Creo que tus informantes la han cagado.

—¿¡Qué coño dices!?

—Que Héctor y yo no estamos juntos. Ahora tiene a otra con la que divertirse —escupo con dolor.

—¡Eso es mentira! Vi cómo te miraba.

—Pues llegas tarde porque ya me ha encontrado sustituta. Una morena curvilínea que, al parecer, es de su mismo mundo —indico con sarcasmo.

—¿Lo has visto con Lucía? —pregunta fuera de sí.

—¿Tú también estás obsesionado con ella? ¡¿Qué os pasa a los hombres?!

—¡Cállate, zorra! —grita golpeándome con fuerza.

El dolor causado por su golpe hace que se me salten las lágrimas y que lo obedezca al instante. Al momento siento un escozor en el labio y comprendo que me lo ha partido.

—A partir de ahora hablarás cuando yo te lo diga o te pegaré un tiro en esa cara de porcelana que tienes.

Al ver su rostro desquiciado, comprendo que podría cumplir su amenaza sin pestañear y decido no enfadarlo. Lo miro aterrada sin mover ningún músculo y el muy canalla, sabiendo que tiene el control, sonríe con superioridad.

Después de su demostración de poder, Abel vuelve a ponerme la mordaza y se marcha. Mis ojos se llenan de lágrimas sabiendo que Héctor no vendrá a rescatarme porque, tal y como me ha confirmado hace un momento, no le importo nada.

En cuanto acepto mi realidad, observo mi alrededor con atención tratando de encontrar una salida. El lugar es enorme y tiene toda la pinta de ser un taller clandestino. Junto a mí hay miles de cajas y contenedores apilados y varios coches desmontados. Esperanzada, me fijo en una pequeña ventana abierta a lo lejos, pero en cuanto descubro lo difícil que será acceder a ella, me desinflató desanimada.

Mi cuerpo tiembla de miedo y no puedo evitar llorar pensando en lo que me espera. Me duele mucho la cabeza y mis muñecas están sangrando de todas las veces que he intentado liberarme. «¡Tengo que escapar de aquí!».

Cuando por fin siento que las ataduras empiezan a aflojarse, me quedo paralizada al escuchar que una puerta se abre.

—¿Abel? ¿Estás aquí? ¡Joder, donde coño se habrá metido este hombre!

No estoy segura de si la persona que acaba de entrar es uno de sus secuaces, por lo que me quedo inmóvil sin saber qué hacer.

—¿Irene? —pregunta alguien a mis espaldas.

Me giro al escuchar mi nombre y me sorprendo al ver a Niko, el hermano de Héctor. No entiendo qué está haciendo en este lugar, pero de repente, vislumbro una luz de esperanza.

Intento gritar para que me desate, pero con la mordaza solo salen ruidos incomprensibles de mi boca.

—Tranquila, preciosa. Tienes que quedarte quieta para que pueda ayudarte.

—Vaya, vaya. La familia unida de nuevo —nos sorprende la voz de Abel—. ¿Qué coño haces aquí, Niko? Te dije claramente que esperarás en mi casa.

—¡Hola, jefe! He ido a buscarte allí, pero al no encontrarte pensé que estarías en la nave.

—¡No te pago para que pienses, inútil! —lo insulta justo antes de darle un puñetazo que lo lanza al suelo.

—¡Lo siento! Es que tenía que hablar contigo.

—Está bien. —Sonríe de forma perturbadora—. Pero ya que has venido, te unirás a la fiesta.

Abel agarra una silla y le hace un gesto a Niko apuntándole con una pistola para que se siente. El pobre, al darse cuenta de que no puede hacer nada para impedirlo, lo obedece mirándome con pesar. Una vez que lo ata y le pone la mordaza, nos mira y rompe a reír como si estuviera loco.

—Sois los anzuelos perfectos para que ese vikingo de los cojones caiga en mi trampa.

Al escuchar sus palabras, cierro los ojos con fuerza rezando para que todo esto termine sin que ninguno de los dos resultemos heridos.

Capítulo 46

Héctor

Llevo horas caminando nervioso por la habitación, sin dejar de ver la cara de dolor de Irene. ¡Joder! No debería haberme buscado, porque al hacerlo me he visto obligado a ser cruel con ella.

—Hermano, ¿quieres dejar de dar vueltas? ¡Me estás poniendo nervioso!

—La he destrozado, Indio.

—Te dije que tendrías que haberle contado la verdad.

—¿Y ponerla en peligro? ¡Eso nunca! Por lo menos sé que, aunque me odie, está a salvo.

—Sigo pensando que mi idea era mejor.

—Siento todas las molestias que te estoy dando, Héctor —indica Lucía apenada—. Ver el dolor de esa chica me ha roto el corazón.

—No te preocupes, la culpa es del cabrón de tu marido —la consuelo.

Desvío la mirada a mi teléfono al recibir una llamada y, cuando veo un número desconocido, me tenso al sentir una corazonada.

—¿Diga?

—Hola, vikingo.

—¿Qué coño quieres, Abel? No tengo tiempo para gilipolleces —escupo poniendo el manos libres, para que Indio lo pueda escuchar.

—Seré breve. Ha llegado a mis oídos que tienes algo que me pertenece.

—Si lo has perdido, quizás es porque no lo valorabas mucho, ¿no crees?

—Es posible. Supongo que a ti te ha ocurrido lo mismo.

—¿Qué insinúas? —pregunto en tensión.

—Que tú tampoco valoras a la cachorrita rubia y por eso ahora está conmigo.

—¡Mientes!

—Sabes que no. La pobrecita ha ido a verte y ha salido llorando desconsoladamente por tu culpa. La he visto tan mal, que he tenido que llevármela para consolarla.

—¡Te voy a matar! ¡Te abriré en canal y te sacaré las tripas para que te desangres lentamente si le tocas un solo pelo!

—Una descripción muy gráfica. —Ríe sarcástico—. Estoy deseando que lo intentes. Si quieres verla con vida, vendrás con la zorra de Lucía y haremos el cambio.

—¡Eres un hijo de puta! —grito furioso.

—Dime algo que no sepa. Te envío un mensaje con la ubicación. Por cierto, si alguien más se apunta a la fiesta, le pego un tiro.

Tan pronto como Abel cuelga la llamada, una rabia intensa recorre mi cuerpo, haciéndome sentir la necesidad de liberarla antes de estallar. Impulsivamente, golpeo la pared con fuerza, y el dolor en mi puño me proporciona un alivio momentáneo.

Desvío la mirada hasta la de Indio y, al ver pánico en mis ojos, intenta tranquilizarme en silencio. Desbloqueo mi teléfono y llamo a Morgue para informarle de las nuevas noticias.

—¡Tenemos que actuar ya! —grito en cuanto descuelga.

—¿Qué ha ocurrido?

—Me acaba de llamar Abel. Dice que tiene a mi chica.

—¡Joder! ¿Y qué quiere?

—Cambiarla por Lucía.

—¡Y una mierda! ¡Es una trampa, vikingo, no puedes llevártela!

—Lo sé, tranquilo. No pensaba hacerlo.

—Eso tendría que decidirlo yo —nos interrumpe Lucía—. Pon el manos libres, quiero hablar con él.

—¡Ni se te ocurra salir de ese piso!

—Morgue, tengo que hacerlo. Esa chica está en peligro por mi culpa y no se lo merece. Además, sé que tú estarás allí para protegerme, así que no tengo nada de lo que temer.

—¡Mierda! Está bien. Pásame la ubicación y salgo para allí ahora mismo —suelta Morgue abatido—. Vikingo, cuídala. Abel está loco.

—No más que yo en este momento, te lo juro —escupo enfadado.

Miro nervioso a mi amigo mientras él me observa en silencio, consciente de que existe la posibilidad de que, cuando lleguemos, sea demasiado tarde.

—Lucía, prométeme que harás todo lo que te digamos. No quiero que te hagas la valiente.

—Está bien.

Después de prepararnos y de avisar a los demás, salimos del piso bajando los escalones de dos en dos. Una vez en la calle, nos subimos en el coche de Indio y, mientras él conduce, yo le indico el camino.

Tengo tanto miedo que, sin darme cuenta, termino suplicando a lo que haya en el universo para que ella salga de esto sin un solo rasguño. Aunque no suelo suplicar, por mi rubia soy capaz de saltarme mis propias normas.

Media hora después, llegamos a un polígono a las afueras de Barcelona. Ante nosotros tenemos una nave gigante que parece abandonada. Todos están en sus coches esperando indicaciones mientras nosotros caminamos hacia la entrada.

—Indio, quédate aquí y envía un mensaje a Morgue para que sepa que ya estamos dentro. ¿Preparada? —pregunto mirando a Lucía.

Ella está tan nerviosa que solo puede afirmar con la cabeza y, aunque me hubiera gustado tranquilizarla, yo también estoy aterrado pensando en que algo pueda salir mal.

Abro la puerta de una patada y grito el nombre de ese malnacido. Lucía y yo nos adentramos en la nave y, a lo lejos, vemos a dos personas sentadas. Un sudor frío resbala por mi espalda en cuanto descubro que, además de Irene, también tiene a mi hermano. ¡Joder! ¿Qué coño hace él aquí?

Un desesperado Niko intenta hacerme señas, pero debido a la distancia y a que está amordazado, no comprendo lo que me quiere decir.

—¡Por fin llegas, vikingo! Pensaba que te habrías arrepentido —grita Abel desde un punto que no logro ver.

—¡Sal de tu escondite, maldito cobarde!

—Veo que has traído a la zorra de mi mujer. Cariño, estoy deseando darte tu castigo —amenaza con voz cruel.

Mientras Abel habla desde alguna parte, Lucía y yo continuamos caminando. De repente, un disparo cerca de nuestros pies hace que nos detengamos y nos pongamos a cubierto.

—¡Quédate aquí, Lucía! —le ordeno ocultándola entre unas cajas.

—¡Ten mucho cuidado! —me pide temblando.

Intentando no hacer ruido, me muevo hacia la derecha y doy una patada a unas cajas para averiguar dónde se encuentra esa rata. En cuanto se caen al suelo haciendo un ruido

ensordecedor, Abel dispara dejándome clara su posición. Me asomo por el lateral de uno de los coches y le devuelvo los disparos a ciegas.

—Sabes que tienes las de perder, ¿verdad? —pregunta desde otro punto distinto.

¡Mierda! El lugar es un puto laberinto y este desgraciado se lo debe conocer como la palma de su mano.

—Si no fueras tan cobarde, vendrías aquí y lucharías como un hombre. ¿Ya te has recuperado de la paliza que te di la última vez? —lo provoco.

Un fuerte golpe en mi espalda me toma por sorpresa haciendo que pierda el equilibrio y que caiga al suelo. Me giro intentando ponerme en pie, pero Abel se sube encima de mi cuerpo y, con una barra de hierro, intenta ahogarme.

Lucho con todas mis fuerzas para poder respirar bajo el pesado metal, pero la maciza barra impide que pueda moverme con libertad. La presión sobre mi cuello y pecho es agobiante y, por un momento, siento que voy a perder la batalla. En ese instante, la imagen de mi preciosa gatita llega a mi mente. Saber que, si no sobrevivo, ella estará en las garras de este psicópata, me dan las fuerzas que necesito para salir ganador.

Con una mezcla de desesperación y fuerza, logro girar mi cuerpo hacia un lado, haciendo que Abel se desequilibre y afloje la presión. En un movimiento rápido, lo empujo con mis piernas haciendo que pierda el control. La barra de metal se resbala de sus dedos cayendo al suelo con un fuerte estruendo. Me pongo en pie y, de una patada, la envío lejos, para que no pueda volverla a usar.

Abel me mira sorprendido y yo aprovecho este momento de distracción para ponerme en posición de ataque e intentar recuperar el aliento.

—Eres un cabrón con suerte. Veamos si puedes con esto.

De repente, observo que saca una navaja de su pantalón y se pone en posición de ataque.

—Pensaba que no eras tan cobarde.

—¡Calla la puta boca! —grita furioso.

—Si necesitas un arma para acabar conmigo, es porque no eres digno de ser el líder de tu banda.

—¡Puedo terminar contigo con los ojos cerrados! —escupe dando una estocada con la navaja.

En cuanto la hoja de metal se acerca peligrosamente a mi cuerpo, doy un salto hacia atrás para esquivarla. Abel comienza a hacer ataques rápidos y cortos intentando alcanzarme, pero consigo desviar los golpes con mis manos. Un sonido a lo lejos me distrae por un instante, y mi contrincante aprovecha la oportunidad para asestarme una puñalada en el abdomen.

La sangre empieza a salir a borbotones y tengo que apretar la herida para no desangrarme. Mis dedos resbalan con el líquido rojo que emana de mi cuerpo y, a pesar de mi esfuerzo por mantenerme en pie, la pérdida de sangre hace que entre en un estado de obnubilación y termino cayendo de rodillas debido al intenso dolor.

Me siento derrotado. Hoy mi mayor pesadilla se ha hecho realidad. Por más que he intentado alejarla de mi mundo, he fracasado. Por mi culpa se ha visto envuelta en una guerra que no es suya y me aterra pensar que pueda salir herida.

«Siento haberte defraudado, gatita».

Capítulo 47

—¡No! —grito a través de la mordaza al ver a Héctor caer al suelo después de ser apuñalado.

De repente, al notar que alguien se acerca a mí con un cuchillo, me remuevo nerviosa, intentando defenderme, temiendo por mi vida.

—Tranquila, no te voy a hacer daño —indica el recién llegado cortándome las ataduras de mis muñecas.

—¡Héctor! —grito con angustia.

En cuanto el desconocido me desata, corro con desesperación, ignorando todo lo que me rodea. Cuando solo faltan unos metros para alcanzarlo, unos brazos me agarran por la cintura impidiéndome que me acerque a él.

—¿Dónde te crees que vas, zorra? —susurra Abel en mi oído.

—¡Déjame! —grito removiéndome en sus brazos.

—¡Estate quieta! —me ordena apuntándome con una pistola.

Me tenso al sentir el frío metal en mi sien y miro a Héctor aterrada. Con esfuerzo, consigue ponerse en pie y mirar a Abel con odio.

—¡Suéltala! —ruge desde la distancia.

—¿Crees que te lo voy a poner tan fácil? —indica soltando una risotada—. Si quieres a tu putita, tendrás que entregarme a la mía.

—Te voy a matar —escupe entre dientes.

—No creo que estés en situación de amenazarme —expone señalando su fea herida.

—¡Aquí me tienes maldito pirado! —grita una voz de mujer.

Un instante después, la misma mujer que abrazó Héctor tan solo hace unas horas, aparece ante nosotros y, al verla, no entiendo qué está haciendo en este lugar.

—¡Lucía! ¿Qué coño estás haciendo? —grita a lo lejos el mismo tipo que cortó mis ataduras.

—Morgue —indica Abel mirándolo con odio—. Ya veo que el que estaba metiéndose en la cama de mi mujer eras tú.

—¡No! —grita la mujer—. ¡A pesar de que me das asco, nunca te he engañado!

—¡Calla, puta! —grita furioso—. ¡Todo esto es por tu culpa!

—Entonces, aquí me tienes. Si dejas a la chica, iré contigo.

—¡No! —grita el tal Morgue—. ¡Ni se te ocurra dar un paso más, Lucía!

—Está bien. Acércate y soltaré a la chica.

A pesar de que todos le gritan para que se aleje de él, Lucía los ignora, caminando despacio hacia su marido. En el momento en el que se encuentra a un palmo de nosotros, Abel estira su mano y la agarra del pelo, haciendo que caiga contra su pecho.

—¡Suelta a Irene! —grita Héctor.

—Por supuesto —suelta con una voz cercana a la locura.

Avanzo con miedo en cuanto baja su pistola y deja de agarrarme. Pero, al ver que vuelvo a ser libre, corro hacia Héctor como si mi vida dependiera de ello.

—Prometí dejarla libre, pero no mantenerla con vida —escupe el indeseable cuando solo me faltan unos pasos para llegar a mi objetivo.

—¡No!

El grito desgarrador de Héctor hace que me gire y que descubra a Abel apuntándome con su arma. El sonido ensordecedor del disparo retumba en el aire y, el tiempo se ralentiza mientras

espero a que el proyectil impacte contra mi cuerpo. Pero antes de que esto suceda, alguien me empuja haciendo que caiga al suelo.

Sin comprender lo que acaba de ocurrir, me giro desorientada y compruebo, con terror, que Héctor ha recibido la bala por mí.

—¡Héctor! —grito llorando aterrada al ver el charco de sangre en el suelo.

Me acerco a él y me pongo de rodillas tratando de tapar su herida. De repente, escucho gritos a lo lejos y rezo para que la ayuda esté en camino.

—¡Hermano! —escucho a Niko colocándose a nuestro lado—. ¡No te puedes morir! ¿Me oyes?

Sus ruegos hacen que un nudo se instale en mi garganta y que mis ojos se llenen de lágrimas. Al escuchar su súplica, no puedo evitar pensar en la posibilidad de que Héctor muera y en ese instante mi cuerpo empieza a temblar.

—Déjanos a nosotros, Irene —suplica Indio.

Me aparto y me pongo en pie observando la dantesca escena. Indio se saca la camiseta y presiona las heridas con fuerza, mientras intenta que Héctor no pierda la conciencia.

Aterrada, desvío la mirada de ese torso cubierto de sangre y observo mi alrededor. A pesar de que Abel iba armado, Morgue consigue inmovilizarlo y golpearlo. Muy cerca de ellos, una desolada Lucía observa la escena entre lágrimas. Después de una ardua pelea, el líder de la banda recibe un gancho de derecha y cae al suelo desmadejado.

—¿Estás bien, Lucía? —pregunta Morgue mirándola con cariño.

—Sí —murmura entre lágrimas.

De repente, Abel se levanta del suelo y, antes de que me dé tiempo a advertirles, le clava una navaja en el costado a Morgue.

—¡No! —grita Lucía desesperada.

Abel la agarra por el pelo y la arrastra por el suelo tratando de huir. Impotente, contemplo la escena sin saber qué hacer, pero antes de poder advertir a alguien, Morgue se incorpora y rodea el cuello de su líder con lo que parece ser una cadena de moto.

El gorgojeo que produce la garganta de Abel al asfixiarse hace que se me revuelva el estómago y me obligue a desviar la mirada. Minutos después, escucho un sonido seco y mi curiosidad hace que vuelva la cabeza al lugar de donde proviene, observando a Abel desmadejado en el suelo.

—¡Morgue! —grita Lucía lanzándose a sus brazos.

—Ya pasó, nena —la tranquiliza besándole en la cabeza.

Al ser testigo de esa tierna imagen, comprendo que Héctor me mintió con respecto a Lucía. Pero ¿por qué lo hizo?

De inmediato, Morgue se aparta de Lucía y comienza a gritar órdenes para que se lleven el cuerpo de Abel. Ellos lo obedecen limpiando la escena del crimen, como si fuera el nuevo líder.

El sonido de una sirena hace que vuelva al presente y mire a Héctor aterrada. Indio sigue presionando su herida mientras su hermano no deja de darle palmadas en la cara intentando que no se duerma.

Por la puerta de la nave, aparece personal de emergencias y comprendo que alguien ha debido llamarlos. Los sanitarios se acercan a Héctor y, sin perder el tiempo, lo suben a una camilla para meterlo en la ambulancia.

En cuanto me doy cuenta de que Héctor está luchando por salvar su vida, todo a mi alrededor empieza a dar vueltas y se vuelve negro.



Abro los ojos aturdida, sin saber dónde me encuentro. Al ver una cama y unas paredes completamente blancas, comprendo que estoy en un hospital y recuerdo, al instante, lo ocurrido.

—¡Héctor! —grito incorporándome.

—Tranquila, cariño. No te pongas nerviosa —me pide Sara, intentando que me tranquilice.

—¿Dónde está?! ¡Necesito verlo! —exijo.

—No te voy a mentir, llegó al hospital muy grave. Están haciendo todo lo que pueden.

—¡No puede ser! ¡Todo esto es una pesadilla! —exclamo tapándome la cara con mis manos y echándome a llorar.

—Todo saldrá bien, ya lo verás. Héctor es fuerte y saldrá de esta —me tranquiliza Sara.

—Tengo que salir de aquí —digo de repente—. Necesito estar cerca de él.

Me bajo bruscamente de la cama y le suplico a mi amiga que me lleve hasta donde se encuentra. Localizamos a una de las enfermeras y, después de firmar los correspondientes papeles para que me deje marchar, nos dirigimos hacia la sala de espera. Allí, me encuentro a una desolada Paula que no para de llorar en brazos de Víctor.

—Paula —murmuro entre lágrimas.

Ella, al escuchar su nombre, se separa de su chico y se lanza a mis brazos. Durante un rato nos abrazamos sin dejar de llorar, hasta que siento una mano en mi hombro.

—Irene —escucho la voz destrozada de Niko—. Siento mucho lo que ha ocurrido, por mi culpa estuviste a punto de perder la vida.

—Tú no tuviste nada que ver. El único culpable de que tu hermano esté en quirófano es Abel.

—Si esa rata no estuviera en el infierno, yo mismo lo arrastraría a él —escupe con odio.

Al escuchar sus palabras, me estremezco recordando el momento en el que Morgue sesgó la vida de ese indeseable, pero lejos de sentir lástima, siento alivio al saber que alguien tan cruel como él, ya no está en este mundo.

—Abel tuvo lo que merecía —sentencio con rabia.

—Creo que sería mejor que te sentaras y descansaras. La espera será larga —indica Indio acercándose a nosotros.

Asiento con la cabeza y, aceptando su propuesta, me siento en las butacas de esa fría sala de espera. Paula, entre lágrimas, se sienta a mi lado y me agarra de la mano para transmitirme fuerzas.

—¿Qué ocurrió después de que me desmayara? —pregunto a Indio.

—Una ambulancia trasladó a Héctor al hospital y un médico te reconoció. A pesar de que dijeron que había sido por la impresión, al ver que no despertabas, decidieron traerte al hospital.

—¿Y Abel?

—No tienes de qué preocuparte, los hombres de Morgue ya limpiaron la escena.

—¿Cómo está Héctor? —pregunto con miedo recibiendo un apretón de Paula.

—No te voy a engañar —explica preocupado—. Ha perdido mucha sangre por culpa de esas dos heridas y no sabemos cuándo tendremos noticias.

Asiento destrozada y cierro los ojos con fuerza, rezando para que todo salga bien. No puedo perderlo, no lo soportaría.

Durante las horas que pasamos en el hospital, recibimos varias visitas. Aunque Sara, Marcos, Carlos y Javier querían quedarse para apoyarnos, se marcharon cuando vieron que había

demasiada gente en la sala de espera.

Lobo, Oso y los demás, también estuvieron por aquí haciéndonos compañía y, aunque pueda parecer increíble, el fuerte abrazo de Oso me transmitió tanta paz que no fui capaz de soltarlo.

—Todo saldrá bien, preciosa —susurró en mi oído.



Tres horas después, escuchamos nombrar a los familiares de Héctor Díaz y al instante nos ponemos en pie.

—Soy su hermano —indica Niko—, y ella su novia.

Al escucharlo, sonrío con tristeza pensando en que oficialmente ya no soy la novia de su hermano, pero me callo para conocer el estado de Héctor.

—Hola, soy el doctor Ochoa, el cirujano que ha operado al señor Díaz.

—¿Ha ido bien la operación? —pregunto preocupada.

—El paciente ingresó en el hospital con dos heridas, una de bala y otra de arma blanca. Logramos suturar sin problemas la puñalada en el flanco izquierdo, la cual, afortunadamente, no afectó órganos internos vitales. Sin embargo, la herida de bala presentó más dificultades, ya que se alojó en la clavícula, fracturándola —nos explica con el rostro agotado—. A pesar de que perdió mucha sangre y tuvimos que hacerle una transfusión, todo ha salido según lo planeado, por lo que de momento está estable.

—¿Podemos verlo? —se interesa Niko.

—El señor Díaz todavía está en la sala de reanimación. Está despertando de la anestesia y después será trasladado a la UCI para tenerlo en observación. Así que todo depende de su progreso, si el paciente responde bien, en unas tres horas estará en la UCI. Una vez que esté allí, se os avisará para que entréis a verlo, pero solo podrá pasar una persona a la vez. Antes de trasladarlo a una habitación, queremos asegurarnos de que todos sus signos vitales sean estables, por lo que se quedará en observación unas veinticuatro horas.

—¿Está fuera de peligro? —cuestiono con la voz temblorosa.

—Durante los próximos días, monitorearemos su progreso de cerca. Es importante que el paciente descanse y siga todas las indicaciones del equipo médico. Habrá visitas regulares del equipo de enfermería y de los médicos para asegurarnos de que todo está bien y le administraremos medicación para el dolor.

—Muchas gracias por todo, doctor —le agradezco.

—De nada. Entiendo que este es un momento difícil para ustedes, pero estamos aquí para ayudar. Si tienen alguna pregunta, no duden en buscarnos.

En cuanto el doctor desaparece por la puerta, consigo respirar de nuevo. A pesar de que durante estas agónicas horas he intentado ser optimista, no he podido evitar que en algún momento me embargara el miedo.

—Ese es mi vikingo —indica Indio suspirando aliviado.

—No podía ser de otra manera, ¡mala hierba nunca muere, joder! —bromea Lobo llevándose una colleja de Niko.

Capítulo 48

Héctor

Un profundo dolor me despierta. Trato de incorporarme, pero solo consigo moverme unos milímetros. Abro los ojos desorientado, pero en cuanto soy consciente de que me encuentro en la habitación de un hospital, recuerdo porqué estoy aquí.

Llevo mi mano hacia mi clavícula y compruebo que la zona está vendada y el brazo inmovilizado. Cierro los ojos recordando ese agónico momento y todavía puedo palpar el pánico que sentí al descubrir que Abel iba a disparar a Irene. Experimenté tanto miedo que no me lo pensé. Ella no podía morir por mi culpa, no se lo merecía.

Durante un instante, el tiempo se detuvo. Los segundos que pasaron hasta que la bala atravesó mi cuerpo, fueron eternos. En cuanto el metal rasgó mi piel, noté una quemazón intensa y un dolor agudo en el pecho. Recuerdo que apreté con mis manos la herida y, a pesar del dolor, pensé que todo había valido la pena si ella seguía con vida.

«¡Tengo que averiguar si los demás están bien!».

Ignorando la tortura que siento al mover mis músculos, vuelvo a intentar incorporarme hasta que una mano me lo impide.

—Yo que tú no haría eso, hermano. Acabas de salir de una operación y perdiste mucha sangre. Tienes que descansar.

—¿Cómo está Niko? ¿Y... ella? —pregunto aterrado.

—Tranquilo, todos están bien. El único que terminó como un colador, fuiste tú —bromea Indio.

Suspiro aliviado sabiendo que nadie más salió herido, pero, de repente, recuerdo a ese jodido maníaco.

—¿Y Abel?

—Criando malvas. No tienes de qué preocuparte, hermano. Sus hombres se encargaron de todo y no dejaron huellas.

—¿Quién lidera ahora a *los hijos de Caín*?

—Morgue.

—Espero que sea mejor líder que su antecesor.

—Yo también.

—Perdone —nos interrumpe una enfermera—. Deberá salir fuera. Una señorita quiere entrar a ver al paciente.

La enfermera nos advierte con la mirada y sale de la habitación dejándonos solos. De repente, al imaginar de quién se trata, entro en pánico.

—Indio, tienes que impedir que entre.

—¿Qué coño dices, vikingo? ¿Sabes por todo lo que ha pasado esa chica?

—¡No quiero volverla a ver!

—Creo que esa bala ha debido tocarte el cerebro —murmura enfadado.

—¡Me importa una mierda lo que me vayas a decir! ¡No la quiero y quiero que se aleje de mí para siempre!

—Imagino el motivo por el que intentas echarla de tu vida y te advierto que estás cometiendo

un grave error —indica mirándome decepcionado.

—¡Ese es mi puto problema, no el tuyo!

Quiero a Irene más que a mi propia vida y no pienso volver a ponerla en peligro. No soportaría que, por mi culpa, alguna vez le hicieran daño. A pesar de que esta decisión me dolerá más que la propia herida de bala, es lo mejor.

Me incorporo bruscamente bajándome de la cama y al instante siento un fuerte dolor en el abdomen. Coloco mi mano encima de la venda, notándola húmeda. Aparto la bata hacia un lado y maldigo al ver que está empapada en sangre.

—¡Joder! —mascullo enfadado.

—¿Qué ocurre? —pregunta asomándose—. ¡Mierda!

Indio sale corriendo de la habitación pidiendo ayuda e inmediatamente después, varias enfermeras se acercan para comprobar la gravedad del asunto.

—Le dije que no debía hacer esfuerzos —bufa regañando a mi amigo.

—Usted no lo conoce —confiesa Indio—. Es un cabezota.

—Le aseguro que no más que yo —indica la enfermera que, a partir de este momento, bautizo como «sargento».

La sargento me dedica una mirada reprobatoria y me amenaza con un dedo.

—Como vuelva a comportarse como un niño, lo ataré a la cama —me desafía.

—¿Es grave? —pregunta Indio.

—Tenemos que volver a llevarlo a quirófano, se le han abierto los puntos.

Cuando me sacan al pasillo, miro con desesperación hacia los lados por si ella estuviera aquí. Sí, lo sé. Soy un jodido masoquista.

Capítulo 49

Salgo corriendo por el pasillo sin mirar atrás y me detengo en la primera sala que encuentro para recuperar la respiración.

Mis ojos se llenan de lágrimas en cuanto recuerdo las palabras que Héctor ha escupido con tanta rabia. ¿Por qué no quiere volverme a ver? ¿Es porque lo han herido por mi culpa? ¿O en realidad es cierto que se ha cansado de mí?

Permanezco un rato apoyada en la pared, tratando de calmar mi dolor y, cuando me siento un poco mejor, regreso a la sala de espera para despedirme de todos. Si no quiere verme, no pienso quedarme aquí ni un minuto más.

Al llegar, todos me miran nerviosos y, por un momento, pienso que ya saben que Héctor ha vuelto a echarme de su vida.

—¿Qué ocurre? —pregunto temerosa.

—A Héctor se le ha abierto la herida de la puñalada y han tenido que volver a llevarlo a quirófano.

Al escuchar las palabras de Paula, algo se desgarrar dentro de mí. A pesar de que mi primer impulso es huir de aquí, no puedo evitar preocuparme por el hombre al que amo, por lo que me quedo en el hospital hasta saber que está fuera de peligro.



Una hora después, el médico aparece en la sala de espera y nos comunica que la herida ya vuelve a estar cerrada y que en breve podremos volver a visitar al paciente. En cuanto se marcha, no sin antes advertirnos que Héctor no puede hacer esfuerzos, me despido de todos.

—Sabiendo que ya está fuera de peligro, me marchó a casa.

—¿Te vas? —pregunta Paula sorprendida.

—Sí, es lo mejor. Aquí no pinto nada.

—¡Claro que pintas! —indica Niko acercándose—. Eres la novia de mi hermano.

—Era, en pasado. Tu hermano no quiere que esté aquí —confieso mirando a Indio que desvía la mirada avergonzado—. Así que lo mejor será que me vaya.

—Pero... —se queja Paula.

—Pauli, te lo suplico. No me lo pongas más difícil.

—Está bien, luego hablamos —indica advirtiéndome con la mirada.

La miro agradeciéndole en silencio que me facilite las cosas y, después de darle un abrazo, me marchó.

En cuanto salgo a la calle, me detengo en la acera, temblando. Las lágrimas que he estado conteniendo, por fin pueden salir sin miedo.

—Cariño, ¿estás bien?

Me giro al escuchar una voz conocida y, al comprobar que se trata de mi padre, salgo corriendo y me lanzo a sus brazos sin dejar de llorar.

—Irene, no me asustes —suplica.

—Estoy bien —lo tranquilizo entre sollozos—. No tengo ni un rasguño en mi cuerpo, pero no puedo decir lo mismo de mi alma.

—Oh, preciosa —murmura acariciándome el pelo—. Venga, te llevamos a casa y nos cuentas.

En el momento en el que me separo de su cuerpo, descubro que mi madre está a su lado, demasiado prudente para lo que es habitual en ella.

—Hola, cariño —me saluda manteniendo la distancia.

—Hola, mamá.

Después de nuestra última pelea no hemos vuelto a hablar, por lo que me siento incómoda con su presencia. Mi padre, al ver que nos miramos en silencio, me hace un gesto con la mano y me guía hasta su coche.

Me coloco el cinturón de seguridad y, entre hipidos, les pido que me acerquen a mi casa. Necesito darme una ducha y ponerme ropa cómoda.

A pesar de que mi padre no deja de mirarme con preocupación a través del espejo retrovisor, hacemos el trayecto en un completo silencio. Sé que están deseando hacerme miles de preguntas, pero agradezco que me estén dando mi espacio.

—Poneros cómodos —les indico en cuanto entramos a mi piso—. Me doy una ducha y vuelvo.

—Tómate el tiempo que necesites —me tranquiliza mi padre.

Me desnudo entre temblores y, en cuanto me meto debajo del chorro del agua, estallo. Mis dolorosas lágrimas se escapan por el desagüe, mientras trato de aceptar que Héctor ya no formará parte de mi vida nunca más.

Sin querer, recuerdo todos esos bonitos momentos compartidos a su lado, y casi puedo escuchar el sonido de mi corazón rompiéndose en mil pedazos.

Media hora después, salgo de la ducha con los ojos hinchados, pero más calmada. Me peino el pelo frente al espejo y me lo trenzo con desgana. Mientras deslizo los mechones entre mis dedos, recuerdo el día en qué Héctor hizo lo mismo, y un quejido sale desde lo más hondo de mi garganta. Devastada, me coloco un viejo pijama y salgo al comedor.

—Cariño... —suspira mi padre al ver mi estado—. ¿Qué ha ocurrido?

Me siento en el sofá, llevándome las manos a la frente y, cuando me siento preparada, les cuento todo. Desde el mensaje que me envió Héctor para romper conmigo hasta el secuestro en el que me vi envuelta por culpa de un loco desquiciado.

—¡Eso es horrible! Cuando tu amiga nos llamó para contarnos que estabas en el hospital, nos subimos al primer avión que encontramos. Pero nunca imaginamos que era tan grave.

—Gracias a Héctor no sufrí ningún rasguño. Él se interpuso entre esa bala y se llevó la peor parte.

—Y, ¿cómo está?

—Por suerte está fuera de peligro.

—Si él sigue en el hospital, ¿qué haces aquí? —pregunta mi madre, hablando por primera vez.

—Lo escuché decir que no quería volver a verme.

—Entiendo.

Miro a mi madre esperando uno de sus comentarios mordaces, pero me sorprende al ver que se queda en silencio.

—¿No vas a decir nada más? —pregunto desconfiada.

—Hija, no voy a volver a juzgarte. He comprendido que, durante todos estos años, me he comportado como una tirana. Dame cuenta de lo bruja que he sido con mi propia hija, me ha desgarrado por dentro.

Miro a mi madre sorprendida al ver que está llorando. Me acerco despacio al lugar donde se encuentra y, sin que se lo espere, le doy un abrazo. Es la primera vez que vivimos un momento tan íntimo, por lo que nos resulta imposible contener las lágrimas.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé, me siento perdida y no sé qué hacer con mi vida.

—¿Lo quieres? —pregunta mi madre.

—Mucho —admito.

—¿No te has planteado luchar por él? —cuestiona mi padre.

—No. Héctor fue muy claro. No quiere saber más de mí.

Mi madre, al ver que mi cuerpo vuelve a temblar por culpa del dolor que siento al acordarme de él, sujeta mi mano y me mira con cariño.

—¿Por qué no te tomas un respiro? Quizás te iría bien viajar —sugiere mi padre.

—No sé, yo...

—Creo que te iría bien —insiste—. Si quieres, te podemos acompañar. Podríamos ir a alguno de nuestros hoteles.

—No —dice mi madre sorprendiéndonos.

La miro aterrada, pensando en que la vieja versión de mi madre vuelva a hacer acto de presencia.

—¿Por qué no vamos a Galicia? Me encantaría conocer el lugar donde estuviste todos esos meses.

—¿Lo dices en serio? —pregunto sorprendida.

—Ya te dije que había cambiado —indica mi padre guiñándome un ojo.

Observo a mi madre y, en cuanto la imagino rodeada de las gallinas de Auria, una carcajada sale de mi garganta.

—Me muero de ganas por enseñaros ese lugar.

De repente, el sonido del timbre de mi casa hace que nos miremos sorprendidos.

—Cariño, ¿esperas a alguien?

—No.

Abro la puerta y me emociono al ver a mis tres amigos rodeados de bolsas con comida.

—¿Pensabas que íbamos a dejarte sola en este momento? —inquieta Paula.

Me lanzo a sus brazos rompiendo a llorar. Estoy convencida de que, si sigo así, agotaré todas mis reservas de lágrimas.

—¿Cómo estás, cielo? —pregunta Sara mientras los hago pasar al interior.

—Si tengo que amputar algún miembro al vikingo, solo tienes que decirlo. ¡Hostia! ¡Doña Sofía! —grita sorprendida en cuanto descubre a mi madre.

—Paula, ¿verdad?

—¿Cómo sabe la bruja mi nombre? ¡Mierda! Ahora me hará un maleficio —murmura entre dientes.

—¡Paula! —la regaña Carlos—. ¿Puedes ser un poco menos tú, por favor?

—No te preocupes, tu amiga tiene razón. No en lo del maleficio, sino en que he sido una bruja todo este tiempo.

Miro a mi madre con una enorme sonrisa en la cara y ella, sin que me lo espere, me da un fuerte abrazo.

—Nosotros ya nos marchamos, cariño. Pero te dejamos en buenas manos —se despide mi madre.

Los acompaño hasta la puerta con la promesa de vernos al día siguiente y después vuelvo al

comedor.

—¿Qué coño le ha pasado a Doña Sofía? —pregunta una impresionada Paula.

—¡Pauli! —la regaña Sara.

—No, Sarita, en esto estoy de acuerdo con la loca —la apoya Carlos.

—No lo sé. Cuando mi padre me contó que estaba cambiando, nunca imaginé que la transformación sería tan grande.

—Parece que le hayan hecho una lobotomía, nena —apunta Paula.

Todos la miramos serios y, acto seguido, rompemos a reír a carcajadas. A pesar de la forma tan deslenguada que tiene de decir las cosas, Paula tiene razón. Mi madre parece otra persona y no puedo estar más feliz de que así sea. Con esta metamorfosis siento que por fin podré tener la familia que tanto he ansiado.

—Bueno, ¡al lío! Como te imaginarás, no hemos venido aquí para hablar de tu madre —explica Paula.

—Queremos saber cómo te encuentras —indica Sara.

—Cuando fuimos al hospital, no quisimos atosigarte a preguntas.

—Estoy bien, chicos. Qué os puedo decir... Las horas que estuve secuestrada, fueron una agonía. Cuando descubrí que ese indeseable me había capturado para atraer la atención de Héctor, pensé que todo había terminado.

—¡Lo siento tanto, cariño! —me consuela Sara.

—Fui a buscarlo a su casa y lo encontré con otra mujer. Me dijo que era una antigua amiga y que quería intentarlo con ella. ¡Me dijo cosas horribles! Así que perdí la esperanza de que viniera a rescatarme.

—Pero sí lo hizo —indica Paula con orgullo.

—Sí, y me salvó la vida.

—¿Entonces qué ha ocurrido? ¿Por qué te marchaste del hospital?

—Cuando estaba a punto de entrar a su habitación, escuché como le decía a Indio que no quería volver a verme.

—¿¡Qué!? —gritan todos a la vez.

—Estoy cansada. Tengo la impresión de que siempre soy yo quien lo busca, y ya no puedo más. No pienso rebajarme, así que no volveré a molestarlo. Lo nuestro se acabó.

—Pero... —se queja Paula.

—Te suplico que respetes mi decisión y que no te metas en esto. No quiero que él se sienta obligado a estar conmigo, así que te lo ruego, no le digas nada.

—Está bien, pero sigo pensando que aquí hay algo que no encaja.

—Sea como sea, necesito olvidarme de él. Mis padres se han ofrecido para hacer un viaje juntos y a lo mejor les tomo la palabra. Me encantaría pasar tiempo con ellos y creo que esa distracción me irá bien.

—¿Te vuelves a marchar? —pregunta Sara lamentándose.

—Aquí, todo me recuerda a él.

—Ya sabes que nosotros te apoyaremos en lo que decidas —indica Carlos.

—Te juro que cuando el vikingo de los cojones se recupere, le voy a partir las dos piernas —maldice mi amiga.

—¡Paula! —gritamos todos.

—Que sí, pesados —se queja poniendo los ojos en blanco.

A pesar de esta angustia que me desgarrar por dentro, saber que tengo a mis amigos cerca y que la relación con mis padres ha mejorado, me da un rayo de esperanza en medio del dolor.

Capítulo 50

Héctor

Hace veinticuatro horas que viví el peor día de mi vida y, desde entonces, vivo en una pesadilla constante. Sigo en esta odiosa cama y bajo los cuidados de esa mujer que, más que una enfermera, parece un sargento.

Desde que desperté, no he dejado de revivir lo que sucedió, y cada vez que pienso en lo cerca que estuvo de morir, un nudo en el estómago me impide respirar con normalidad.

—¿Cómo se encuentra hoy la alegría de la huerta? —me saluda la sargento.

—Igual que ayer, deseando perderte de vista —escupo enfadado.

—Sí, veo que sigues teniendo el mismo humor de perros —indica mientras coloca una de sus manos en mi frente.

—¿Qué haces? —me quejo retirándome de su contacto.

—Tranquilo, fiero, solo estaba comprobando algo.

La sargento sale de la habitación y al cabo de unos minutos, vuelve arrastrando un carrito.

—No necesito que mires mi temperatura, me encuentro perfectamente —me quejo al ver que tiene un termómetro en la mano.

—Si supieras por donde te metería yo el termómetro... —cuchichea.

—¿Perdona?

—Nada. Decía que voy a tomarte la temperatura porque estás muy colorado.

—Y yo te he dicho que me encuentro perfectamente.

Para ser honesto, hace rato que siento mucho calor, pero creía que era algo normal. La enfermera me advierte con la mirada y coloca el termómetro bajo mi brazo. Unos minutos más tarde, el termómetro emite un pitido, y cuando la enfermera lo retira, frunce el ceño con preocupación al revisar la lectura.

—Lo que me temía. Tienes fiebre.

A continuación, saca una jeringuilla y llena un pequeño tubo con mi sangre. Cuando termina, recoge todo el material mirándome con sorna.

—Listo. ¿A qué no ha sido para tanto? —pregunta con sarcasmo.

La miro entrecerrando los ojos y, cuando estoy a punto de contestarle, mi hermano aparece por la puerta.

—Hola, Montse. ¿Ya ha conseguido ponerte de mal humor el enfermito? —pregunta Niko mirando a la sargento.

—Tranquilo, cariño. Soy un hueso duro de roer —indica guiñándole un ojo al muy traidor.

—Así que, ¿aliándote con el enemigo? —cuestiono una vez que nos deja a solas.

—¿Enemigo? ¡Montse es una santa! Un altar le voy a construir por tener que soportar tu humor de mierda.

—¿Tan insoportable me he vuelto?

—Nunca has sido la alegría personificada, pero últimamente te estás luciendo, hermano.

—¡Qué sabrás tú! —escupo enfadado.

—Más de lo que piensas.

—¿Ah sí? ¿Y qué es lo que sabes?

—Que estás dejando marchar al amor de tu vida por idiota. No sé qué coño te pasa por la cabeza, Héctor, pero alejarla es la peor decisión que has tomado.

—¡Estoy hasta los cojones de que todos me juzguéis! —estallo.

—Si todos te decimos lo mismo, quizás tengamos razón. ¿No crees?

—¿¡Es que no veis que a mi lado siempre estará en peligro!?

—Te recuerdo que la culpa de que la hayan secuestrado no fue tuya, sino de Abel y, por suerte, ese malnacido ya está bajo tierra.

—Tú no lo entiendes, destruyo todo lo que está a mi alrededor.

—¡Eso no es cierto! ¡Conmigo has hecho un buen trabajo!

—Sí, ya lo veo —expongo sarcásticamente.

Si Niko pretende que cambie de opinión, poniéndose él como ejemplo, no lo logrará. Por más que he intentado alejarlo de toda esta mierda, no lo he conseguido.

—¡Tú no tienes la culpa de mis errores! Siento haber sido un egoísta y no haberte agradecido todo lo que has hecho por mí todos estos años —confiesa emocionado—. No quiero que pienses que te has equivocado conmigo porque eres mi ejemplo a seguir.

—¿Ejemplo? ¿Pero tú te estás escuchando, enano?

—Eres la persona más fiel y leal que he conocido en la vida. Serías capaz de bajar al mismísimo infierno, por las personas a las que quieres y te respeto por ello. Aunque no te lo haya dicho nunca, me siento muy afortunado de que seas mi hermano.

Observo a mi hermano pequeño y me emociono al ver sus ojos llenos de lágrimas. Escuchar sus palabras, hace que sienta que todo por lo que he tenido que pasar, haya merecido la pena.

—Ven aquí —le pido extendiendo mis brazos.

Niko se acerca y nos fundimos en un abrazo sincero. No somos personas muy habladoras, pero es algo a lo que voy a poner remedio a partir de ahora. Una de las cosas que he aprendido de Irene, es lo importante que es expresar tus sentimientos.

Después de este momento tan emotivo, Niko y yo hablamos largo y tendido. Una vez que me confiesa todo lo que vivió al lado de Abel, me explica que visitar el taller clandestino de esa rata hizo que sintiera curiosidad por el mundo de la mecánica.

Siempre he sido un apasionado de las motos y, aunque nunca lo he compartido con nadie, de pequeño soñaba con aprender a repararlas. Me alegra mucho descubrir que tengo algo en común con mi hermano y, aunque yo no lo he conseguido, haré todo lo que esté en mi mano para que pueda cumplir su sueño.

Una hora después, la sargento vuelve a hacer acto de presencia dedicándome una de sus miradas de acero.

—Tus leucocitos están muy elevados, campeón.

—¿Podrías hablarme en cristiano? —le pido poniendo los ojos en blanco.

—Tienes una infección y tenemos que suministrarte antibiótico.

—Maravilloso, parece que tendrás más motivos para seguir torturándome —resoplo disgustado.

—Claro, porque esa es mi única meta en la vida —farfulla poniendo los ojos en blanco—. Mira, guapito, llegaste a este hospital en un estado deplorable y lo único que hemos hecho hasta ahora, es intentar salvarte el culo. Lo mínimo que podrías hacer, es ser un poco más amable.

Al escuchar sus palabras, me sonrojo avergonzado sabiendo que tiene razón. Ellos no tienen la culpa de todo por lo que estoy pasando.

—Lo siento. No estoy en mi mejor momento y creo que lo estoy pagando con quien no debería.

—Disculpas aceptadas —indica guiñándome un ojo.

Después de conectar la bolsa de antibiótico a la vía de mi mano, se despide de mi hermano y sale de la habitación.

—Aleluya. ¡Al fin te has quitado el palo que tenías metido en el culo!

—Te juro que, en cuanto salga de esta cama, te voy a dar una paliza —bromeo golpeando su brazo.

Cuando me quedo solo, empiezo a preguntarme si tomé la decisión correcta. Mi cerebro me dice que apartarla de mi vida fue lo mejor que pude hacer por ella, pero mi corazón me grita que soy un necio. ¿Cuál de los dos tendrá la razón?

Capítulo 51

Ha pasado una semana desde que me secuestraron. Desde ese fatídico día, no he dejado de tener pesadillas. Algunas noches sueño que la bala atraviesa mi pecho, sintiendo un dolor lacerante que hace que me despierte sudando. Pero otras veces, es Héctor el que recibe el disparo y no sobrevive, y ese dolor, es mucho más profundo que el anterior. Cada vez que sueño con su muerte, despierto gritando entre lágrimas. Cuando eso sucede, intento calmar mi ansiedad recordándome que él sigue vivo, a pesar de que nunca más estará a mi lado.

—¡Buenos días, princesita! —saluda Paula al entrar en la cafetería.

—¡Hola! —la imito tratando de que no vea mi malestar.

—No me digas que estos dos todavía no han llegado —indica mi amiga poniendo los ojos en blanco.

—No creo que tarden demasiado. Carlos ha enviado un mensaje diciendo que acaba de aparcar y Sara hace rato que ha salido de la entrevista de trabajo.

—¡Ojalá que la hayan contratado!

—Eso espero, creo que le irá genial volver a trabajar.

—Sí, porque si se queda más tiempo en casa, Marquitos volverá a hacerle un nuevo bombo —indica entre risitas.

—¡Eso es lo que quisieras tú! —replica Sara que acaba de entrar junto a Carlos.

Después de saludarnos entre besos y abrazos, nos sentamos en la mesa y hacemos nuestro pedido.

—¿Adivinad quién tiene trabajo nuevo?

—¡Enhorabuena, Sara! —la felicito.

—De momento cubriré una baja, pero espero poder quedarme en el centro.

—En cuanto descubran los encantos de mi *puticianta*, seguro que no te dejan marchar.

—¿Y tú? ¿Lo tienes todo preparado? —me pregunta Carlos.

Después de darle vueltas a la oferta que me hicieron mis padres, decidí que viajar con ellos era una gran idea.

—Sí, ya tengo las maletas hechas.

—Te echaremos mucho de menos —dice Sara abrazándome.

—Y yo a vosotros —admito.

—No creerás que te vas a librar de nosotros tan fácilmente, ¿no? Pensamos hacerte partícipe de todos nuestros dramas —bromea Paula, guiñándome un ojo.

—Además, siempre te podemos hacer una visita exprés —explica Carlos.

—Me haría muchísima ilusión, la verdad —confieso.

En cuanto recuerdo el motivo de mi huida, se me hace un nudo en el estómago y no puedo evitar preocuparme por su estado.

—¿Cómo está? —pregunto a Paula.

—Está mejor. Ha tenido que quedarse más días en el hospital porque una de las heridas se le infectó, pero hoy le dan el alta.

—Me alegro de que pueda volver a casa.

—Tú y todas las enfermeras del hospital —indica poniendo los ojos en blanco—. ¡No sabes el mal humor que tiene últimamente! Todas las enfermeras están hasta el kiwi de él.

Sonríó al imaginarme la situación, pero en cuanto recuerdo que nunca más volveré a ver ese

ceño fruncido o esa sonrisa de medio lado, algo se rompe dentro de mi pecho.

—Sigo pensando que sois un par de idiotas —dice Paula al ver el dolor en mi mirada.

—Quizás no estamos destinados a estar juntos. ¡Somos tan diferentes! —explico intentando autoconvencerme.

—Si tú lo dices —suelta no muy segura.

Una vez que dejamos de lado a Héctor, continuamos hablando como si nada hubiera pasado. Ellos saben que es un tema que me duele y rápidamente desvían la conversación hacia otra dirección.

Horas después, me despido de mis amigos entre lágrimas con la promesa de hacernos videollamadas a menudo. Me subo al taxi con un nudo en la garganta y le doy al conductor la dirección de mis padres.

Cuando tomé la decisión de marcharme, dejé mi piso de alquiler y vendí mi coche. Todavía no sé si mi estancia en Galicia será temporal o me quedará definitivamente, por lo que era absurdo que los mantuviera.

En cuanto el taxi se detiene, entro en la casa que me vio crecer y busco a mis padres. Al verlos en la mesa de la salita con una guía de viajes, decidiendo qué lugares quieren visitar, sonrío feliz. Desde que hablamos, nuestra relación ha cambiado, convirtiéndose en la que siempre había soñado.

—No vais a tener suficientes días para todo lo que queréis ver —les advierto.

—¡Hija! No te habíamos escuchado —saluda mi madre dándome un abrazo.

—Ya le he dicho a tu madre que tenemos que seleccionar los sitios que más nos gustan, pero ella está empeñada en visitarlos todos.

—Si no nos da tiempo, siempre podemos quedarnos unos días más —explica mi madre con una gran sonrisa.

Su entusiasmo hace que este viaje sea más especial. Estoy segura de que lo pasaremos de maravilla y que nos irá bien para consolidar más nuestra relación.

—¿Lo tienes todo preparado? —pregunta mi padre.

—Sí, solo tengo que bajar las maletas.

—Perfecto, voy a avisar al chófer para que vaya sacando el coche.



Horas después aterrizamos en tierras gallegas. Durante el vuelo, hemos aprovechado para mirar las guías que mis padres tenían marcadas, hablando de los lugares más emblemáticos de Galicia.

En cuanto salimos de la zona de recogida de equipaje con nuestras múltiples maletas, atravesamos la puerta de llegadas. Mis ojos se llenan de lágrimas en el momento en el que descubro a Santi, con un enorme y estridente cartel de bienvenida.

Dejo las maletas a un lado y salgo corriendo, lanzándome en sus brazos. Su perfume me trae recuerdos de esos maravillosos días que vivimos juntos, y en ese instante, sé que he hecho lo correcto al regresar.

—Hola, *miña* nena —me saluda sin dejar de abrazarme.

—Santi, ellos son mis padres Ignacio y Sofía —los presento.

—Encantado. Tienen ustedes una hija maravillosa.

—Tutéanos, por favor —le pide mi padre—. Y sí, es la mejor.

Una vez hechas las presentaciones, nos subimos a su coche poniendo rumbo a nuestro nuevo

hogar. Hablé con los propietarios de la casa donde me alojé la última vez y tuve la suerte de que estuviera vacía.

En cuanto Santi aparca el coche, una sonriente Auria nos recibe. Salgo a trompicones y corro hacia ella emocionada. Al verme, extiende sus brazos y no dudo ni un segundo en refugiarme en ellos.

—*Benvida, miña ruliña.*

Sus dulces palabras hacen que las compuertas de mis ojos se abran y las lágrimas que he contenido desde hace días, salgan sin control. En el momento en que el aroma de Auria me envuelve, siento que estoy en casa y esa sensación me devuelve la paz que tanto necesitaba.

—Te he echado de menos —admito entre lágrimas.

—*Eu tamén. Xa era hora* —se queja.

Cuando me separo de ella, me doy cuenta de que sus ancianos ojos también están llenos de lágrimas. Emocionada, le presento a mis padres y al verlos juntos, mi corazón se llena de dicha. Después de una breve conversación, Auria arrastra a mi madre para enseñarle con orgullo su corral y, al ver su cara de pánico, no puedo evitar soltar una carcajada.

En el instante en que escucho mi propia risa, me detengo asombrada. Hace tanto tiempo que no reía que me resulta extraño hacerlo.

—¿Estás bien, mi niña? —pregunta mi padre abrazándome por la espalda.

—Todavía no, pero lo estaré.

Tan pronto mi madre se escabulle de las gallinas, Auria insiste en que nos quedemos a comer en su casa y, al ver su entusiasmo, no podemos rechazar su invitación.

Como aún es temprano, decidimos dejar las maletas en la casa y acomodarnos. En cuanto pongo un pie en el interior, un aroma muy familiar invade mis fosas nasales, evocando recuerdos de los momentos que viví aquí durante los meses que escapé para sanar. Este lugar es mi refugio, y cada vez que llego aquí, siento que he regresado a mi verdadero hogar.

Entre que les enseño la casa y dejamos las cosas en nuestras respectivas habitaciones, llega la hora de comer. Caminamos por el sendero hacia la casa de mi vecina y, al acercarnos, un delicioso aroma a comida casera nos envuelve.

—Huele que alimenta —murmura mi padre cerrando los ojos.

Detengo a mis padres justo antes de cruzar la puerta y los observo con el semblante serio. Al ver mi expresión, me miran expectantes.

—Es mejor que os advierta antes de entrar —les informo con tono misterioso—. Auria hace comida para un regimiento, tened cuidado cuando os pregunte si queréis repetir.

—Ay, hija, me habías asustado —inquieta mi madre poniendo los ojos en blanco.

—Mamá, tú no sabes lo que comen aquí —bufo recordando las bacanales que preparan en las casas gallegas—. Siempre creen que estás demasiado delgada y, si no los detienes a tiempo, llenarán tu plato hasta arriba.

—Creo que estás exagerando —dice mi padre riéndose.

—Yo os he advertido —expongo levantando las manos.



Tres horas después, salimos de casa de Auria con la barriga a punto de explotar y los brazos llenos de fiambreras. Tal y como les advertí, mi vecina preparó un verdadero manjar con diferentes platos típicos gallegos: pulpo, churrasco, pimientos de Padrón, caldo gallego, lacón...

y de postre preparó una rosca típica de Pascua que estaba deliciosa. A pesar de la cantidad que comimos, al ver ese dulce trenzado tan esponjoso, no pudimos evitar comer un par de trozos.

Al terminar, seguimos con el café y los licores. Fue muy gracioso ver a mi padre toser desesperado en cuanto probó el auténtico orujo de hierbas casero.

Después de salir de casa de mi vecina prometiéndole que volveríamos pronto, nos marchamos a nuestro nuevo hogar para descansar.

—Hija, es la última vez que no te hago caso —indica mi padre tocándose la tripa.

—Te lo advertí, papá.

—Por suerte, ese licor no solo me ha quemado las entrañas, sino que también ha desintegrado parte de la comida.

Los tres nos miramos y estallamos en carcajadas. Me encanta esta nueva complicidad que ha surgido entre nosotros, y me hace feliz tenerlos a mi lado en este instante.

Sé que el camino no será fácil, pero con ellos y mis amigos, estoy segura de que lograré seguir adelante.

Capítulo 52

Llevo un mes intentando reconstruir mi vida. El día que perdí a Héctor, todo se destruyó y, desde entonces, he estado pegando uno a uno los trocitos de mi corazón roto. Pero, gracias a mi familia y a mis amigos, estoy consiguiendo avanzar y comenzar una nueva vida. Por fin empiezo reír y a ser feliz.

Después del secuestro, Paula me recomendó que fuera a terapia y, a pesar de que en un primer momento me negué, decidí hacerle caso. Yo creía que no me había quedado ninguna secuela de ese fatídico día, pero una noche, al pasear sola por la ciudad, entré en pánico pensando que alguien me seguía. Después de ese incidente, tenía miedo de salir de mi casa y, cuando lo hacía, no dejaba de mirar hacia los lados, esperando que alguien saltara hacia mí desde alguna sombra.

Ir a terapia con Laura me ha permitido retomar el control de mi vida. Ella me ha ayudado no solo a superar el secuestro, sino también a aceptar mi vida sin él. Gracias a su apoyo, he aprendido a quererme y valorarme más, lo que ha reducido mucho mi inseguridad.

Desde que volví a Galicia, he cambiado mi rutina y estilo de vida. Por la mañana, me levanto muy temprano y salgo a correr entre los caminos de la aldea. Me encanta sentir el frescor matutino en mi cara y llenar mis pulmones de ese aire tan puro.

—Buenos días, Joker —saludo a mi acompañante.

Él es otro de mis cambios. Aunque mis padres hubieran querido quedarse más tiempo conmigo, tuvieron que volver a Barcelona una semana después. Las obligaciones de los hoteles les impidieron quedarse más días y se marcharon prometiéndome que volverían pronto a visitarme.

Después de su partida, me sentía un poco sola, así que Laura me sugirió que adoptara una mascota para que me hiciera compañía. Al principio no estaba muy convencida, pero decidí visitar una protectora de animales. Pensé que, aunque no terminara adoptando, podría ayudarles como voluntaria.

¡Qué ingenua fui! En cuanto llegué y descubrí esos ojitos tiernos que me miraban suplicando mi atención, caí rendida a sus pies. Desde el primer momento hubo una gran conexión entre nosotros, por lo que no dudé en rellenar los papeles y llevármelo a casa.

Joker es un Dogo Alemán de color gris oscuro y, a pesar de que puede parecer peligroso por su gran tamaño, es un bonachón. Desde que lo adopté, se ha convertido en mi fiel compañero y me sigue a todas partes.

Como cada mañana, me espera paciente en el recibidor. Lo miro con una sonrisa sabiendo que, en cuanto inicie la marcha, trotará a mi lado sin perderme de vista.

—¿Preparado? —pregunto a mi compañero.

Su ladrido, acompañado del movimiento de su cola, me indica que está listo para nuestro paseo matutino. Antes de correr, me gusta caminar durante unos minutos dando pasos rápidos a modo de calentamiento. Escuchar el trinar de los pájaros y el murmullo de la fuente a lo lejos, es una auténtica maravilla.

Cuando mi cuerpo ya está preparado para el ejercicio, me coloco los auriculares y empiezo a correr. Los primeros acordes de *Master of Puppets* del grupo Metallica suenan, haciendo que mi sangre se active. Mis zapatillas golpean el suelo de manera rítmica mientras el sol apenas empieza a aparecer en el horizonte. Poder correr en medio de este paisaje verde, que parece

sacado de un cuento de hadas, es un verdadero privilegio.

Acelero el ritmo poniendo a prueba mi cuerpo, controlando mi respiración. El aire fresco llena mis pulmones y, aunque siento que los músculos me arden, cada zancada hace que me sienta más libre y me da un motivo para seguir adelante.

Una hora después, mi teléfono suena interrumpiendo mi banda sonora. Me detengo resoplando mientras acaricio la cabeza de Joker, que me mira esperando mis instrucciones.

—Sit —le ordeno.

Una vez que mi fiel compañero se sienta obedeciéndome, saco el teléfono de la banda que llevo en el brazo y sonrío al ver quien me está haciendo una videollamada.

—Hola, Pauli. ¡Si que estás madrugadora hoy! —le saludo.

—¡No me hables! Esto de ser madre es agotador —se queja poniendo los ojos en blanco.

A pesar de sus quejas, me consta que adora a sus niños y que no los cambiaría por nada del mundo.

—Oye, estás muy colorada, ¿no? ¿Te he pillado dándole a la matraca? —pregunta alzando las cejas.

—¡Qué bruta eres! He salido a correr con Joker.

—Ay, mi Joker, qué bonito es mi chico —grita a través del teléfono como si hablara a uno de sus hijos—. ¿Quién es el perrito más guapo del mundo? ¡Te como la cara!

Mi perro, que ya conoce la voz estridente de mi amiga, meneas sin parar la cola, contento con sus halagos.

—Lo tienes enamorado solo con tu voz —admito.

—Él sí que me tiene loquita.

—¿Qué tal todo? —pregunto.

—Bien... Esto yo...

—No quiero saber nada de él, te lo ruego —la interrumpo.

—Ya lo sé. Me duele tanto ver a dos de las personas que más quiero sufrir por idiotas...

—Paula...

—¡Está bien! Prometí no meterme y no lo haré. ¡Pero me jode!

—Gracias —murmuro.

—¿Cómo va tu libro?

—Casi lo tengo terminado.

—¿En serio?! —grita dejándome sorda—. ¡En cuanto cuelgue me pongo a buscar modelito para la ocasión!

—¿Qué dices? —pregunto confundida.

—Estoy segura de que será todo un *Best Seller* y quiero tener el vestido más explosivo e impresionante de la gala.

—¡Estás como una cabra! —me carcajeo al escuchar sus ocurrencias.

—¿Cuándo crees que lo terminarás?

—No lo sé, estoy atascada con el final —admito derrotada mientras camino de vuelta a casa.

—¿Y eso?

—Después de cómo terminó mi historia de amor, no me siento demasiado inspirada para escribir un final feliz. Estoy por matar a alguno de los protagonistas para que sufran.

—Aunque me encanta esta faceta sádica tuya, no creo que quedara muy bien ese final para una novela romántica, la verdad.

—Lo sé —suspiro—. Por eso no consigo terminarlo.

—Bueno, tranquila. Seguro que te llegará la inspiración en algún momento.

—Eso espero.

Continúo caminando mientras Paula me cuenta las novedades que ha habido desde la última vez que hablamos y, en cuanto llego a casa, me despido de ella. Hoy he quedado para desayunar con Santi y, si no me doy prisa, llegaré tarde.

Después de llenar el cuenco de agua de Joker, el cual se bebe en un instante, me meto en la ducha. En cuanto salgo, me pongo ropa cómoda y me subo a mi nuevo coche. Sí, esa es otra de mis novedades.

Cuando llegué a Galicia, pensé en comprarme un coche de segunda mano, pero mis padres insistieron en regalarme uno nuevo. Al principio, me resistí a aceptar un regalo tan grande, pero ellos me rogaron que lo tomara como una forma de compensar todos los años perdidos. Aunque sé que nada podrá compensar eso, decidí aceptarlo para que se sintieran mejor.

Abro la puerta trasera de mi Jeep Wrangler y dejo pasar a Joker, que entra al interior de un salto. Cuando digo que se ha convertido en mi protector, es por algo.

Conduzco hasta Padrón cantando las canciones que van saliendo en la radio y, en cuanto aparco, camino hacia la cafetería. En cuanto veo a mi cita de hoy, sentado en una de las mesas de la terraza, me acerco a él y lo saludo.

—Bos días.

—Bos días, *rapaciña*. Al final te volverás una auténtica nativa —me saluda Santi mientras acaricia la cabeza de Joker—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, de verdad. No es necesario que me hagas esa pregunta cada vez que nos vemos. Sabes que he conseguido seguir con mi vida.

—Lo sé, y estoy muy orgulloso de ti.

—Por cierto, ¿tienes algo que contarme? —pregunto alzando las cejas.

—¿Yo? ¡Qué va! —contesta demasiado rápido.

—Mentir a una amiga es algo muy feo —lo regaño bromeando.

Santi, en cuanto descubre que lo he pillado, apoya su espalda en la silla y se cruza de brazos, mirándome con los ojos entrecerrados.

—¿Quién se ha ido de la lengua? —pregunta con el ceño fruncido.

—Santi, te conozco. Últimamente estás muy raro y te recuerdo que soy muy observadora.

—¡Está bien! ¡Lo confieso! Me gusta Lúa —admite susurrando la última parte de la frase.

—¡Lo sabía! ¿Y ella lo sabe?

—¿Bromeas? Con las veces que la he rechazado, seguro que me manda a freír espárragos —se lamenta poniendo los ojos en blanco.

Lo observo con atención y me conmueve ver preocupación en sus ojos. Al parecer, después de muchos años de amistad, Santi ha terminado enamorándose locamente de Lúa. Es algo que no tenía previsto y eso lo está descolocando.

—Sabes que he sufrido mucho por Héctor, pero aún lo sigo queriendo y, a pesar de todo, estaría dispuesta a darle otra oportunidad. Aunque parezca difícil de entender, es posible que Lúa sienta lo mismo. Si no lo intentas, nunca sabrás si hubiera sido posible —lo animo.

—Tienes razón. *Nunca choveu que non escampara* —admite cerrando los ojos—. Le enviaré un mensaje y quedaré para hablar con ella.

—¡Así se habla!

—Vaya, veo que cada vez entiendes más el gallego —indica guiñándome un ojo al ver que no le he preguntado el significado de su expresión.

—He aprendido del mejor.

Aunque creo que no necesita hacer nada en particular, pasamos todo el desayuno hablando

sobre las posibles estrategias que llevar a cabo para conquistar a Lúa. Me consta que ella sigue enamorada de él y, en cuanto sepa que Santi siente lo mismo, no se lo pensará. O al menos eso espero.

En cuanto llego a casa, me siento delante del escritorio y enciendo el ordenador. De camino, le he dado muchas vueltas a mi bloqueo. Tal y como le he dicho a Paula, todavía me siento dolida por cómo terminó nuestra historia y eso hace que no consiga dar con un bonito final. Mientras conducía, he pensado que sería buena idea escribir el final que a mí me hubiera gustado.

Coloco los dedos encima del teclado y, pensando en las sensaciones que sentía cuando estaba a su lado, dejo volar mi imaginación.

Capítulo 53

Héctor

—Tío, últimamente no hay quien te soporte —se queja Niko.

—Pues si te molesta, ya sabes dónde está la puerta.

—¿Sabes que eres un desagradecido? Entre todos nos estamos dejando el culo por echarte una mano y tú lo único que haces es ladrarnos como un perro.

Miro a mi hermano con atención y me doy cuenta de que tiene razón. Mi humor no es el mejor desde que Irene se marchó.

«Dirás mejor, desde que la echaste de tu vida». Me recuerda mi conciencia.

—Lo siento, Niko. Tienes razón —admito derrotado—. No estoy pasando por mi mejor momento y lo he pagado con vosotros.

—Todo sería más sencillo si admitieras que la has cagado.

—Ya te he dicho...

—Bla, bla, bla... —se burla de mí—. ¡No dices más que tonterías! Estoy harto de ver cómo te hundes en la mierda día tras día y dudo que ella esté mejor que tú. ¿¡Pero qué sabrá un niño como yo!?

¿Es posible que mi hermano pequeño haya madurado? Justo cuando voy a hacer una réplica de su discurso, el timbre de mi casa nos interrumpe.

Ha pasado un mes desde que entré en el hospital y, aunque estoy casi recuperado, sigo llevando el cabestrillo. Desde ese día, no he conseguido pasar tiempo a solas porque todos se empeñan en ayudarme y, aunque agradezco su apoyo, empiezo a sentirme asfixiado.

—Hola, vikingo. Te ves bien para haber estado en el infierno —me saluda Morgue entrando agarrado de la mano de Lucía.

—Por lo que me contaron, ese día tú tampoco saliste intacto.

—No fue gran cosa, pero todo valió la pena.

Él me sonríe de medio lado y desvía su mirada hacia ella. Ver la manera en la que se miran, hace que algo se remueva dentro de mí.

—Hola, Héctor —me saluda Lucía con timidez—. Hace días que queríamos venir a hacerte una visita, pero hemos esperado a que estuvieras recuperado del todo.

La emoción que transmite su mirada me muestra lo que me quiere decir, antes de que empiece a hablar.

— Gracias por todo lo que hiciste por mí. Me ayudaste a pesar de ser la mujer de Abel, y nunca lo olvidaré.

—Cualquiera hubiera hecho lo mismo —replico quitándole importancia.

—Eso no es verdad y lo sabes. Por mi culpa has perdido a alguien muy importante para ti y no sabes cuánto lo lamento.

—Irene no se merece que la vuelva a poner en peligro.

—Eso debería decidirlo ella, ¿no crees?

—¿Queréis tomar algo? ¿Un café, un refresco? —pregunta Niko haciendo de anfitrión.

—Claro. Te acompaño a la cocina y te echo una mano —indica Lucía dejándonos a solas.

Por un instante, pienso en sus palabras y llego a la conclusión de que, aunque ella decidiera

arriesgarse conmigo, nunca lo permitiría.

—Si hay algo que he aprendido en esta vida, es a luchar por lo que quiero. Durante años, he tenido que soportar ver a la mujer que amaba con otro. Al principio me mantuve al margen porque pensaba que ella era feliz, pero al darme cuenta de que se estaba consumiendo, decidí sacarla de allí, incluso si eso implicaba arriesgar mi propia vida.

—No es lo mismo. Vosotros sois del mismo mundo.

—Es posible, pero también nos arriesgamos. ¿O crees que solo podemos perder a quien amamos porque un psicópata pierda la cabeza? Siento ser yo quien te diga que la vida está llena de peligros. Es posible que tengamos un accidente o que nos diagnostiquen una enfermedad, pero esa posibilidad no me impedirá amarla hasta el último de mis días. Lucía es lo mejor que me ha pasado en la vida y prefiero arriesgarme junto a ella, que vivir anhelando su contacto.

—No puedo permitir que alguien con tanta luz, viva rodeado de esta oscuridad.

—Hablas de que tu oscuridad pueda apagar su luz, pero ¿te has planteado que es posible que su luz elimine esas tinieblas para siempre?

¡Joder con Morgue! Sus palabras me han dejado impactado y han hecho que, por primera vez, dude de mi decisión. Siempre había creído que era una persona fría y sin escrúpulos, pero supongo que el amor nos cambia a todos.

Después de hablar sobre la nueva condición de *los hijos de Caín*, ambos se despiden y se marchan de mi piso.

—Necesito estar solo —le digo a mi hermano mientras me encierro en mi habitación.

Me tumbo en la cama y, con la mirada fija en el techo, reflexiono sobre lo que me han ido diciendo estos días y que he decidido ignorar.

De repente, una idea surge en mi mente. Después de darle muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que no solo la estaba protegiendo a ella. Al apartarla, también me protegía a mí mismo, ya que de este modo evitaba sufrir si algo malo le ocurriera. Pero ¿acaso he dejado de padecer al haberla sacado de mi vida?

Me bajo de la cama y, dando vueltas por mi habitación, hago una llamada que podría cambiar mi vida para siempre.

—Hola, bombón. ¿Cómo estás?

—Hola, pelirroja. Necesito tu ayuda. Quiero recuperar a Irene —expongo sin andarme por las ramas.

—¡Joder! ¡Menos mal! ¡Aleluya! Parece que todos mis rezos y sacrificios hechos a los espíritus, han dado su fruto.

—¡Espera! ¿Sacrificios? —pregunto asustado.

—Nada, no te preocupes. Una gallinita sin importancia que...

—¡No me jodas, valkiria! —exclamo.

—Con lo grande que eres y lo ingenuo que pareces algunas veces —suelta la muy lianta riéndose a carcajadas.

—Nena, de ti me lo esperaría.

—Está bien que me creas capaz de cualquier cosa porque, como vuelvas a romperle el corazón a la rubia, el sacrificio lo haré contigo. ¿Te queda claro?

—Claro como el agua. Pasaré hasta mi último maldito día intentando que Irene sea la mujer más feliz del planeta.

—Me vale. ¿En qué habías pensado?

—Precisamente te he llamado para que me iluminaras con tu sabiduría.

—¿Me estás haciendo la pelota? Sigue así, vikingo, que vas bien.

—¿Se te ocurre algo? ¿Crees que sería buena idea plantarme en su casa?

—Si estás dispuesto a coger un avión...

—¿Qué quieres decir?

—Que hace un mes que se ha ido a vivir a Galicia y, siento decirte, que parece que no tiene intención de volver.

—¡Joder!

—Vikingo, si quieres recuperarla tenemos que pensar en algo grande y es posible que tengas que hacer algunos sacrificios. ¿A qué estás dispuesto?

—A todo.

Nunca he hablado tan en serio. Por ella estoy dispuesto a bajar al mismísimo infierno si fuera necesario, porque sé que todo habrá valido la pena si consigo volver a su lado.

Capítulo 54

Abro los ojos al escuchar el canto mañanero del gallo de Auria. Me bajo de la cama y abro los porticones para que la luz y el fresco que tanto me gusta, invada mi habitación.

Esta mañana se me han pegado las sábanas y no he salido a correr, pero he tenido un buen motivo. Ayer estuve despierta hasta las tantas y por fin conseguí escribir ese final que tanto había soñado.

Antes de meterme en la cama, le envié un correo electrónico a mi correctora con el manuscrito y cerré los ojos orgullosa por mi trabajo.

Bajo a la cocina canturreando y, después de prepararme el café y sentarme en la mesita del patio, decido hacerles una videollamada a mis amigos para compartir mi felicidad con ellos.

—Buenos días, chicos —los saludo en cuanto los tres se conectan.

—¡Hola, rubia! ¿Ya has vuelto de tu corrida matutina? —pregunta alzando las cejas.

—Qué mente más calenturienta tienes —apunta Sara resoplando.

—Eso es lo que me dice tu hermano, pero a diferencia de ti, a él le encanta.

—¡Puaj! —se queja Sara metiéndose los dedos en la boca fingiendo una arcada.

—Haya paz, chicas. ¿Qué tal todo, Irene? —interviene Carlos.

—¡Genial! ¡Hoy me siento más feliz que nunca!

—Demasiado contenta te veo... No habrás conocido a alguien, ¿no? —pregunta Paula asustada.

—No es eso.

—Ufff, menos mal —resopla aliviada.

—Paula... —la regaña Carlos—. ¿Qué es lo que ha ocurrido para que estés tan feliz?

—¡Por fin he terminado mi libro! —exclamo sonriendo.

—¡Esa es una gran noticia! —grita Sara.

—¡Toma ya, esa es mi rubi! Que sepas que yo ya he escogido el vestido para la gala.

—¿Qué dice esta loca de una gala? —inquieta Carlos confundido.

—No le hagas caso, está empeñada en que me haré famosa cuando publique mi libro.

—No me cabe duda, rubia. De eso me encargo yo.

—Miedo me das.

—Nosotros también tenemos una sorpr.. —empieza Sara.

—¡Vamos a ir a verte! —se adelanta Paula, interrumpiendo.

—Y una vez más, el factor sorpresa se ha ido a tomar por culo —se queja Carlos poniendo los ojos en blanco.

—¿En serio? ¡Qué ilusión!

—Parece que los astros se han alineado.

—Los astros o tu amiga la loca que no ha parado de presionarnos hasta que hemos conseguido ponernos de acuerdo con el día.

—Carlitos, ya era hora de que te tomaras un descanso. Además, cuando vuelvas a tu casa relajado con ganas de pegarle un buen polvo a tu maridito, me lo agradecerás.

—Ya tenemos los billetes —explica Carlos ignorando a Paula.

—¿Qué día llegáis?

—El miércoles de la semana que viene y nos volvemos el domingo —indica Sara enseñando los billetes a través de la cámara.

—¡No sabéis lo feliz que me hace saber que pronto os tendré a mi lado!

—Nosotros también estamos deseando darte un achuchón, rubia —confiesa Carlos.

Después de hablar sobre los lugares a los que los llevaré cuando lleguen a Galicia, nos despedimos ilusionados por volver a vernos.



Unos días después, recibo la llamada de mi correctora. Al parecer, la historia le ha encantado y, después de hacer la primera revisión, quedamos para volver a hablar la semana siguiente.

Faltan dos días para que lleguen mis amigos y estoy muy nerviosa. Quiero que todo sea perfecto y, desde que supe que iban a venir, fui planeando la ruta de los lugares que visitaremos.

—Hola, *miña ruliña* —me saluda Auria.

—Bos días —contesto.

—¿Ya lo tienes todo listo? —pregunta señalando el itinerario que estoy haciendo con mi ordenador.

—Sí. ¡Todavía no me creo que unos días los tendré aquí!

De repente, una preciosa mariposa empieza a revolotear a mi alrededor posándose encima de mi brazo. La observo con atención, admirando sus colores marrones y naranjas que le dan un aspecto atigrado.

—*Unha bolboreta* —dice Auria señalando la mariposa.

—Bolboreta, qué palabra tan bonita.

—Se vienen cambios, *miña nena* —murmura sin dejar de mirar ese precioso espécimen.

—¿A qué te refieres?

—*Cada cosa no seu tempo* —indica misteriosa.

No sé si las meigas de las que tanto hablan por aquí son reales, pero cuando Auria me mira como si pudiera leer mi alma, siento que es capaz de ver más allá.

El sonido de un coche interrumpe este momento tan místico. Santi baja del vehículo y, cuando me mira sonriendo de medio lado, sé que trae buenas noticias. Ayer finalmente quedó con Lúa y, por su cara de felicidad, puedo deducir que todo ha ido bien.

—¿Dónde está la abuela más guapa de Galicia? —pregunta el muy zalamero dándole besos por toda la cara.

—¡Quita! ¡No seas baboso!

A pesar de que su abuela lo regaña, la sonrisa que llega hasta sus ojos me confirma que, en realidad, le gusta que su nieto sea tan cariñoso.

—Voy a darle de comer a mis gallinas —se excusa para dejarnos a solas.

Observo con atención a Santi, el cual no deja de sonreír como un tonto y, en cuanto perdemos de vista a su abuela, golpeo su brazo para que hable de una vez.

—¡Auch! —se queja fingiendo que le he hecho daño.

—¡No seas quejica! Un hombre de campo como tú, quejándose porque una pobre chica de ciudad lo golpea. Ya estás cantando —inquiero con impaciencia.

—¡Está bien! —accede levantando las manos—. Solo te diré que tenías razón.

Con ojos de enamorado me cuenta que llevó a Lúa a pasear por Santiago de noche y que, entre sus calles empedradas y con la Catedral iluminada, le confesó lo que sentía por ella.

—Te juro que al principio pensé que no tenía nada que hacer. Lúa se quedó callada en cuanto le abrí mi corazón y, por un momento, creí que había llegado demasiado tarde.

—¿Y qué te dijo?

—No dijo nada, solo se puso a llorar —me cuenta emocionado.

—¡Pobrecita!

—Me puse muy nervioso porque no sabía qué hacer para consolarla, pero al final comprendí que esas lágrimas eran de felicidad. Después fuimos a un mirador con el coche y estuvimos hablando toda la noche. No me mires así —me regaña—. Solo hablamos, no pasó nada entre nosotros.

—¿Nada? —pregunto al no creer que pudiera mantener sus manos alejadas de ella.

—Solo nos besamos —admite sonrojado.

—Me alegro tanto por ti, Santi. Eres maravilloso y te mereces lo mejor.

—¿Sabes? Ahora me alegro de que me dieras calabazas —bromea chocando nuestros hombros.

—¡Vaya, muchas gracias! —exclamo haciéndome la ofendida—. Por cierto, he pensado que este viernes podía llevar a mis amigos a la pulpería Rial.

—Me parece un buen plan —indica guiñándome un ojo.

—Avisa a los chicos por si quieren apuntarse. Cuantos más seamos, más nos reiremos.

—Luego les doy un toque.

Entre bromas y anécdotas recordando mis primeros días en Galicia, pasamos la mañana hablando. Aunque me hace muy feliz ver la dicha de mi amigo, no puedo evitar sentirme celosa al pensar que hace poco yo me sentía igual de eufórica que él.

¿Cómo estará Héctor? ¿Se habrá recuperado de sus lesiones? Cada vez que hablo con Paula, tengo la tentación de preguntarle por él, pero al final me callo sabiendo que lo mejor para mí es no saber nada de él. Contacto cero, lo llaman.

No sé si algún día funcionará, pero por el momento no tener contacto con él no me está ayudando a olvidarlo. ¿Por qué las relaciones tienen que ser tan complicadas? Después de meditarlo, llego a la conclusión de que las relaciones no son difíciles, el problema somos nosotros, que lo complicamos todo.

Solo espero que algún día, al recordarlo, lo haga con una sonrisa en la cara y no con un dolor punzante en el pecho.

Capítulo 55

Héctor

Levanto la mirada hacia el imponente edificio que tengo delante y, por un momento, pienso si ha sido una buena idea presentarme aquí sin avisar. Para infundirme valor, recuerdo la conversación que tuve con Paula esta mañana.

—*Tienes que hacerlo, vikingo —afirma mi amiga.*

—*Ella nunca se ha llevado bien con sus padres, ¿por qué coño voy a tener que hablar con ellos?*

—*Porque el día que la secuestraron hicieron las paces y desde entonces su relación ha cambiado.*

—*¡Joder! ¡No van a aceptar nunca que su princesa salga con un expresidiario!*

—*¿No eras tú el que me dijo hace unos días que estabas dispuesto a todo?*

—*Sí, pero... —replico.*

—*¡De peros nada! No me seas gallina y actúa ya. Se nos termina el tiempo.*

—*¡Está bien! Hablaré con ellos —indico derrotado.*

—*No pongas esa cara, tú solo sé sincero y todo saldrá bien.*

Aturdido, muevo mi cabeza volviendo al presente mientras me acuerdo de los antepasados de la lianta de mi amiga.

—*¿Desea algo, señor? —pregunta una empleada mirándome con recelo.*

Llevo unos diez minutos delante de la puerta sin hacer ningún movimiento e imagino que mi actitud le ha parecido sospechosa.

—Buenas tardes, vengo a hablar con los señores de la casa. —*¡Joder! Qué bien hablo cuando quiero.*

—*¿Y usted es?*

—Héctor Díaz.

—*Espéreme aquí, iré a anunciarlo.*

Tanta pomposidad me pone los pelos de punta. Golpeo el suelo con la suela de mi desgastada bota para calmar mis nervios y entonces caigo en la cuenta de mis pintas. ¿Tendría que haberme arreglado para causarles buena impresión? Definitivamente no. Su hija se enamoró de mí por lo que era y no pienso fingir ser otra persona.

—*Puede pasar, caballero —indica haciéndome un gesto con la mano—. Por aquí.*

Sigo a la empleada a lo largo de un extenso pasillo hasta que llegamos a una puerta tallada. La mujer golpea la madera con los nudillos para anunciar nuestra presencia y, tan pronto como una voz le da permiso para entrar, abre la puerta y me hace un gesto con la mano para que la siga.

En cuanto coloco un pie dentro de esa refinada sala, soy consciente de que no tengo nada que hacer. Somos de mundos totalmente opuestos y entendería que no quisieran que un paria como yo, esté cerca de su hija.

—Buenas tardes —los saludo—. Soy Héctor.

—Sabemos quién eres, querido —indica su madre mirándome altiva.

¿No me había dicho Paula que su madre había cambiado y que por fin se había quitado el

palo del culo? ¡Cuando la vea, voy a matarla!

—He venido para hablar de su hija.

—Imagino que no habrás venido a pedir dinero —murmura su madre sarcásticamente.

—Cariño... —la regaña su marido colocando una mano en su pierna—. Continúe, por favor.

—Verán, he venido hasta su casa para decirles que quiero recuperar a su hija.

—¿Necesitas nuestra aprobación? —escupe su madre.

—En realidad no —admito tajante—. Voy a recuperarla con o sin su apoyo.

—Será...

—Sofía, deja que hable.

—No sé si su hija les ha contado el motivo de nuestra ruptura, pero el culpable de que lo nuestro terminara, fui yo. Como sabrán, vengo de un entorno muy humilde y un tanto conflictivo y decidí alejarme de ella para no ponerla en peligro.

—A buenas horas —murmura la madre.

—Solo he venido a decirles que amo a su hija más que a mi propia vida y que haré lo que haga falta para hacerla feliz. No les puedo prometer que todo sea idílico, pero les juro que me dejaré la piel intentándolo.

Los padres de Irene se miran serios y, cuando creo que van a llamar a seguridad para echarme a patadas, me sonríen.

—Bien dicho, hijo —me elogia su padre.

—Me gusta cómo se ha expresado, ¿a ti no? —pregunta mirando a su marido—. Esperaba algo un tanto más macarra, pero me ha encantado que nos haya abierto su corazón.

—¿Me he perdido algo?

—Querido, esta mañana hablamos con Paula y nos contó que vendrías a vernos.

—Será hija de... —susurro.

—Ella nos ha puesto al día de vuestros planes y estamos muy felices de que al fin te hayas decidido a luchar por ella.

—Pero si soy un delincuente —confieso mirando a su madre.

—Exdelincuente —dice guiñándome un ojo—. Dejémonos de tonterías y vayamos al despacho. Tenemos que terminar de urdir la última parte del plan.

Sorprendido, sigo a los padres de Irene hasta llegar a una habitación con un gran escritorio de roble en medio. Observo todo con atención y me siento intentando no tocar nada de lo que se encuentra en el interior. Solo de pensar lo que puede costar el horrible jarrón que tengo a mi derecha, empiezo a sudar.

—Está bien, ¡pongámonos manos a la obra! —exclama su padre sonriendo.



En cuanto salgo de la mansión no me puedo creer lo surrealista que ha sido todo. Lo último que pensaba al llegar, era que los padres aceptaran nuestra relación y que nos ayudaran en nuestro descabellado plan.

Antes de subirme a la moto, entro en el grupo «Operación recuperar a la Rubia» que Paula creó hace unos días, para contarles cómo ha ido la reunión con sus padres.

Héctor:

Acabo de salir de la casa de sus padres.

Sara:

¿Y qué tal ha ido?

Carlos:

¿Te han torturado?

Héctor:

Eso preguntárselo a vuestra amiga.

Carlos:

¿A Paula?

Sara:

Pauliiii, ¿qué has hecho?

Paula:

¿Yo? ¡Si soy una santa!

Carlos:

Ya estamos con lo de santa...

Héctor:

*Vuestra querida amiguita me envió
a la boca del lobo y se olvidó de explicarme
que ella ya había hablado con los padres
para contarles nuestro plan.*

Sara:

¡¡Pauli!!

Carlos:

¡La madre que la parió!

Paula:

*¿De verdad pensabais que lo iba a dejar
solo ante el peligro? Sé que los padres de
Irene han cambiado, pero se han portado
fatal con mi amigo y tenía que asegurarme
que estaban de nuestra parte.*

Cuando leo el mensaje de mi pelirroja, las ganas que tenía de matarla se esfuman de un plumazo. Saber que se preocupa tanto por mí, hace que me emocione al pensar en lo afortunado que soy teniéndola a mi lado.

Carlos:

*Pero hubiera estado bien que lo avisaras,
¿no crees?*

Paula:

¡Entonces no habría tenido gracia!

Héctor:

Eres una pequeña bruja.

Paula:

Dime algo que no sepa.

A pesar del mal rato que he pasado, sonrío con sus ocurrencias. En realidad, creo que, venir a hablar con sus padres, ha sido lo mejor que he podido hacer. Aunque mi amiga les haya contado mis intenciones, me alegro de haberles dejado claro lo que siento por ella.

Paula:

Bueno, entonces todo sigue en marcha, ¿no?

Héctor:

Sí, los padres nos ayudarán en todo lo que necesitemos.

Carlos:

¡Perfecto!

Sara:

Ahora toca la parte más difícil. Recuperarla.

Sé que Sara tiene razón, pero, por primera vez, tengo la esperanza de que algo me salga bien. Después de todo lo que he pasado en mi vida, siento que merezco ser feliz. Tengo que recuperarla como sea y no me rendiré hasta que lo consiga.

Capítulo 56

Me pongo de puntillas buscándolos entre la multitud. Cada vez que la puerta se abre, el corazón me da un vuelco, pero cuando descubro que no son ellos, bufo nerviosa. Saco mi teléfono del bolso y vuelvo a mirar, por quinta vez, la hora de su vuelo. ¿Habrá ocurrido algo?

—Rubiiiiiiiiiiii —escucho a alguien gritar.

Me giro sonriendo al saber quién es la loca que está gritando en medio del aeropuerto de Santiago y corro hacia sus brazos abiertos.

—Pauli, no sabes cuánto os he echado de menos —confieso sollozando.

—Y nosotros, rubia —admite emocionada—. ¡Pero basta ya, que me vas a llenar el jersey de mocos!

Me alejo de ella consciente de que lo ha dicho con la intención de animarme, y al ver sus ojos llenos de lágrimas, confirmo mis sospechas.

—¡Cariño! —exclama Sara abrazándome con fuerza.

Sus abrazos son de esos que te curan el alma. Esos que son dados de todo corazón y que se convierten en un balanceo bailarín. Nunca antes había sentido un abrazo tan sanador como los de ella.

—¿Y para mí no hay mimos? —se queja Carlos haciendo un puchero exagerado.

—¡Ven aquí, anda! —le pido emocionada.

Durante un instante permanecemos abrazados, perdiendo la noción del tiempo. Tan solo hace un mes que no los veo, pero al tenerlos cerca he recordado cuánta falta me hacían.

—Venga, vámonos que Santi nos espera en el coche.

Caminamos hacia la salida hablando sin parar. Cuando las puertas se abren, vemos mi coche a lo lejos y a Santi agarrando la correa de Joker, que mueve la cola nervioso.

—¡¿Has venido con mi niño?! —pregunta Paula emocionada—. ¿Dónde está mi chico precioso? ¡Te como la cara!

En cuanto Joker la escucha, da un fuerte tirón haciendo que Santi pierda el equilibrio y suelte la correa. Al ver a mi perro correr como si fuera un caballo de carreras hacia el cuerpo menudo de mi amiga, cierro los ojos esperando lo peor.

Al abrirlos, rompo a reír a carcajadas al ver la escena. Paula está tumbada en el suelo muerta de risa mientras un cariñoso Joker no para de darle besos en la cara.

—Se veía venir —indica Carlos.

—Pauli, ¿estás bien? —pregunta Sara, preocupada.

—De maravilla, *puticenta*.

Después de calmar a Joker para que mi amiga pueda levantarse del suelo, nos metemos en el coche y ponemos rumbo a mi casa. De camino, les cuento todo lo que he planeado para estos días, pero me callo al ver que se miran de reojo.

—¿Todo bien? —cuestiono desconfiada.

—¡Claro, claro! —exclama Carlos nervioso.

—Rubia, entre visitas y excursiones, ¿has calculado tiempo para que podamos mear?

—¡Pauli! —la regaña Sara.

—¿Qué? Yo solo he dicho lo que estábamos pensando todos —se defiende alzando las manos.

—¿Me he pasado planeando? —pregunto insegura.

—Un poco, rubia. Es genial que podamos hacer turismo, pero en realidad hemos venido para estar contigo, así que no es necesario que nos agobiemos haciendo excursiones interminables — explica Sara.

—Tenéis razón. Nos lo tomaremos con calma.

—¡Esa es mi rubi!

En cuanto Santi aparca el coche delante de mi casa, sonrío al ver la mirada impresionada de mis amigos.

—Cariño, esto es precioso. No me extraña que siempre quieras volver.

—No sé cómo explicarlo, pero cada vez que llego a esta casa, siento que he vuelto a mi hogar.

—¡Hola, *rapaces*! —nos saluda mi vecina con una cesta de huevos en la cabeza.

—¿Lleva una cesta en la cabeza? —pregunta Paula sorprendida.

—Sí —admito riéndome—. ¡Hola, Auria! Ven, que te presentaré a mis amigos.

En cuanto hago las correspondientes presentaciones, me doy cuenta de que Paula no deja de mirar la cesta de Auria y, por un momento, temo lo que vaya a soltar por su boca.

—¿Cuánto tiempo puede llevar la cesta en la cabeza? —pregunta con curiosidad.

—El que quiera, y no me llares de usted que me haces más vieja —responde ella sonriendo.

—¿Podrías enseñarme?

—¿Y para qué quieres tú aprender eso? —inquieta Carlos confundido.

—Tengo tres hijos. No sabes lo difícil que es cargarlos todos a la vez.

—¿¡No estarás pensando en llevar a uno de tus hijos en la cabeza, verdad!? —exclama Sara asustada.

—Puede... eso sería de mala madre, ¿verdad? —pregunta pensativa.

—¡No digas tonterías, *miña nena*! En mi época teníamos tantos hijos que teníamos que espabilarnos como fuera. Ni te llegas a imaginar los inventos que he tenido que hacer cuando era joven —explica mi vecina mientras se lleva a Paula a un lado para contarle sus aventuras.

—¡Me encanta esta mujer! —indica Paula girándose con una sonrisa.

—Mi abuela y Paula juntas, ¡qué miedito! —dice Santi fingiendo un escalofrío.

Entre risas, entramos en la casa y preparamos algo para picotear. Después de que mi vecina le cuente todos sus secretos, Paula se une a nosotros diciéndonos que se ha declarado presidenta del club de fans de Auria.

Al rato, mi vecina entra por la puerta con una gran olla y todos nos sorprendemos de que, una mujer tan pequeña pueda cargar algo tan pesado.

—¿*Queredes polbo*?

—¿Qué nos acaba de ofrecer tu abuela? —cuestiona Paula abriendo mucho los ojos.

—Pauli, *polbo* es pulpo en gallego —explico muerta de la risa.

—¡Joder, qué susto! Por un momento pensé que me estaba ofreciendo otra cosa.

Después de aclarar este malentendido entre risas, Auria saca el pulpo de la olla y lo trocea en los típicos platos de madera. Lo aliña con aceite de oliva, le echa un poco de sal y por último el pimentón.

—Este plato de aquí lleva pimentón picante, para los valientes —explica guiñándonos un ojo.

—¡Esto está delicioso! —exclama Sara.

—Me tienes que dar la receta —suplica Carlos poniendo los ojos en blanco mientras lo saborea.

Las horas van pasando entre risas y, cuando nos damos cuenta, ya se ha hecho de noche. Los observo con atención mientras hablan y me emociono al ver lo bien que se llevan. Cada una de

estas personas, forman parte de la familia que he escogido y no puedo sentirme más orgullosa de ellos.

—¿Estás bien? —pregunta Sara al ver la emoción en mis ojos.

—No podría estar mejor —admito.



Junto a ellos, el tiempo está pasando demasiado rápido. Hoy hace dos días que llegaron y, aunque en mi *planning* tenía organizado varios itinerarios agotadores, decidimos tomarnos un descanso. El día anterior lo pasamos caminando y, cuando nos fuimos a dormir exhaustos, decidimos que hoy sería mejor quedarnos en casa.

Cuando me levanto, la casa sigue en completo silencio. Me preparo un café y salgo al patio para admirar las vistas. Me siento en el balancín dándome pequeños impulsos con los pies mientras caliento mis manos en la taza.

Cierro los ojos después de dar un largo trago y presto atención a los primeros sonidos de la mañana.

—Buenos días, galleguina —indica Carlos.

—¿Las mujeres siguen dormidas? —pregunto haciéndole un hueco en el balancín.

—Sara está duchándose, pero Paula sigue roncando como una camionera.

—Ojalá pudierais quedaros aquí más días —confieso apoyando mi cabeza en su hombro.

—Pues sí, es una putada estar tan lejos.

—¿Me dejáis un sitio?

—Claro —contesto a Sara—. Os voy a echar mucho de menos.

Durante unos instantes nos quedamos en silencio. Lo único que se escucha es el piar de los pájaros y el sonido de nuestros pies mientras nos balanceamos.

—¿Qué hacéis? —murmura Paula desde la puerta con cara de dormida.

—Grabando en mi retina este momento, para recordarlo cuando no estéis aquí.

—Pues entonces hagamos que sea memorable —dice Paula mientras se tumba encima de nosotros, haciendo que el balancín se mueva descontroladamente y caigamos al suelo entre risas.

—Definitivamente este momento será inolvidable —admito riéndome.

Una vez que todos estamos despiertos, vamos a la cocina y nos preparamos el desayuno. Les hago unas tostadas con los huevos de las gallinas de Auria y ellos, al probarlos, cierran los ojos encantados con su sabor.

—¿Cómo es posible que no hayas ganado diez kilos? —se interesa Paula—. Si yo viviera aquí, ya no cabría por la puerta.

—Supongo que es mi constitución —admito sin saber qué responder.

—¡Jodidos pijos! —bromea mi amiga haciéndonos reír.

Después de desayunar empezó a llover, por lo que sacamos los juegos de mesas y pasamos la mañana entre risas gracias a las trampas de Paula. Por la tarde, aprovechando que el tiempo ha mejorado, damos un paseo por la aldea.

Cuando cae la noche, nos ponemos guapos y nos vamos a Padrón. Santi avisó a sus amigos y quedamos a las nueve en la pulpería Rial. En cuanto entramos en el local, saludo a todos y hago las correspondientes presentaciones.

—¿Dónde te has metido estos días, *riquiña*? —pregunta Brais, el amigo de Santi, coqueto.

Abro la boca para contestarle, pero me callo al notar que mi cuerpo se paraliza. Me ha

parecido ver a alguien a quien conozco muy bien a través de la ventana y, aunque sé que es imposible que esté aquí, por un momento me he hecho ilusiones.

—¿Estás bien, rubia? —pregunta Paula.

—Sí, lo siento —me disculpo al darme cuenta de que todos se han callado y me miran en silencio.

Como si nada hubiera ocurrido, pedimos la cena mientras charlamos y reímos. Aunque trato de relajarme y disfrutar del momento, no puedo dejar de pensar en él. Creía que ya lo había superado, pero darme cuenta de que aún lo busco en cada rincón, me demuestra que todavía tengo mucho trabajo por delante.

—Cariño, estás muy seria —susurra Sara acercándose con delicadeza.

—No es nada, de verdad. Solo estoy un poco cansada —miento para no preocuparla.

—Está bien —indica no muy satisfecha con mi contestación.

Todos han conectado tan bien que, al terminar de cenar, deciden ir a tomar una copa a un pub cercano. Mientras caminamos hacia ese local, observo a Santi y a Lúa. Ver la felicidad en sus ojos, hace que sonría sintiéndome feliz por mi amigo.

Una vez que entramos en el club, me olvido por un instante del incidente de la ventana y empiezo a divertirme de verdad. Brais y Paula se han empeñado en hacerme reír y no paran de hacer tonterías hasta que lo consiguen.

—Así me gusta, gatita—murmura Brais en mi oído, acercándose para hacerse escuchar por encima de la música alta.

Escuchar ese apelativo de sus labios, hace que vuelva a acordarme de él y de todas las veces en las que me llamó así.

Brais, ajeno a todo ese temporal que estoy sintiendo en mi interior, me agarra de las manos y baila conmigo, dándome vueltas hasta que no puedo evitar reír a carcajadas viendo sus caras.

En ese momento decido divertirme y olvidarme de todos los problemas de mi pasado. Él ya no está a mi lado y por mucho que lo desee, nunca volverá.

Capítulo 57

A la mañana siguiente, me despierto escuchando ruido en la cocina. Estiro el brazo para coger mi móvil y, cuando me doy cuenta de la hora, me sorprendo al comprobar que hoy se me han pegado las sábanas. Desde que vivo en Galicia, tengo un despertador interno y me extraña saber que hoy no ha funcionado.

Bajo por las escaleras hasta la cocina y sonrío al ver a mis amigos preparando el desayuno. Ellos, al verme, se detienen y me sonríen.

—¡Ya era hora, Bella Durmiente! —se queja Paula.

—¿Has dormido bien? —pregunta Sara.

—Sí, ¿por qué no me habéis despertado? —me quejo agarrando la taza de café que me ofrece Carlos.

—Porque cada mañana te sueles despertar con las gallinas y te merecías descansar. Además, después de la cogerza de ayer, creímos que lo necesitarías —explica Carlos.

—¿Tan mal me puse?

—¡Qué va! Estuviste muy graciosa cuando te subiste a la barra y bailaste moviendo tus caderas —explica Paula imitando los movimientos que se supone que hice ayer.

—¡Ay, Dios mío! —me quejo llevándome la mano a la frente.

—No es para tanto, cielo —me consuela Sara.

—No tienes de qué preocuparte, en todo momento estuvimos allí para protegerte. —Me guiña un ojo Carlos.

—Y para hacerte fotos.

—¡Pauli! —gritan los dos regañándola.

—Auch, ¿podéis hablar más bajo? —les suplico.

—Toma, rubia.

Miro con desconfianza el vaso que me tiende Paula, cuyo contenido es verde y algo pastoso. Ella alza una de sus pelirrojas cejas y me lo ofrece sonriendo de medio lado.

—Este es el remedio milagroso de mi madre para curar las resacas.

—¿Estás segura? —pregunto recelosa.

—Claro, tómatelo de un trago. Te irá bien.

Cuando doy el primer sorbo y descubro su amargo sabor, intento apartar el vaso de mi boca, pero mi amiga me lo sujeta hasta que bebo la última gota.

—¡Puaj! ¡Está asqueroso! —me quejo limpiándome la boca.

—Te dije que era milagroso, no que estuviera bueno —dice la muy bruja, entrecerrando los ojos.

A pesar de que ese mejunje me ha dejado un mal sabor de boca, tengo que reconocer que media hora después me encuentro muchísimo mejor.

—¿Qué estáis haciendo? —les pregunto al ver que preparan unas mochilas.

—Hoy nos vamos de excursión —indica Carlos.

—Creía que era yo la que os tenía que enseñar Galicia —replico sonriendo.

—Sí, pero resulta que nuestra guía turística ayer estuvo de juerga y hoy se le han pegado las sábanas.

—Esta mañana les comenté que tenía muchas ganas de visitar la Torre de Hércules y, mientras esperábamos a que te despertaras, hemos organizado la excursión —explica Sara algo

avergonzada.

—Pero si no te apetece, podemos hacer otra cosa —dice Carlos.

—No, tranquilos. Me parece perfecto. De hecho, es uno de los lugares donde os quería llevar.

—¡Genial! Entonces, sube ese precioso culo que Dios te ha dado y date una ducha, queapestas.

—¡Pauli! —grito avergonzada.

—Es broma, rubia —admite poniendo los ojos en blanco—. Pero no tardes, te esperamos aquí.

Confundida, subo las escaleras y, después de darme una ducha rápida, me visto con ropa cómoda. Hoy dicen que va a ser un día caluroso, por lo que me pongo un vestido de lino blanco que deja la espalda al aire y me hago una trenza para mantener el pelo alejado de mi cara. Me coloco unas Converse blancas y, después de coger mi mochila, bajo las escaleras.

—¡Madre del amor hermoso! ¡Qué amiga más guapa tengo! —me piropea Carlos—. Si no fuera porque soy de otra acera, te echaría la caña.

—Gracias —le agradezco dándole un beso en la mejilla.

—¿Ya estamos todos? —pregunta Paula, nerviosa.

—¿Estás bien?

—¡Claro! Es que he hablado hace un momento con Víctor y me ha dicho que uno de los trillizos tiene unas décimas de fiebre.

La miro entrecerrando los ojos y, antes de que pueda descubrir si me está diciendo la verdad, se da la vuelta y sale al patio.



De camino, les cuento la historia de este faro romano, que es el más antiguo del mundo y el único que se conserva en servicio. Cuando Santi me trajo por primera vez a este lugar, no pude evitar que se me erizara la piel sabiendo que su luz ha sido un punto de referencia para los navegantes desde hace muchos años.

Una hora después, llegamos a nuestro destino. Aparcamos el coche y comenzamos a caminar. Levanto mi cabeza y, al ver esa majestuosa escultura a lo lejos, no puedo evitar emocionarme.

Mientras subimos ese camino empedrado que lleva hasta el faro, admiro el paisaje que hay a mi derecha: un campo verde y el inmenso océano Atlántico.

—¡Es precioso! —suelta Sara en cuanto llegamos a la torre.

Observo a mis amigos y, satisfecha, compruebo que se han quedado sin palabras mirando a su alrededor. Este faro monumental, de cincuenta y cinco metros de altura, está construido encima de un acantilado, desde el que se puede apreciar las olas rompiéndose contra las rocas.

—¿Qué es eso? —pregunta Carlos señalando con el dedo.

—Es “*a rosa dos ventos*”, un símbolo utilizado para indicar los puntos cardinales y otras direcciones en la navegación y en los mapas.

—¿Podemos bajar? —pregunta Paula hipnotizada.

Una vez que afirmo con la cabeza, bajamos siguiendo el camino que lleva hasta ese gran símbolo. Colocamos nuestros pies encima de las marcas y nos agarramos de las manos mientras admiramos el océano.

No sé si las meigas tendrán algo que ver, pero este momento es mágico. Agarrada a mis amigos, siento la conexión que existe entre nosotros y, por primera vez, soy consciente de lo fuerte que es nuestra amistad. No es que ellos no me lo hayan demostrado a diario, pero siempre he sentido que les debía algo. Cuando los conocí, tenía miedo de meter la pata y perderlos para siempre, pero ahora comprendo que ellos siempre estarán aquí porque se sienten igual de agradecidos que yo por nuestra amistad.

En este precioso lugar, con el aroma a salitre y el viento golpeando mi cara, descubro que en eso consiste la amistad. En confiar incondicionalmente en alguien sabiendo que, si te caes, te tenderán su mano para que te levantes, que llorarán con tus penas y se alegrarán con tus logros.

—¿Estás bien? —murmura Sara.

Abro los ojos al escuchar su voz y me sorprendo al verlos frente a mí. Me miran con preocupación, pero cuando les sonrío, me devuelven la sonrisa aliviados.

—Estoy mejor que nunca —admito rotundamente.

—Me alegro —dice Paula mirando detrás de mí.

Me giro con curiosidad para descubrir qué es lo que ha llamado su atención y, cuando me encuentro con esos ojos verdes que tan loca me vuelven, me quedo impactada. ¿Qué hace él aquí? ¿Es real? Lo miro atentamente rogando que, si estoy en uno de mis sueños, no me despierte todavía.

Capítulo 58

Héctor

Me mira sorprendida al darse cuenta de mi presencia y, por un momento, creo que se va a desmayar de la impresión. Justo cuando voy a avisar a Paula para que la ayude, mi gatita pestaña y reacciona.

La miro y me parece mentira que sea ella. Sabía que me impactaría tenerla cerca, pero nada me había preparado para este instante. Cuando he recibido el mensaje y he salido a su encuentro, casi me trago la lengua de la impresión. Irene estaba de espaldas, cogida de la mano de sus amigos y, por un momento, creí que me había confundido de persona. Ante mí tenía a una preciosa mujer, que ya no parecía un pajarillo asustado, y que lucía en su espalda un gran tatuaje de dos alas de ángel.

Me mantengo lejos de ella, dándole el tiempo que necesite hasta que acepte mi presencia. En el momento en el que creo que se ha relajado, me acerco lentamente, sin dejar de mirar esos ojos que me vuelven completamente loco.

—Hola —la saludo.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendida.

—He venido a hablar contigo.

—¿Y no podías haberme llamado por teléfono?

—Lo que tengo que decir tiene que ser en persona.

—Te escucho —indica cruzándose de brazos con mirada seria.

Su actitud guerrera me pone como una moto, por lo que tengo que contenerme para no lanzarme a esos labios que estoy deseando besar.

Miro a mi alrededor y descubro que, tal y como habíamos planeado, sus amigos se han alejado para darnos intimidad.

—Lo siento —admito derrotado—. He sido un completo gilipollas al dejarte marchar.

—No me dejaste marchar, Héctor. Me echaste de tu lado —me reprocha.

—Tienes razón, pero lo hice porque quería protegerte. Desde el principio hice todo lo posible por alejarme de ti, pero no pude evitar dejarme llevar.

—Hasta que te cansaste de mí —me recrimina.

—Eso no es cierto, el tiempo que estuvimos juntos, fue el más feliz de mi vida.

—Entonces, ¿por qué me enviaste ese mensaje?

—Tenía que proteger a Lucía y sabía que con mis actos ese bastardo intentaría destruir todo lo que me importaba.

—Cuidaste de Lucía, pero a mí me destrozaste —murmura dolida.

—No quería hacerte daño, pero tenía que parecer que ya no me importabas.

—A mí me quedó muy claro, pero al parecer a Abel no.

—Lo sé y no me lo voy a perdonar en la vida. Por mi culpa casi te pierdo.

—No lo entiendes, ¿verdad? No estoy enfadada porque me pusieras en peligro, sino por haberme roto el corazón. No te importó verme suplicar y llorar desesperada, me apartaste como si fuera una molestia.

—No sabes lo que me dolió tratarte con esa indiferencia —reconozco.

—¿Y en el hospital? Le dijiste a Indio que no me querías volver a ver.

—Sé que me comporté como un idiota, pero quería alejarte de toda mi mierda para que pudieras ser feliz.

—¿¡Acaso me preguntaste lo que yo quería!? ¡Estoy harta de que todos me queráis proteger! ¡No soy una muñeca de porcelana! —explota furiosa.

La observo con atención mientras me grita y aprieta los puños, enfadada. Verla en ese estado, me hace pensar que quizás sea demasiado tarde para nosotros.

—Lo siento, no sé hacer las cosas de otra manera. He pasado toda mi vida esforzándome para que a mi hermano no le faltara de nada y nunca me preocupé por mis propias necesidades. Y de repente llegaste tú, la luz que iluminó mi oscuridad y que me enseñó lo que es amar de verdad.

Irene abre los ojos sorprendida y, al ver el temblor en sus manos, compruebo satisfecho, que todavía queda algo de ese amor que un día me dio.

—Sí, gatita. No sé cuándo me enamoré de ti, tal vez fue el día que me plantaste cara en el Infierno o cuando te besé por primera vez, aunque eso no importa —admito sonriendo al recordar esos momentos—. Cuando me dijiste que me querías, me acojoné. Pensé que en algún momento te darías cuenta de cómo soy en realidad y terminarías dejándome.

—¿Pensaste que eras un capricho? —pregunta dolida.

—Mi padre se encargó de marcarme a fuego que era insignificante y, a pesar de ver la sinceridad en tus ojos, no creí que alguien como yo mereciera ese regalo —confieso avergonzado.

Trago el nudo que se me ha formado en la garganta y respiro hondo para poder continuar con mi declaración.

—Los días que estuvimos juntos, fueron los mejores de mi vida. Pero tanta felicidad me hacía temer que algo malo podría ocurrir en cualquier momento. No estoy acostumbrado a que me pasen cosas buenas, nena, y la llegada de Lucía me demostró, una vez más, que mi pasado siempre vuelve. Quise apartarte para protegerte, aunque al final fracasé —confieso derrotado mirando al suelo.

—Si me hubieras preguntado, te habría dicho que prefería ponerme en peligro antes que vivir sin ti.

—Nena...

—¿Qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

—Tuve una conversación muy interesante con Morgue. Él me hizo ver que la vida está llena de peligros y que, a pesar de querer protegerte, no siempre podría hacerlo. Cuando comprendí lo frágiles que somos, me di cuenta de lo idiota que había sido al dejarte marchar.

—Héctor...

—Sé que posiblemente sea tarde y que ya hayas rehecho tu vida, pero tenía que intentarlo. Te quiero, Irene. No puedo ofrecerte riquezas ni una vida de lujos, pero si me dejas, pasaré hasta el último de mis días intentando hacerte la mujer más feliz del mundo.

Nervioso, observo con atención su precioso rostro intentando adivinar qué es lo que está pasando por su cabeza. Cuando la veo llevarse las manos a la boca y dar un paso atrás, alejándose de mí, todo mi cuerpo tiembla aterrado. He llegado demasiado tarde. He perdido a mi gatita.

Capítulo 59

Lo miro con atención mientras pronuncia esas palabras tan bonitas y no me puedo creer que esté aquí. ¿Realmente es él o solo es un sueño creado por mi deseo de tenerlo de vuelta en mi vida? Con disimulo, me pellizco el brazo y al sentir dolor, compruebo que estoy despierta.

¿Me quiere? Incrédula, me llevo las manos a la boca y doy un paso atrás. ¿De verdad está enamorado de mí?

—No tienes que preocuparte, sabía a lo que me arriesgaba al venir. Solo deseo que encuentres a esa persona que te haga feliz.

En cuanto veo que se da la vuelta con intención de marcharse, me doy cuenta de que ha malinterpretado mi reacción.

—¡Espera! —lo llamo.

Héctor se gira al escucharme y, al ver sus ojos llenos de lágrimas, algo dentro de mí se rompe.

—¿A dónde te crees que vas?

—Creí que...

—Pues no creas tanto, vikingo. Cuando te escuché en el hospital, me destrozó saber que, a pesar de lo que vivimos, no era importante para ti. Me marché con el corazón roto, pero por fin he conseguido recomponerlo. He aprendido a conocerme y he descubierto que no necesito a nadie para ser feliz.

—Me alegro —indica mirando al suelo, abatido.

—Por eso elijo tenerte en mi vida, no porque lo necesite, sino porque quiero compartir mis días contigo.

—Nena, no sabes cuánto te he echado de menos.

—Yo también —confieso emocionada.

Héctor elimina la distancia que hay entre nosotros, abrazándome con fuerza. Al notar su cuerpo tembloroso, me doy cuenta de que, a pesar de todo, él tampoco lo ha pasado bien con nuestra separación.

—Lo siento tanto —susurra desesperado.

—Lo sé y te perdono.

—Te quiero, nena —confiesa uniendo nuestros labios.

Después de estar tanto tiempo separados, nuestras bocas se buscan, ansiosas, devorándose con un apetito voraz.

—Gracias por darme otra oportunidad para formar parte de tu vida —dice acariciándome la cara—. Pero hay algo más que tengo que decirte.

—¿Más? —pregunto confundida.

—Cuando te conocí, me impactó tu osadía al enfrentarte a mí. La gente me suele temer y, que una pequeña hada de los bosques me hablara con ese atrevimiento, me alucinó. Cada vez que te tenía delante, todo mi cuerpo gritaba que me acercara a ti y, a pesar de que intenté alejarme, tu luz me atrajo como si fuera una polilla.

Al escucharlo, mis ojos se llenan de lágrimas y, a pesar de que intento contenerlas, la emoción hace que fluyan a través de mis pestañas.

—Eres la mujer más maravillosa que he conocido y para mí sería un verdadero honor, que aceptaras pasar el resto de tu vida conmigo.

Mi corazón se detiene en cuanto descubro que Héctor clava una de sus rodillas en el suelo y me ofrece una pequeña caja de terciopelo negro.

—Irene Sanz, ¿quieres casarte conmigo? —pregunta haciendo que mi corazón vuelva a latir, desbocado.

Justo cuando estoy a punto de responder a su pregunta, me detengo al escuchar a alguien cantar. Miro a mi alrededor, tratando de identificar quién es, pero no porque tenga una voz hermosa, sino todo lo contrario. El dueño de esa estridente voz está destrozando la canción de Luís Fonsi que tanto me gusta.

Al descubrir, que la persona que está desafinando no es otra que mi amiga Paula, no puedo evitar soltar una carcajada.

—Pauli, ¿te quieres callar? —le suplica Sara.

—Vas a fastidiar el momento —se queja Carlos.

—¿Qué queríais que hiciera? ¡Este cacharro no funciona! —se queja golpeando un altavoz.

Sara la mira poniendo los ojos en blanco y, después de pulsar un botón, los acordes de *Yo no me doy por vencido* suenan por el altavoz. Mi amiga, al darse cuenta de que todos la observamos, nos sonrío y levanta las manos para excusarse.

—Cosas del directo —indica sin rastro de vergüenza.

La tos de Héctor hace que vuelva a prestarle atención y que me pierda en su mirada.

—Te agradecería que me contestaras antes de que tenga un ataque al corazón —suplica.

—Sí, quiero —afirmo al ver su impaciencia.

Tan pronto como le doy mi respuesta, Héctor coloca la alianza en mi dedo y me besa, levantándose en brazos y dando vueltas. Aunque desde la distancia escuchamos los aplausos de nuestros espectadores, no podemos evitar aislarnos y enfocarnos únicamente el uno en el otro.

—Estoy segura de que mi canción la ha terminado de convencer. De nada —expone Paula, orgullosa mientras Carlos pone los ojos en blanco.

—Felicidades, pareja —dice Sara acercándose a nosotros.

—Lo teníais todo planeado, ¿no? —pregunto abrazando a mi futuro marido.

—Todo, excepto que Paula se desgañitara como una urraca.

—¿¡Cómo te atreves a decir que canto mal!? —se queja haciéndose la ofendida.

—Cariño, tú no cantas. ¡Tú chirrías!

Observo a mis amigos pelearse sobre quién de los tres canta peor y, sin que se lo esperen, me lanzo hacia ellos abrazándolos.

—Gracias, chicos —digo emocionada.

—De nada, preciosa. Te mereces todo lo mejor —indica Sara.

—¿A ver el pedrusco? Ya le advertí al vikingo que, si hacía falta, vendiera un riñón para comprártelo, porque mi rubia no se merece menos.

Héctor niega con la cabeza dando por perdida a nuestra amiga mientras yo les enseño el precioso anillo de pedida. En ese momento, Paula suelta la correa de Joker y este sale disparado hacia un sorprendido Héctor.

—¡Joder! —grita por la impresión.

—Te presento a Joker —señalo acercándome a él.

—Joker, te doy permiso para que le muerdas los huevos si vuelve a hacerle daño —explica la loca de mi amiga señalando a Héctor.

—¡Creía que eras mi amiga, pelirroja! —se queja al ver que lo acaba de vender.

—Tranquilo, vikingo. Joker no sería capaz ni de comerse a una mosca. ¿Verdad que no, bonito? —le dice con voz cantarina.

Al escuchar a mi amiga, Joker mueve la cola sin dejar de mirar a su objetivo. De repente, se pone sobre las patas traseras y empieza a lamer la cara de un sorprendido Héctor.

—Buen chico —lo felicito.

—¿Me lo dices a mí o al perro? —cuestiona Héctor, divertido.

—A los dos —suelto tirándole un beso.

En cuanto mi chico acaricia la cabeza de mi fiel compañero, comprendo que, desde este momento, se han convertido en los mejores amigos.

—Chicos, esto hay que celebrarlo. ¿Qué os parece si volvemos a casa y brindamos por los novios? —pregunta Carlos.

—Me parece una idea maravillosa —contesto sin dejar de mirar a Héctor a los ojos.

Mientras caminamos hacia el aparcamiento y hablamos de lo que les ha costado mantener el secreto, miro a Héctor y pienso lo raro que me parece tenerlo de nuevo en mi vida.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He venido en taxi. Esperaba tener la suerte de que, mi futura mujer, me llevara de vuelta.

—Ah, ¿sí? ¿Tan seguro estabas? —pregunto coqueta acercándome a su cuerpo.

—En realidad no —confiesa—. Estaba tan acojonado que pensaba que, en cuanto me vieras, me darías una patada en el culo y me mandarías de vuelta a Barcelona.

—Mira, así te hubieras ahorrado el billete de vuelta —suelta Paula.

Todos nos reímos con su comentario mientras nos repartimos en el coche. Héctor se coloca en el asiento trasero y se pasa todo el camino mirándome a través del espejo retrovisor, haciendo que el trayecto se me haga eterno.

Al llegar a mi casa, siento que mi cuerpo arde de anticipación. Sentir su mirada durante todo el trayecto me ha puesto muy nerviosa.

En cuanto me bajo del coche, lo agarro de la mano sin dejar de mirar esos preciosos ojos verdes. Caminamos hacia la entrada y, cuando mis amigos abren la puerta de entrada, salto asustada al escuchar gritos desde el interior.

—¡Sorpresa! —gritan a la vez.

Impactada, observo con atención a los culpables de ese griterío y me sorprendo al ver a mis padres, a Auria y a Santi y sus amigos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto emocionada.

—Cariño, ¿de verdad pensabas que nos íbamos a perder este momento tan especial? —señala mi madre.

—Ya nos hemos perdido demasiados —se martiriza mi padre.

Agradecida, abrazo a mis padres sin dejar de mirar a mi futuro marido, que observa a Auria con desconfianza.

—¿Os conocéis? —pregunto acercándome a Héctor.

—Antes de ir al faro, pasé por tu casa a dejar mi maleta y fui a saludar a tu vecina.

—¿Y por qué la miras así?

—¿Sabes que esa mujer tiene algo de meiga? Me soltó una frase en gallego conjurando a no sé qué santos y después me dio una colleja que todavía me duele.

—¡Es que las collejas de mi abuela son míticas!

—*Non teñas medo, rapaz.* Si haces feliz a *miña ruliña*, todo estará bien —lo advierte entrecerrando los ojos.

Viendo el pánico en el rostro de mi chico, no puedo evitar reír a carcajadas. ¡Es increíble que una dulce ancianita sea capaz de asustar al gran vikingo!

Cuando Auria se da cuenta de que la estoy observando, me guiña un ojo y me sonríe de

medio lado. Su expresión me indica que Héctor ya ha conquistado su anciano corazón.



Como todas las mañanas, me despierto con el cantar del gallo, pero a diferencia de los días anteriores, hoy lo hago con nervios en el estómago.

A pesar de que intenté buscar un momento a solas con él, mi familia y amigos me lo impidieron. Cuando llegó la noche, se llevaron a Héctor a una de las habitaciones impidiendo que durmiéramos juntos. Aunque al principio me molestó, después comprendí que era lo mejor. Mi casa está llena de gente y, si hubiéramos dado rienda suelta a nuestro deseo, me hubiera muerto de la vergüenza a la mañana siguiente.

Miro el reloj y, al ver que es la hora indicada, me coloco una chaqueta y bajo al patio sin hacer ruido. Ayer, antes de acostarnos, me acerqué a Héctor y, con la esperanza de encontrármelo, le confesé que solía salir al patio para admirar cómo despertaba el día.

Una gran sonrisa se dibuja en mi cara en cuanto lo veo sentado en el balancín, moviéndose con los ojos cerrados. Al sentir mi presencia, coloca su brazo en el respaldo y me hace un gesto para que me siente junto a él.

—Buenos días —lo saludo en cuanto coloco mi cabeza encima de su pecho.

—Por fin solos —confiesa besándome la cabeza.

—¿Cómo has dormido?

—Bien, aunque hubiera preferido dormir contigo —confiesa levantando mi cara para besarme.

—Tenemos tiempo, cariño.

—Todo el tiempo del mundo, preciosa.

Héctor me agarra por la cintura y, sin que me lo espere, me coloca a horcajadas encima de sus piernas.

—Mucho mejor así —indica mirándome con deseo.

Sus calientes labios comienzan a recorrer mi cuello hasta que llegan a mi boca, besándola despacio. Sus manos se cuelan por mi camiseta y acarician mi espalda, haciendo que la piel se me erice.

—¿Cuándo te hiciste el tatuaje? —pregunta intrigado.

—Al poco de llegar aquí —le confieso—. Tuve la necesidad de tatuármelas para recordarme que nunca más debía volver a limitar mi libertad.

—Es una obra de arte, nena.

—¿Te gusta? —cuestiono insegura.

—Ver la tinta en tu piel, me ha puesto cachondo.

Lo miro con deseo y, sin pensármelo, me lanzo a su boca, devorándola con desesperación.

—¡Deteneos antes de mancillar ese balancín! —exclama Paula asustándonos.

—¡Joder, pelirroja! Al final te voy a regalar un cascabel.

—Muy gracioso, el cascabel te lo voy a poner yo en la punta de...

—¡Pauli! ¡Esa boca! —la regaña Sara señalando a mi madre, que nos mira sonriendo.

Nerviosa, me bajo de su regazo y sonrío al escuchar su gruñido. Estoy segura de que le ha fastidiado la interrupción y, aunque a mí también me ha dado rabia, soy consciente de que tenemos que posponer lo que estábamos haciendo para otro momento.

—Venga, colega. Ya tendréis tiempo de estar juntos —le dice Carlos riéndose al ver la cara

desesperada de Héctor.

—Todo el tiempo del mundo —murmura mi chico haciendo que me estremezca por la promesa implícita en sus palabras.

Sí, definitivamente tenemos mucho tiempo para estar juntos, pero no puedo evitar anhelar sentir su cuerpo.

Epílogo

Unas cosquillas en mi hombro hacen que abra los ojos sonriendo. Desde que él volvió a mi vida, mis mañanas son más alegres. Hace seis meses que me pidió matrimonio y, desde entonces, no nos hemos vuelto a separar.

—Arriba, dormilona —dice besándome la espalda.

—Un ratito más... —me quejo haciéndome la remolona.

Héctor se coloca encima de mí, aguantando su peso con los brazos, y me besa el cuello haciendo que me derrita por completo.

—Nena, no me hagas esto. Sabes que por mí nos casaríamos en pelotas, pero no creo que a tus padres les haga mucha gracia.

Suelto una risita al escucharlo y me doy la vuelta en la cama para poder mirarlo a los ojos.

—Buenos días, futuro marido.

—Buenos días, futura mujer.

Sentirme en la prisión de sus brazos mientras me mira con esa intensidad, hace que sienta la necesidad de tocarlo. Alargo mi brazo y acaricio sus mechones, sin dejar de mirar sus labios.

—Gatita... —se queja

Coloco mis manos detrás de su nuca y, sin tener que hacer mucho esfuerzo, acerco nuestras bocas que se saludan ansiosas.

—Preciosa, no seas mala. Le prometí a tu madre que no te entretendría.

—¿Uno rapidito? —pregunto haciendo pucheros.

—¿Si te doy uno rapidito, estarás satisfecha?

—Nunca estaré completamente satisfecha, cariño. Siempre querré más de ti.

—¡Joder!

Héctor, hambriento, se lanza contra mis labios y me devora impaciente. Con dulzura, baja su boca hasta mi pecho, lamiendo mis pezones hasta que me arranca una súplica.

Cuando ya estoy a punto de estallar por sus atenciones, me penetra despacio mientras me mira a los ojos con intensidad.

—Te quiero, preciosa.

—Yo también —suspiro al sentirlo en mi interior.

Sus movimientos lentos pero profundos, hacen que cierre los ojos y que clave mis uñas en su espalda. En cuanto mi futuro marido siente mi desesperación, maldice y empieza a penetrarme con fuerza, perdiendo los papeles.

—Me vuelves loco, nena —gime sin dejar de moverse.

Aunque sus movimientos me enloquecen, es su mirada cargada de amor la que me hace estallar en mil pedazos, gritando su nombre entre sus labios.



Media hora después, y con una sonrisa en la cara, salgo de la ducha observando el culo de Héctor, que está asomado por la ventana.

—¿Con quién hablas?

—Estaba dándole los buenos días a Auria —dice tendiéndome su mano para que me acerque.

—¡Héctor, estás desnudo!

—Shh, eso ella no lo sabe —dice el muy canalla guiñándome un ojo.

—Buenos días, Auria —la saludo ignorando la cara de pícaro de mi chico.

—*Bos días, miña ruliña* —me saluda—. ¿Cómo has dormido?

—Muy bien —indico mirando de reojo a Héctor, que me mira sonriendo de medio lado.

—Ya veo ya. En mi época no nos dejaban probar el cerdo antes de comprarlo.

—¡Auria! —exclamo sonrojada mientras Héctor suelta una risita.

—¡No dejes que ese zalamero haga que llegues tarde el día de tu boda! —grita alejándose de nosotros—. ¡Y dile a tu futuro marido, que la próxima vez se ponga calzoncillos!

Miro a Héctor con los ojos muy abiertos y, el muy sinvergüenza, suelta una carcajada por las ocurrencias de nuestra vecina.

—¡No te rías, Héctor! ¿No te da vergüenza?

—Ninguna —confiesa besándome—. Acabo de hacer feliz a una pobre anciana.

—¡No tienes remedio! —me quejo sin poder evitar que una sonrisa adorne mi cara.

En cuanto el descarado de mi futuro marido se aparta de la ventana, empieza a vestirse. Ver sus músculos mientras se mueven colocándose la ropa, es todo un espectáculo. Por más que observo ese impresionante cuerpo, con todos esos tatuajes, no consigo saciarme de él. Héctor, al darse cuenta de mi escrutinio, se acerca a mí y me da un beso que me deja con ganas de más.

—Cariño, me marcho a casa de Santi. Nos vemos esta tarde —se despide—. Seré el que esté esperándote en el altar, acojonado por si cambias de opinión.

—¡Anda, vete! —suelto dándole una palmada en su apetecible culo.

Mientras baja por las escaleras, aprovecho este momento de paz, para pensar en cuánto ha cambiado nuestra vida. El día que se declaró, Héctor me propuso que viviéramos juntos. Me dijo que habíamos perdido demasiado tiempo y que era una tontería vivir separados.

Cuando me lo planteó, no dudé en aceptar. Me sorprendió mucho que dijera que no le importaba el lugar donde viviéramos, siempre que fuera a mi lado y, al ver lo felices que éramos aquí, tomamos la decisión de quedarnos definitivamente en Galicia.

Yo conseguí volver a inspirarme y pude terminar mi novela y Héctor encontró un trabajo en una tienda de motos, algo que le apasiona desde muy pequeño. Al principio empezó como ayudante, pero ahora está estudiando y pronto podrá cumplir su sueño.

Hace un mes, le pasamos una oferta al dueño de la casa y ahora somos los propietarios de este paraíso.

—¿Irene?

—Estoy en la habitación, mamá.

—¡¿Todavía estás así?! —exclama mi madre.

—Tranquila, tenemos tiempo.

Cuando Héctor le dijo a mi madre que queríamos pasar nuestra última noche de solteros juntos, mi madre puso el grito en el cielo, pero al final aceptó con la condición de que las mujeres pasáramos el día juntas.

En cuanto accedí, se puso manos a la obra y reservó hora en el mejor spa de la ciudad, para que nos mimaran y nos pusieran bellas.

—¡¿Dónde está la novia más bonita de Galicia?! —grita mi amiga desde abajo—. *Puticienta*, no te me pongas celosa que tú te casaste en Barcelona.

—¿Qué haces todavía en bata? —pregunta Sara—. ¡Se nos echa el tiempo encima!

—¡Eso le he dicho yo! Ahora vuelvo, tu padre me está llamando por teléfono —dice mi madre dejándonos solas.

—¡Se supone que la novia tiene que llegar tarde! —me defiende Paula—. Un momento...

De repente, se acerca a mí observándome con los ojos entrecerrados y levanta mi cara para inspeccionarme.

—¡Serás cabrona! ¡Tú has follado! —me acusa señalándome con el dedo.

—Shhh, ¡calla! —la regaño con una sonrisita.

—Doña Sofía sabe que no eres virgen, rubia —indica poniendo los ojos en blanco.

—Pauli, no alteres a la novia.

—Alterarla, dice. ¿No ves el cutis tan radiante que tiene después de haberle dado al mambo?

—Envidiosa —le digo sacándole la lengua.

Las tres nos miramos sin decir una palabra y, en cuanto mi madre aparece en la habitación, estallamos en carcajadas.

—Venga, dejáros de tonterías para que la novia se vista, que a este paso llegaremos tarde al spa —nos regaña.



Aunque nos hemos pasado todo el día entre piscinas de aguas termales y aceites esenciales, tengo los nervios a flor de piel. La maquilladora me ha tenido que regañar unas cuantas veces porque no dejo de moverme, agitada.

—¿Estás segura de que te quieres casar, rubia? —pregunta Paula.

—¡Pues claro! ¿Por qué lo dices?

—Es que estás tan nerviosa que parece que, en lugar de unirte al hombre de tu vida, vayas a ir al corredor de la muerte —bromea soltando una risita.

—¡Lista! —indica la maquilladora cuando termina de dar el último brochazo.

Una vez que la chica se marcha con su maletín, todas me ayudan a colocarme el vestido de novia. Me siento en la cama con cuidado de no arrugarlo y me abrocho los zapatos con delicadeza.

Cuando termino, me pongo en pie y miro mi reflejo. «¡Soy una novia!», pienso emocionada al verme de blanco.

Pasé semanas probándome infinidad de vestidos, pero en cuanto vi el indicado, no tuve dudas. El ganador fue un vestido de encaje que se adaptaba a mi figura como un guante y, a pesar de que pueda parecer un poco clásico, su espalda descubierta y la gran abertura que tiene en uno de los lados, le dan un toque atrevido.

Con las pruebas de peinado me pasó algo parecido. Mi primera opción fue hacerme un recogido, pero finalmente opté por dejar mi pelo suelto con ondas, agarrando los laterales con una pequeña trenza y adornándolo con pequeñas flores.

Miro a mis amigas y a mi madre a través del espejo y no puedo evitar emocionarme cuando veo que están conteniendo las lágrimas.

—Estás preciosa, cariño —dice mi madre con la voz entrecortada por la emoción.

—¡Madre mía, rubia! En cuanto el vikingo te vea vamos a tener que atarlo para que no te empotre —exclama Paula intentando contener sus lágrimas.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Ambas miramos a Sara sorprendidas al esperar su reprimenda habitual y ella, después de guiñarnos un ojo, nos dice:

—Si tiene razón, se dice y punto.

—¡Esa es mi *puticenta*!

Las tres nos abrazamos emocionadas e, inmediatamente, alguien más se une a nuestro abrazo.

—¡Oye, que faltó yo! —se queja Carlos.

—¡Ya has llegado! —exclamo.

—Por días como hoy, odio ser un chico. ¡Hubiera preferido estar con vosotras en el spa! —se queja haciendo un puchero exagerado.

—Mira que te gusta el drama, Carlitos —lo pica Paula.

—Estás impresionante —dice abrazándome—. Que sepas que el novio ya está listo y más nervioso que un flan.

—¿Me permitís un rato con mi hija? —pregunta mi padre desde el marco de la puerta.

En cuanto nos dejan a solas, mi padre se acerca y me agarra las manos sin poder evitar echarse a llorar.

—Cariño, estás preciosa —dice emocionado—. Quería decirte que estoy muy orgulloso de ti. Te has convertido en una mujer fuerte y valiente, capaz de tomar las riendas de su vida con tal de conseguir la felicidad. No sabes cuánto siento no haberte apoyado antes en esa metamorfosis, pero te prometo que, a partir de ahora, todo será distinto.

—Papá... —sollozo abrazándolo.

Después de este momento tan emotivo y de que mi madre me regañara por estropear mi maquillaje con tanta lágrima, me subo en el coche con mi padre y nos ponemos en marcha.

Héctor y yo queríamos una boda diferente, por lo que decidimos casarnos en la playa. Estuvimos mirando varias localizaciones y en cuanto descubrimos la playa de Las Lapas, que está situada a los pies de la torre de Hércules, supimos que era el lugar adecuado. Contactamos con el ayuntamiento y, gracias a los contactos de mi padre y a rellenar un interminable papeleo, reservamos el lugar para nuestra boda.

Antes de pisar la arena de la playa, me quito los zapatos y admiro la decoración. Aunque nosotros queríamos algo sencillo, mis padres decidieron no escatimar en gastos y, al ver lo bonito que ha quedado todo, me alegro de haber aceptado.

Al llegar, un camino nos da la bienvenida y, a lo lejos, la Torre de Hércules se levanta imponente, saludándonos desde las alturas. Al fondo se puede apreciar un bonito altar de madera, el cual está envuelto de pequeñas luces. Rodeando ese pasillo, miles de pequeñas velas parpadean alumbrando las sillas de los invitados.

El lugar es mágico, pero en cuanto observo a mi futuro marido vestido de blanco, todo desaparece. Lleva unos pantalones de lino, una camisa arremangada y, al igual que yo, va descalzo. En cuanto nuestra mirada se cruza, todo mi cuerpo se estremece. Verlo esperarme en el altar, mientras me dedica una preciosa sonrisa, es una imagen que nunca voy a poder borrar de mi mente.

Camino lentamente siguiendo el ritmo de la melodía y, al pasar al lado de los invitados de Héctor, tengo que reprimir una carcajada. Rodeados de vestidos y trajes blancos, Indio, Lobo y Oso, parecen una bandada de cuervos.

A pesar de que en la invitación se indicaba que era una boda ibicenca, ellos han decidido no renunciar a su esencia. Los invitados los miran extrañados mientras ellos lucen orgullosos sus pantalones de cuero negro y sus camisetas de grupos heavys, desentonando con todos los demás.

Durante mi caminata, sorprende a Germán y a Oso mirándose con cierto interés. ¿Será verdad eso que dicen, que de una boda sale otra? Al ver que no pueden quitarse la vista de encima, sonrío con la esperanza de poder presenciar la historia que está por llegar.

Niko, que ha decidido vestir de blanco para ser el padrino, me tira un beso en cuanto mi

padre me deja en el altar, ganándose una colleja de su hermano.

Cuando Héctor me agarra de las manos, noto que está temblando. Le guiño un ojo y le doy un suave apretón para tranquilizarlo, y él me sonríe con ternura.

Durante la ceremonia, no hemos perdido el contacto visual ni un instante. Así que, en cuanto nos damos el «sí, quiero» y el oficiante nos declara marido y mujer, nos besamos con ansia para sellar nuestro amor.

Los invitados, al darse cuenta de nuestra efusividad, aplauden y gritan eufóricos celebrando nuestra unión.

Una vez que nos separamos, nos damos la vuelta caminando por el pasillo mientras recibimos las felicitaciones de nuestros seres queridos.

Miro con atención a mi marido y, aunque sé que nuestra vida no será siempre de color de rosa, estoy convencida de que he escogido al compañero adecuado y que podremos superar cualquier obstáculo juntos.

¿Fin?

Continúa leyendo...

Epílogo Sorpresa

Diez años después

—¡Mamá! —grita Elena—. ¡Los chicos no dejan de molestarnos!

—*Zí, tita Zada. No padan de moleztad* —dice mi pequeña Iria con su divertido ceceo.

—¡Eso es mentira, mamá! —exclama Gael disgustado—. Estábamos jugando con el agua y sin querer las hemos salpicado.

—¿Sin querer? —pregunta Paula alzando una ceja—. ¿Estáis seguros?

—No, ha sido queriendo —confiesa Oliver que no tiene malicia.

—¡Oliver! —se quejan Enzo y Erik a la vez, como hacen siempre.

—Chicos, podéis jugar juntos sin tener que pelearos —indica Héctor revolviéndoles el pelo con afecto.

—Pero, tío Héctor... —se quejan.

—¿Qué os parece si os acompañamos al agua y pensamos en algún juego divertido? —propone Marcos señalando a Víctor y a mi marido.

—¡Sí! —gritan todos los niños a la vez.

Observo con una sonrisa a los niños que, emocionados, corren hacia la orilla rugiendo como si fueran feroces guerreros.

Héctor se acerca a darme un beso, después se quita la camiseta y corre detrás de ellos gritando como un verdadero vikingo. Ver su fuerte torso tensándose mientras agarra a uno de los trillizos por la cintura y se lo coloca en el hombro, hace que mi cuerpo se excite.

—¿Quieres un babero? —bromea Paula.

—Muy graciosa —me burlo sacándole la lengua.

—No sé de qué te ríes, cualquiera diría que, después de diez años, no sigues babeando por mi hermano —le recrimina Sara.

—Es que tu hermano ha madurado como el buen vino y con los años se ha vuelto más delicioso. Además, de tanto saborear ese vino, se ha vuelto una obsesión para mi paladar.

—¡Demasiada información! —se queja Sara tapándose las orejas.

Nuestros amigos han venido unos días a Galicia aprovechando las vacaciones y hemos decidido pasar el día en la playa.

Mientras nuestros hombres entretienen a nuestros pequeños guerreros, nosotras vigilamos a nuestras princesas, tomando algo en una terraza.

Con el paso de los años, la familia ha ido creciendo. Tres años después de casarnos, nació nuestra pequeña Noa. Una princesa de ojos azules y pelo liso del color del trigo, que nos enamoró con su elegancia. Con sus siete años es una niña muy inteligente y con mucha empatía y, a pesar de que me inquieta pensar que la puedan dañar por su fragilidad, sé que siempre estaremos a su lado, apoyando cada uno de sus pasos.

Dos años después, Sara y Marcos tuvieron a Gael, que, a pesar de ser el pequeño de los chicos, los lleva a todos de cabeza con sus cinco años. No sabemos cómo es posible que, aun siendo tan pequeño, se le ocurran esas diabluras.

Y, por último, pero no menos importante, hace tres años llegó Iria. Una pequeña hada pizpireta que cecea al hablar y que parece haber heredado la picardía de su tía Paula, a pesar de

no tener la misma sangre. Iria es una niña con mucha imaginación y con una energía interminable, que hace que su padre y yo caigamos rendidos al final del día.

Paula y Víctor se plantaron con los trillizos. A pesar de que él le decía que quería tener un equipo de fútbol, ella se negó. Según mi amiga, ya había cumplido teniendo tres niños a la vez y, viendo lo movidos que son, no puedo estar más de acuerdo con ella.

—Esto es el paraíso —suspira Paula cerrando los ojos mientras aspira el aroma del mar.

—Ni que lo digas, amiga —la apoya Sara.

—Qué lástima que Carlos y Javier no hayan podido venir —me lamento.

—Sí, pero Joel es muy pequeño y todavía se está acostumbrando a su nueva familia.

Tras meditarlo a conciencia, Carlos le propuso a Germán que fuera su socio en el club y, al tener menos carga laboral, decidieron aumentar la familia. Después de mucho tiempo de papeleo interminable, consiguieron adoptar al pequeño Joel. Un precioso niño de dos años que, por culpa de las negligencias de su madre, tuvo muchos problemas de salud. Aunque lleva unos meses con ellos, es tan asustadizo que todavía siguen adaptándose.

—¿Cómo llevas tu próxima novela? —pregunta Sara con interés.

—Prácticamente la tengo terminada —confieso con una sonrisa.

—¡Toma ya! Supongo que dejarás que la leamos antes de que salga, ¿no?

—¡Por supuesto! Ya sabéis que, antes de publicar un libro, tiene que pasar por las manos de mis lectoras cero.

—Estoy deseando leerlo —confiesa Sara.

—¡Espero que este sea más picantón que el anterior! —suplica Paula poniendo ojitos de perversa.

—Pues su último libro me pareció muy bonito. Creo que no faltaba ni le sobraba nada —dice Sara.

—Era muy bonito, pero eché de menos más empotramiento, la verdad.

Mis amigas inician un debate sobre cuál de mis quince novelas ha sido la mejor y, al verlas discutir tan animadas, no puedo evitar sonreír escuchando los motivos de cada una.

Después de publicar mi tercera novela, tuve la suerte de que una gran editorial se interesara por mi trabajo y desde entonces todo ha sido una vorágine de emociones.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta Sara—. Con tanto debate se me ha quedado la boca seca.

—Sí, yo también tengo sed —indico levantando la mano para llamar al camarero.

—Hola, guapo —saluda la arpía de Paula en cuanto llegan para tomarnos nota.

—¿Qué queréis tomar? —nos pregunta sonriendo.

—A mí ponme un mojito, guapetón —pide Paula.

—Yo otro, pero sin alcohol —especifica Sara.

—Pues yo un zumo de naranja.

—¡Madre mía! Diez años después y aquí estamos, cerrando locales a lo loco como cuando éramos unas jovencitas —se queja Paula poniendo los ojos en blanco al ver que no le hemos seguido el rollo con el alcohol.

El camarero nos mira y se ríe ante el comentario de nuestra amiga.

—Pauli, córtate un poco, anda —la regaña Sara.

—¿Por qué? Suerte tiene que soy una mujer casada, porque si me hubiera preguntado hace años lo que quería tomar, le hubiera contestado que a él, pero con menos ropa.

—¡Si podría ser tu hijo! —exclamo partiéndome de risa.

—Podría, pero no lo es, rubia —se excusa guiñándome un ojo.

Las tres nos echamos a reír por su comentario y pasamos el rato recordando momentos del

pasado, cuando teníamos más ganas de guerra y menos arrugas.

—¿Qué estáis tramando, *brujis*? —pregunta Marcos besando a su mujer.

—Nada —contesta Paula alzando las cejas.

—¿Algo de lo que debemos preocuparnos? —insiste Víctor.

—Hablábamos sobre lo difíciles que fueron nuestras relaciones —explico mientras Héctor se sienta a mi lado y entrelaza sus dedos conmigo.

—Espero que todo haya valido la pena —dice Víctor frunciendo el ceño.

Las tres nos miramos sonriendo y, sin decir ni una sola palabra, nos entendemos con la mirada.

—Ha valido cada una de las lágrimas que hemos derramado.

—Eso sí, se acabó el sufrimiento. Si alguna vez volvéis a hacernos llorar, me encargaré de amputaros lo que tenéis entre las piernas —amenaza la pelirroja.

—¿Eso que tanto te gusta? —pregunta su marido, provocador.

—Sí, eso que me hace gritar de placer, pero que no dejaría que compartieras con otra —le advierte entrecerrando los ojos.

—Creo que hasta ahora no lo hemos hecho muy mal, ¿no? —pregunta Marcos, preocupado.

—No, cariño —dice su mujer besándolo con ternura—. No lo habéis hecho nada mal.

—Solo permitiremos que nos hagáis llorar de alegría o de placer —añade Paula.

—Ummm, tomo nota —murmura mi vikingo en mi oreja.

—¡Iros a un hotel! —gritan todos.

—Pues me lo estoy planteando, la verdad, porque desde hace unos días que mi casa está repleta de turistas y no me dejan follar con mi mujer todo lo que yo quisiera.

—¡Héctor! —me quejo ruborizada.

—No te hagas la estrecha, rubia —dice mordiéndome el cuello—. Sé que te encanta mi lado macarra.

Y lo hace, ¡vaya que lo hace! Después de todos estos años, Héctor continúa haciendo que todo mi cuerpo se erice solo con escuchar su voz.

Emocionada, los observo mientras hablan de cosas sin importancia y no puedo evitar pensar en lo que cambió mi vida el día en el que estas dos mujeres me salvaron. Porque, aunque ellas se enfaden cada vez que pronuncio esa palabra, la verdad es que lo hicieron. Y no solo con Borja, también me salvaron de mi insípida vida.

Desde ese día empecé a tomar el control de mi vida y, gracias a su apoyo, me hice fuerte consiguiendo ser libre sin límites.

Fin

Agradecimientos

Escribir la historia de Irene y Héctor ha sido muy especial porque, de todos mis personajes, ellos son los que menos cosas tienen en común: Irene, es una florecilla delicada y tímida, y Héctor, un chico rudo y serio que tiene un pasado oscuro. Así que, a pesar de que muchas de mis lectoras me pedían que Héctor terminara con Paula, creo que no podía tener una compañera de vida mejor.

El día después de mi cumpleaños, conseguí poner la palabra FIN a esta novela. Estaba eufórica porque por fin había terminado de escribir el final feliz que Irene y Héctor se merecían, pero también me sentía triste porque la serie QUIERO SER llegaba a su fin.

Fue una sensación tan extraña que, lo primero que hice, fue enviarle un video tecleando la palabra fin a una persona que sabía que me entendería a la perfección. Recibir el audio de mi querida Mary Fort gritando de alegría porque lo había vuelto a conseguir, fue increíble.

Ella me dijo que debía estar orgullosa por haber escrito tres libros en menos de un año y me hizo recordar el esfuerzo que he tenido que hacer durante todo este tiempo. Así que, con los sentimientos a flor de piel, no pude evitar llorar como una tonta.

Por eso, mi primer agradecimiento es para Mary Fort, una de mis lectoras cero. Mi hada madrina, mi compañera de fatigas y de alegrías, la que entiende mis bloqueos y mis dudas, y la que me anima a seguir adelante cuando estoy decaída. *¡Gracias niña por seguir en mi vida! Eres una de las cosas más bonitas que me ha traído este mundo de la escritura. Sin ti no sería lo mismo.*

Gracias también a mi hermana Elsa, mi *sister*, por apoyarme desde el primer día, por leerme y releerme millones de veces, por corregirme cuando me equivoco y por ayudarme dándome su punto de vista.

A mi amiga Vero, alias puticenta, tengo que darle agradecimientos infinitos por esas ideas descabelladas, por hacerme cambiar nombres a última hora, por ayudarme con ciertas partes del libro un tanto “delicadas” (*churri, nos vemos en la cárcel*), por ayudarme con los musos y por esas risas que me dan la vida.

Mi agradecimiento especial como siempre es para mi familia. Gracias, cariño por tener tanta paciencia y permitir que haga estas locuras. Por apoyarme, por creer en mí y por quererme, aunque mi cabeza no deje de pensar en miles de historias locas. Te quiero.

Gracias a mis amigas de toda la vida por apoyarme y ser mis mayores fans: Mari Ángeles, Lupe, Vane y Gemma. Por asistir a mis presentaciones y por pedirme más historias. ¡Os quiero chicas de Lestonnac!

Muchísimas gracias a cada una de las personas que han dado una oportunidad a mis libros y que, a día de hoy, siguen haciéndolo. También a las que me envían mensajes explicándome lo que han sentido con la novela y animándome a continuar escribiendo. No sabéis cuanto me alegran el día vuestras palabras.

Y, para terminar, como siempre quiero agradecerle a mi correctora, mi Sandrita, por ayudarme en todo, por darme ánimos y por creer en mí siempre. Para mí, confiar mi trabajo en ella, es una auténtica tranquilidad.

¡Mil gracias por permitirme seguir cumpliendo mi sueño!

Otros libros de la autora



Sara tiene una familia que la quiere, una profesión que adora y aunque es feliz, siempre soñó con encontrar a su príncipe azul. Cuando pensaba que lo había encontrado, descubrió que destenía.

Marcos es muy atractivo y lo sabe. Está acostumbrado a que las mujeres caigan en sus redes con un simple pestaño. Es un alma libre que no quiere ningún tipo de atadura.

Ella no se fía de los hombres.

Él solo quiere divertirse.

A pesar de que se conocieron de una manera accidentada, ninguno de los dos pudo olvidar ese momento.

¿Podrá Sara empezar a confiar en los hombres?

¿Podrá Marcos darle una oportunidad al amor?

Sumérgete en esta maravillosa historia y descubre si son capaces de superar todos los obstáculos que se encontrarán en el camino.

[YA DISPONIBLE EN AMAZON](#)



Paula no es ninguna princesa, por lo que nunca ha necesitado que nadie la salve del temido dragón. Sus relaciones no duran más de un día y nunca ha querido nada serio con nadie, excepto con él.

Víctor está volcado en su trabajo y no quiere distracciones. En el pasado ha tenido alguna relación, pero no llegaban a cuajar por ser poco pasional.

Ella está harta de que la juzguen.

Él sólo la ve como a una hermana.

A pesar de que prácticamente se han criado juntos desde que eran niños, en realidad no se conocen.

¿Podrá Paula abrirse para comenzar a ser ella misma?

¿Podrá Víctor enamorarse de alguien a quien considera de la familia?

Adéntrate en esta loca, pero entrañable historia de amor y descubrirás que, a veces, no todo es como parece a simple vista.

[YA DISPONIBLE EN AMAZON](#)

Si quieres estar al día de todas mis novedades, sígueme en
mis redes sociales.



@hellenbold_escritora